La Princesa Prometida

William Goldman

Éste es el libro que más me gusta de todo el mundo, aunque nunca lo he leído.

¿Cómo puede ser semejante cosa? Haré lo imposible por explicarlo. Cuando era niño, los libros no me interesaban nada. Detestaba leer, no se me daba nada bien, y, además, ¿cómo dedicarse a la lectura cuando había montones de juegos que esperaban ser jugados? El baloncesto, el béisbol, las canicas: era incansable. Incluso llegué a ser bastante bueno, pero si me daban una pelota y un patio vacío, era capaz de inventarme triunfos en el último segundo, triunfos que hacían saltar las lágrimas. El colegio era una tortura. La señorita Roginski, que fue mi maestra desde los cursos tercero al quinto, no paraba de decir a mi madre: «Tengo la impresión de que Billy no se esfuerza todo lo que debiera». O: «Cuando le pongo un examen, Billy lo hace realmente muy bien, sobre todo si tenemos en cuenta su actitud en la clase». O, con más frecuencia: «Señora Goldman, no sé qué vamos hacer con Billy».

¿Qué vamos a hacer con Billy? Esa pregunta me persiguió durante aquellos primeros diez años. Fingía que no me importaba, pero en el fondo, me sentía petrificado. Todo el mundo y todas las cosas me dejaban de lado. No tenía amigos de verdad, ni una sola persona que compartiera conmigo mi desmesurado interés por los deportes. Parecía ocupado, muy ocupado, pero supongo que, de apurarme, habría reconocido que, a pesar de tanto frenesí, me encontraba muy solo.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Billy?

—No lo sé, señorita Roginski.

—¿Cómo es posible que suspendieras esta prueba de lectura? Yo misma te he escuchado utilizar cada palabra con mis propios oídos.

—Lo siento, señorita Roginski. A lo mejor es porque no estaba pensando.

—Siempre estás pensando, Billy. La cuestión es que no estabas pensando en la prueba de lectura.

Lo único que podía hacer era asentir.

—¿Qué ha ocurrido esta vez?

—No lo sé. No me acuerdo.

—¿Estarías otra vez pensando en Stanley Hack?

(Stanley Hack era el tercer base de los Cubs de esa y de muchas otras temporadas. Lo había visto jugar en una ocasión, desde las gradas, e incluso a esa distancia, tenía la sonrisa más dulce que había visto jamás, y hasta el día de hoy, juraría que me sonrió varias veces. Lo adoraba. Además, bateaba como

los dioses.)

—No, en Bronko Nagurski. Es un jugador de fútbol. Un gran jugador, y el periódico de anoche decía que a lo mejor vuelve a jugar otra vez para los Bears. Se retiró cuando yo era pequeño. Pero si volviera y si yo lograse que alguien me llevase a un partido, podría verlo jugar y, a lo mejor, si quien me llevara lo conociese, tal vez lograría que me lo presentasen después, y a lo mejor, si tuviese hambre, podría convidarle a un bocadillo de los míos. Trataba de imaginarse qué tipo de bocadillo le gustaría a Bronko Nagurski.

La señorita Roginski se hundió en el asiento.

—Tienes una soberbia imaginación, Billy.

No sé qué le contesté. Probablemente «gracias» o algo por el estilo.

—Aunque no logro sacarle partido —prosiguió—. ¿Por qué será?

—Creo que a lo mejor es porque necesito gafas y no puedo leer, ya que veo las palabras muy borrosas. Eso explica por qué me paso todo el rato pestañeando. A lo mejor, si fuese a un médico de los ojos, podría recetarme gafas y, entonces, sería el mejor lector de la clase y usted no tendría que hacerme quedar tanto después de hora.

Se limitó a señalar detrás de ella y a ordenarme:

—Ponte a borrar las pizarras, Billy.

—Sí, señorita.

Lo de borrar pizarras se me daba de maravilla.

—¿Las ves borrosas? —me preguntó la señorita Roginski al cabo de un rato.

—¡No, qué va! Me inventé la historia.

Tampoco pestañeaba nunca. Pero la señorita Roginski parecía muy mosqueada. Siempre lo parecía. Llevábamos así tres cursos.

—No sé por qué, pero no logro llegarte al fondo.

—Usted no tiene la culpa, señorita Roginski.

(No la tenía. A ella también la adoraba. Era regordeta, pero recuerdo que por aquel entonces deseaba que fuera mi madre. Nunca logré que la cosa funcionara, a menos que hubiera estado casada con mi padre y después se hubieran divorciado y mi padre se hubiera casado con mi madre —que estaba bien—, y como la señorita Roginski tenía que trabajar, yo quedé bajo la custodia de mi padre: todo tenía sentido. Pero la cuestión era que nunca llegaron a intimar, me refiero a papá y a la señorita Roginski. En las ocasiones

en las que se veían, cada año para la celebración de Navidad, cuando venían los padres, yo los vigilaba como loco con la esperanza de descubrir alguna mirada furtiva que significara algo así como: «¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido desde que nos divorciamos?», pero no había caso. No era mi madre, sino simplemente mi maestra, y yo era en su vida su zona personal de creciente desastre.)

—Ya verás como mejoras, Billy.

—Eso espero, señorita Roginski.

—Eres de los que tardan en florecer, eso es todo. Winston Churchill tardó en florecer, y tú también.

Estuve a punto de preguntarle en qué equipo jugaba, pero hubo algo en su tono de voz que me convenció de que era mejor que no lo hiciese.

—Y Einstein.

A ése tampoco lo conocía. Tampoco sabía lo que quería decir con eso de «tardar en florecer». Pero deseé con fervor ser de los que tardan en hacerlo.

A los veintiséis años, mi primera novela, titulada *The Temple of Gold* (El templo del oro) apareció en Alfred A. Knopf. (Que ahora forma parte de Random House, que a su vez forma parte de la RCA, y que es parte de lo que no funciona en esto de publicar libros en Estados Unidos, cuestión que no forma parte de esta historia.) En fin, antes de que saliera la novela, los del departamento de publicidad de Knopf estaban hablando conmigo, tratando de dilucidar qué hacer para justificar sus sueldos, y me preguntaron a quiénes podían enviar ejemplares del libro para que pudieran erigirse en fuente de opinión. Les contesté que no conocía a nadie que pudiera hacerlo. Entonces ellos me replicaron: «Piensa, todo el mundo conoce a alguien». Me entusiasmé mucho cuando se me ocurrió la idea y les dije: «De acuerdo, enviadle un ejemplar a la señorita Roginski». Cosa que me pareció lógica, porque si alguna vez ha existido una persona que me forjara las opiniones, ésa fue la señorita Roginski. (Por cierto, aparece a lo largo de toda la novela *El templo del oro,* sólo que le puse «señorita Patulski»; entonces también era creativo.)

—¿Quién? —me preguntó aquella chica de publicidad.

—Es una antigua maestra que tuve. Le envías un ejemplar y yo se lo firmaré, y puede que incluso le escriba una…

Estaba realmente entusiasmado hasta que aquel tío de publicidad me interrumpió diciéndome:

—Nos referíamos más bien a alguien del panorama nacional.

—Envíale un ejemplar a la señorita Roginski, por favor. ¿Vale? —insistí en

voz muy baja.

—Sí —repuso él—. Claro, faltaría más.

¿Os acordáis que no pregunté en qué equipo jugaba Churchill por el tono de su voz? En aquel momento, creo que a mí también me salió aquel tono. En fin, algo debió de ocurrir, porque el tipo apuntó de inmediato el nombre de mi maestra y me preguntó si se escribía con «i» latina o con «y» griega.

—Con «i» latina —contesté.

De inmediato hice un repaso de aquellos años, tratando de pensar una dedicatoria fantástica para mi maestra. Ya sabéis, algo inteligente, modesto, brillante, perfecto. Algo así.

—¿Y su nombre de pila?

Eso me hizo volver a la realidad. No sabía su nombre de pila. Siempre la había llamado señorita. Tampoco sabía su dirección. Ni siquiera sabía si seguía viva o no. Hacía diez años que no iba a Chicago; era hijo único, mis padres habían fallecido, ¿a quién le hacía falta Chicago?

—Envíalo a la Escuela Primaria de Highland Park —le dije.

Y lo primero que se me ocurrió escribirle fue: «Para la señorita Roginski, una rosa de quien tardó en florecer», pero después me pareció demasiado presuntuoso, o sea que decidí que: «Para la señorita Roginski, una mala hierba de quien tardó en florecer» sería más humilde. Demasiado humilde, decidí luego, y por ese día me dejé de ideas brillantes. No se me ocurrió nada. Después me asaltó la idea de que tal vez no se acordara de mí. Al final, ya al borde de la desesperación, terminé escribiendo: «Para la señorita Roginski de William Goldman. Usted me llamaba Billy y decía que era de los que tardan en florecer. Le envío este libro; espero que le guste. Fue usted mi maestra en tercero, cuarto y quinto cursos. Muy agradecido. William Goldman».

El libro se publicó y fue un fracaso; me encerré en casa y me derrumbé, pero uno acaba adaptándose. El libro no sólo no me erigió en lo más novedoso desde Kit Marlowe, sino que para colmo nadie lo leyó. Bueno, a decir verdad, lo leyó un cierto número de personas a las que yo conocía. Pero me parece que es más prudente señalar que ningún extraño llegó a saborearlo. Fue una experiencia demoledora y reaccioné como ya he dicho. O sea que cuando me llegó la nota de la señorita Roginski —tarde, porque la enviaron a Knopf y ellos la retuvieron durante un tiempo— necesitaba realmente que alguien me subiera la moral.

«Apreciado señor Goldman: Gracias por el libro. Todavía no he tenido tiempo de leerlo, pero estoy segura de que es un bonito esfuerzo. Por supuesto que me acuerdo de usted. Me acuerdo de todos mis alumnos. Atentamente,

Antonia Roginski».

Qué desilusión. No se acordaba de mí. Me quedé sentado con la nota en la mano, completamente deshecho. La gente no se acuerda de mí. De verdad. No es paranoia; simplemente tengo la costumbre de pasar por las memorias y no dejar huella. No me importa demasiado, aunque supongo que miento; sí que me importa. No sé por qué motivo, en esto del olvido obtengo una muy alta puntuación.

O sea que cuando la señorita Roginski me envió aquella nota que la igualaba al resto de la gente, me alegré de que nunca se hubiese casado; de todos modos nunca me había caído bien, siempre había sido una pésima maestra, y se tenía más que merecido que su nombre de pila fuera Antonia.

«No iba en serio», dije en voz alta en ese mismo momento. Me encontraba solo en mi despacho de una sola habitación, en el maravilloso West Side de Manhattan, hablando conmigo mismo. «Lo siento, lo siento —proseguí—, tiene que creerme, señorita Roginski».

Lo que ocurrió entonces fue que por fin había leído la posdata. Aparecía en el dorso de la nota de agradecimiento y decía así: «Idiota. Ni siquiera el inmortal S. Morgenstern pudo sentirse más paternal que yo».

¡S. Morgenstern! *La princesa prometida*. ¡Se acordaba de mí!

Escena retrospectiva.

1941. Otoño. Estoy un tanto irritable porque mi radio no capta los partidos de fútbol. El Northwestern se enfrenta al Notre Dame; empezaba a la una, es ya la una y media y no hay manera de sintonizar el partido. Música, noticias, radionovelas, de todo menos el gran acontecimiento. Llamo a mi madre. Viene. Le digo que mi radio está averiada, que no logro sintonizar el Northwestern-Notre Dame. «¿Te refieres al partido de fútbol?», me pregunta. «Sí, sí, sí», le contesto. «Pues hoy es viernes —me dice—. Creí que jugaban el sábado».

¡Si seré idiota!

Me echo en la cama, escucho las radionovelas y al cabo de un rato intento volver a sintonizarlo, y la estúpida de mi radio va y capta todas las emisoras de Chicago menos la que transmite el partido de fútbol. Me pongo a gritar a voz en grito, y mi madre entra otra vez hecha una fiera. «Tiraré la radio por la ventana —digo yo—. ¡No lo coge, no lo coge! ¡No logro sintonizarlo!». «¿Sintonizar qué?», pregunta mi madre. «El partido de fútbol —contesto yo —. Sí que eres borde, el paaaartiiidooo». «Que lo dan el sábado, y cuidadito con lo que dices, niño —me advierte mi madre—. Ya te he dicho que hoy es viernes». Vuelve a marcharse.

¿Alguna vez ha existido un infeliz tan grande?

Humillado, giro la sintonía de mi fiel Zenith, y trato de encontrar el partido de fútbol. Fue tan frustrante que me quedé ahí acostado, sudando y con el estómago raro, aporreando la parte superior de la radio para hacerla funcionar bien. Y así fue como se dieron cuenta de que deliraba a causa de la pulmonía.

Las pulmonías de ahora no son lo que eran antes, sobre todo cuando yo la tuve. Estuve como diez días ingresado en el hospital y después me enviaron a casa para el largo período de convalecencia. Me parece que me pasé otras tres semanas más en cama, un mes quizá. No me quedaban energías, ni siquiera para mis juegos. No era más que un pelmazo en período de recuperación de fuerzas. Punto.

Así es como tenéis que imaginarme cuando me encontré con *La princesa prometida*.

Era la primera noche que pasaba en casa después de salir del hospital. Exhausto; seguía siendo un enfermo. Entró mi padre, supuse que a darme las buenas noches. Se sentó al pie de mi cama.

—Capítulo uno. La prometida —dijo.

Sólo entonces levanté la vista y vi que llevaba un libro. Eso, por sí solo, era sorprendente. Mi padre era casi, casi, analfabeto. En inglés. Venía de Florin (donde se desarrolla *La princesa prometida*) y allí no había sido ningún tonto. En cierta ocasión dijo que habría acabado siendo abogado, y puede que fuera cierto. La cuestión es que a los dieciséis años probó suerte y se vino a América, apostó por la tierra de las oportunidades y perdió. Aquí nunca encontró nada que le viniera bien. No era de aspecto atractivo: muy bajito, calvo desde joven, y le costaba mucho aprender. Una vez que captaba una idea, se le quedaba grabada, pero las horas que tardaba en metérsele en la cabeza eran algo increíble. Su inglés siempre fue ridículamente inmigrante, y eso tampoco le ayudó mucho. Conoció a mi madre durante un viaje en barco; más tarde se casaron y cuando creyó que podían permitirse el lujo, me tuvieron a mí. Trabajó toda la vida como segundo barbero en la barbería de menos éxito de Highland Park, Illinois. Hacia el final, solía dormitar todo el día sentado en su silla. Y así fue como murió. Llevaba muerto una hora cuando el otro barbero se dio cuenta; hasta ese momento, había creído que mi padre estaba echando una buena siesta. Tal vez fuera así. Tal vez todo se reduzca a eso. Cuando me lo dijeron me sentí terriblemente afectado, pero al mismo tiempo pensé que aquella forma de marcharse era casi como una prueba de cómo había sido su existencia.

En fin, que entonces le dije:

—¿Eh? ¿Cómo? No te he oído.

Estaba muy débil y terriblemente cansado.

—Capítulo uno. La prometida. —Entonces levantó el libro—. Te lo voy a leer para que te relajes. —Prácticamente me metió el libro en la cara—. De S. Morgenstern. Un gran escritor florinés. *La princesa prometida*. Él también se vino a América. S. Morgenstern. Murió en Nueva York. Lo escribió en inglés. Hablaba ocho lenguas. —A estas alturas mi padre dejó el libro y me enseñó los dedos—. Ocho. Una vez, en la ciudad de Florin, estuve en su café. —Meneó la cabeza; mi padre siempre meneaba la cabeza cuando decía algo mal —. No era su café. Él estaba en el café, y yo también, al mismo tiempo. Lo vi. A S. Morgenstern. Tenía una cabeza así de grande —y colocó las manos como para formar un globo enorme—. Gran hombre en la ciudad de Florin. No tanto en América.

—¿Trae algo de deportes?

—Esgrima. Lucha. Torturas. Venenos. Amor verdadero. Odio. Venganzas. Gigantes. Cazadores. Hombres malos. Hombres buenos. Las damas más hermosas. Serpientes. Arañas. Bestias de todas clases y aspectos. Dolor. Muerte. Valientes. Cobardes. Forzudos. Persecuciones. Fugas. Mentiras. Verdades. Pasión. Milagros.

—Pinta bien —dije, y medio cerré los ojos—. Haré lo posible por no dormirme…, pero tengo muchísimo sueño, papá…

¿Quién puede saber cuándo su mundo va a cambiar? ¿Quién es capaz de decir antes de que ocurra, que todas las experiencias anteriores, todos los años, fueron una preparación para… nada? Imaginaos lo siguiente: un anciano casi analfabeto que luchó con un idioma enemigo, un niño casi exhausto que lucha contra el sueño. Y entre ambos sólo las palabras de otro extranjero, traducido con dificultad de los sonidos nativos a los extranjeros. ¿Quién podía sospechar que por la mañana ese niño se despertaría siendo distinto? De lo único que me acuerdo es de que traté de vencer la fatiga. Incluso al cabo de una semana no me había dado cuenta de lo que había comenzado aquella noche, de las puertas que se cerraban de golpe mientras otras salían a la luz. Tal vez debí haber presentido algo, o tal vez no; ¿quién puede presentir la revelación en el aire?

Lo que ocurrió fue simplemente esto: la historia me enganchó.

Por primera vez en mi vida, sentía un interés activo por un libro. Yo, el fanático de los deportes; yo, el enloquecido por los partidos; yo, el único niño de diez años de Illinois que odiaba el alfabeto pero que quería saber qué ocurría después.

¿Qué fue de la hermosa Buttercup y del pobre Westley y de Íñigo, el más grande espadachín de la historia mundial? ¿Y cuan fuerte era en realidad Fezzik? ¿Tendría límites la crueldad de Vizzini, el endiablado siciliano?

Cada noche mi padre me leía un capítulo tras otro, luchando siempre para que las palabras sonaran correctamente, para atrapar el sentido. Y yo yacía allí tumbado, con los ojos entrecerrados, mientras mi cuerpo recorría lentamente el largo camino que le devolvería las fuerzas. Como ya he dicho, la convalecencia duró aproximadamente un mes, y en ese tiempo, mi padre me leyó dos veces *La princesa prometida*. Aunque podía leer yo solo, este libro era suyo. Jamás se me habría ocurrido abrirlo. Quería la voz de mi padre, sus sonidos. Más tarde, incluso muchos años más tarde, en ocasiones solía decir: «¿Qué tal si me lees el duelo que Íñigo y el hombre de negro sostienen en el acantilado?». Y mi padre solía gruñir y mascullar, se iba a buscar el libro, se humedecía el pulgar con la lengua, y volvía las páginas hasta que empezaba la fantástica batalla. Me encantaba. Incluso hoy, cuando surge la necesidad, así es como evoco el recuerdo de mi padre. Encorvado, esforzando la vista y deteniéndose ante una palabra difícil, tratando de ofrecerme la obra maestra de Morgenstern lo mejor que podía. *La princesa prometida* le pertenecía a mi padre.

Todo lo demás era mío.

No hubo historia de aventuras que se salvara de mí.

«Pero vamos —le decía a la señorita Roginski cuando me restablecí—. Sigue recomendándome a Stevenson cuando ya me lo he leído todo. ¿A quién leo ahora?».

«Prueba con Scott —me sugería ella—, y vamos a ver si te gusta».

Y yo probaba con el viejo sir Walter y me gustaba lo suficiente como para tragarme media docena de libros en diciembre (gran parte del mes eran las vacaciones de Navidad, por lo tanto, no tenía que interrumpir la lectura nada más que de vez en cuando para comer algo).

«¿Y ahora quién más?».

«Tal vez Cooper —me decía ella». Y yo venga a leer *El cazador de ciervos y* todo lo demás sobre los rastreadores, y un buen día, por mi cuenta me topé con Dumas y D’Artagnan y esos dos tíos me tuvieron entretenido gran parte de febrero.

«Te has convertido en un adicto a la novela ante mis propios ojos —me dijo la señorita Roginski—. ¿Sabes que ahora te pasas más tiempo leyendo del que solías pasarte jugando? ¿No te das cuenta de que están empeorando tus notas de matemáticas?».

No me importaba cuando me criticaba. Estábamos solos en la clase, y la perseguía para que me sugiriese a alguien interesante que devorar. Meneó la cabeza y me dijo: «Billy, no cabe duda de que estás floreciendo. Delante de

mis propios ojos. La cuestión es que no sé en qué te convertirás».

Yo me quedé ahí esperando a que me dijera el nombre de algún autor.

«Eres insoportable, mira que quedarte ahí esperando… —se detuvo un segundo para pensar—. Está bien. Prueba con Hugo. *El jorobado de Notre Dame*».

«Hugo —dije yo—. *El jorobado*. Gracias». —Me volví dispuesto a salir corriendo hacia la biblioteca. Mientras me iba, la oí suspirar lo siguiente:

«Esto no durará. No puede durar».

Pero duró.

Y dura. Soy tan fanático de las aventuras ahora como lo era entonces, y esto nunca tendrá fin. Aquel primer libro mío que mencioné, *El templo del oro*, ¿sabéis de dónde saqué el título? De la película *Gunga Din*; la he visto dieciséis veces y sigo pensando que es la película más estupenda de aventuras que jamás, repito, que jamás se haya filmado. (La verdadera historia de *Gunga Din*: cuando me licencié del ejército, juré que jamás volvería a un puesto militar. Nada grandioso, sólo un juramento vitalicio. Bien, pues al día siguiente de haberme licenciado me encuentro en mi casa. Tengo un amigo en Fort Sheridan, que está cerca, y voy a verlo. Entonces él me dice: «Oye, adivina qué película hacen esta noche. *Gunga Din*». «Iremos, le dije yo». «No está permitido —me contestó—. Vas de civil». Resultado: volví a vestir el uniforme a la noche siguiente de haberme licenciado y entré a hurtadillas en un puesto militar para ver la película. Y salí a hurtadillas. Como un ladrón en plena noche. Con el corazón al galope, sudores fríos y demás.) Soy adicto a la acción/la aventura/llamadlo como queráis, en cualquier forma, color, etcétera. Jamás me perdí una película de Alan Ladd, o de Errol Flynn. Sigo sin perderme las de John Wayne.

Mi vida entera empezó de verdad cuando mi padre me leyó a Morgenstern a la edad de diez años. Un hecho: *Dos hombres y un destino* es, sin lugar a dudas, lo más popular con lo que he tenido relación. Cuando muera, si en el *Times* me llegan a dedicar una nota necrológica, será gracias a *Butch*. De acuerdo, ¿cuál es la escena de la que todo el mundo habla, el momento único que se graba en la memoria de todos, en la tuya, en la mía y en la de las masas? Respuesta: el salto desde el acantilado. Bueno, cuando escribí esa escena, recuerdo que pensé que los acantilados desde los que saltaban eran los Acantilados de la Locura que todo el mundo intenta escalar en *La princesa prometida*. Cuando escribí *Butch*, a mi mente acudían imágenes retrospectivas en las que aparecía mi padre cuando me leía la escena de la escalada con cuerdas de los Acantilados de la Locura, mientras la muerte aguardaba agazapada.

Aquel libro fue la mejor cosa que me ocurrió en la vida (perdóname, Helen; Helen es mi esposa, la famosa psiquiatra infantil), y mucho antes de casarme, sabía que iba a compartirlo con mi hijo. Sabía también que iba a tener un hijo. O sea que cuando nació Jason (si hubiera sido niña, se habría llamado Pamby; ¿os imagináis, una psiquiatra infantil que le ponga a sus hijos semejantes nombres?…). En fin, cuando nació Jason, tomé nota mentalmente de que cuando cumpliera diez años debía comprarle un ejemplar de *La princesa prometida*.

Y después me olvidé de todo aquello.

Otra escena retrospectiva: Hotel Beverly Hills, diciembre pasado. Me traen de cabeza las reuniones sobre *Las poseídas de Stepford*, de Ira Levin, que voy a adaptar para la pantalla grande. Llamo a mi mujer a Nueva York a la hora de la cena, cosa que hago siempre para que se sienta querida, y hablamos. Casi al final de nuestra conversación me dice:

—Por cierto, le regalaremos a Jason una bicicleta de diez marchas. La he comprado hoy. Me pareció adecuado, ¿qué opinas?

—¿Por qué adecuado?

—Vamos, Willy. Diez años, diez marchas.

—¿Mañana cumple diez años? Lo había olvidado por completo.

—Llámanos mañana a la hora de la cena y podrás desearle feliz cumpleaños.

—¿Helen? Oye, hazme un favor. Telefonea a la librería Nine-Nine-Nine y diles que te envíen *La princesa prometida*.

—Espera que cojo un lápiz —y se marcha un ratito—. Vale, dispara. ¿La princesa qué?

—Prometida. De S. Morgenstern. Es un clásico para niños. Dile que la semana que viene, cuando regrese, le haré preguntas sobre el libro y que no tiene por qué gustarle, pero que si no le gusta, me suicido. Díselo tal cual, por favor; no quisiera ejercer más presiones sobre él.

—Bésame, tonto.

—Muuuaa.

—Nada de estrellas jóvenes.

Ésta era la frase que usaba siempre para terminar nuestras conversaciones cuando yo andaba solo y sin compromiso en la soleada California.

—Se han extinguido, tonta.

Ésa era mi frase.

Colgamos.

A la tarde siguiente, ocurrió que de la nada apareció una joven estrella de carne y hueso, bronceada y de respiración profunda. Yo estoy tonteando junto a la piscina y ella pasa en bikini y está estupenda. Tengo la tarde libre, no conozco un alma, o sea que me pongo a jugar el juego de cómo puedo abordar a esa chica sin que ella se eche a reír a carcajadas. Nunca hago nada, pero lo de mirar es un ejercicio fenomenal, y yo tengo el título de campeón de liga en eso de mirar chicas. No se me ocurre ninguna forma de abordarla que conecte con la realidad, o sea que me pongo a hacer largos en la piscina. Nado cuatrocientos metros diarios porque me duelen las lumbares.

Ida y vuelta, ida y vuelta, dieciocho largos, y cuando he terminado, me voy al lado hondo y me quedo jadeando, y la estrellita se me acerca nadando. Se aferra al borde, también del lado hondo, a un palmo de donde yo estoy, con el pelo mojado y brillante y el cuerpo debajo del agua, pero sé que está ahí, y va y me dice (ocurrió de veras):

—Disculpe, pero ¿no es usted William Goldman, el que escribió *Boys and Girls Together*? Es el libro que más me ha gustado de todos los que he leído.

Me agarro del borde de la piscina y afirmo con la cabeza; no recuerdo exactamente lo que le dije. (Mentira. Me acuerdo exactamente de lo que le dije, pero es demasiado estúpido como para reproducirlo; cielos, ya tengo cuarenta años. «Goldman, sí, Goldman, soy Goldman». Me salió todo como una sola palabra; vete a saber el idioma que se creyó que estaría hablando.)

—Soy Sandy Sterling —me dice—. Mucho gusto.

—Hola, Sandy Sterling —logro decir, lo cual es bastante cortés, al menos para mí; volvería a decirlo si me encontrara de nuevo en la misma situación.

Entonces me llaman por los altavoces.

—Los Zanuck no me dejan en paz —comento yo.

La chica se echa a reír y yo me voy volando a contestar la llamada; pienso si lo que le he dicho era realmente tan inteligente, y cuando llego al teléfono tengo decidido que sí, que lo era. Cojo el auricular y digo «inteligente» en lugar de «dígame» o de «Bill Goldman». Voy y digo «inteligente».

—Willy, ¿has dicho «inteligente»?

Es Helen.

—Helen, estoy reunido por lo del guion, y habíamos quedado en llamarnos esta noche a la hora de la cena. ¿Por qué me llamas a la hora del almuerzo?

—Mmm… hostil, hostil.

No se te ocurra jamás hablar con tu mujer sobre la hostilidad cuando es una freudiana declarada.

—Es que en esta reunión de los guiones me están volviendo loco con tonterías. ¿Qué pasa?

—Probablemente nada, salvo que la obra de Morgenstern está agotada. Hoy he preguntado en Doubleday. Por el tono que empleaste me pareció que podía ser importante, o sea que te informo que Jason tendrá que conformarse con su muy adecuada bicicleta de diez marchas.

—No es importante —digo yo. Sandy Sterling me sonríe. Desde el lado hondo de la piscina. Me sonríe a mí—. Gracias de todos modos. —Me disponía a colgar, cuando digo—: Oye, ya que te has tomado tantas molestias, llama a Argosy, de la calle Cincuenta y Nueve. Se especializan en libros agotados.

—Argosy. En la Cincuenta y Nueve. De acuerdo. Ya hablaremos a la hora de la cena.

Cuelga. Sin decirme «nada de estrellas jóvenes». Siempre termina todas las conversaciones telefónicas con esa frase y ahora no lo ha hecho. ¿Acaso algo en mi tono de voz me ha delatado? Helen es muy especial para estas cosas; además, siendo psiquiatra… La culpa, cual si fuera un pudding, comienza a bullir en mi horno interior.

Vuelvo a mi tumbona. Solo.

Sandy Sterling nada unos cuantos largos. Cojo mi *New York Times*. Hay en el aire una cierta tensión sexual.

—¿Ya no nadas más? —me pregunta.

Dejo el periódico. Está junto al borde de la piscina, del lado que queda más cerca de mi tumbona.

Asiento, mirándola fijamente.

—¿Qué Zanuck, Dick o Darryl? —pregunta.

—Era mi mujer —le contesto, poniendo el énfasis en la última palabra.

La chica no se inmuta. Sale de la piscina y se tiende en la tumbona de al lado. Pechugona pero rubia. Si gustan así, Sandy Sterling tiene que gustar. A mí me gustan así.

—Estás aquí por lo de Levin, ¿no? ¿Por *Las poseídas de Stepford*?

—Estoy haciendo el guion.

—Me encantó ese libro. Es el libro que más me ha gustado del mundo. Me encantaría trabajar en una película así. Escrita por ti. Haría cualquier cosa por una oportunidad como ésa.

Ya estaba. Acababa de poner las cartas sobre la mesa.

Naturalmente que en seguida le dejo las cosas en claro.

—Oye —le digo—, no acostumbro a hacer este tipo de cosas. De lo contrario las haría, porque estás estupenda, de eso no cabe duda, y te deseo toda clase de felicidad, pero la vida es ya de por sí bastante complicada como para agregarle cosas de ésas.

Eso es lo que pensé que iba a decirle. Pero entonces me dije: «Eh, un momento, ¿dónde está escrito que tú debas ser el puritano del mundo del cine?». He trabajado con gente que lleva archivos de tarjetas para este tipo de asuntos. (Es la verdad. Preguntadle a Joyce Haber.)

—¿Has actuado en muchas películas? —me oigo preguntar.

Ya sabéis que sentía un verdadero entusiasmo por conocer la respuesta.

—Nada que me ampliara mis horizontes; no sé si me explico.

—¿Señor Goldman?

Levanto la vista. Es el asistente del socorrista.

—Es para usted otra vez —me dice, entregándome el teléfono.

—¿Willy?

El solo sonido de la voz de mi esposa hace que la duda ciega recorra cada fibra de mi ser.

—Dime, Helen.

—Pareces raro.

—¿Qué pasa, Helen?

—Nada, pero…

—Por nada no me habrías llamado.

—Willy, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada. Trataba de ser lógico. Al fin y al cabo eres tú la que has llamado. Sólo trataba de determinar por qué.

Cuando me lo propongo, llego a ser bastante distante.

—Me estás ocultando algo.

Lo que más me indigna en este mundo es que Helen se ponga así. Os lo

explico. Con su horrible formación de psiquiatra, sólo me acusa de ocultarle cosas, cuando le estoy ocultando cosas.

—Helen, en estos momentos estoy en una reunión, por favor, dime lo que quieres.

Ahí estaba otra vez la cuestión. Le estaba mintiendo a mi esposa en relación con otra mujer, y esa otra mujer lo sabía.

Sandy Sterling, que ocupa la tumbona contigua a la mía, me sonríe mirándome directamente a los ojos.

—En Argosy no tienen el libro. Nadie tiene el libro. Adiós, Willy. —Y cuelga.

—¿Tu mujer otra vez?

Asiento y dejo el teléfono colgado sobre la mesa, junto a mi tumbona.

—Os habláis mucho.

—Ya lo sé —le digo—. Es un suplicio llegar a escribir algo.

Supongo que sonrió.

No tenía manera de lograr que el corazón dejara de latirme con tanta fuerza.

«Capítulo uno. La prometida», dijo mi padre.

Debí de dar un respingo o algo por el estilo porque la chica dice:

—¿Eh?

—Mi pa… —empiezo a decir yo—. Pensaba… —empiezo a decir otra vez y luego añado—: Nada.

—Tranquilo —me dice ella y me lanza una sonrisa verdaderamente dulce.

Durante un segundo posó su mano sobre la mía, de un modo suave y reconfortante. Me pregunté si era acaso posible que además fuera comprensiva. ¿Estupenda y comprensiva? ¿Sería legal? Helen nunca había sido comprensiva. Aunque siempre decía que lo era —«comprendo por qué lo dices, Willy»—, pero en secreto trataba de descubrirme las neurosis. No, supongo que era comprensiva; pero no era compasiva. Además, por supuesto, no era estupenda. Delgaducha, sí. Brillante también.

—Conocí a mi mujer en la escuela universitaria para graduados —le digo a Sandy Sterling—. Ella hacía el doctorado.

A Sandy Sterling le estaba costando un poco captar mi sucesión de ideas.

—Éramos unos críos. ¿Cuántos años tienes?

—¿Te digo mi verdadera edad o la que uso para el béisbol?

Me eché a reír de buena gana. ¿Estupenda, comprensiva y ocurrente?

«Esgrima. Lucha. Torturas —dijo mi padre—. Amor. Odio. Venganzas. Gigantes. Bestias de todas clases y aspectos. Verdades. Pasión. Milagros».

Es la una menos veinticinco y le digo:

—¿Me dejas hacer una llamada?

—Póngame con información de Nueva York —digo cuando cojo el teléfono y, una vez que me comunican, inquiero—: ¿Podría darme los nombres de algunas librerías de la Cuarta Avenida, por favor? Habrá unas veinte.

La Cuarta Avenida es el centro del libro usado y agotado del capítulo de habla inglesa del mundo civilizado. Mientras la operadora me busca los nombres, me vuelvo hacia la criatura que estaba en la tumbona de al lado y le comento:

—Mi hijo cumple diez años hoy y me gustaría regalarle este libro; no tardaré nada.

—Estupendo —dice Sandy Sterling.

—Aquí figura una tienda llamada Librería de la Cuarta Avenida —me dice la operadora, y me da el número.

—¿No podría darme alguna otra? Vienen todas juntas.

—Si mee daa los nombress, lo ayudaré encantada —responde la operadora, hablando en lenguaje de la Bell.

—Con éste ya tengo bastante —le contesto, y le pido a la operadora del hotel que me ponga con la tienda—. Oiga, que llamo desde Los Ángeles —le digo—, y busco *La princesa prometida,* de S. Morgenstern.

—No, lo siento —me contesta el tío.

Y antes de que le pueda pedir que me dé los nombres de otras librerías el tipo cuelga.

Le pido a la operadora del hotel que vuelva a ponerme con la tienda y cuando el tío vuelve a coger el teléfono le digo:

—Habla su corresponsal de Los Ángeles. Esta vez procure no colgar tan deprisa.

—Le he dicho que no lo tengo.

—Ya lo he entendido. Pero como estoy en California, me gustaría que me

diera los nombres y los teléfonos de algunas otras tiendas de la zona. Quizá lo tengan, y como podrá imaginarse, por aquí no abundan las Páginas Amarillas de Nueva York.

—Ellos a mí no me ayudan, y yo tampoco.

Vuelve a colgar.

Me quedo ahí sentado, con el auricular en la mano.

—¿Cuál es ese libro tan especial? —me pregunta Sandy Sterling.

—No tiene importancia —le contesto, y cuelgo. Entonces le digo—: Sí que la tiene.

Vuelvo a coger el teléfono y finalmente logro comunicarme con Harcourt Brace Jovanovich, mi editor de Nueva York, y al cabo de unos cuantos finalmente más, la secretaria de mi editor me lee los nombres y los teléfonos de todas las librerías de la zona de la Cuarta Avenida.

«Cazadores —decía en aquel momento mi padre—. Hombres malos. Hombres buenos. Las damas más hermosas». Lo tenía acampado en la cabeza, acurrucado, calvo, y medio bizco, tratando de leer, tratando de agradar, tratando de mantener alejados a los lobos y a su hijo con vida.

Era la una y diez cuando por fin logré tener la lista completa y me despedí de la secretaria.

Entonces empecé con las librerías.

—Oiga, llamo desde Los Ángeles para preguntar si tienen un libro de Morgenstern, *La princesa prometida*, y…

—… lo siento…

—… lo siento…

Comunican.

—… hace años que está agotado…

Otro que comunica.

Las dos menos veinticinco.

Sandy sigue nadando. Y monta un poco en cólera. Debe de pensar que le estoy tomando el pelo. Pues no le estoy tomando el pelo, pero lo parece.

—… lo siento, tuve un ejemplar en diciembre…

—… no lo tengo, lo siento…

—Ésta es una grabación. El número que ha marcado no funciona… Rogamos que cuelgue y…

—… no…

Y Sandy que trinaba. Echando chispas, recogiendo sus cosas.

—¿… quién lee a Morgenstern hoy en día?

Sandy se marcha, se marcha, estupenda, preciosa, se marchó.

Adiós, Sandy. Lo siento, Sandy.

—… lo siento, ya estamos cerrando.

Ya son las dos menos cinco. Las cinco menos cinco en Nueva York.

Pánico en Los Ángeles.

La línea comunica.

No contestan.

No contestan.

—En florinés, creo. Lo tendré en algún sitio de la trastienda.

Me incorporo en la tumbona. El tío tiene un acento marcadísimo.

—Necesito la versión inglesa.

—Hoy en día pocos piden a Morgenstern. Ya no sé qué tengo en la trastienda. Venga mañana y búsquelo usted mismo.

—Estoy en California —le digo.

—Chalado.

—Es que es muy importante para mí que me lo busque.

—¿Esperará mientras lo hago? Yo no pienso pagar la llamada.

—Tómese el tiempo que necesite.

Se tomó diecisiete minutos. Yo esperé en línea, escuchando. De vez en cuando se oía el sonido de un paso o un estrépito de libros o un gruñido: «Ay, aay».

Y por fin:

—Bien, tengo el florinés, tal como pensé.

Por poco.

—Pero no la versión inglesa —digo.

Y de pronto, el hombre empieza a chillarme:

—¿Cómo, se ha vuelto loco? Me rompo el alma para que usted me diga que no lo tengo. Claro que lo tengo, lo tengo aquí, y créame que le va a costar

una buena suma.

—Estupendo…, se lo digo en serio, no es broma. Escúcheme que le explico lo que tiene que hacer. Coja un taxi y pídale que lleve los libros a Park y…

—Oiga, señor Chalado California, ahora me va a escuchar usted a mí. Aquí va a caer una tormenta de nieve en cualquier momento y ni yo ni mis libros iremos a ningún sitio sin dinero. Seis cincuenta cada uno. Si quiere la versión inglesa, tendrá que llevarse también la florinesa, y cierro a las seis. Estos libros no saldrán de aquí si yo no recibo antes trece dólares.

—No se vaya —le digo, y cuelgo.

¿Y a quién llama uno fuera del horario de oficina y con las Navidades al caer? Pues a un abogado.

—Charley —le digo cuando logro encontrarlo—, me tienes que hacer un favor. Vete a la Cuarta Avenida, a la librería de Abromowitz, págale trece dólares por dos libros, coge un taxi hasta mi casa y dile al conserje que los suba a mi piso. Ya. Ya sé que está nevando, ¿qué me dices?

—Que es un favor tan extraño que no tendré más remedio que hacértelo.

Vuelvo a telefonear a Abromowitz.

—Mi abogado ya va para allá.

—Nada de cheques —me dice Abromowitz.

—Es usted todo corazón.

Cuelgo y empiezo a hacer cálculos. Aproximadamente unos ciento veinte minutos de conferencia a razón de un dólar treinta y cinco los primeros tres minutos, más trece por los libros, más unos diez por el taxi de Charley, más unos sesenta por sus honorarios, ¿a cuánto ascendía? Tal vez unos doscientos cincuenta. Todo para que mi hijo Jason tuviera el Morgenstern. Me repantingué y cerré los ojos. Doscientos cincuenta dólares por no mencionar las dos horas de tormento y angustia, sin olvidarnos de Sandy Sterling.

Una ganga.

Me llamaron a las siete y media. Estaba en mi suite.

—Le encanta la bici —me dice Helen—. Está prácticamente fuera de sí.

—Fabuloso.

—Ah, llegaron tus libros.

—¿Qué libros? —le pregunto; Chevalier no habría podido parecer más indiferente.

—*La princesa prometida*. En varias lenguas; por suerte una de ellas era el inglés.

—Bueno, me parece muy bien —digo persistiendo en mi vaguedad—. Casi se me había olvidado que pedí que se los enviasen.

—¿Cómo llegaron hasta aquí?

—Telefoneé a la secretaria de mi editor y le pedí que me buscara un par de ejemplares. A lo mejor los tenían en Harcourt, cualquiera sabe —pues sí, en Harcourt tenían unos ejemplares; ¿os lo imagináis? Puede que en las páginas siguientes os cuente por qué—. Pásame con el niño.

—Hola —me saluda al cabo de un segundo.

—Escúchame, Jason —le digo—: Pensábamos regalarte una bicicleta para tu cumpleaños, pero después cambiamos de idea.

—Jo, estás muy equivocado. Ya me habéis regalado una.

Jason ha heredado de su madre la total falta de humor. No lo sé; tal vez él sea ocurrente y yo no. Una cosa que puedo afirmar con toda seguridad es que no nos reímos mucho juntos. Mi hijo Jason es un crío con un aspecto increíble: pintado de amarillo, podría formar parte del equipo de sumo de la escuela. Un pequeño dirigible. Se pasa la vida comiendo. Yo me cuido para no engordar, y a Helen sólo se la ve entera de frente, y además, es una de las más conocidas psiquiatras infantiles de Manhattan, y mi hijo rueda más deprisa de lo que camina.

—Utiliza la comida para expresarse —dice siempre Helen—, para calmar sus ansiedades. Cuando se sienta dispuesto y capaz de hacer frente a las cosas, adelgazará.

—Oye, Jason. Mamá me ha dicho que el libro te acaba de llegar. Ya sabes, el de la princesa. Me encantaría que lo leyeses mientras estoy fuera. Cuando yo era crío me encantó y me gustaría saber qué te parece.

—¿También tiene que encantarme?

Vaya si era hijo de su madre.

—No, Jason. Sólo quiero saber tu opinión. La verdad. Te echo de menos, campeón. Te llamaré para tu cumpleaños.

—Jo, estás muy equivocado. Hoy es mi cumpleaños.

Estuvimos de guasa otro rato, hasta bastante después de que hubiéramos agotado todos los temas. Hice lo mismo con mi cónyuge, y colgué con la promesa de regresar al cabo de una semana.

Tardé dos.

Las reuniones se extendían, los productores tenían inspiraciones de las que había que tomar nota, los directores necesitaban que les calmaran los egos. En fin, que estuve en la soleada California mucho más de lo planeado. Pero al final me permitieron regresar al abrigo y el amparo del seno familiar, o sea que me marché pitando para el aeropuerto de Los Ángeles, no fuera a ocurrir que alguien cambiara de parecer. Llegué temprano, cosa que siempre hago cuando vuelvo a casa, porque tenía que llenarme los bolsillos con chismes y cositas para Jason. Cada vez que regreso de un viaje viene hacia mí corriendo (anadeando) y gritando:

—Deja que te vea los bolsillos.

Acto seguido me revisa todos los bolsillos, apoderándose de su soborno, y una vez que se ha hecho con el botín, me da un buen abrazo. ¿No es tremendo lo que somos capaces de hacer con tal de sentirnos queridos?

—Deja que te vea los bolsillos —grita Jason, y cruzando el vestíbulo, viene hacia mí.

Es jueves, a la hora de la cena, y mientras él cumple con el ritual, Helen sale de la biblioteca y me da un beso en la mejilla al tiempo que me dice: «Qué hombre más deslumbrante tengo», que también forma parte del ritual y, cargado de regalos, Jason me da una especie de abrazo y sale disparado, andando como un pato hacia su habitación.

—Angélica está preparando la cena —anuncia Helen—, no podrías haber calculado mejor.

—¿Angélica?

Helen se lleva el índice a los labios y me susurra:

—Hace tres días que trabaja aquí, pero creo que puede llegar a ser una joya.

—¿Qué había de malo en la joya que teníamos cuando me marché? —le pregunto también en susurros—. Sólo llevaba aquí una semana.

—Resultó un desengaño —responde Helen.

Eso fue todo. (Helen es una mujer brillante —en la universidad fue miembro de la asociación de alumnos de más altos méritos, se sacó todos los sobresalientes posibles, todo un intelecto de una dimensión sorprendente—, pero la cuestión es que no logra que le duren las chicas de servicio. En primer lugar, supongo que se siente culpable de tener quien le haga las cosas, puesto que la mayoría de las chicas disponibles hoy en día son negras o hispanas, y Helen es ultra superliberal. En segundo lugar, es tan eficiente que las asusta. Todo lo hace mejor que ellas y lo sabe, y además, sabe que ellas lo saben. En tercer lugar, una vez que las tiene aterrorizadas, trata de explicarles las cosas,

claro, siendo psicoanalista, se entiende… Como decía, trata de explicarles por qué no deberían sentirse aterrorizadas, y al cabo de una buena media hora de que Helen les analice el ego, las chicas acaban realmente aterradas. En fin, que en los últimos años hemos tenido un promedio de cuatro «joyas» al año.)

—Hemos tenido mala suerte, pero cambiará —digo, del modo más reconfortable que sé.

Solía fastidiarla con este tema de la limpieza, pero aprendí que no era lo más conveniente.

La cena estuvo lista un poco más tarde, y rodeando a mi esposa con un brazo y a mi hijo con el otro, avancé hacia el comedor. En aquel momento me sentí a salvo, seguro, todas las cosas bonitas. La cena estaba servida: espinacas a la crema, puré de patatas, salsa y carne rustida a la cazuela; estupendo, salvo que no me gusta la carne rustida, porque como muy poca carne, pero las espinacas a la crema me chiflan, o sea que con todo, sobre el mantel había dispuesta una selección más que comestible. Nos sentamos. Helen sirvió la carne; en cuanto al resto, nos pasamos las fuentes. Mi ración de rustido no estaba demasiado jugosa, pero la salsa sirvió para equilibrar la cosa. Helen llamó al timbre. Apareció Angélica. Tendría unos dieciocho o veinte años, de piel aceitunada y movimientos lentos.

—Angélica —le dijo Helen—, éste es el señor Goldman.

Le sonrío y le digo «hola» agitando el tenedor en el aire. Ella asiente.

—Angélica, no lo digo para que te lo tomes como una crítica, puesto que la culpa la tengo yo, pero en lo sucesivo, las dos hemos de tratar por todos los medios de acordarnos que al señor Goldman le gusta el rosbif muy…

—¿Era rosbif? —pregunto yo.

Helen me lanza una mirada y prosigue:

—Angélica, no hay ningún problema, pues debí haberte hablado más de una vez sobre cuáles eran las preferencias del señor Goldman, pero la próxima vez que tomemos rustido de costillas deshuesadas, procura, por favor, que por dentro quede de color rosado, ¿de acuerdo?

Angélica se retira a la cocina. Otra «joya» que se iba a hacer gárgaras.

No os olvidéis que al comenzar la cena los tres éramos felices. Dos quedamos en ese estado, pero Helen se mostraba visiblemente afectada.

Jason acumulaba el puré de patatas en su plato con un movimiento experto y firme.

Le sonrío a mi hijo y le digo:

—Oye, trata de tomártelo con más calma, ¿eh?

Se sirve otra cucharada bien llena y la desparrama en el plato.

—Jason, ten en cuenta que son muchas calorías —le digo.

—Es que tengo mucho apetito, papá —me contesta sin mirarme.

—¿Por qué no te atiborras de carne? Come toda la carne que te dé la gana y no te diré una sola palabra.

—¡No pienso comer nada! —exclama Jason.

Aparta el plato, se cruza de brazos y fija la mirada en la lejanía.

—Si yo fuera vendedora de muebles —me dice Helen—, o tal vez cajera en un banco, lo entendería; pero ¿cómo puedes haber estado casado tantos años con una psiquiatra y hablar de ese modo? Willy, pareces haber salido de la Edad Media.

—Helen, el niño está gordo. Lo único que sugiero es que deje unas cuantas patatas para los demás y que se atiborre con esta exquisita carne rustida que tu «joya» ha preparado para mi regreso triunfal.

—Willy, no es mi intención asombrarte, pero da la casualidad de que Jason no sólo tiene una fina inteligencia sino que además posee una vista magnífica. Cuando se mira en el espejo, te aseguro que sabe perfectamente que no está delgado. Y eso es porque en esta etapa de su vida ha elegido no estar delgado.

—Helen, no le falta demasiado para empezar a salir con chicas, ¿qué pasará entonces?

—Cariño, Jason tiene diez años, y en esta etapa de su vida las chicas no le interesan. A esta edad lo que le interesa es la cohetería. ¿Qué le importa a un aficionado a los cohetes una ligera tendencia a la obesidad? Cuando él decida ser delgado, te aseguro que tiene la inteligencia y la fuerza de voluntad suficiente como para adelgazar. Hasta que no llegue ese momento, te pido por favor que en mi presencia no frustres al niño.

Sandy Sterling bailaba en bikini delante de mis ojos.

—No pienso comer, y se acabó —dice entonces Jason.

—Pero, querido mío —le dice Helen al crío con ese tono que ella reserva en esta Tierra sólo para momentos como éste—, trata de ser lógico. Si no te comes el puré de patatas, te enfadarás y yo también me enfadaré, y está claro que tu padre ya está enfadado. Pero si te comes el puré de patatas, yo me sentiré muy satisfecha, tú te sentirás satisfecho, y tu estómago se sentirá satisfecho. Lo de tu padre ya no tiene solución. Está en tus manos el que tres personas se enfaden o que se enfade una sola, y con respecto a esta última,

como ya te he dicho, no hay nada que hacer. Por lo tanto, la conclusión es clarísima, aunque tengo una fe absoluta en tu capacidad para llegar a ella por ti mismo. Haz lo que tú quieras, Jason.

El niño comienza a engullir.

—Harás que se convierta en un mariquita —le digo, aunque en una voz lo bastante baja como para que sólo me escuche a mí mismo, y Sandy.

Entonces inspiro profundamente, porque siempre que regreso a casa hay problemas, razón por la cual Helen dice que traigo conmigo la tensión, que necesito pruebas sobrehumanas de que me han echado de menos, de que todavía me necesitan, de que soy amado, etc. Lo único que sé es que detesto estar lejos, pero lo peor es el regreso. Nunca tengo demasiada ocasión de entablar una conversación del tipo: «¿Y qué tal? ¿Qué novedades hubo durante mi ausencia?», y menos si tenemos en cuenta que Helen y yo nos telefoneamos casi cada noche.

—Apuesto a que eres un genio con esa bici —digo entonces—. Tal vez este fin de semana salgamos a dar un paseo.

Jason levanta la vista del puré de patatas.

—El libro me encantó, papá. Es genial.

Me sorprendo de que me lo diga, porque, como es natural, yo sólo empezaba a encauzar la conversación hacia ese tema. Pero, como dice siempre Helen, Jason no es ningún imbécil.

—Bueno, me alegro —repongo.

Y vaya si me alegraba.

—Puede que sea el mejor libro que he leído en mi vida —agrega Jason asintiendo.

Tomo una cucharada de espinacas.

—¿Cuál fue la parte que más te ha gustado?

—El capítulo uno. La prometida —responde Jason.

Eso me sorprende de veras. No es que el capítulo uno esté mal, pero la cuestión es que no pasan demasiadas cosas si lo comparamos con las cosas increíbles que ocurren después. En su mayor parte habla de cómo Buttercup se hace mayor, eso es todo.

—¿Qué me dices de la escalada de los Acantilados de la Locura? —le pregunto—. Eso ocurre en el capítulo cinco.

—Está bien —aclara Jason.

—¿Y de la descripción del Zoo de la Muerte del príncipe Humperdinck? Está en el segundo capítulo.

—Pues está muy bien —dice Jason.

—Lo que más me sorprendió fue que la descripción del Zoo de la Muerte ocupa unos pocos párrafos, pero no sé, en cierto modo sabes que más adelante todo encajará. ¿Tuviste la misma sensación?

—Mmm… aja. —Jason asiente—. Sí, es genial.

A esas alturas ya sabía que no lo había leído.

—Trató de leerlo —interviene Helen—. Y se leyó el primer capítulo. Pero el capítulo segundo fue imposible para el crío, o sea que cuando vi que había hecho un esfuerzo razonable, le dije que lo dejara. No todos tenemos los mismos gustos. Le dije que tú lo entenderías, Willy.

Claro que lo entendía. Aunque me sentía completamente abandonado.

—No me gustó, papá. Quería que me gustara, pero…

Le sonrío. ¿Cómo es posible que no le gustara? Pasión. Duelos. Milagros. Gigantes. Amor verdadero.

—¿Tampoco vas a comerte las espinacas? —me pregunta Helen.

Me levanto de la mesa.

—Los tiempos cambian. No tengo hambre.

No dice nada hasta que me oye abrir la puerta de la calle. Entonces me grita:

—¿Adónde vas?

De haberlo sabido, le habría contestado.

Deambulé por ahí en pleno diciembre. Sin abrigo. Aunque no me enteré del frío. Lo único que sabía era que tenía cuarenta años, que no me había propuesto encontrarme en aquellas circunstancias a esa edad, enganchado a una genial psicoanalista y a un hijo que más bien parecía un globo. Serían alrededor de las nueve de la noche cuando me encontré solo, sentado en medio del Central Park, sin nadie cerca de mí, y con todos los demás bancos vacíos.

Fue entonces cuando oí un susurro de hojas entre los arbustos. Cesó. Se volvió a oír. Muuy suave. Más cerca.

Me volví como el rayo y grité:

—¡No me molestéis!

Fuera lo que fuese —amigo, enemigo, mi imaginación—, desapareció.

Logré oír cómo corría y fue entonces cuando me di cuenta de una cosa: en aquel momento era un tipo peligrosísimo.

Entonces sentí frío. Y me fui a casa. Helen repasaba unas notas en la cama. Normalmente, me hubiera hecho algún comentario sobre lo mayor que estaba ya para esos arranques de comportamiento juvenil. Pero era probable que el peligro siguiera fijado a mí como una aureola. Lo noté en sus ojos inteligentes.

—De veras que lo intentó —dice finalmente.

—Nunca pensé que no lo intentara —contesto—. ¿Dónde está el libro?

—Supongo que en la biblioteca.

Me vuelvo y me dispongo a salir del dormitorio.

—¿Quieres que te traiga algo?

Le contesto que no. Me voy a la biblioteca, me encierro y busco *La princesa prometida*. Mientras reviso la encuademación, noto que está bastante bien conservado, y es entonces cuando me doy cuenta de que lo había publicado mi misma editorial, Harcourt Brace, Jovanovich. Aunque había sido mucho antes, por entonces ni siquiera eran Harcourt, Brace & World. Sólo la vieja Harcourt, Brace, y punto. Hojeo el libro hasta la página del título, cosa que me resulta extraña, porque nunca antes lo había hecho; siempre había sido mi padre quien lo hojeaba. Al leer el verdadero título me echo a reír, porque ahí mismo dice:

La princesa prometida

Relato clásico de amores

verdaderos y grandes aventuras

escrito por S. Morgenstern

Un tipo que catalogaba su propia obra original como clásica antes de que fuese publicada y de que nadie la hubiera leído era de admirar. Tal vez pensó que si no lo hacía así, nadie la leería, o tal vez sólo intentaba echarle una mano a los críticos. No lo sé. Ojeo el primer capítulo; era más o menos como lo recordaba. Paso al segundo capítulo, donde el autor habla del príncipe Humperdinck y ofrece la descripción breve e incitante del Zoológico de la Muerte.

Y es ahí cuando comienzo a darme cuenta del problema.

No es que la descripción no figurara. Estaba, y era más o menos como la recordaba. Pero antes de llegar a la descripción, había unas sesenta páginas de texto que hablaban de los antepasados del príncipe Humperdinck y de cómo su familia llegó a controlar Florin, y de esta boda y de este niño que engendró a

este otro de aquí que después se casó con no sé quién; pasé al capítulo tercero, «El galanteo», y descubrí que hablaba de la historia del Guilder y de cómo ese país llegó al puesto que ocupa en el mundo. Cuanto más hojeaba el libro, de más cosas me enteraba: Morgenstern no se había propuesto escribir un libro infantil, sino una especie de historia satírica de su país y del declive de la monarquía en la civilización occidental.

Pero mi padre sólo me había leído las partes de acción, las partes buenas. No se ocupó en absoluto del aspecto serio.

A eso de las dos de la madrugada, llamo a Hiram de Martha's Vineyard. Hiram Haydn ha sido mi editor durante una docena de años, desde *Soldier in the rain*, y juntos hemos pasado muchas cosas, pero nunca por llamadas telefónicas a las dos de la madrugada. Sé que hasta el día de hoy no ha logrado entender por qué no pude esperar… digamos que hasta la hora del desayuno.

—Bill, ¿seguro que te encuentras bien? —me pregunta todo el rato.

—Oye, Hiram —comienzo yo a decir después de haberlo llamado unas seis veces—. Escúchame, habéis publicado un libro justo después de la segunda guerra mundial. ¿Te parece que sería buena idea que lo compendiara y volviésemos a publicarlo ahora?

—Bill, ¿seguro que te encuentras bien?

—Sí, muy bien. Oye, sólo utilizaría las partes buenas. Me encargaría de añadir párrafos allí donde se produzcan saltos en la narración y dejaría sólo las partes buenas. ¿Qué te parece la idea?

—Bill, aquí son las dos de la madrugada. ¿Sigues en California?

Finjo una total sorpresa. Para que no piense que estoy loco.

—Lo siento, Hiram. Dios mío, si seré idiota. En Beverly Hills apenas son las once. Oye, ¿crees que podrías comentárselo al señor Jovanovich?

—¿Quieres decir ahora mismo?

—Mañana o pasado, no hay prisa.

—Le comentaré lo que sea, pero no sé si entiendo bien lo que quieres. Bill, ¿seguro que estás bien?

—Estaré en Nueva York mañana. Te llamaré y te daré más detalles, ¿vale?

—Bill, ¿podrías hacerlo en las primeras horas del horario de oficina?

Me echo a reír y colgamos. Telefoneo a Zig en California. Evarts Ziegler lleva unos ocho años haciéndome de agente cinematográfico. Él fue quien me representó en *Dos hombres y un destino;* a él también lo desperté.

—Oye, Zig, ¿podrías ayudarme a aplazar *Las poseídas de Stepford*? Se me ha presentado otro proyecto.

—Te han contratado para que empieces ya mismo. ¿Cuánto tiempo más necesitarías?

—No estoy seguro; nunca había compendiado una obra. ¿Tú qué piensas que harían?

—Supongo que si se trata de un aplazamiento, amenazarían con demandarnos y acabarías perdiendo el trabajo.

La cosa resultó más o menos como él predijo; amenazaron con demandarme y a punto estuve de perder el trabajo y una cierta suma de dinero, y no me gané demasiados amigos en «la industria», como la llamamos los que estamos en esto del cine.

Pero compendié el libro y vosotros lo tenéis ahora en vuestras manos. La versión de las «partes buenas».

¿Por qué me tomé tantas molestias?

Helen me insistió mucho para que pensara una respuesta. Le parecía importante, pero no exactamente porque a ella le interesara saber mis motivos, sino que lo que le interesaba era que yo los supiese.

—Porque te comportaste como un chalado, Willy —me dijo—. Me tenías realmente asustada.

¿Por qué pues?

Esto del autoescrutinio nunca se me ha dado bien. Todo lo escribo por impulso. Esto me suena bien, aquello me suena mal…, así. No puedo analizarlo, al menos no logro analizar mis propios actos.

Sé que no espero que esto le cambie la vida a nadie como me la cambió a mí.

Pero si nos fijamos en las palabras del subtítulo —«amor verdadero y grandes aventuras»— yo creí en eso en cierta ocasión. Pensé que mi vida iba a seguir por esos derroteros. Rogaba porque fuera así. Está claro que no lo fue, pero no creo que todavía existan grandes aventuras. Hoy en día no hay nadie que desenvaine la espada y grite: «Hola, mi nombre es Íñigo Montoya. ¡Tú mataste a mi padre; disponte a morir!».

Y del amor verdadero también os podéis olvidar. Yo ya no sé si hay algo que quiera de verdad, más allá del bistec de Peter Luger’s y la enchilada de El Parador. (Perdóname, Helen.)

En fin, he aquí la versión de las «partes buenas». Lo escribió S.

Morgenstern. Y mi padre me lo leyó. Y ahora os lo ofrezco a vosotros. Lo que hagáis con él tendrá, para todos nosotros, algo más que un interés efímero.

1

LA PROMETIDA

El año en que Buttercup nació, una criada de cocina francesa llamada Annette era la mujer más hermosa del mundo. Annette trabajaba en París para los duques de Guiche, y no había escapado a la atención del duque que una persona fuera de lo común le sacara brillo al peltre. El interés del duque tampoco pasó inadvertido a la duquesa, que no era ni muy hermosa ni muy rica, pero sí muy lista. La duquesa se dispuso a estudiar a Annette, y al cabo de no mucho tiempo descubrió la trágica debilidad de su adversaria.

El chocolate.

Dotada ya de armas, la duquesa puso manos a la obra. El Palacio de Guiche se convirtió en un castillo de caramelo. Dondequiera que posara uno la vista había bombones. En las salas había pilas de caramelos de menta recubiertos de chocolate; en los salones, cestas de turrones también de chocolate.

Annette estaba perdida. Al promediar la estación, de delicada se convirtió en colosal, y el duque no volvió a mirarla sin que una triste estupefacción le nublara la vista. (Cabe destacar que, a lo largo de su proceso de ensanchamiento, Annette parecía más alegre. Con el tiempo, acabó casándose con el *chef* de pasteleros; los dos comieron muchísimo hasta que la edad avanzada los reclamó. Cabe destacar también que las cosas no fueron tan felices para la duquesa. El duque, por motivos que desafían toda comprensión, quedó prendado de su propia suegra, lo cual le provocó úlceras a la duquesa, sólo que por aquella época todavía no se conocían las úlceras. Para ser más exactos, las úlceras existían, la gente las padecía, pero no se llamaban así. En aquellos tiempos, la profesión médica las denominaba «dolores de estómago» y se consideraba que la mejor medicina era tomar café con unas gotas de coñac dos veces al día hasta que los dolores remitían. La duquesa se tomaba su mezcla con fe, y mientras los años pasaban observaba como a sus espaldas su marido y su madre se lanzaban besos. No debe sorprender a nadie, pues, que el mal humor de la duquesa fuera legendario, tal como Voltaire lo refirió de forma tan competente. Sólo que esto ocurrió antes de Voltaire.)

Cuando Buttercup cumplió diez años, la mujer más hermosa vivía en Bengala y era hija de un próspero mercader de té. La muchacha se llamaba

Aluthra, y su piel era de una morena perfección que hacía ochenta años no se veía en la India. (En toda la India sólo ha habido once cutis perfectos desde que comenzara a llevarse un registro detallado.) Aluthra cumplió diecinueve el año en que la plaga de viruela se abatió sobre Bengala. La muchacha sobrevivió, aunque no su piel.

Cuando Buttercup cumplió los quince, Adela Terrell, de Sussex on the Thames, era, con mucho, la criatura más hermosa. Adela tenía veinte años, y hasta aquel momento le llevaba tanta ventaja al resto del mundo que era casi seguro que sería la más hermosa por muchos, muchos años. Pero un buen día, uno de sus pretendientes (tendría unos ciento cuatro) exclamó que Adela debía de ser sin lugar a dudas el ser más ideal jamás engendrado. Esa noche, a solas en su alcoba, se examinó poro a poro en el espejo. (Esto fue después de que inventaran los espejos.) La inspección le llevó casi hasta el amanecer, pero para entonces ya tenía claro que el joven había emitido una apreciación más que correcta: era perfecta, aunque ella no había tenido nada que ver en eso.

Mientras se paseaba por la rosaleda familiar y contemplaba cómo salía el sol, se sintió más feliz que nunca. «No sólo soy perfecta —se dijo—, sino que probablemente seré la primera persona perfecta de toda la historia del universo. No hay ninguna parte de mí que pueda mejorarse. ¡Qué afortunada soy de ser perfecta y rica y pretendida y sensible y joven y…!».

¿Joven?

La bruma comenzaba a disiparse cuando Adela se puso a meditar. «Está claro que siempre seré sensible —pensó—, y que siempre seré rica, pero no sé qué haré para mantenerme siempre joven. Y cuando no sea joven, ¿cómo podré seguir siendo perfecta? Y si no soy perfecta, pues… ¿qué me quedará? ¿Qué?». Adela frunció el ceño mientras cavilaba desesperadamente. Era la primera vez en la vida que se veía obligada a fruncir el ceño, y cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer, Adela se quedó sin aliento, horrorizada ante la idea de haberse estropeado, quizá para siempre, la hermosa frente. Se precipitó otra vez delante del espejo y se pasó la mañana ante él, y aunque logró convencerse de que continuaba siendo casi tan perfecta como de costumbre, no cabía ninguna duda de que ya no era tan feliz como antes.

La preocupación había comenzado.

Al cabo de dos semanas, aparecieron las primeras marcas; las primeras arrugas tardaron un mes, y antes de que promediara el año, las tenía a montones. Se casó al poco tiempo, con el mismo hombre que la tildara de sublime, y durante muchos años le dio una vida infernal.

Obviamente, a los quince años, Buttercup no tenía ni idea de todo esto. Y si la hubiera tenido, le habría resultado completamente insondable. ¿Cómo

podía importarle a nadie si era o no la mujer más hermosa del mundo? ¿Qué diferencia podía existir si sólo se era la tercera mujer más hermosa? O la sexta. (Por aquella época, Buttercup no llegaba a ocupar posiciones tan elevadas, y apenas se encontraba entre las veinte principales, y eso si sólo se tenía en cuenta su potencial, y no las atenciones especiales que le dedicaba a su propia persona. Detestaba lavarse la cara, especialmente la zona de detrás de las orejas, estaba harta de peinarse y lo hacía lo menos posible. Lo que le gustaba hacer en realidad, lo que prefería por encima de cualquier otra cosa, era montar su caballo y burlarse del mozo de labranza.)

El caballo se llamaba *Caballo* (Buttercup nunca tuvo una imaginación desbordante) y acudía a su llamada, iba a donde ella lo dirigiese, hacía todo lo que ella le mandaba. El mozo de labranza también hacía lo que ella le mandaba. Era ya un muchacho, pero había comenzado a trabajar para el padre de Buttercup al quedar huérfano a temprana edad, y ella siempre se había dirigido a él del mismo modo. «Muchacho, alcánzame eso»; «Alcánzame aquello, muchacho…, date prisa, holgazán, muévete o se lo diré a mi padre».

«Como desees».

Era lo único que le contestaba. «Como desees». «Alcánzame eso, muchacho». «Como desees». «Sécame esto, muchacho». «Como desees». Vivía en una choza, cerca de los animales y, según la madre de Buttercup, la mantenía limpia. Incluso leía cuando tenía velas.

—En mi testamento, le dejaré un acre a ese muchacho —le gustaba decir al padre de Buttercup. (Por aquella época tenían acres.)

—Lo echarás a perder —le contestaba siempre la madre de Buttercup.

—Hace años que trabaja como un esclavo, y el trabajo esforzado debe recompensarse.

Entonces, en lugar de seguir con la discusión (por aquella época también discutían), los dos se volvían contra su hija.

—No te has bañado —le decía el padre.

—Sí me he bañado —respondía Buttercup.

—Pero no con agua —proseguía el padre—. Hueles como un semental.

—He estado cabalgando todo el día —le explicaba Buttercup.

—Has de bañarte, Buttercup —añadía la madre—. A los muchachos no les gusta que las chicas huelan a establo.

—¡Oh, los muchachos! —exclamaba Buttercup—. ¿Qué me importan a mí los muchachos? *Caballo* me quiere y con esto tengo más que suficiente, gracias.

Lanzaba su discurso en voz alta y con una cierta frecuencia.

Pero, le gustara o no, habían comenzado a ocurrir ciertas cosas.

Poco después de cumplir los dieciséis, Buttercup cayó en la cuenta de que las muchachas de la aldea llevaban más de un mes sin dirigirle la palabra. Nunca había intimado demasiado con las muchachas, de manera que aquel cambio no le resultó demasiado marcado, pero lo cierto era que antes, cuando cabalgaba por la aldea o por los senderos de los carros, la saludaban con inclinaciones de cabeza. Pero ahora, por ninguna razón en particular, nada. Apartaban rápidamente la mirada cuando ella se les aproximaba, y nada más. Una mañana, Buttercup logró abordar a Cornelia en la herrería e indagó acerca del motivo de aquel silencio.

—Después de lo que has hecho, creí que tendrías la cortesía de no preguntarlo —le contestó Cornelia.

—¿Y qué he hecho?

—¿Cómo que qué has hecho? Nos los has robado.

Dicho lo cual, Cornelia echó a correr. Pero Buttercup lo comprendió, comprendió a quiénes se refería.

A los muchachos.

A los muchachos de la aldea.

A esos obtusos esos cabeza de chorlito esos mentecatos esos ligeros de cascos esos aburridos esos simplones esos lelos esos estúpidos de los muchachos.

¿Cómo podían acusarla a ella de robárselos? ¿Por qué iba nadie a quererlos? Para lo único que servían era para incomodar, fastidiar e importunar.

«Buttercup, ¿quieres que te cepille el caballo? «No, gracias, ya lo hace mi mozo de labranza». «Buttercup, ¿puedo salir a cabalgar contigo?». «No, gracias, me divierto más yo sola». «Crees que nadie te llega ni a la punta del zapato, ¿no es así, Buttercup?». «No, no lo creo. Lo único que ocurre es que me gusta cabalgar sola».

A lo largo de su decimosexto año de vida, incluso este tipo de conversaciones provocaban tartamudeos y sonrojos y, con un poco de suerte, algún comentario sobre el tiempo. «Buttercup, ¿crees que lloverá?». «No lo creo, el cielo está despejado». «Pero puede que llueva». «Supongo que sí». «Crees que nadie te llega ni a la punta del zapato, ¿no es así, Buttercup?». «No, lo único que creo es que no va a llover, eso es todo».

Por las noches, en bastantes ocasiones, se congregaban en la oscuridad, no

lejos de su ventana, para reírse de ella. Buttercup no les hacía caso. Con frecuencia, las risas daban paso al insulto. Ella no les prestaba atención. Si se excedían en sus pullas, el mozo de labranza se encargaba de ellos; salía sigilosamente de su choza, les propinaba una paliza a unos cuantos, y todos huían despavoridos. Buttercup nunca olvidaba darle las gracias por su ayuda. «Como desees». Eso era todo lo que le contestaba.

Cuando estaba a punto de cumplir los diecisiete, llegó a la aldea un hombre en un carruaje, y la observó pasar en el caballo cuando iba a comprar provisiones. Seguía allí espiando cuando ella regresó. No le prestó atención, y lo cierto era que aquel hombre no tenía ninguna importancia en sí. Pero señaló el momento crucial. Otros hombres se habían desviado mucho de su camino para poder verla; otros hombres habían llegado incluso a cabalgar durante leguas para poder gozar de ese privilegio, igual que había hecho este hombre. Pero lo importante de este acontecimiento radicaba en que éste era el primer hombre rico que se había molestado en hacerlo, el primer noble. Y fue este mismo hombre, cuyo nombre se perdió en la niebla de los tiempos, quien mencionó al conde la existencia de Buttercup.

El reino de Florin se extendía entre lo que es hoy Suecia y Alemania. (Esto ocurrió antes de que se formara Europa.) En teoría, era gobernado por el rey Lotharon y su segunda esposa, la reina. Pero, en realidad, el rey apenas se tenía en pie, rara vez lograba distinguir el día de la noche, y se pasaba prácticamente todo el día balbuceando. Era muy anciano; hacía mucho tiempo que todos los órganos de su cuerpo le habían traicionado, y gran parte de las decisiones importantes que tomaba con respecto a Florin tenían ciertos visos de arbitrariedad que preocupaban a muchos de los más destacados ciudadanos.

De hecho, quien gobernaba era el príncipe Humperdinck. Si hubiera existido Europa, él habría sido el hombre más poderoso de ese continente. Pero a pesar de eso y tal como estaban las cosas, a miles de kilómetros a la redonda no había nadie que deseara meterse con él.

El único confidente del príncipe Humperdinck era el conde. Éste se apellidaba Rugen, pero a nadie le hacía falta utilizarlo, pues era el único conde del reino, y el título se lo había conferido el príncipe hacía un tiempo, como regalo de cumpleaños, hecho que, como era natural, tuvo lugar durante una de las fiestas de la condesa.

La condesa era considerablemente más joven que su esposo. Todos sus trajes venían de París (esto ocurrió después de que existiera París), y tenía un gusto exquisito. (Esto ocurrió después de que se inventara el buen gusto, pero muy poco después. Y como era algo tan nuevo, y dado que la condesa era la única dama en todo Florin que lo poseía, ¿es de extrañar que fuera la primera dama del reino?) Con el tiempo, su pasión por las telas y los afeites la obligó a

residir de forma permanente en París, donde dirigió el único salón de belleza de renombre internacional.

Aunque de momento se entretenía con dormir envuelta en sedas, comer en vajilla de oro y ser la única mujer más temida y admirada de la historia florinesa. Si tenía defectos en la figura, sus trajes los ocultaban; si su cara era algo menos que divina, resultaba difícil notarlo una vez que había acabado de aplicarse los afeites. (Esto ocurrió antes de que existiera el encanto, pero de no haber sido por damas como la condesa, jamás habría habido necesidad de inventarlo.)

En suma, que los Rugen eran la pareja de la semana de Florin y lo habían sido durante muchos años…

Éste soy yo. Todos los comentarios de compilación y de otro tipo irán en cursiva, para que lo sepáis. Al principio, cuando dije que nunca había leído este libro, era verdad. Me lo leyó mi padre, y al hacer la compilación, me limité a ojearlo velozmente, taché capítulos enteros y dejé lo demás tal como figuraba en la obra original de Morgenstern.

El presente capítulo ha sido reproducido completamente intacto. Y esta información mía no es más que para comentar la forma en que Morgenstern utilizaba los paréntesis. La revisora de Harcourt no hacía más que llenar los márgenes de las galeradas con preguntas como ésta: «¿Cómo es posible que haya ocurrido antes de que existiera Europa pero después de que existiera París?». Y «¿Cómo es posible que esto ocurra antes del encanto cuando el encanto es un concepto antiguo? Véase el término glamer en el Oxford English Dictionary». Y más adelante: «Me estoy volviendo loca. ¿Qué puedo hacer con tantos paréntesis? ¿Cuándo se desarrolla la historia que se cuenta en este libro? No entiendo nada. ¡¡¡Socooooorrooooooo!!!». Denise, la revisora, ha corregido todos mis libros desde Boys and Girls Together y en sus notas al margen, nunca se había mostrado tan emotiva conmigo.

No pude ayudarla.

Una de dos, o Morgenstern hacía esos comentarios en serio, o no los hacía en serio. O tal vez algunos los hacía en serio y otros no. Pero nunca dijo cuáles de ellos iban en serio. O tal vez fuera un recurso estilístico que el autor utilizaba para decirle al lector que «esto no es real; jamás ocurrió». Es lo que yo pienso, a pesar del hecho de que si uno rastrea en la historia de Florin, se dará cuenta de que ocurrió realmente. Me refiero a los hechos porque nadie podrá decir nada sobre las motivaciones mismas. Lo único que puedo sugeriros es que no leáis los paréntesis si os molestan.

—Deprisa…, deprisa…, ven.

El padre de Buttercup estaba en su casa, mirando por la ventana.

—¿Por qué?

La que preguntaba era la madre. Cuando se trataba de obedecer, nunca hacía concesiones.

El padre señaló veloz con el dedo y le dijo:

—Mira…

—Pues mira tú, ya sabes cómo hacerlo.

Los padres de Buttercup no eran lo que se dice un matrimonio feliz. Cada uno de ellos no soñaba con otra cosa que abandonar al otro.

El padre de Buttercup se encogió de hombros y se dirigió a la ventana.

—¡Aaaah! —exclamó al cabo de un rato. Y poco después, añadió—: ¡Aaaah!

La madre de Buttercup levantó brevemente la vista del guisado.

—¡Cuánta riqueza! —exclamó el padre de Buttercup—. Es gloriosa.

La madre de Buttercup vaciló, y luego dejó la cuchara del guisado. (Esto fue después de que se inventara la cuchara del guisado, aunque todo se inventó después del guisado. Cuando el primer hombre salió arrastrándose del fango y construyó su primera casa en tierra firme, esa noche, lo primero que cenó fue un guisado.)

—El corazón se sobrecoge ante tanta magnificencia —masculló en voz muy alta el padre de Buttercup.

—¿De qué se trata exactamente, gordito? —exigió saber la madre de Buttercup.

—Pues mira tú, ya sabes cómo hacerlo —fue todo lo que contestó.

(Ésta era la trigésima tercera disputa del día —y ocurrió mucho después de que se inventaran las disputas— y ella le ganaba por veinte a trece, pero el hombre había recuperado mucho terreno desde el almuerzo, cuando el marcador se encontraba en diecisiete a dos.)

—Burro —le dijo la madre, y se dirigió a la ventana. Al cabo de un momento, exclamó junto con su marido—: ¡Aaahh!

Allí se quedaron los dos, diminutos y asombrados.

Buttercup los observaba mientras ponía la mesa.

—Seguramente vendrán de alguna parte para ver al príncipe Humperdinck —comentó la madre de Buttercup.

El padre asintió y dijo:

—Cacería. El príncipe se dedica a la cacería.

—¡Qué afortunados somos de haberles visto pasar! —observó la madre de Buttercup, y aferró la mano de su esposo.

El viejo asintió y dijo:

—Ahora puedo morirme.

Ella le miró y repuso:

—No te mueras.

Su tono era sorprendentemente tierno y, con toda probabilidad, presintió lo importante que era para ella aquel hombre, porque cuando murió, dos años más tarde, ella no tardó en seguirle, y casi toda la gente que la conocía bien coincidió en señalar que lo que acabó con ella fue la repentina falta de oposición.

Buttercup se les acercó y permaneció detrás de ellos, mirando por encima de sus hombros, y tampoco tardó en quedarse boquiabierta, porque el conde y la condesa con todos sus escuderos, sus soldados, sus siervos, sus cortesanos, sus campeones y sus carruajes pasaban por el sendero para carros, justo delante de la granja.

Los tres permanecieron en silencio mientras la procesión avanzaba. El padre de Buttercup era un hombre mentecato y pequeñito que siempre había soñado con vivir como el conde. En cierta ocasión había estado a tres kilómetros del lugar donde el conde y el príncipe habían estado cazando, y hasta ese momento, aquél había sido el momento más culminante de su vida. Como campesino era muy malo, y como esposo no le iba mucho mejor. No había muchas cosas en el mundo en las que destacara, y nunca llegó a explicarse a ciencia cierta cómo había logrado engendrar a su hija, pero en el fondo de su corazón sabía que debía tratarse de alguna especie de error maravilloso, cuya naturaleza no tenía ninguna intención de investigar.

La madre de Buttercup era una mujer pequeñita y arrugada, enjuta y de aire preocupado, que siempre había soñado con llegar a ser famosa aunque fuera una sola vez, como se decía que lo era la condesa. Era muy mala cocinera, y como ama de llaves incluso mucho más limitada. Cómo había logrado su vientre engendrar a Buttercup era algo que, obviamente, escapaba a su entendimiento. Pero había estado presente cuando ocurrió y para ella, era suficiente.

Buttercup, media cabeza más alta que sus padres, que seguía con los platos de la cena en las manos y seguía oliendo a *Caballo*, sólo deseaba que la gran procesión no se encontrara tan lejos, para poder comprobar si los trajes de la condesa eran tan hermosos como se decía.

Como respondiendo a sus deseos, la procesión giró y comenzó a enfilar hacia la granja.

—¿Aquí? —logró preguntarse el padre de Buttercup—. Dios mío, ¿por qué?

La madre de Buttercup se volvió hacia su esposo e inquirió:

—¿No te habrás olvidado de pagar los impuestos?

(Esto ocurrió después de que se inventaran los impuestos. Pero todo ocurre después de la invención de los impuestos, porque se inventaron incluso antes que el guisado.)

—Si no los hubiera pagado, no hacía falta que enviaran a tanta gente para cobrarlos —e hizo un ademán hacia la entrada de su granja, porque el conde y la condesa, acompañados de sus pajes, sus soldados, sus siervos, sus cortesanos, sus campeones y sus carruajes se iban acercando más y más—. ¿Qué habrán venido a pedirme?

—Ve a ver, ve a ver —le ordenó la madre de Buttercup.

—Ve a ver tú. Por favor.

—No, ve tú. Por favor.

—Iremos los dos juntos.

Y juntos fueron. Temblando…

—Las vacas —le dijo el conde, cuando se acercaron a su dorado carruaje —. Me gustaría hablar de tus vacas.

Se dirigió a ellos desde el interior del carruaje, con el oscuro rostro oculto entre las sombras.

—¿De mis vacas? —inquirió el padre de Buttercup.

—Sí. Verás, he pensado montar una granja lechera, y como tus vacas tienen fama de ser las mejores del reino de Florin, pensé que tal vez podría arrancarte el secreto de cómo lo haces.

—Mis vacas —logró repetir apenas el padre de Buttercup, con la esperanza de no perder el juicio.

Porque lo cierto era que, y lo sabía bien, sus vacas eran horrendas. Durante años, los de la aldea no habían hecho otra cosa que quejarse. Si a algún otro se le hubiese ocurrido vender leche, él no habría tardado en arruinarse. Aunque tenía que reconocer que las cosas habían mejorado desde que el mozo de labranza trabajaba para él como un esclavo —era indudable que el mozo poseía ciertas habilidades y que en aquellos momentos, las quejas eran muy

pocas—, pero eso no convertía a sus animales en las mejores vacas de Florin. Con todo, al conde no se le podía contradecir. El padre de Buttercup se dirigió a su esposa y le preguntó:

—Querida, ¿cuál dirías tú que es mi secreto?

—Pues…, son tantos… —repuso.

Estaba claro que no era tonta, y menos cuando se trataba de la calidad de su ganado.

—No tenéis hijos, ¿verdad? —les preguntó entonces el conde.

—Sí tenemos, señor —repuso la madre.

—Entonces dejadme verla —prosiguió el conde—, quizá ella sea más rápida en responder que sus padres.

—Buttercup —gritó el padre, volviéndose—. Sal, por favor.

—¿Cómo sabíais que teníamos una hija? —preguntó la madre de Buttercup.

—Lo adiviné. Supuse que sería una hija. Hay días en que soy más afortunado que… —se interrumpió de repente.

Porque Buttercup hizo su aparición: salía a toda prisa de la casa de sus padres.

El conde bajó del carruaje. Con gracia saltó al suelo y se quedó inmóvil. Era un hombre corpulento, de cabello y ojos negros y anchos hombros; llevaba unos guantes y una capa negros.

—La reverencia, querida —susurró la madre de Buttercup.

Buttercup la hizo lo mejor que pudo.

El conde no podía dejar de mirarla.

Debéis comprender que apenas se encontraba entre las veinte principales; llevaba el pelo desgreñado y sucio; sólo contaba diecisiete años, por lo tanto, en algunas partes de su cuerpo aún se le notaba la obesidad de la niñez. Todo lo que tenía era estrictamente potencial.

Aun así, el conde no podía quitarle los ojos de encima.

—Al conde le gustaría conocer cuál es el secreto de la grandeza de nuestras vacas, ¿no es así, mi señor? —dijo el padre de Buttercup.

El conde se limitó a asentir si apartar la vista.

Incluso la madre de Buttercup notó una cierta tensión en el aire.

—Preguntadle al mozo de labranza, él es quien las cuida —repuso

Buttercup.

—¿Es aquél el mozo de labranza? —inquirió otra voz desde el interior del carruaje.

Acto seguido, el rostro de la condesa apareció en el marco de la portezuela del carruaje.

Llevaba los labios pintados de un rojo perfecto, y los ojos verdes delineados de negro. Todos los colores del mundo lucían como apagados en su traje. Era tal el brillo que Buttercup sintió el impulso de cubrirse los ojos.

El padre de Buttercup se volvió hacia la silueta solitaria que espiaba desde una esquina de la casa.

—Sí.

—Traedlo ante mí.

—No está vestido adecuadamente para semejante ocasión —repuso la madre de Buttercup.

—No es la primera vez que veo torsos desnudos —replicó la duquesa. Acto seguido, señalando al mozo de labranza, le gritó—: ¡Eh, tú, ven aquí! —y chasqueó los dedos al pronunciar «aquí».

El mozo de labranza hizo lo que le ordenaban.

Cuando estuvo cerca, la condesa abandonó el carruaje.

Al encontrarse a unos pasos de Buttercup, se detuvo, e inclinó la cabeza en la posición adecuada. Se avergonzaba de su atuendo: botas gastadas, tejanos raídos (los tejanos se inventaron mucho antes de lo que todo el mundo supone), y juntó las manos en un ademán de súplica.

—¿Tienes un nombre, muchacho?

—Me llamo Westley, condesa.

—Bien, Westley, quizá puedas ayudarnos a solucionar el problema que tenemos. —Se acercó al muchacho. La tela de su falda rozó la piel de Westley —. Estamos muy interesados en el tema de las vacas. Es tal nuestra curiosidad que nos encontramos al borde del frenesí. Westley, ¿por qué supones tú que las vacas de esta granja en particular son las mejores de Florin? ¿Qué les haces?

—Yo sólo les doy de comer, condesa.

—Pues bien, ya está resuelto el misterio, el secreto; ahora podemos descansar. Es evidente que la magia está en la alimentación que les da Westley. Enséñame cómo lo haces, ¿quieres, Westley?

—¿Que dé de comer a las vacas para vos, condesa?

—Eres un muchacho listo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo estará bien —le tendió el brazo—. Llévame, Westley.

A Westley no le quedó otra alternativa que cogerla del brazo. Con suavidad.

—Es detrás de la casa, señora; está lleno de barro. Se os estropeará el traje.

—Me los pongo una sola vez, Westley; ardo en deseos de verte en acción.

Y partieron hacia el establo.

Mientras ocurría todo esto, el conde no dejaba de mirar a Buttercup.

—Te ayudaré —le gritó Buttercup a Westley.

—Tal vez sea mejor que vea cómo lo hace —decidió el conde.

—Están ocurriendo cosas extrañas —dijeron los padres de Buttercup.

Ellos también partieron, cerrando la comitiva que exploraría la alimentación de las vacas, al tiempo que observaban al conde, que a su vez observaba a Buttercup, que a su vez observaba a la condesa.

Que a su vez observaba a Westley.

—No he visto nada especial en lo que hacía —comentó el padre de Buttercup—. Sólo les dio de comer.

Ya habían cenado, y la familia estaba otra vez a solas.

—Deben de tenerle cariño. En cierta ocasión tuve un gato que sólo se ponía hermoso cuando yo le daba de comer. Quizá en este caso ocurra lo mismo. —La madre de Buttercup raspó los restos del guisado del fondo de la olla y los echó en un cuenco—. Toma —le dijo a su hija—. Westley espera junto a la puerta trasera; llévale la cena.

Buttercup cogió el cuenco y abrió la puerta trasera.

—Toma —dijo.

Él asintió, cogió el cuenco y se dispuso a dirigirse hacia su tocón para comer.

—No te he dado permiso, muchacho —le dijo Buttercup. Él se detuvo, y se volvió—. No me gusta lo que estás haciéndole a *Caballo*. Mejor dicho, lo que no estás haciéndole. Quiero que lo asees. Esta misma noche. Y que le saques brillo a los cascos. Esta misma noche. Quiero que le trences la cola y que le masajees las orejas. Esta misma noche. Quiero que sus establos estén inmaculados. Ahora mismo. Quiero que brille, y si tardas toda la noche, pues

tardas toda la noche.

—Como desees.

Cerró de un portazo y dejó que comiera en la oscuridad.

—Me parecía que *Caballo* tenía muy buen aspecto —le comentó su padre.

Buttercup no dijo palabra.

—Tú misma lo dijiste ayer —le recordó su madre.

—Debo de estar muy fatigada —logró decir Buttercup—. Con tanta agitación…

—Pues descansa —le sugirió su madre—. Pueden ocurrir cosas tremendas cuando uno está fatigado. Fíjate, yo estaba fatigada la noche que tu padre se me declaró.

Treinta y cuatro a veintidós, y la diferencia iba en aumento.

Buttercup se marchó a su cuarto, se tendió en la cama y cerró los ojos.

Y la condesa miraba a Westley.

Buttercup se levantó de la cama, se quitó la ropa, se lavó un poco, se puso el camisón, se metió entre las sábanas hecha un ovillo y cerró los ojos.

¡La condesa seguía mirando a Westley!

Buttercup apartó las sábanas, y abrió la puerta. Fue al fregadero que había junto al hornillo y se sirvió un vaso de agua. Se lo bebió. Se sirvió otro vaso y se lo pasó por la frente para refrescarse. La sensación febril seguía allí.

¿Cuán febril? Se sentía estupendamente. Tenía diecisiete años, y ni una sola caries. Con firmeza, echó el agua al fregadero, se volvió y con paso decidido regresó a su cuarto, cerró la puerta y se metió en la cama. Cerró los ojos.

¡La condesa no dejaba de mirar a Westley!

¿Por qué? ¿Por qué rayos la mujer más perfecta de toda la historia de Florin se interesaba en el mozo de labranza? Buttercup dio vueltas y más vueltas en la cama. Sólo había algo que explicara esa mirada: estaba interesada en él. Buttercup cerró los ojos con fuerza y estudió el recuerdo que guardaba de la condesa. Estaba claro que el mozo de labranza tenía algo que le interesaba. Los hechos saltaban a la vista. Pero ¿qué sería? El mozo tenía unos ojos como el mar antes de la tempestad, pero ¿quién se fijaba en los ojos? Y si a una le gustaban esos detalles, tenía el pelo de un rubio claro. Y los hombros de un ancho suficiente, pero no mucho más anchos que los del conde. Y era sin duda musculoso, pero cualquiera que se pasara el día trabajando como un

esclavo sería musculoso. Tenía la piel perfecta y bronceada, pero eso también era producto del duro trabajo; si estaba todo el día al sol, ¿cómo no iba a broncearse? Y no era mucho más alto que el conde, aunque tenía el vientre más plano, pero eso era debido a que el mozo de labranza era más joven.

Buttercup se sentó en la cama. Debían de ser sus dientes. El mozo de labranza tenía una buena dentadura; había que prodigar ese elogio porque era merecido. Blancos y perfectos, destacaban especialmente en la cara bronceada. ¿Podría haber sido otra cosa? Buttercup se concentró. Las muchachas de la aldea seguían bastante al mozo de labranza cuando éste efectuaba los repartos, pero eran unas idiotas, porque ésas seguían a cualquiera. Y él nunca les hacía ningún caso, porque si alguna vez llegaba a abrir la boca, ellas se habrían dado cuenta de que lo único que tenía era una buena dentadura, porque al fin y al cabo, era excepcionalmente estúpido.

Resultaba muy extraño que una mujer tan hermosa, tan delgada, tan cimbreña y agraciada, una criatura con un envoltorio tan perfecto, vestida de manera tan exquisita como la condesa, quedara prendada de ese modo de una dentadura. Buttercup se encogió de hombros. La gente era sorprendentemente complicada. Pero Buttercup lo tenía todo diagnosticado, deducido, claro. Cerró los ojos, se acomodó bien en la cama, se hizo un ovillo, y nadie mira a nadie del modo que la condesa había mirado al mozo de labranza sólo por la dentadura.

—Oh —jadeó Buttercup—. Oh, cielos, cielos.

El mozo de labranza miraba a su vez a la condesa.

Estaba dando de comer a las vacas y sus músculos se tensaban del modo que lo hacían siempre bajo la piel bronceada y Buttercup estaba allí de pie, observando, cuando por primera vez el mozo miró a los ojos a la condesa.

Buttercup saltó de la cama y comenzó a pasearse por su cuarto. ¿Cómo pudo atreverse? Vaya, no hubiera tenido nada de particular si sólo la hubiese mirado, pero no la miró sino que «la miró».

—Es tan vieja —masculló Buttercup con ánimo tormentoso.

La condesa no cumpliría otra treintena, y eso era un hecho. Y su traje se veía ridículo en el establo; eso también era un hecho.

Buttercup se dejó caer en la cama y se apretó a la almohada que tenía atravesada sobre sus pechos. El traje era ridículo incluso antes de que llegara al establo. La condesa tenía un pésimo aspecto incluso en el mismo instante en que abandonó el carruaje, con aquella boca enorme tan pintarrajeada y aquellos ojitos de cerdo pintados y aquella piel empolvada y… y… y…

Agitada e inquieta, Buttercup lloró y se revolvió y se paseó por el cuarto y

lloró otro poco, y sólo han existido tres destacados casos desde que David de Galilea padeció los efectos de este sentimiento cuando ya no logró soportar el hecho de que los cactus de su vecino Saúl superaran en belleza a los suyos. (En sus orígenes, los celos quedaron circunscritos exclusivamente al ámbito vegetal, a los cactus y a los ginkgos ajenos, aunque posteriormente, cuando ya existía la hierba, a la hierba, razón por la cual hasta el día de hoy se habla de ponerse verde de envidia, y por extensión, de celos.) Pues bien, el caso de Buttercup casi alcanzó a ocupar el cuarto puesto en la lista de todos los tiempos.

Aquélla fue una noche muy larga y muy verde.

Antes del amanecer, Buttercup se plantó delante de la choza del mozo de labranza. Oyó que ya estaba despierto. Llamó. Apareció él y se plantó en la puerta. A espaldas de Westley, Buttercup logró ver una pequeña vela y libros abiertos. Él esperó. Ella le miró, y después apartó la vista.

Era demasiado hermoso.

—Te amo —le dijo Buttercup—. Sé que esto debe resultarte sorprendente, puesto que lo único que he hecho siempre ha sido mofarme de ti, degradarte y provocarte, pero llevo ya varias horas amándote, y con cada segundo que pasa, te amo más. Hace una hora, creí que te amaba más de lo que ninguna mujer ha amado nunca a un hombre, pero media hora más tarde, supe que lo que había sentido entonces no era nada comparado con lo que sentí después. Mas al cabo de diez minutos, comprendí que mi amor anterior era un charco comparado con el mar embravecido antes de la tempestad. A eso se parecen tus ojos, ¿lo sabías? Pues sí. ¿Cuántos minutos hace de eso? ¿Veinte? ¿Serían mis sentimientos tan encendidos entonces? No importa. —Buttercup no podía mirarle. El sol comenzó a asomar entonces a sus espaldas y le infundió valor —. Ahora te amo más que hace veinte minutos, tanto que no existe comparación posible. Te amo mucho más en este momento que cuando abriste la puerta de tu choza. En mi cuerpo no hay sitio más que para ti. Mis brazos te aman, mis orejas te adoran, mis rodillas tiemblan de ciego afecto. Mi mente te suplica que le pidas algo para que pueda obedecerte. ¿Quieres que te siga para el resto de tus días? Lo haré. ¿Quieres que me arrastre? Me arrastraré. Por ti me quedaré callada, por ti cantaré, y si tienes hambre, deja que te traiga comida, y si tienes sed y sólo el vino árabe puede saciarla, iré a Arabia, aunque esté en el otro confín del mundo, y te traeré una botella para el almuerzo. Si hay algo que sepa hacer por ti, lo haré; y si hay algo que no sepa, lo aprenderé. Sé que no puedo competir con la condesa ni en habilidades ni en sabiduría ni en atracción, y vi la manera en que te miró. Y vi cómo tú la miraste. Pero recuerda, por favor, que ella es vieja y tiene otros intereses, mientras que yo tengo diecisiete años y para mí sólo existes tú. Mi querido Westley…, nunca te había llamado por tu nombre, ¿verdad…? Westley,

Westley, Westley, Westley…, querido Westley, adorado Westley, mi dulce, mi perfecto Westley, dime en un susurro que tendré la oportunidad de ganarme tu amor.

Dicho lo cual, se atrevió a hacer la cosa más valerosa que había hecho jamás: le miró directamente a los ojos.

Y él le cerró la puerta en la cara.

Sin una palabra.

Sin una palabra.

Buttercup echó a correr. Giró como un remolino y salió a la carrera. Las lágrimas amargas afluyeron a sus ojos; no veía nada, tropezó, fue a golpear contra el tronco de un árbol, cayó al suelo, se levantó, siguió corriendo; le ardía el hombro allí donde se había golpeado con el tronco del árbol; era un dolor fuerte, pero no lo suficiente como para aliviar su corazón destrozado. Corrió a refugiarse en su alcoba, a aferrarse a su almohada. Segura tras la puerta cerrada con llave, inundó el mundo con sus lágrimas.

Ni una sola palabra. No había tenido esa decencia. Pudo haberle dicho «Lo siento». ¿Se habría arruinado si le decía «Lo siento»? Pudo haberle dicho «Demasiado tarde».

¿Por qué no le dijo al menos algo?

Buttercup se devanó los sesos pensando en ello. Y de pronto, tuvo la respuesta: no le había hablado, porque en cuanto hubiera abierto la boca, ya estaba. Que era guapo no cabía duda, pero ¿acaso era tonto? En cuanto hubiera puesto la lengua en movimiento, todo habría acabado.

—Gagagaga.

Eso es lo que habría dicho. Era el tipo de cosas que Westley decía cuando se sentía realmente brillante.

—Gagagaga, gacias, Buttercup.

Buttercup se enjugó las lágrimas y comenzó a sonreír. Inspiró hondo y lanzó un suspiro. Aquello formaba parte del crecimiento. A una la asaltaban estas pasiones fugaces y con sólo parpadear, éstas desaparecían. Una perdonaba las faltas, encontraba la perfección y se enamoraba locamente; al día siguiente, salía el sol y todo había concluido. Apúntalo en el apartado de la experiencia, muchacha, y a seguir viviendo. Buttercup se puso de pie, se hizo la cama, se mudó de ropa, se peinó, sonrió y entonces volvió a asaltarla otra crisis de llanto. Porque las mentiras que una se cuenta a sí misma tienen un límite.

Westley no era ningún estúpido.

Claro que podía fingir que lo era. Podía burlarse de las dificultades que tenía con el lenguaje. Podía reprenderse por haberse infatuado con un estúpido. La verdad era sencillamente ésta: tenía la cabeza bien plantada. Y dentro llevaba un cerebro que era tan magnífico como su dentadura. No le había hablado por algún motivo, y éste no tenía nada que ver con el funcionamiento de la materia gris. En realidad no le había hablado porque no tenía nada que decir.

No correspondía a su amor, y eso era todo.

Las lágrimas que acompañaron a Buttercup durante el resto del día no se parecían en nada a las que la cegaron haciéndola chocar contra el tronco del árbol. Aquéllas habían sido sonoras y ardientes; latían. Éstas eran silenciosas y tranquilas, y lo único que hacían era recordarle que no era lo bastante buena. Tenía diecisiete años, y todos los hombres que había conocido en su vida se habían derrumbado a sus pies, y aquello no había tenido ningún significado para ella. Y la única vez que importaba, ella no era lo bastante buena. Lo único que sabía hacer era cabalgar, ¿y cómo iba a interesarle eso a un hombre cuando ese hombre había sido mirado por la condesa?

Oscurecía cuando oyó unos pasos delante de su puerta. Llamaron. Buttercup se secó los ojos. Volvieron a llamar.

—¿Quién es? —preguntó finalmente Buttercup con un bostezo…

—Westley.

Buttercup se repantingó en la cama.

—¿Westley? —preguntó—. Conozco yo a algún West… ¡Ah, sí, muchacho, eres tú, qué gracioso! —Se dirigió a la puerta, corrió el cerrojo y con un tono más afectado, le dijo—: Me alegro mucho de que hayas pasado por aquí, porque me he sentido fatal por la broma que te gasté esta mañana. Claro que ni por un momento pensaste que iba en serio, al menos creí que lo sabrías, pero después, cuando empezaste a cerrar la puerta, por un terrible instante, creí que tal vez había llevado demasiado lejos la broma, pobrecillo, podrías haber creído que te decía en serio lo que te dije, aunque ambos sabemos que es imposible que eso llegue a ocurrir nunca.

—He venido a despedirme.

El corazón de Buttercup dio un vuelco, pero ella continuó con el tono afectado.

—¿Quieres decir que te vas a dormir y que has venido a darme las buenas noches? Qué atento de tu parte, muchacho, demostrarme que me has perdonado por la broma de esta mañana; agradezco tu delicadeza y…

—Me marcho —la interrumpió.

—¿Te marchas? —El suelo comenzó a estremecerse. Ella se aferró al marco—. ¿Ahora?

—Sí.

—¿Por lo que te dije esta mañana?

—Sí.

—Te he asustado, ¿verdad? Me tragaría la lengua. —Meneó la cabeza una y otra vez—. De acuerdo, pues; has tomado una decisión. Pero ten presente una cosa: cuando ella haya acabado contigo, no te aceptaré, aunque me lo supliques.

Él se la quedó mirando.

—Como eres hermoso y perfecto —se apresuró a agregar Buttercup—, te has vuelto vanidoso. Piensas que no se cansará de ti, pues te equivocas, lo hará, además eres demasiado pobre.

—Parto para América. A hacer fortuna. —(Esto ocurrió poco después de que existiera América, pero mucho después de que existiesen las fortunas)—. Pronto zarpará un barco de Londres. En América hay grandes oportunidades. Voy a aprovecharme de ellas. He estado preparándome. En mi choza. He aprendido a no dormir casi. Conseguiré un trabajo de diez horas diarias y después otro trabajo de otras diez horas diarias y ahorraré hasta el último céntimo que gane, salvo lo que necesite para mantenerme fuerte, y cuando haya reunido suficiente, compraré una granja y construiré una casa y haré una cama lo bastante grande como para que quepan dos personas.

—Estás loco si te crees que ella será feliz en una granja destartalada de América. Y menos con lo que gasta en trajes.

—¡Deja de hablar de la condesa! Hazme ese favor especial. Antes de que me vuelva locoooooo.

Buttercup le miró.

—¿Es que no entiendes nada de lo que está pasando?

Buttercup meneó la cabeza.

Westley también sacudió la cabeza y le dijo:

—Supongo que nunca has sido la más brillante.

—¿Me amas, Westley? ¿Es eso?

No podía dar crédito a sus oídos.

—¿Que si te amo? Dios mío, si tu amor fuera un grano de arena, el mío sería un universo de playas. Si tu amor fuera…

—Oye, la primera no la he entendido bien —le interrumpió Buttercup. Comenzaba a entusiasmarse—. Vamos a ver si me aclaro. ¿Estás diciendo que mi amor es del tamaño de un grano de arena y que el tuyo es esa otra cosa? Es que las imágenes me confunden tanto que… ¿Es tu universo de no sé qué más grande que mi arena? Ayúdame, Westley. Tengo la impresión de que estamos al borde de algo tremendamente importante.

—Durante todos estos años he permanecido en mi choza por ti. He aprendido idiomas por ti. He fortalecido mi cuerpo porque creí que podría halagarte un cuerpo fuerte. He vivido toda la vida rogando porque llegase el día en que te fijaras en mí. En estos años, cada vez que posaba en ti mis ojos, el corazón me latía desbocado en el pecho. No ha pasado ni una sola noche sin que me durmiera viendo tu rostro. No ha pasado ni una sola mañana sin que tu imagen aleteara tras mis párpados al despertar… ¿Has logrado entender algo de lo que acabo de decirte, Buttercup, o quieres que siga?

—No pares nunca.

—No ha pasado…

—Westley, si me estás tomando el pelo, te mataré.

—¿Cómo puedes soñar siquiera que te esté tomando el pelo?

—Es que no me has dicho que me quieres ni una sola vez.

—¿Es todo lo que necesitas? Sencillo. Te quiero. ¿De acuerdo? ¿Quieres que te lo diga en voz más alta? Te quiero. ¿Quieres que te lo deletree? T, e, q, u, i, e, r, o. ¿Quieres que te lo diga al revés? Quiérete.

—Ahora sí me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Puede que un poco; hace mucho tiempo que te lo digo, pero tú no querías escucharme. Cada vez que tú me decías: «Muchacho, haz esto», te parecía que yo te contestaba: «Como desees», pero era porque no me oías bien. «Te quiero» era lo que en realidad te decía, pero tú nunca me escuchaste, jamás.

—Te oigo ahora, y te prometo una cosa: nunca amaré a otro. Sólo a Westley. Hasta que muera.

Él asintió, y dio un paso atrás.

—Pronto enviaré a alguien a buscarte. Créeme.

—¿Mentiría acaso mi Westley?

Retrocedió otro paso.

—Se me hace tarde. Debo marcharme, es preciso. El barco no tardará en zarpar y Londres está lejos.

—Entiendo.

Westley tendió la mano derecha. A Buttercup le costaba respirar.

—Adiós.

Ella logró levantar la mano derecha hacia la de él. Se estrecharon las manos.

—Adiós —repitió él.

Ella asintió levemente.

Él retrocedió otro paso, pero no se volvió. Ella le observó.

Él se volvió.

Las palabras le salieron de un tirón:

—¿Te marchas sin un solo beso?

Se abrazaron.

Ha habido cinco grandes besos desde el año 1642 d. C.: cuando el descubrimiento accidental de Saúl y Delilah Korn se propagó por la civilización occidental. (Antes de esa fecha, las parejas solían enlazar los pulgares.) La estimación exacta de los besos es algo terriblemente difícil, y a menudo provoca grandes controversias, porque si bien todos coinciden en la fórmula de afecto, pureza, intensidad y duración, nadie se ha sentido nunca completamente satisfecho con el peso que ha de darse a cada elemento. Cualquiera que sea el sistema de estimación empleado, existen cinco besos que todos consideran merecedores de la máxima puntuación.

Pues bien, éste los superó a todos.

A la mañana siguiente de la partida de Westley, Buttercup pensó que no tenía derecho a hacer otra cosa que estar sentada, enjugándose las lágrimas y sintiendo lástima de sí misma. Al fin y al cabo, el amor de su vida se había marchado, su existencia no tenía sentido, cómo podía enfrentarse al futuro, etcétera, etcétera.

Pero al cabo de dos segundos en ese estado de ánimo, se dio cuenta de que Westley había salido al mundo, que se acercaba cada vez más a Londres; entonces, ¿qué ocurriría si él quedara prendado de una hermosa muchacha de la ciudad mientras ella seguía allí, desmoronándose? O algo peor, ¿qué ocurriría si llegaba a América y trabajaba en sus empleos y construía su granja y la cama y la mandaba a buscar y cuando ella llegara allá él la mirara y le dijera: «Te enviaré de vuelta. Te has estropeado los ojos de tanto secarte las lágrimas; se te ha deslucido la piel de tanto apiadarte de ti misma; eres una criatura de aspecto desaliñado, me casaré con una india que vive en un tipi de

por aquí y que siempre está en óptimas condiciones»?

Buttercup corrió a mirarse en el espejo de su alcoba.

—Oh, Westley —dijo—, no debo defraudarte nunca —y corrió escalera abajo hasta donde sus padres estaban discutiendo.

(Dieciséis a trece, y eso que todavía no habían desayunado.)

—Necesito vuestro consejo —les interrumpió Buttercup—. ¿Qué puedo hacer para mejorar mi apariencia personal?

—Empieza por bañarte —repuso su padre.

—Y, de paso, hazte algo en ese pelo —le dijo su madre.

—Excávate el territorio que llevas detrás de las orejas.

—No te olvides de las rodillas.

—No está mal para empezar —dijo Buttercup y sacudió la cabeza—. Tiene gracia, pero no es fácil ser limpia.

Impertérrita, puso manos a la obra.

Se despertaba cada mañana, al amanecer, y de inmediato concluía con las faenas de la granja. Había mucho trabajo ahora que Westley se había marchado. Más aún, pues desde que el conde los había visitado, todos los de aquella zona habían aumentado sus pedidos de leche. De manera que hasta bien entrada la tarde no le quedaba tiempo para mejorar su aspecto.

Pero entonces sí que ponía manos a la obra. En primer lugar, un buen baño frío. Después, mientras se le secaba el pelo, se dedicaba a componer los fallos de su figura (tenía un codo demasiado huesudo, y la muñeca del brazo opuesto no era lo bastante huesuda). Y hacía ejercicio para perder el resto de obesidad infantil (era muy poca la que le quedaba, porque tenía ya casi dieciocho años). Y se cepillaba y cepillaba el pelo.

Lo tenía de color del otoño, y nunca se lo había cortado, de manera que le llevaba su tiempo cepillárselo cien veces, pero no le importaba, porque Westley nunca se lo había visto así de limpio… y vaya si se sorprendería cuando llegara a América y bajara del barco. Tenía la piel del color de la nata helada, y se frotaba cada palmo de piel hasta dejarla más que reluciente, cosa que no era nada divertida, pero como se alegraría Westley al ver lo limpia que estaba cuando llegara a América y bajara del barco.

Rápidamente comenzaron a apreciar su potencial. En dos semanas del vigésimo puesto pasó al decimoquinto, un cambio jamás visto en aquellas épocas. Al cabo de tres semanas, ya se había ubicado en la novena posición y seguía subiendo. La competencia era tremenda, pero al día siguiente de llegar

al noveno puesto, recibió una carta de Westley desde Londres, y con sólo leerla, saltó al octavo. En realidad, a eso se debía su escalada: su amor por Westley no dejaba de aumentar, y por las mañanas, cuando iba a entregar la leche, la gente se quedaba azorada. Había quienes no lograban hacer otra cosa que balbucear, pero muchos lograban hablar, y quienes lo hacían, la encontraban mucho más cálida y amable de lo que había sido jamás. Hasta las muchachas de la aldea la saludaban con inclinaciones de cabeza y sonrisas, y algunas de ellas llegaban incluso a preguntarle por Westley, craso error a menos que se dispusiera de mucho tiempo libre, porque cuando alguien le preguntaba a Buttercup cómo estaba Westley…, pues bien, ella se explayaba. Era supremo, como de costumbre; era espectacular; era singularmente fabuloso. Podía pasarse horas y horas alabándolo. A veces, a sus interlocutores les resultaba un poquitín difícil mantener la atención, pero se esforzaban, porque era mucho lo que Buttercup amaba a su Westley.

Fue por eso que la muerte de Westley la golpeó del modo en que lo hizo.

Le había escrito justo antes de zarpar para América. Su barco se llamaba *Orgullo de la Reina*, y la amaba. (Así era como redactaba sus oraciones: Hoy llueve, y te amo. Estoy mejor del resfriado, y te amo. Saluda a *Caballo* de mi parte, y te amo. Así.)

Después no hubo más cartas, pero era lógico; estaba en alta mar. Entonces fue cuando se enteró. Regresaba a casa después de haber hecho el reparto de la leche y encontró a sus padres rígidos.

—Cerca de la costa de Carolina —susurró su padre.

—Sin previo aviso. De noche —susurró su madre.

—¿Qué? —inquirió Buttercup.

—Piratas —repuso su padre.

Buttercup creyó oportuno sentarse.

Silencio en la estancia.

—Entonces, ¿lo han hecho prisionero? —logró preguntar Buttercup.

Su madre negó con la cabeza.

—Ha sido Roberts —dijo su padre—. El temible pirata Roberts.

—Oh —dijo Buttercup—. El que nunca deja supervivientes.

—Sí —replicó su padre.

Silencio en la estancia.

De repente, Buttercup se puso a hablar a toda prisa:

—¿Lo apuñalaron…? ¿Se ahogó…? ¿Lo degollaron mientras dormía…? ¿Suponéis que lo despertaron…? Tal vez lo azotaran hasta morir… —Entonces se puso de pie—. Estoy diciendo tonterías, perdonadme. —Sacudió la cabeza—. Como si la forma en que lo mataron tuviera alguna importancia. Perdonadme, por favor.

Dicho lo cual, se dirigió rápidamente a su alcoba.

Y allí permaneció durante muchos días. Al principio, sus padres intentaron disuadirla con toda clase de trucos, pero ella no se dejó engañar. Le llevaban comida y se la dejaban delante de la puerta; ella sólo tomaba lo suficiente como para seguir con vida. Del interior jamás se oyó ruido alguno, ni llantos, ni gemidos amargos.

Cuando por fin salió de su alcoba, tenía los ojos secos. Sus padres levantaron la vista del silencioso desayuno y la miraron. Los dos hicieron ademán de levantarse, pero ella alzó una mano indicándoles que no lo hicieran.

—Por favor, puedo cuidarme sola —dijo, y se dispuso a servirse algo de comida.

Sus padres la observaban atentamente.

En realidad, nunca había tenido un aspecto tan radiante. Cuando se había encerrado en su alcoba era una muchacha increíblemente hermosa. La mujer que salió de esa misma alcoba era un poco más delgada, mucho más sabia, e infinitamente más triste. Ésta comprendía la naturaleza del dolor, y debajo de la gloria de sus facciones se entreveían el carácter y la sabiduría que otorga el sufrimiento.

Tenía entonces dieciocho años. Era la mujer más hermosa que existiera en cien años. A ella parecía no importarle.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su madre.

Buttercup bebió el chocolate a sorbos.

—Muy bien —repuso.

—¿Estás segura? —inquirió su padre.

—Sí —replicó Buttercup. Siguió una larguísima pausa—. Pero no debo volver a amar nunca.

No volvió a hacerlo.

EL PROMETIDO

Esta es mi primera gran supresión. El capítulo uno, «La prometida», trata, en su mayoría, de la prometida. El capítulo dos, «El prometido», sólo habla del príncipe Humperdinck en las últimas páginas.

Jason, mi hijo, abandonó la lectura en este capítulo, y no hay manera de culparlo por ello. Porque Morgenstern abre este capítulo dedicándole sesenta páginas a la historia florinesa. Para ser más exactos, a la historia de la corona florinesa.

¿Aburrido? No lo creo.

¿Por qué iba un maestro de la narrativa a interrumpir bruscamente su narración sin haberle dado la oportunidad de comenzar a generarse? No existe respuesta conocida. Lo único que se me ocurre es que para Morgenstern, la verdadera narración no se centraba en Buttercup y en las notables vicisitudes que había de soportar, sino más bien en la historia de la monarquía y temas por el estilo. Cuando se publique esta versión, supongo que cada uno de los eruditos florinenses vivos van a asesinarme. (La Universidad de Columbia no sólo cuenta con los principales expertos florinenses de América, sino que posee vínculos directos con el Times Book Review *de Nueva York. Es algo que no puedo evitar, y espero que comprendan que no he tenido nunca la intención de mostrarme destructivo con la visión de Morgenstern.)*

El príncipe Humperdinck tenía forma de barril. Su pecho era enorme como un barril y tenía unos poderosos muslos abarrilados. No era alto, pero pesaba cerca de los ciento veinte kilos, y era duro como la piedra. Caminaba de costado, como el cangrejo, y probablemente, si hubiera deseado convertirse en bailarín, habría estado condenado a una miserable existencia de infinitas frustraciones. Pero no deseaba convertirse en bailarín. Tampoco tenía demasiada prisa por convertirse en rey. Hasta la guerra, actividad en la que destacaba, ocupaba un segundo plano en sus afectos. Todo ocupaba un segundo plano en sus afectos.

La caza era su gran amor.

Se había impuesto la costumbre de no dejar que transcurriese un solo día sin matar algo. No importaba qué. Al comienzo de su afición, sólo se dedicaba a matar presas grandes: elefantes o pitones. Pero luego, a medida que sus habilidades fueron en aumento, comenzó a disfrutar también con el sufrimiento de pequeñas bestias. Era capaz de pasarse una tarde entera felizmente dedicado a rastrear a una ardilla voladora a través de los bosques o a una trucha arco iris por los ríos. Cuando se le metía una idea entre ceja y

ceja, cuando se concentraba en un objeto, el príncipe era implacable. Nunca se cansaba, jamás vacilaba, no comía ni dormía. Para él aquello era el ajedrez de la muerte, y él era el gran maestro internacional.

Al principio, viajó por todo el mundo en busca de oposición. Pero los viajes consumían tiempo, tanto barcos como caballos no daban mucho de sí, y estar alejado de Florin resultaba preocupante. Siempre tenía que haber un heredero al trono, y mientras su padre siguiera vivo, no había problema. Pero algún día, su padre moriría, y entonces el príncipe se convertiría en rey y tendría que elegir una reina para que le diera un heredero al trono que lo sustituyera cuando él muriese.

De manera que para evitar el problema de la ausencia, el príncipe Humperdinck se construyó el Zoo de la Muerte. Lo diseñó él mismo con ayuda del conde Rugen, y ordenó a sus mercenarios que recorrieran todo el mundo para conseguirle ejemplares. El Zoo estaba lleno a rebosar de cosas que el príncipe podía cazar, y no se parecía a ninguno de los santuarios animales existentes. En primer lugar, allí nunca había visitantes. Sólo el guardián albino, que se cuidaba de alimentar adecuadamente a las bestias y de que allí no hubiera enfermedades ni debilidades.

El Zoo tenía otra particularidad: era subterráneo. El príncipe escogió personalmente el sitio, en el rincón más tranquilo y más apartado de los jardines del castillo. Y decretó que tendría cinco niveles, todos ellos con los requisitos adecuados a sus enemigos individuales. En el primer nivel colocó a los enemigos veloces: perros salvajes, leopardos, colibríes. Al segundo nivel pertenecían los enemigos fuertes: las anacondas, los rinocerontes y los cocodrilos de más de seis metros. El tercer nivel era para los venenosos: las cobras, las arañas saltarinas, una profusión de murciélagos letales. El cuarto nivel era el reino de los más peligrosos, los enemigos más aterradores: la tarántula chillona (la única araña capaz de emitir sonidos), el águila sanguinaria (el único pájaro que se alimentaba de carne humana) y, en su exclusiva piscina negra, el calamar chupador. Incluso el albino se echaba a temblar a la hora de alimentar a los animales del cuarto nivel.

El quinto nivel estaba vacío.

El príncipe lo construyó con la esperanza de encontrar algún día algo que mereciera la pena, algo tan peligroso, fiero y poderoso como él.

Cosa poco probable. No obstante, el príncipe era un eterno optimista, y en el quinto nivel tenía siempre preparada una jaula enorme.

En los restantes cuatro niveles ya había material letal más que suficiente para hacer feliz a un hombre. En ocasiones, el príncipe escogía su presa por puro azar: tenía una enorme rueda con una aguja giratoria, y en la parte

exterior de la rueda estaban los dibujos de todos los animales del Zoo; solía hacer girar la aguja a la hora del desayuno, y cuando se detenía, el albino escogía la presa marcada. En ocasiones escogía según el humor: «Hoy me siento veloz; tráeme un leopardo», o bien, «Hoy me siento fuerte, suelta al rinoceronte». Y, como era natural, se hacía lo que él pedía.

Estaba acabando con un orangután cuando la cuestión de la salud del rey efectuó su última intrusión. Era media tarde, el príncipe había estado enzarzado con la bestia gigantesca desde la mañana y, por fin, después de todas esas horas, aquella cosa peluda comenzaba a debilitarse. El simio intentó morderlo una y otra vez, síntoma seguro de que perdía fuerza en los brazos. El príncipe esquivó fácilmente los frustrados mordiscos y el pecho del simio se agitó: el animal se desesperaba por respirar. Con sus andares de cangrejo, el príncipe dio un paso de lado, y luego otro, después, salió disparado hacia adelante, hizo girar en sus brazos a la enorme bestia, y comenzó a presionarle la espina dorsal. (Todo esto tenía lugar en el foso de los monos, donde el príncipe se desahogaba con cualquiera de los simios.) Desde lo alto, lo interrumpió la voz del conde Rugen:

—Hay novedades —le dijo el conde.

Sin abandonar la batalla, el príncipe le respondió:

—¿No pueden esperar?

—¿Cuánto tiempo? —inquirió el conde.

C

R

A

A

C

El orangután cayó como un muñeco de trapo.

—¿De qué se trata? —preguntó entonces el príncipe, y dejando atrás a la bestia muerta, subió la escalera que conducía a la boca del foso.

—Vuestro padre se ha sometido a su revisión anual —respondió el conde —. Tengo el informe.

—¿Y?

—Vuestro padre se muere.

—¡Rayos! —exclamó el príncipe—. Eso significa que tendré que casarme.

3

EL CORTEJO

El príncipe Humperdinck, su confidente, el conde Rugen, el anciano rey Lotharon, padre del príncipe, y la reina Bella, su malvada madrastra, se reunieron en la gran sala del consejo del castillo.

La reina Bella tenía forma de pastilla de goma; era rubicunda como una frambuesa. Con mucho, era la persona más querida del reino, y se había casado con el rey bastante antes de que éste comenzara a balbucear. El príncipe Humperdinck era entonces un niño, y dado que las únicas madrastras que conocía eran las malvadas de los cuentos, siempre llamó así a Bella o, para abreviar, «M. M.».

—Y bien —comenzó a decir el príncipe cuando estuvieron todos reunidos —. ¿Con quién me caso? Escojamos a la prometida y acabemos de una vez.

El anciano rey Lotharon le dijo:

—He pensado que ya ha llegado la hora de que Humperdinck elija una novia. —En realidad no lo dijo, sino más bien lo masculló, de este modo—: He pensaaaa mmm baaa mmmmmaaaa Hummmpmmmbbb elliimmm uuunnn.

La reina Bella era la única que se molestaba en dilucidar lo que quería decir.

—No podrías haber dicho nada más acertado, querido —comentó, y le dio unas palmaditas en los reales mantos.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que sea quien sea la que elijamos, se llevará como compañero para toda la vida a un príncipe apuesto y tormentoso.

—Dile que él también tiene un aspecto estupendo —replicó el príncipe.

—Acabamos de cambiar de taumaturgo —dijo la reina—. Eso explica la mejoría.

—¿Quieres decir que has despedido a Max Milagros? —inquirió el príncipe Humperdinck—. Tenía entendido que era el único que quedaba.

—Pues no, hemos encontrado a otro en las montañas y es realmente extraordinario. Anciano, claro, pero ¿quién quiere un taumaturgo joven?

—Dile que he cambiado de taumaturgo —dijo el rey Lotharon. Aunque sonó así—: Diiile mmm qqqque cacaaammbiaaa ttutuuurgo.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber el príncipe.

—Ha dicho que un hombre de tu importancia no puede casarse con una princesa cualquiera.

—Cierto, cierto —admitió el príncipe Humperdinck. Y suspiró profundamente—. Supongo que os referiréis a Noreena.

—Sin duda, políticamente sería la pareja perfecta —reconoció el conde Rugen.

La princesa Noreena era de Guilder, el país que se extendía justo al lado del Canal de Florin. (En Guilder tenían otra visión del asunto; para ellos, Florin era el país que se extendía al otro lado del Canal de Guilder.) En cualquier caso, los dos países habían logrado sobrevivir a lo largo de los siglos guerreando entre sí. Se había producido la Guerra de las Aceitunas, la Disputa por el Atún, que a punto estuvo de dejar en la ruina a ambas naciones, la Ruptura Romana, que las dejó en la insolvencia, y más tarde, la Discordia de las Esmeraldas acontecimiento que les permitió a ambas volver a enriquecerse, principalmente gracias a que conjugaron sus fuerzas para formar una banda que, durante un breve período, se dedicó a robar a todo el mundo que se encontrara a una prudente distancia por mar.

—Me pregunto si *cazará* —dijo Humperdinck—. La personalidad es para mí lo de menos con tal que sean diestras en el manejo del puñal.

—La vi hace varios años —dijo la reina Bella—. Parecía bonita, aunque muy poco musculosa. La describiría como una persona más inclinada a tejer que a la acción. Pero preciosa, insisto.

—¿Y su piel? —inquirió el príncipe.

—Como el mármol —respondió la reina.

—¿Los labios?

—¿Número o color? —preguntó la reina.

—Color, M. M.

—Rosados. Las mejillas también. Ojos más bien grandes, uno azul, el otro verde.

—Mmm —masculló Humperdinck—. ¿Y de formas?

—Como un reloj de arena. Viste divinamente. Y, por supuesto, es famosa en todo Guilder por poseer la mejor colección de sombreros del mundo.

—Pues bien, hagámosla venir por algún motivo de Estado, así podremos verla de cerca —dijo el príncipe.

—¿No hay en Guilder una princesa que tenga la edad correcta? —inquirió el rey. Pero sonó así—: ¿Mmmaacesa Guilble, eeddaddada rrerreetatata?

—¿Es que nunca te equivocas? —se preguntó la reina Bella mirando los débiles ojos de su soberano.

—¿Qué ha dicho? —inquirió el príncipe.

—Que debo partir hoy mismo con una invitación —replicó la reina.

Y así comenzó la gran visita de la princesa Noreena.

Soy yo otra vez. De todos los cortes de esta versión, éste es el que me parece más justificado. Las escenas de la preparación del equipaje que Morgenstern detalla aquí se pueden omitir sin ningún problema, del mismo modo que los lectores de Moby Dick*, exceptuando a los amantes del castigo, pueden pasar por alto los capítulos sobre la caza de ballenas. Porque lo que ocurre en las siguientes cincuenta y seis páginas y media de* La princesa prometida *es justamente eso: la preparación del equipaje. (A mi juicio, las escenas que describen cómo deshacen las maletas entran en esta misma categoría.)*

Lo que ocurre es lo siguiente: la reina Bella mete en las maletas la mayor parte de su guardarropa (11 páginas) y viaja a Guilder (2 páginas). En Guilder deshace las maletas (5 páginas), luego entrega la invitación a la princesa Noreena (1 página). La princesa Noreena la acepta (1 página). Luego, la princesa Noreena mete en las maletas toda su ropa y todos sus sombreros (23 páginas) y, las dos juntas, la princesa y la reina, regresan a Florin para la celebración anual de la fundación de la ciudad de Florin (1 página). Llegan al castillo del rey Lotharon, donde la princesa Noreena es conducida a sus aposentos (media página) y saca de las maletas la misma ropa y los mismos sombreros que acaba de guardar una página y media antes (12 páginas).

Es un párrafo desconcertante. Hablé con el profesor Bongiorno, de la Universidad de Columbio, jefe del Departamento Florinés, y me dijo que aquél era el capítulo más deliciosamente satírico del libro, y que la intención de Morgenstern había sido, al parecer, la de mostrar que aunque Florin era considerado un país muchísimo más civilizado que Guilder, en realidad, Guilder era el más sofisticado, tal como quedaba demostrado por la superioridad en número y calidad de los atuendos de las damas. No es mi intención discutir con el profesor, pero si algún día os asalta un ataque persistente de insomnio, os aconsejo que os hagáis el favor de comenzar a leer el capítulo 3 de la versión completa.

De todos modos, las cosas se animan un poco cuando el príncipe y la princesa se conocen y pasan el día juntos. Noreena, tal como se había

anunciado, tenía una piel de mármol, labios y mejillas rosados, ojos grandes, uno azul, otro verde, una silueta de reloj de arena, y poseía la colección más extraordinaria de sombreros jamás vista. De ala ancha y estrecha, algunos altos, otros no, unos estrafalarios, otros coloridos, algunos de cuadros y otros sencillos. A la princesa le encantaba cambiarse de sombrero para cada ocasión. Cuando conoció al príncipe, llevaba uno. Cuando él la invitó a dar un paseo, ella se disculpó y regresó poco después con otro; igualmente apabullante. Las cosas siguieron de este modo a lo largo del día, pero yo considero que es un exceso de etiqueta cortesana para los lectores modernos, por eso sólo retomo el texto original cuando habla de la cena.

La cena se celebró en el Gran Salón del castillo de Lotharon. Normalmente habrían cenado todos en el comedor, pero, para un acontecimiento de tal magnitud, aquella estancia habría sido sencillamente demasiado pequeña. De modo que en la parte central se colocaron mesas que iban de un extremo al otro del Gran Salón, estancia enorme y plagada de corrientes, que resultaba fría incluso en verano. Había muchas puertas y entradas gigantescas, y en ocasiones, las ráfagas de viento alcanzaban fuerza de vendaval.

Aquella noche fue más típica que de costumbre; el viento silbaba sin cesar; había que volver a encender constantemente las velas y algunas de las damas ataviadas de forma más osada temblaban de frío. Pero al príncipe Humperdinck no parecía importarle, y en Florin, si a él no le importaba algo, a los demás, tampoco.

A las ocho y veintitrés todo parecía indicar que existían posibilidades de una alianza duradera entre Florin y Guilder.

A las ocho y veinticuatro, las dos naciones estuvieron muy cerca de la declaración de guerra.

Lo que ocurrió fue lo siguiente: A las ocho horas veintitrés minutos y cinco segundos, todo estaba dispuesto para que se sirviera el primer plato. Éste consistía en esencia de cerdo al brandy, y hacía falta una gran cantidad para servir a los quinientos invitados. De manera que para acelerar el servicio, se abrieron unas gigantescas puertas dobles que conducían desde la cocina al Gran Salón. Estas puertas se encontraban ubicadas en el extremo norte de la estancia y permanecieron abiertas durante todo el tiempo que duró la escena siguiente.

El vino adecuado para acompañar la esencia de cerdo al brandy estaba dispuesto detrás de las puertas dobles que conducían a las bodegas. Éstas se abrieron a las ocho horas veintitrés minutos y diez segundos para permitir que los doce camareros encargados del vino pudieran acercar los barriles a los comensales. Cabe destacar que estas puertas se encontraban en el extremo sur de la estancia.

En ese momento, se hizo patente un viento que cruzó el Gran Salón con una fuerza inusitada. El príncipe Humperdinck no lo notó, porque en aquel instante hablaba en voz baja con la princesa Noreena de Guilder. Tenía su mejilla muy próxima a la de ella y la cabeza inclinada debajo del sombrero de amplísima ala y tonos azul verdosos que hacían resaltar los exquisitos colores de los dos grandes ojos de la dama.

A las ocho horas veintitrés minutos y veinte segundos, el rey de Lotharon hizo su algo tardía aparición. Por aquella época siempre llegaba tarde, llevaba años llegando tarde; se decía que en ciertas ocasiones los invitados habían desfallecido de hambre antes de que él se presentara. Pero últimamente se había optado por comenzar sin él, cosa que le daba igual, puesto que de todos modos su nuevo taumaturgo le había prohibido comer. El rey entró por la Puerta Real, una cosa de enormes goznes que sólo él estaba autorizado a trasponer. Para abrirla, era necesario el concurso de varios sirvientes en excelentes condiciones. Cabe señalar que la Puerta Real se había situado siempre en el lado este de cualquier estancia, puesto que de todos los mortales, el rey era el que estaba más cerca del sol.

Lo que ocurrió entonces ha sido descrito de diversas maneras como un vendaval del norte o del sudoeste, según el sitio que ocupara en la estancia el observador en el momento de los hechos, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en un aspecto: a las ocho horas veintitrés minutos y veinticinco segundos, en el Gran Salón había una corriente de órdago.

La mayoría de las velas se quedaron sin llama y fueron derribadas, detalle importante sólo porque muy pocas cayeron, aun ardiendo, dentro de los pequeños recipientes con queroseno que habían sido colocados aquí y allá sobre la mesa del banquete para que la esencia de cerdo al brandy pudiera estar bien caliente en el momento de servirla. Los sirvientes se precipitaron al Gran Salón desde todas las direcciones para apagar las llamas, y lo cierto fue que hicieron bien su trabajo, considerando que en la estancia todo volaba de un lado para otro: abanicos, chales y sombreros.

Especialmente, el sombrero de la princesa Noreena.

Salió volando hacia la pared que tenía detrás, donde la dama lo recuperó, veloz, y se lo colocó convenientemente. Eso fue a las ocho horas veintitrés minutos y cincuenta segundos. Pero ya era demasiado tarde.

A las ocho horas veintitrés minutos y cincuenta y cinco segundos, el príncipe Humperdinck se levantó rugiente, las venas de su grueso cuello aparecían grabadas como el cáñamo. En algunos sitios aún perduraban las llamas, y sus tonos rojizos enrojecieron aún más su rostro encendido. Así, de pie donde se encontraba, parecía un barril en llamas. Entonces le dijo a la princesa Noreena de Guilder las cinco palabras que llevaron a las dos naciones

al borde de la declaración de guerra:

—¡Señora, sentíos libre de marcharos!

Dicho lo cual, salió del Gran Salón como una tromba. Eran las ocho horas veinticuatro minutos.

El príncipe Humperdinck se marchó con su enfado al balcón que había encima del Gran Salón y desde lo alto observó el caos. Las llamas rojizas seguían ardiendo en algunos sitios, los comensales salían en tropel por las puertas, y la princesa Noreena, desmayada y con el sombrero puesto, era conducida lejos de allí por sus sirvientes.

La reina Bella no tardó en reunirse con el príncipe, que se paseaba furioso por el balcón, pues aún no había logrado controlarse.

—Desearía que no hubieseis sido tan brusco —le dijo la reina Bella.

El príncipe se volvió, enfurecido:

—¡No pienso casarme con una princesa calva, y no se diga una palabra más!

—Nadie se enteraría —arguyó la reina Bella—. Tiene sombreros hasta para dormir.

—Yo lo sabría —gritó el príncipe—. ¿Habéis visto cómo se reflejaba la luz de las velas en su cráneo?

—Pero las relaciones con Guilder habrían mejorado tanto —dijo la reina, dirigiéndose en parte al príncipe, en parte al conde Rugen, que también se había reunido con ellos.

—Olvidaos de Guilder. Algún día lo conquistaré. De todos modos, lo he deseado desde mi niñez. —Se acercó a la reina—. Si me caso con una calva, la gente se reirá a mis espaldas, y puedo vivir sin esa experiencia, gracias. Tendréis que buscar alguna otra.

—¿Quién?

—Buscadme a alguien. Lo único que importa es que tenga buen aspecto.

—Esa Noreena no tiene pelo —dijo el rey Lotharon, mientras se acercaba a ellos jadeando—. Noreemmaamaa tititinenene pppllllo.

—Gracias por comentarlo, querido —dijo la reina Bella.

—No creo que a Humperdinck le guste —dijo el rey—. Nnnooo Humhum-hum babababb.

En ese momento, el conde Rugen dio un paso al frente.

—Queréis a alguien que tenga buen aspecto, pero ¿y si fuera una plebeya?

—Cuanto más plebeya, mejor —replicó el príncipe Humperdinck, y volvió a pasearse otra vez.

—¿Y si no supiera cazar? —prosiguió el conde.

—No me importará nada, ni siquiera que no sepa escribir —dijo el príncipe. Se detuvo de repente y se enfrentó a todos—. Os diré lo que quiero. Quiero a alguien que sea tan hermosa que al verla todo el mundo diga: «Vaya, ese Humperdinck debe de ser todo un personaje para tener una esposa así». ¡Recorred el reino, buscad en todo el mundo, pero encontradla!

El conde Rugen no logró reprimir una sonrisa.

—Ya la hemos encontrado —dijo.

Amanecía cuando dos jinetes detuvieron sus corceles en lo alto de la colina. El conde Rugen montaba un espléndido caballo negro, enorme, perfecto, poderoso. El príncipe montaba uno de sus caballos blancos. Hacía que la cabalgadura de Rugen se pareciera a las bestias que tiran del arado.

—Reparte la leche por las mañanas —dijo el conde Rugen.

—¿Y es de verdad, sin lugar a dudas, y sin posibilidad de errores, hermosa?

—Cuando la vi era más bien un desastre —reconoció el conde—. Pero el potencial era abrumador.

—Una lechera. —El príncipe saboreó las palabras con su lengua áspera—. Ni en la mejor de las condiciones podía imaginar jamás la posibilidad de casarme con una lechera. La gente se burlará de mí diciendo que no fui capaz de encontrar algo mejor.

—Cierto —reconoció el conde—. Si lo preferís, regresemos sin más demora a la ciudad de Florin.

—Ya que hemos venido hasta tan lejos —dijo el príncipe—, podríamos… —Su voz se apagó—. Me quedo con ella —logró decir finalmente, cuando un poco más abajo vio pasar a Buttercup montada en su caballo.

—Creo que nadie se mofará —dijo el conde.

—Debo cortejarla ahora mismo —sentenció el príncipe—. Dejadnos un momento a solas.

Con mano experta hizo que su caballo blanco descendiera la colina.

Buttercup nunca había visto una bestia tan gigantesca. Ni un jinete como aquél.

—Soy tu príncipe y te casarás conmigo —le dijo Humperdinck.

—Soy vuestra sierva y me niego —susurró Buttercup.

—Soy tu príncipe y no puedes negarte.

—Soy vuestra sierva fiel y acabo de hacerlo.

—Negarte significa la muerte.

—Matadme entonces.

—Soy tu príncipe y no soy tan malvado…, ¿cómo es posible que prefieras morir antes que casarte conmigo?

—Porque el matrimonio supone que se ha de amar, y el amor no es un pasatiempo en el que yo destaque. Lo intenté una vez y acabó mal, y he jurado que jamás amaría a otro.

—¿Amor? —dijo el príncipe Humperdinck—. ¿Quién ha hablado de amor? Yo, no, te lo aseguro. Verás, el trono de Florin debe contar siempre con heredero. Y ése soy yo. Cuando muera mi padre, no habrá heredero, sólo un rey. Ése soy yo otra vez. Cuando eso ocurra, me casaré y tendré descendencia hasta que nazca un varón. O sea que te quedan dos alternativas, casarte conmigo y convertirte en la mujer más rica y más poderosa en miles de kilómetros a la redonda, y regalar pavos para Navidad y darme un hijo varón, o bien, puedes morir de terribles dolores en un futuro muy cercano. Decídete.

—Nunca os amaré.

—Aunque me dieras tu amor, no lo querría.

—Entonces, no faltaba más, casémonos.

4

LOS PREPARATIVOS

No me enteré de la existencia de este capítulo hasta que comencé la versión de las «partes buenas». Llegado a este punto, mi padre se limitaba a decir: «En fin, que entre una cosa y la otra, transcurrieron tres años». Y a continuación me explicaba cómo llegó el día en que Buttercup fue presentada oficialmente al mundo como la futura reina, y cómo la Gran Plaza de la ciudad de Florin estaba llena a rebosar como nunca antes; todos esperaban su presentación, y entonces, pasaba directamente a la terrible descripción del rapto.

¿Me creeréis si os digo que en la versión original de Morgenstern éste es el capítulo más largo de todo el libro?

Quince páginas para explicar por qué Humperdinck no se puede casar con la plebeya, o sea que venga discutir y pelear con los nobles, para acabar convirtiendo a Buttercup en princesa de Hammersmith, que era aquel pequeño puñado de tierra anexo al último confín de las posesiones del rey Lotharon.

Entonces, el taumaturgo comenzó a mejorar la salud del rey Lotharon, y siguen dieciocho páginas en las que se describen las curaciones. (Morgenstern odiaba a los médicos, y dejó testimonio de su amargura cuando proscribieron de Florin a los taumaturgos impidiéndoles ejercer.)

Y setenta y dos páginas —contadlas bien—, setenta y dos páginas para describir la educación de una princesa. Sigue a Buttercup día a día, mes a mes, en su aprendizaje de todas las normas de etiqueta, de cómo se sirve el té, de cómo dirigirse a un nabab y cosas por el estilo. Todo ello narrado en una vena satírica, naturalmente, porque Morgenstern odiaba a la realeza mucho más de la que odiaba a los médicos.

Pero desde el punto de vista narrativo, en estas ciento cinco páginas, no pasa nada. Salvo esto: «En fin, que entre una cosa y la otra, transcurrieron tres años».

5

EL ANUNCIO

La Gran Plaza de la ciudad de Florin estaba llena a rebosar como nunca antes; la gente esperaba la presentación de Buttercup de Hammersmith, futura esposa del príncipe Humperdinck. La multitud había comenzado a reunirse unas cuarenta horas antes, pero hasta veinticuatro horas antes, todavía había menos de mil personas. A medida que el momento de la presentación se fue acercando, la gente comenzó a llegar de todos los confines del país. Ninguno había visto nunca a la princesa, pero los rumores acerca de su belleza eran continuos y cada uno de ellos era menos posible que el anterior.

Hacia mediodía, el príncipe Humperdinck apareció en el balcón del castillo de su padre y levantó los brazos. La multitud, que ya había adquirido unas proporciones peligrosas, se acalló lentamente. Corrían diferentes rumores acerca de la salud del rey; unos decían que se moría, otros que ya había muerto, algunos que llevaba muerto mucho tiempo, y otros que estaba perfectamente.

—Pueblo mío, amados míos, de quienes obtenemos nuestra fuerza, hoy es un día de regocijo. Como habréis oído ya, la salud de mi honorable padre no es lo que era. Aunque claro, con noventa y siete años, ¿qué más se puede pedir? Sabréis también que Florin necesita un heredero varón.

La multitud comenzó a agitarse; tenía que ser aquella dama de la que tanto habían oído hablar.

—Dentro de tres meses, conmemoraremos el quingentésimo aniversario de nuestro país. Para celebrarlo, al caer la noche de ese día, tomaré por esposa a la princesa Buttercup de Hammersmith. Aún no la conocéis. Pero la conoceréis ahora.

Hizo un amplio ademán y las puertas del balcón se abrieron de par en par; Buttercup salió y se colocó a su lado, en el balcón.

Y la multitud se quedó literalmente boquiabierta.

La princesa de veintiún años superaba dos veces a la enlutada niña de dieciocho. Los defectos habían desaparecido de su figura, el codo demasiado huesudo se había rellenado de carne a la perfección, y la muñeca regordeta del otro brazo no podía haber sido más esbelta. Su pelo, que en otras épocas fuera del color del otoño, seguía siendo del mismo color, pero así como antes ella misma se lo arreglaba, ahora tenía permanentemente a su disposición cinco peluqueros que se ocupaban de todo. (Esto ocurrió mucho después de que existieran los peluqueros; en realidad, desde que existen las mujeres existen los peluqueros, el primero de los cuales fue Adán, aunque los estudiosos de la vida del rey Jacobo hagan lo imposible por enturbiar este asunto.) Su piel seguía siendo como la nata helada, pero ahora, con dos doncellas dedicadas a cada apéndice, y cuatro al resto de su cuerpo, en ciertos aspectos, esa piel parecía darle un brillo suave, que se movía al hacerlo ella.

El príncipe Humperdinck tomó la mano de la princesa, la levantó en el aire y la multitud vitoreó.

—Ya basta, no debemos arriesgarnos a un período de exposición excesivo —dijo el príncipe, y se dispuso a entrar en el castillo.

—Algunos han estado esperando durante mucho tiempo —replicó Buttercup—. Me gustaría caminar entre ellos.

—No acostumbramos a caminar entre plebeyos a menos que sea inevitable —le recordó el príncipe.

—En mis tiempos, conocía más de un plebeyo —repuso Buttercup—. Creo que no me harán daño.

Dicho lo cual, abandonó el balcón y un momento más tarde, reapareció en la amplia escalinata del castillo; completamente sola, comenzó a bajar hacia la

multitud con los brazos abiertos.

Dondequiera que se dirigiese, la gente le abría paso. Cruzó una y otra vez la Gran Plaza y todo el mundo se apartaba para dejarla pasar. Buttercup continuó avanzando lentamente y sonriendo, sola, como un mesías.

La mayor parte de los allí presentes no olvidarían jamás aquel día. Por supuesto que ninguno de ellos había estado nunca tan cerca de la perfección, y la gran mayoría la adoró al instante. Sin lugar a dudas, había algunos que, aunque admitieran que era muy agradable, se reservaban el juicio respecto de sus cualidades como reina. Y también existían algunos otros que estaban francamente celosos. Muy pocos la odiaban.

Sólo tres planeaban asesinarla.

Buttercup, naturalmente, era ajena a todo esto. Sonreía, y cuando algunos querían tocarle el vestido, pues bien, también los dejaba hacer. Había estudiado mucho para actuar regiamente, y deseaba con fervor tener éxito, de modo que se mantuvo erguida y con una sonrisa gentil en los labios, y si alguien le hubiese dicho que su muerte estaba tan próxima se habría echado a reír.

Pero…

… en la esquina más alejada de la Gran Plaza…

… en el edificio más alto del reino…

… en la oscuridad de la sombra más oscura…

… esperaba el hombre de negro.

Sus botas eran negras y de cuero. Sus pantalones eran negros, y negra su camisa. Su máscara era negra, más negra que el plumaje del cuervo. Pero más negro que todo eso eran sus ojos brillantes.

Brillantes, crueles y letales…

Después de su triunfo, Buttercup se sentía algo más que fatigada. El toqueteo de la multitud la había dejado exhausta, por eso descansó un poco y, después, hacia media tarde, vistió sus ropas de montar y salió en busca de *Caballo*. Aquél era el único aspecto de su vida que no había cambiado en los años precedentes. Le seguía gustando cabalgar y, cada tarde, hiciera o no buen tiempo, cabalgaba sola durante varias horas por los páramos que se extendían más allá del castillo.

Era en esas ocasiones cuando conseguía sus mejores reflexiones.

Aunque estas reflexiones no eran de las que ensanchan horizontes. Aun así, se decía Buttercup, tampoco era tonta, y mientras se reservara sus reflexiones,

bueno, ¿qué daño podía causar?

Y mientras cabalgaba por bosques y arroyos y brezales, su cerebro era un torbellino. La caminata entre las multitudes la había conmovido de un modo extraño. Porque aunque llevaba ya tres años sin hacer nada más que adiestrarse para convertirse en princesa y después en reina, aquél era el primer día en que comprendía verdaderamente que aquello se convertiría pronto en una realidad.

«Pero Humperdinck no me gusta —pensó—. No es que lo odie ni nada por el estilo. Es que nunca le veo, porque o no está o está jugando en el Zoo de la Muerte».

Al modo de entender de Buttercup existían dos problemas principales:

1) ¿estaba mal casarse sin gustarse?, y 2) en ese caso, ¿sería demasiado tarde para hacer algo al respecto?

Mientras cabalgaba, y siempre a su modo de ver, las respuestas eran: 1) no, 2) sí.

No estaba mal casarse con alguien que no le gustara, pero tampoco estaba bien. Si todo el mundo lo hacía, la cosa no sería tan estupenda, pues todo el mundo gritaría a todo el mundo a medida que los años pasaran. Pero estaba claro que no todo el mundo lo hacía; o sea que más valía olvidarse de aquello. La respuesta a 2) era incluso más fácil: había dado su palabra de que iba a casarse y eso tenía que bastar. Si bien era cierto que él le había dicho sinceramente que si ella se negaba habría tenido que mandarla matar para mantener el respeto por la corona en su justo nivel; no obstante, si ella lo hubiera querido, habría podido decir que no.

Desde que se había convertido en aprendiza de princesa todos le habían dicho que era, con toda probabilidad, la mujer más hermosa del mundo. Y ahora se iba a convertir además en la más rica y poderosa.

«No esperes demasiado de la vida —se dijo Buttercup mientras seguía cabalgando—. Aprende a conformarte con lo que tienes».

Comenzaba a oscurecer cuando Buttercup alcanzó la cima de la colina. Se encontraba a una media hora de camino del castillo, y ya llevaba cabalgando las tres cuartas partes de su paseo diario. De pronto refrenó a *Caballo* porque, a lo lejos, de pie en la oscuridad, se encontraba el trío más extraño que jamás viera.

El hombre que iba al frente era moreno, siciliano quizá, con un rostro muy dulce, casi angelical. Tenía una pierna algo más corta que la otra y un asomo de joroba, pero avanzó hacia ella con velocidad y agilidad sorprendentes. Los otros dos continuaron inmóviles en su sitio. El segundo, también moreno,

probablemente español, iba tan erguido y era tan delgado como la hoja de acero de la espada que llevaba colgada del costado. El tercero, bigotudo, tal vez turco, era con mucho el ser humano más corpulento que había visto en su vida.

—¿Puedo hablaros? —inquirió el siciliano, levantando los brazos.

Su sonrisa era más angelical que su rostro.

—Habla —repuso Buttercup, deteniéndose.

—No somos más que unos pobres artistas circenses —le explicó el siciliano—. Oscurece y nos hemos perdido. Nos han dicho que por aquí cerca hay una aldea que podría gozar quizá de nuestras habilidades.

—Te han informado mal —le dijo Buttercup—. No hay ninguna aldea en varios kilómetros a la redonda.

—Entonces nadie os oirá gritar —replicó el siciliano, y le saltó encima con pasmosa agilidad.

Y eso fue todo lo que Buttercup logró recordar después. Quizá gritó, pero si lo hizo fue más por el pánico que por otra cosa, porque lo cierto es que no sintió dolor alguno. Las manos del siciliano tocaron con pericia ciertas zonas del cuello de Buttercup y en seguida perdió el sentido.

La despertó el chapoteo del agua.

Estaba envuelta en una manta y el turco gigantesco la depositaba en el fondo de una barca. Hubo un momento en que se dispuso a hablar, pero después, cuando ellos comenzaron a conversar, creyó que sería más conveniente escuchar. Después de haber escuchado durante unos instantes, notó que le resultaba cada vez más difícil oír lo que decían debido a los tremendos latidos de su corazón.

—Pienso que deberías matarla ahora —dijo el turco.

—Cuanto menos pienses, más feliz me sentiré —repuso el siciliano.

Se oyó el rasgar de una tela.

—¿Qué es eso? —inquirió el español.

—Lo mismo que dejé atado a la silla de la dama —replicó el siciliano—. Tela del uniforme de un oficial de Guilder.

—Sigo pensando que… —comenzó a decir el turco.

—Deben encontrarla muerta en la frontera guilderiana o no nos pagarán el resto de lo pactado. ¿Te ha quedado claro?

—Es que me siento mejor cuando sé lo que está pasando, es todo —

balbuceó el turco—. Todo el mundo se cree que soy estúpido porque soy grande y fuerte y porque a veces babeo un poco cuando me entusiasmo.

—El motivo por el que todo el mundo cree que eres estúpido —le dijo el siciliano— radica en que eres estúpido. No tiene nada que ver con el hecho de que babees.

Se oyó el aletear de una vela.

—Agachad las cabezas —les advirtió el español, y la barca comenzó a moverse—. Tengo la impresión de que al pueblo de Florin no le sentará nada bien su muerte. Se ha hecho querer.

—Estallará la guerra —admitió el siciliano—. Nos han pagado para que la iniciemos. Es un placer especializarse en un trabajo de este tipo. Si lo hacemos a la perfección, habrá una demanda continua de nuestros servicios.

—A mí no me entusiasma demasiado —dijo el español—. Francamente, ojalá no lo hubieses aceptado.

—La oferta era demasiado elevada.

—Me disgusta tener que matar a una muchacha —dijo el español.

—Dios lo hace todo el rato; y si a Él no le molesta, no dejes que te preocupe a ti.

Mientras se desarrollaba la conversación, Buttercup no se movió.

—Digámosle que la hemos raptado para pedir un rescate —dijo el español.

El turco estuvo de acuerdo con él.

—Es tan hermosa…, enloquecería si lo supiera.

—Ya lo sabe —dijo el siciliano—. Está despierta y ha oído cada palabra de nuestra conversación.

Buttercup yacía inmóvil, envuelta en la manta. Se preguntó cómo había podido darse cuenta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquirió el español.

—Los sicilianos lo intuimos todo —respondió.

«Engreído», pensó Buttercup.

—Sí, muy engreído —dijo el siciliano.

«Debe leerme el pensamiento», pensó Buttercup.

—¿Vas a soltar toda la vela? —inquirió el siciliano.

—Toda la que la seguridad permita —repuso el español desde su puesto

junto a la caña del timón.

—Les llevamos una hora de ventaja, de modo que todavía no corremos riesgos. Su caballo tardará unos veintisiete minutos en regresar al castillo; transcurrirán otros cuantos minutos antes de que logren descifrar lo ocurrido y, como hemos dejado un rastro visible, saldrán a buscarnos dentro de una hora. En este tiempo, deberíamos llegar a los Acantilados y, con un poco de suerte, estaremos en la frontera de Guilder al amanecer, cuando ella morirá. Calculo que su cuerpo estará bastante caliente cuando el príncipe lo encuentre mutilado. Ojalá pudiéramos quedarnos para ver su dolor…, debería ser homérico.

«¿Por qué me revela sus planes?», se preguntó Buttercup.

—Vais a volver a dormiros ahora mismo, señora mía —dijo el español, y de pronto, sus dedos se posaron en la frente, en el hombro y en el cuello de Buttercup y ésta volvió a perder el sentido…

Buttercup ignoraba cuánto tiempo permaneció inconsciente, pero seguían en la barca cuando parpadeó escudándose tras la manta. Y esta vez, sin atreverse a pensar —el siciliano se habría enterado de un modo u otro—, lanzó la manta a un lado y se zambulló en el Canal de Florin.

Permaneció sumergida todo el tiempo que le permitió su coraje, y luego emergió; comenzó a cruzar a nado la extensión de agua sin reflejo de la luna, empleando hasta la última gota de energía que le quedaba. Tras ella, en la oscuridad, se oyeron unos gritos.

—¡Lánzate al agua, lánzate al agua! —exclamó el siciliano.

—Sólo nado como un perrito —repuso el turco.

—Entonces, sabes más que yo —dijo el español.

Buttercup siguió nadando y alejándose de ellos. Le dolían los brazos por el esfuerzo, pero no les permitió ningún descanso. Pataleaba con los pies y el corazón le latía con fuerza.

—Oigo cómo patalea —dijo el siciliano—. Vira a la izquierda.

Buttercup cambió al estilo braza y se alejó, nadando silenciosamente.

—¿Dónde está? —chilló el siciliano.

—Los tiburones la alcanzarán, no te preocupes —le recordó el español.

«Cielos, ojalá no los hubieras mencionado», pensó Buttercup.

—Princesa —gritó el siciliano—, ¿sabéis lo que les ocurre a los tiburones cuando huelen sangre en el agua? Enloquecen. No hay modo de controlar su ferocidad. Despedazan, destrozan, arrancan y devoran, y yo estoy en una

barca, princesa, y en el agua no hay sangre, de modo que ambos estamos bastante a salvo, pero tengo un cuchillo en la mano, milady, y si no regresáis, me cortaré los brazos y las piernas y recogeré la sangre en un tazón y la lanzaré tan lejos como pueda; los tiburones son capaces de oler sangre en el agua a kilómetros de distancia, y no seréis hermosa por mucho tiempo.

Buttercup vaciló, sin dejar de nadar en silencio. A su alrededor, aunque seguramente era cosa de su imaginación, le pareció oír el sonido silbante de gigantescas colas.

—Regresad ahora mismo. No os lo advertiré más.

«Si regreso, me matarán de todos modos, ¿qué diferencia hay?», pensó Buttercup.

—La diferencia…

«Ahí está, lo ha hecho otra vez —pensó Buttercup—. Sabe leer el pensamiento».

—… radica en que si regresáis ahora —prosiguió el siciliano—, os doy mi palabra de caballero y asesino de que moriréis sin sentir dolor. Puedo aseguraros que los tiburones no van a prometeros nada parecido.

Los sonidos de los peces en la noche se acercaron más.

Buttercup se echó a temblar de miedo. Se sentía tremendamente avergonzada, pero no podía evitarlo. Sólo deseó poder ver por un instante si de verdad había tiburones y si el siciliano sería capaz de cortarse como había amenazado.

El siciliano dio un aparatoso respingo.

—Acaba de cortarse el brazo, milady —gritó el turco—. Y ahora recoge la sangre en un tazón. Debe de haber por lo menos un dedo de sangre en el tazón.

El siciliano dio otro respingo.

—Ahora se ha cortado la pierna —prosiguió el turco—. El tazón se está llenando.

«No me lo creo —pensó Buttercup—. En el agua no hay tiburones y en el tazón no hay sangre».

—Tengo el brazo tendido hacia atrás —anunció el siciliano—. Si gritáis o no para revelar dónde estáis es una elección que os corresponde a vos.

«No pienso decir ni pío», decidió Buttercup.

—Adiós —dijo el siciliano.

Se oyó el sonido típico que produce el líquido al caer en otro líquido.

Después, siguió una pausa. Y entonces los tiburones enloquecieron…

«No se la comen los tiburones», me dijo mi padre.

«¿Cómo?», inquirí levantando la vista y mirándolo.

«Tenías todo el aspecto de estar demasiado metido en la historia y demasiado preocupado, de modo que pensé que sería mejor darte un respiro».

«¡Por favor! —exclamé—, cualquiera diría que soy un crío. ¿A qué vienen tantos rodeos?».

Parecía realmente molesto, pero os contaré la verdad: empezaba a meterme demasiado en la historia y me alegré de que mi padre me lo advirtiera. Quiero decir, cuando uno es un crío, no suele pensar cosas al estilo de: «Vale, como el libro se titula La princesa prometida *y como apenas hemos leído unos capítulos, está claro que el autor no va a hacer que los tiburones despedacen a su primera dama». Cuando uno es un niño, se engancha a las cosas; de modo que a todos los niños que estén leyendo este libro, les repetiré simplemente las palabras de mi padre, puesto que a mí me calmaron: «No se la comen los tiburones».*

Entonces los tiburones enloquecieron. A su alrededor, Buttercup los oyó lanzar su agudo sonido y gritar y agitar sus poderosas colas.

«Nada podrá salvarme —admitió Buttercup—, estoy perdida».

Por suerte para todos los implicados, exceptuando a los tiburones, fue más o menos a esa hora cuando salió la luna.

—Ahí está —gritó el siciliano.

El español viró la barca veloz como el rayo y, a medida que se acercaban, el turco tendió un brazo gigantesco y ella volvió a la seguridad que le ofrecían sus asesinos, mientras alrededor los tiburones embestían unos contra los otros, tremendamente frustrados.

—Que no se enfríe —dijo el español desde su puesto junto a la caña del timón, y le lanzó su capa al turco.

—No os enfriéis —dijo el turco, y envolvió a Buttercup entre los pliegues de la capa.

—No creo que tenga tanta importancia —repuso Buttercup—, pues de todos modos vas a matarme al amanecer.

—Él es quien hará el trabajo —le dijo el turco, y señaló al siciliano, que se estaba vendando las heridas—. Nosotros nos limitaremos a sujetaros.

—Sujeta esa estúpida lengua —le ordenó el siciliano.

El turco se calló inmediatamente.

—No creo que sea tan estúpido —dijo Buttercup—. Y tampoco creo que tú seas tan inteligente; mira que arrojar tu propia sangre al agua… no es lo que yo llamaría una idea de primera.

—¿Funcionó o no funcionó? Habéis vuelto, ¿no? —El siciliano se acercó a ella—. Cuando las mujeres están lo bastante asustadas, se ponen a gritar.

—Pero yo no grité. Salió la luna —repuso Buttercup con aire triunfante.

El siciliano la abofeteó.

—Ya basta —dijo entonces el turco.

El diminuto jorobado le lanzó al gigante una mirada aviesa.

—¿Quieres pelear conmigo? Creo que no.

—No, señor —balbuceó el turco—. No. Pero no uses la fuerza, por favor. La fuerza déjamela a mí. Si quieres desahogarte, pégame a mí. No me importará.

El siciliano se fue al otro extremo de la barca.

—Habría gritado —dijo—. Estaba a punto de gritar. Mi plan era ideal como lo son todos mis planes. Fue la inoportuna aparición de la luna la que me impidió lograr la perfección. —Miró ceñudo e implacable la loncha amarilla que pendía del cielo. Luego, se quedó con la mirada fija en la lejanía—. ¡Allí están! —El siciliano señaló a lo lejos—. Los Acantilados de la Locura.

Y ahí estaban. Se alzaban imponentes desde el agua, y elevaban sus trescientos metros hacia el cielo nocturno. Constituían el camino más directo entre Florin y Guilder, pero nadie los utilizaba nunca, pues todo el mundo prefería dar un largo rodeo por mar. No resultaba imposible escalar los Acantilados; en los últimos cien años sólo dos hombres habían logrado hacerlo.

—Enfila directo hacia la parte más profunda —ordenó el siciliano.

—Ya iba hacia allí —repuso el español.

Buttercup no lo entendía. Escalar los Acantilados era prácticamente imposible, pensó; y nadie había hablado jamás de que existieran senderos secretos a través de ellos. Sin embargo, allí estaban, acercándose cada vez más a la imponente masa de roca, que se encontraba ya a menos de un kilómetro.

Por primera vez el siciliano se permitió una sonrisa.

—Todo marcha bien. Temí que vuestra pequeña excursión acuática fuera a costarme demasiado tiempo. Pero había calculado una hora más de margen,

para imprevistos. Todavía nos quedan unos cincuenta minutos. Nos encontramos a kilómetros de distancia y estamos a salvo, a salvo, a salvo.

—¿Y nadie podría estar siguiéndonos todavía? —inquirió el español.

—Nadie —le aseguró el siciliano—. Sería inconcebible.

—¿Absolutamente inconcebible?

—Absoluta, totalmente y de todo punto inconcebible —volvió a asegurarle el siciliano—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —repuso el español—. Es que acabo de mirar atrás y he visto algo.

Se volvieron todos a la vez.

Efectivamente, había algo. A menos de un kilómetro de distancia, bajo la luz de la luna, había otra barca, pequeña, pintada de un color que parecía negro, con una gigantesca vela negra henchida por el viento, y un solo hombre al timón. Un hombre de negro.

El español miró al siciliano.

—Debe de ser algún pescador de la zona que ha salido por puro placer a navegar solo en plena noche, en aguas infestadas de tiburones.

—Puede que haya una explicación más lógica —comentó el siciliano—. Pero dado que en Guilder no existe nadie que pueda haberse enterado de lo que hemos hecho, y dado que es imposible que en Florin haya nadie que pueda haber llegado aquí tan deprisa, está más que claro que no nos sigue, por más que pueda parecer que lo esté haciendo. Es una coincidencia y nada más.

—Nos está alcanzando —dijo el turco.

—Eso también es inconcebible —dijo el siciliano—. Antes de robar la barca en la que navegamos, me aseguré muy bien de cuál era la embarcación más veloz del Canal de Florin y todo el mundo estuvo de acuerdo en que era ésta.

—Tienes razón —admitió el turco, volviendo la vista atrás—. No nos está alcanzando. Simplemente se nos está acercando, eso es todo.

—Es por el ángulo desde el cual lo estamos viendo, nada más —dijo el siciliano.

Buttercup no podía apartar la vista de la enorme vela negra. No cabía duda de que los tres hombres que la habían raptado le inspiraban miedo. Pero de alguna manera, por razones que no lograba precisar, el hombre de negro le inspiraba todavía más miedo.

—Está bien, aguza la vista —ordenó entonces el siciliano, con una pizca de inquietud en el tono.

Los Acantilados de la Locura estaban ahora muy cerca.

El español maniobró la barca con maestría, cosa nada fácil, porque las olas se estrellaban contra las rocas y el rocío que producían era enceguecedor. Buttercup se protegió los ojos y echó la cabeza hacia atrás, mirando fijamente la oscuridad de allá arriba, que parecía cerrada e inalcanzable.

Entonces, el jorobado saltó hacia adelante, y cuando la barca llegó a la pared del acantilado, brincó hacia arriba. De repente, entre sus manos, apareció una cuerda.

Buttercup se quedó mirando en atónito silencio. La cuerda, gruesa y fuerte, subía a lo largo de la pared de los Acantilados. Mientras ella observaba, el siciliano volvió a tirar de la cuerda una y otra vez, y ésta se mantuvo firme. Estaba atada a algo de la cima: a una roca gigante, a un árbol imponente, o algo así.

—Daos prisa —ordenó el siciliano—. Si nos está siguiendo, cosa que no entra en el reino de la experiencia humana, pero suponiendo que fuera así, debemos llegar a la cima y cortar la cuerda antes de que pueda escalar detrás de nosotros.

—¿Escalar? —inquirió Buttercup—. Jamás podría…

—¡Silencio! —le ordenó el siciliano—. ¡Preparaos! —le ordenó al español —. ¡Húndela! —le ordenó al turco.

Todo el mundo puso manos a la obra. El español cogió una cuerda y ató a Buttercup de pies y manos. El turco levantó una de sus gigantescas piernas y comenzó a dar patadas en el centro de la barca, que de inmediato cedió y comenzó a hundirse. Luego el turco se dirigió a la cuerda y la aferró entre sus manos.

—Cargadme —dijo el turco.

El español levantó a Buttercup y la colocó sobre los hombros del turco. Luego se ató a la cintura del turco. El siciliano pegó un brinco y se colgó del cuello del turco.

—Todos a bordo —dijo el siciliano.

(Esto ocurrió antes de que existieran los trenes, pero la expresión era utilizada al principio por los carpinteros al cargar madera, y esto tuvo lugar mucho después de que existieran los carpinteros.)

Y, entonces, el turco comenzó a subir. Era una escalada de por lo menos trescientos metros y llevaba a tres personas a cuestas, pero no estaba

preocupado. Cuando se trataba de fuerza, nada le preocupaba. Pero cuando se trataba de leer, se le hacía un nudo en el estómago, y si era de escribir, le venían unos sudores fríos, y cuando se mencionaba la palabra suma, o algo peor, una división complicada, cambiaba rápidamente de tema.

Pero la fuerza nunca le había sido enemiga. Podía aguantar la coz de un caballo en pleno pecho sin trastabillar. Podía levantar un saco de harina de cincuenta kilos entre las piernas y abrirlo de un tijeretazo sin ningún problema. En una ocasión había levantado por los aires a un elefante utilizando solamente los músculos de la espalda.

Pero la verdadera fuerza la tenía en los brazos. Jamás, ni en los últimos diez siglos, habían existido brazos iguales a los de Fezzik. (Así se llamaba.) Sus brazos no sólo eran enormes, obedientes y sorprendentemente veloces, sino que además, y es por eso que él nunca se preocupaba, eran incansables. Si alguien le daba un hacha y le pedía que talara un bosque, las piernas le habrían fallado al tener que soportar tanto peso durante un tiempo tan prolongado, o el hacha se hubiera roto debido al castigo que suponía derribar tantos árboles, pero al día siguiente, los brazos de Fezzik estarían tan frescos.

Y así, aunque llevara al siciliano colgado del cuello, a la princesa sobre los hombros y al español en la cintura, Fezzik no sentía de ningún modo que estuvieran abusando de él. En realidad estaba contento, porque sólo cuando se le pedía que empleara sus fuerzas no resultaba una molestia.

Y escaló los Acantilados, hasta encontrarse a doscientos metros por encima del agua; ahora le faltaban otros cien metros.

El siciliano sufría de vértigo a las alturas más que cualquiera de los otros. Todas sus pesadillas, que nunca lo abandonaban cuando dormía, tenían que ver con algún tipo de caída. De modo que aquella tremenda ascensión era para él de lo más difícil, colgado como iba del cuello del gigante. O debió de haber sido de lo más difícil.

Pero él no estaba dispuesto a permitirlo.

Desde el principio, cuando era un crío, al darse cuenta que con su cuerpo deforme jamás habría sido capaz de conquistar el mundo, confió plenamente en su inteligencia. La adiestró, luchó contra ella, la doblegó. De modo que en ese momento, aunque debería haberse puesto a temblar ante aquellos trescientos metros que se adentraban en la noche y parecían aumentar más y más, no lo hizo.

Pensaba en el hombre de negro.

No había manera de que existiera nadie lo bastante veloz como para haberlos seguido. Y, sin embargo, aquella vela negra y henchida había surgido

de algún mundo endiablado. ¿Cómo? ¿Cómo? El siciliano azuzó su mente en busca de una respuesta, y sólo logró encontrarse con la derrota. Lleno de frustración, inspiró profundamente y a pesar de sus espantosos temores, miró hacia abajo, hacia la negrura del agua.

El hombre de negro seguía allí, navegando como el rayo hacia los Acantilados. En aquellos momentos, no podía encontrarse a más de quinientos metros de ellos.

—¡Más deprisa! —ordenó el siciliano.

—Lo siento —respondió mansamente el turco—. Creí que ya iba deprisa.

—Holgazán, holgazán —le espoleó el siciliano.

—Jamás mejoraré —repuso el turco, pero sus brazos comenzaron a moverse más deprisa que antes—. No veo muy bien porque tienes los pies aferrados a mi cara —añadió—, ¿podrías decirme, por favor, si ya estamos a mitad de camino?

—Un poco más de la mitad, diría yo —repuso el español desde su posición, agarrado a la cintura del gigante—. Lo estás haciendo muy bien, Fezzik.

—Gracias —respondió el gigante.

—Y él se está acercando a los Acantilados —añadió el español.

No hubo necesidad de preguntar quién era «él».

Ciento ochenta metros. Los brazos continuaron subiendo e izando la carga. Ciento ochenta y seis metros. Ciento noventa y cinco metros. Iba más veloz que nunca. Doscientos diez metros.

—Ha abandonado la barca —anunció el español—. Y está subiendo por nuestra cuerda.

—Ya lo noto —dijo Fezzik—. Siento el peso de su cuerpo en la cuerda.

—¡Jamás nos alcanzará! —gritó el siciliano—. ¡Es inconcebible!

—¡Sigue usando esa palabra! —le espetó el español—. Pero me parece que no significa lo que tú crees.

—¿Cuan deprisa está escalando? —inquirió Fezzik.

—Me tiene asustado —fue la respuesta del español.

El siciliano reunió todo su valor y volvió a mirar hacia abajo.

El hombre de negro parecía volar. Había reducido ya en treinta metros la ventaja que le habían sacado. Quizá más.

—¡Tenía entendido que eras fuerte! —chilló el siciliano—. Creía que eras un gigante poderoso y, sin embargo, él nos está alcanzando.

—Es que yo llevo a tres personas —dijo Fezzik—. Y él no lleva a…

—Las excusas son el refugio de los cobardes —aseveró el siciliano.

Volvió a mirar hacia abajo. El hombre de negro había ascendido otros treinta metros. El siciliano miró hacia arriba. Comenzó a divisar la cima de los Acantilados. Unos cuarenta y cinco metros más y estarían a salvo.

Atada de pies y manos, enferma de terror, Buttercup no estaba segura de qué deseaba que ocurriese. Aunque sí sabía una cosa: que no deseaba volver a vivir nada parecido.

—¡Vuela, Fezzik! —aulló el siciliano—. Faltan treinta metros.

Fezzik voló. Lo apartó todo de su mente, sólo pensó en las cuerdas, los brazos, los dedos. Y sus brazos tiraron y sus dedos se aferraron a la cuerda y ésta se tensó y…

—Ya se encuentra a más de medio camino —anunció el español.

—A medio camino de la muerte —dijo el siciliano—. Nos faltan quince metros para ponernos a salvo, y cuando hayamos alcanzado la cima y desatemos la cuerda…

Soltó una carcajada.

Doce metros.

Fezzik tiraba.

Seis metros.

Tres metros.

Se acabó. Fezzik lo había logrado. Habían alcanzado la cima de los Acantilados; el primero en bajar de un salto fue el siciliano; después el turco bajó a la princesa, y mientras el español se desataba, volvió a mirar hacia abajo.

El hombre de negro se encontraba a menos de noventa metros de la cima.

—Es una pena —dijo el turco, poniéndose al lado del español y mirando hacia abajo—. Un escalador así se merece algo más que… —se interrumpió.

El siciliano había desatado los nudos que sujetaban la cuerda alrededor de un roble. La cuerda pareció adquirir vida propia; era como una colosal serpiente de agua que por fin volvía a casa. Salió serpenteando hacia el borde de los acantilados y con un movimiento en espiral cayó en el canal iluminado por la luna.

El siciliano se desternillaba de risa y no paró hasta que el español dijo:

—Lo ha logrado.

—¿Qué ha logrado? —inquirió el jorobado corriendo a asomarse al borde del acantilado.

—Soltar la cuerda a tiempo —respondió el español—. ¿Lo ves? —dijo señalando hacia abajo.

El hombre de negro colgaba en el aire, aferrado a la pared de roca, a doscientos diez metros por encima del agua.

El siciliano lo contemplaba, fascinado.

—¿Sabes? —dijo—, dado que he realizado un estudio de la muerte y como soy un gran experto en el tema, quizá te interese saber que estará muerto mucho antes de que toque el agua. Lo matará la caída, no el golpe.

El hombre de negro colgaba indefenso en el aire, aferrado a los Acantilados con ambas manos.

—Vaya, somos unos descorteses —dijo entonces el siciliano dirigiéndose a Buttercup—. Estoy seguro de que os gustará ver esto.

Se dirigió hacia ella y la condujo, todavía atada de pies y manos, hasta el borde para que pudiera presenciar la lucha patética del hombre de negro, noventa metros más abajo.

Buttercup cerró los ojos y volvió la cara.

—¿No deberíamos marcharnos? —preguntó el español—. Me pareció que nos dijiste que el tiempo era muy importante.

—Lo es, lo es —asintió el siciliano—. Pero no puedo perderme una muerte como ésa. Podría programar una cada semana y vender entradas. Podría dejar el negocio de los asesinatos y retirarme. Míralo… ¿crees que en estos momentos estará haciendo un balance de toda su vida? Al menos eso dicen los libros.

—Tiene unos brazos muy fuertes —comentó Fezzik—, para poder estar resistiendo tanto tiempo.

—No podrá aguantar mucho más —replicó el siciliano—. No tardará en caer.

En ese preciso instante, el hombre de negro comenzó a escalar. No deprisa, por supuesto. Y no sin un gran esfuerzo. No obstante, no cabía duda de que a pesar de la marcada perpendicularidad de los Acantilados, estaba avanzando hacia arriba.

—¡Inconcebible! —chilló el siciliano.

El español se volvió hacia a él a toda velocidad.

—Deja ya de decir esa palabra. Era inconcebible que nadie nos siguiera, pero cuando nos volvimos para mirar atrás, ahí estaba el hombre negro. Era inconcebible que nadie pudiera navegar tan deprisa como nosotros y, sin embargo, nos dio alcance. Y ahora esto también es inconcebible, pero mira…, mira… —En la oscuridad de la noche, el español señaló hacia abajo—. Fíjate cómo sube.

Efectivamente, el hombre de negro estaba subiendo. De alguna manera, por obra de algún milagro, sus dedos iban encontrando asidero en las grietas, y en esos momentos se hallaba unos cuatro metros más cerca de la cima y más alejado de la muerte.

El siciliano se acercó al español; sus ojos enfurecidos brillaban ante tamaña insubordinación.

—Poseo la mente más aguda que jamás se haya dedicado a propósitos ilegales —dijo—, o sea que cuando yo te digo algo, no es una mera suposición; ¡es un hecho! Y el hecho es que el hombre de negro no nos está siguiendo. Una explicación más lógica sería que es simplemente un marinero con un ligero interés por el alpinismo, y que por pura casualidad se dirige más o menos al mismo sitio que nosotros. En cualquier caso, no podemos arriesgarnos a que nos vea con la princesa; por lo tanto, uno de vosotros deberá eliminarlo.

—¿Lo hago yo? —preguntó el turco.

El siciliano meneó la cabeza.

—No, Fezzik —dijo finalmente—. Necesito tu fuerza para cargar con la muchacha. Levántala ahora mismo y prosigamos nuestro camino. —Se volvió hacia el español y le informó—: Nos dirigiremos directamente hacia la frontera de Guilder. Reúnete con nosotros tan pronto como lo hayas matado.

El español asintió.

El siciliano se alejó cojeando.

El turco levantó a la princesa y se dispuso a seguir al jorobado. Poco antes de perder de vista al español, se volvió y gritó:

—No tardes en reunirte con nosotros.

—¿Acaso he tardado alguna vez? —El español lo saludó con la mano—: Adiós, Fezzik.

—Hasta pronto, Íñigo —respondió el turco, y desapareció de la vista.

Y el español se quedó solo. Se acercó al borde del acantilado y se arrodilló con la gracia veloz que le era característica. Setenta y cinco metros más abajo, el hombre de negro continuaba su doloroso ascenso. Íñigo estaba en el suelo, mirando hacia abajo, e intentaba penetrar la luz de la luna para encontrar el secreto del escalador. El español se pasó un largo rato sin moverse. Era un buen aprendiz, pero no especialmente veloz, de manera que debía aprender. Finalmente advirtió que, de alguna manera, por obra de algún misterio, el hombre de negro cerraba los puños y los metía en la roca utilizándolos de soporte. Después levantaba la mano libre, hasta que encontraba una abertura profunda en la pared del acantilado y, cerrando bien el puño, lo introducía en ella. Cuando encontraba un sitio donde apoyar los pies, lo utilizaba, pero era gracias a los puños bien cerrados que estaba escalando.

Íñigo se quedó maravillado. Aquel hombre de negro era un aventurero realmente extraordinario. Ya se había acercado lo bastante como para que Íñigo lograse ver que el hombre iba enmascarado y que una capucha negra le cubría todo menos las facciones. ¿Otro forajido? Tal vez. Entonces, ¿por qué debían luchar y para qué? Íñigo sacudió la cabeza. Era una pena que un tipo así tuviera que morir, pero él había recibido unas órdenes, y no le quedaba más solución que obedecer. A veces le disgustaban las órdenes del siciliano, pero ¿qué podía hacer? Sin el cerebro del siciliano, él, Íñigo, jamás sería capaz de enfrentarse a trabajos de ese calibre. El siciliano era un maestro de la planificación. Íñigo era un hombre del momento. El siciliano le había dicho que lo matara, o sea que para qué perder el tiempo en compadecerse del hombre de negro. Algún día, alguien mataría a Íñigo, y el mundo no se pararía para lamentarlo.

Se incorporó de un rápido salto; su cuerpo fino como una cuchilla estaba preparado para la acción. Pero, el hombre de negro se encontraba todavía a muchos metros de la cima. No le quedaba otra cosa que esperar, Íñigo detestaba esperar. De manera que para que la espera fuese más agradable, desenvainó su grande y único amor: la espada con empuñadura para seis dedos.

Cómo bailaba bajo la luz de la luna. Qué gloriosa y genuina. Íñigo se la llevó a los labios y con todo el fervor de su gran corazón español, besó el metal…

ÍÑIGO

En las montañas de la España Central, en lo alto de las colinas que se yerguen en los alrededores de Toledo, se encontraba la aldea de Arabella. Era muy pequeña y el aire estaba siempre límpido. Eran las únicas cualidades de Arabella: unos aires estupendos que permitían ver a kilómetros de distancia.

Pero no había trabajo, los perros invadían las calles y nunca había

suficiente comida. El aire, aunque limpio, era demasiado caliente durante el día y helado por la noche. En cuanto a la vida personal de Íñigo, siempre estaba un poco hambriento, no tenía hermanos, pues su madre había muerto al dar a luz.

Era fantásticamente feliz.

Por su padre, Domingo Montoya era un hombre excéntrico, impaciente, distraído, de aspecto cómico, que nunca sonreía.

Íñigo lo adoraba profundamente. No preguntéis por qué. En realidad no existía ni una sola razón que pudiera señalarse. Ah, probablemente Domingo correspondía al afecto de su hijo, pero el amor comprende muchas cosas y ninguna de ellas tiene lógica.

Domingo Montoya era espadero. Si alguien quería una espada fabulosa, ¿iba a ver a Domingo Montoya? Si alguien quería una obra de artesanía, genial y equilibrada, ¿iba a las montañas que se alzaban detrás de Toledo? Si alguien quería una obra maestra, una espada que perdurara a través de los tiempos, ¿dirigía sus pasos hacia Arabella?

No.

Iba a Madrid, porque allí era donde vivía el famoso Yeste, y si ese alguien tenía dinero y tiempo, conseguía el arma. Yeste era obeso y jovial, y uno de los hombres más ricos y más respetados de la ciudad. Y era muy justo que lo fuese. Hacía unas espadas maravillosas, y los nobles se jactaban de poseer una Yeste original.

Pero a veces —no a menudo, cuidado, tal vez una vez al año o quizá menos— aparecía alguien que encargaba un arma que superaba incluso las habilidades de Yeste. Cuando algo así ocurría, ¿acaso Yeste decía: «Ay, lo siento, no puedo hacerla»?

No.

Lo que decía era: «Será un placer, cobraré la mitad por adelantado y el resto al momento de la entrega; regresad dentro de un año, muchísimas gracias».

Al día siguiente partía hacia las colinas que se alzan detrás de Toledo.

—¡Hola, Domingo! —gritaba Yeste cuando se acercaba a la cabaña del padre de Íñigo.

—¡Hola, Yeste! —le respondía Domingo Montoya desde la puerta de la cabaña.

Entonces, los dos hombres se abrazaban e Íñigo se acercaba corriendo y Yeste le alborotaba el pelo. Después Íñigo preparaba el té mientras los dos

hombres conversaban.

—Te necesito —solía decir Yeste al inicio de la conversación.

Domingo gruñía.

—Esta misma semana he aceptado el encargo de un miembro de la nobleza italiana que quiere una espada. Ha de tener una empuñadura incrustada de piedras preciosas con el nombre de su amante de turno y…

—No.

Esa única palabra y ninguna otra. Pero era suficiente. Cuando Domingo Montoya decía que no, no significaba otra cosa más que eso: no.

Íñigo, que se encontraba preparando el té, sabía lo que ocurriría después: Yeste emplearía su encanto.

—No.

Yeste emplearía su riqueza.

—No.

Su ingenio, su maravilloso don de persuasión.

—No.

Recurriría a los ruegos, las súplicas, las promesas, los votos.

—No.

A los insultos. A las amenazas.

—No.

Y, por último, a las genuinas lágrimas.

—No. ¿Quieres más té, Yeste?

—Otra tacita, quizá. Gracias… —Y después, en voz muy alta—: ¿Por qué no?

Íñigo se apresuraba entonces a llenarle las tazas para no perderse una sola palabra. Sabía que se habían criado juntos, que se conocían desde hacía sesenta años, que siempre se habían querido mucho, y se entusiasmaba cuando podía oírlos discutir. Eso era lo extraño: no hacían otra cosa más que discutir.

—¿Por qué? ¿El gordo de mi amigo me pregunta por qué? ¿Se queda ahí sentado, sobre su ancho culo, y tiene el coraje de preguntarme por qué? Yeste, ven algún día con un reto. Una vez, una sola vez, ven hasta aquí y dime: «Domingo, necesito una espada para un hombre de ochenta años que ha de batirse en duelo», y entonces te abrazaría y, llorando, aceptaría tu petición. Porque hacer una espada para que un hombre de ochenta años sobreviva a un

duelo, eso sí que es un reto. Pues la espada debería ser lo bastante resistente como para permitir que ganara, y, a la vez, lo bastante ligera como para no cansar su débil brazo. Tendría que emplearme a fondo para buscar quizá un metal desconocido, resistente pero muy ligero, o pergeñar una fórmula distinta con algún elemento conocido, mezclar un poco de bronce con un poco de hierro y un poco de aire en formas desconocidas en miles de años. Te besaría tus olorosos pies si me dieras una oportunidad así, mi gordo Yeste. Pero hacer una estúpida espada con unas estúpidas joyas que forman unas estúpidas iniciales para que un italiano estúpido pueda agasajar a su estúpida amante, no. No lo haré.

—Te lo pido por última vez. Por favor.

—Por última vez te digo que lo siento. Pero no.

—He dado mi palabra de que haría la espada —decía Yeste—. Y no puedo hacerla. En todo el mundo el único que puede hacerla eres tú, y vas y me dices que no. Eso querrá decir que no habré podido cumplir con un pedido. Y eso significará que habré perdido el honor. Y como el honor es lo único que me importa en este mundo, y como no puedo vivir sin él, debo morirme. Y como eres mi amigo más querido, ya que estoy aquí, puedo morirme ahora mismo, contigo, amparado por el calor de tu afecto.

Llegado este punto, Yeste sacaba un puñal. Era algo magnífico: Domingo se lo había regalado a Yeste el día de su boda.

—Adiós, pequeño Íñigo —decía entonces Yeste—. Que Dios te dé tu porción de sonrisas.

A Íñigo le estaba prohibido interrumpir.

—Adiós, pequeño Domingo —decía entonces Yeste—. Aunque muero en tu cabaña y aunque sea tu tozudez la que cause mi muerte, en otras palabras, aunque seas tú quien me mate, ni se te ocurra pensar en ello. Te quiero como siempre lo he hecho, y que Dios no permita que el remordimiento te quite el sueño. —Se descubría el pecho y acercaba el puñal más y más—. ¡El dolor es peor de lo que imaginaba! —gritaba Yeste.

—¿Cómo puede dolerte si la punta del puñal está todavía a dos centímetros de tu vientre? —preguntaba Domingo.

—Me anticipo al dolor; no me molestes, déjame morir en paz.

Acercaba la punta a la piel y empujaba.

Domingo le aferraba la mano y apartaba el puñal.

—Algún día no te lo impediré —le decía—. Íñigo, pon otro plato más para la cena.

—Estaba dispuesto a matarme. De verdad.

—Ya basta de dramatismos.

—¿Qué tenemos esta noche en el menú?

—Las gachas de siempre.

—Íñigo, vete a ver si por casualidad llevo algo en el carruaje.

En el carruaje siempre esperaba un festín.

Y después de la comida y de las anécdotas venía la despedida, y siempre, antes de la despedida, venía la petición.

—Deberíamos asociarnos —decía Yeste—. En Madrid. En el cartel, mi nombre precedería al tuyo, claro, pero iríamos siempre a partes iguales.

—No.

—Está bien. Pondremos tu nombre delante del mío. Eres el espadero más grande del mundo, mereces ocupar el primer puesto.

—Que tengas buen viaje.

—¿Por qué no?

—Yeste, amigo mío, porque eres muy famoso y muy rico, y está bien que sea así, pues fabricas unas armas maravillosas. Pero también has de fabricarlas para cualquier tonto que se te presente. Yo soy pobre, y en todo el mundo los únicos que me conocéis sois tú e Íñigo, pero no tengo que aguantar a los tontos.

—Eres un artista —le decía Yeste.

—No. Todavía no. Sólo un artesano. Pero sueño con llegar a ser un artista. Ruego porque algún día, si trabajo con el esmero suficiente, si tengo mucha, mucha suerte, logre fabricar un arma que sea una obra de arte. Entonces, podrás llamarme artista y yo te contestaré.

Yeste se subía a su carruaje. Domingo se acercaba a la ventanilla y le susurraba:

—Sólo te recuerdo una cosa: cuando tengas esa espada con las iniciales incrustadas de joyas, di que es tuya. No le cuentes a nadie que la he hecho yo.

—No te preocupes, que de esta boca no saldrá.

Abrazos, saludos. El carruaje se marchaba. Y así transcurría la vida antes de la espada con empuñadura para seis dedos.

Íñigo recordaba exactamente el momento en que había comenzado. Estaba preparando el almuerzo para los dos —porque desde que él cumpliera seis

años, su padre le había dejado cocinar—, cuando alguien llamó a la puerta con fuerza inusitada.

—¡Eh, los de ahí dentro! —resonó la voz—. Daos prisa.

El padre de Íñigo abrió la puerta y dijo:

—Servidor.

—Eras espadero —dijo la voz resonante—. De prestigio. He oído decir que es verdad.

—Si lo fuera —repuso Domingo—. Pero no poseo grandes habilidades. Me dedico principalmente a hacer reparaciones. Quizá si tuvierais una daga desafilada, podría complaceros. Pero si me pedís más que eso, no estaré a la altura de las circunstancias.

Íñigo se acercó y espió, escudándose en su padre. La voz resonante pertenecía a un hombre poderoso, de cabello negro y anchos hombros, que iba montado en un elegante caballo marrón. Era, a todas luces, un noble, pero Íñigo no logró precisar de qué país.

—Quiero que me fabriquen la espada más grandiosa desde Excalibur.

—Espero que podáis hacer realidad vuestros deseos —dijo Domingo—. Y ahora, si me perdonáis, nuestro almuerzo está casi dispuesto y…

—No te he dado permiso para que te muevas. Quédate donde estás o deberás enfrentarte a mis iras. Y te advierto de antemano que son considerables. Soy destructivo por temperamento. Bien, ¿qué me decías de tu almuerzo?

—Os decía que falta mucho para comer; no tengo nada que hacer y jamás soñaría con moverme.

—Corren rumores de que oculto en las colinas que se alzan detrás de Toledo vive un genio —dijo el noble—. El más grande espadero del mundo.

—Suele venir a visitarnos…, de ahí vuestro error. Pero su nombre es Yeste y vive en Madrid.

—Pagaré quinientas monedas de oro por conseguir mis deseos —dijo el noble de anchos hombros.

—Es mucho dinero, más del que todos los hombres de toda esta aldea ganarán en todas sus vidas —dijo Domingo—. En verdad os digo que desearía aceptar vuestra oferta, pero no soy el hombre que buscáis.

—Estos rumores me conducen a creer que Domingo Montoya resolvería mi problema.

—¿Cuál es vuestro problema?

—Soy un gran espadachín. Pero no logro encontrar un arma que se ajuste a mis peculiaridades y, por ello, me veo impedido de alcanzar la perfección. Si pudiera tener un arma que se ajustara a mis necesidades, no habría nadie en el mundo capaz de igualarme.

—¿Y cuáles son esas peculiaridades de las que habláis?

El noble levantó la mano derecha.

Domingo comenzó a entusiasmarse.

El hombre tenía seis dedos.

—¿Las ves? —comenzó a decir el noble.

—Por supuesto —lo interrumpió Domingo—. El equilibro de la espada no es el adecuado para vos, porque todos los equilibrios han sido concebidos para cinco dedos. Aferrar la empuñadura de cualquier espada os producirá calambres, porque ha sido hecha para cinco dedos. A un espadachín, a un maestro, le produciría incomodidades. Y el más grande espadachín del mundo debe encontrarse siempre cómodo. Empuñar el arma ha de ser para él algo tan natural como pestañear, y debería hacerlo mecánicamente, sin pensar.

—Está claro que comprendes las dificultades… —comenzó a decir otra vez el noble.

Pero Domingo se había marchado a un lugar donde no le llegaban las palabras ajenas. Íñigo nunca había visto a su padre presa de semejante frenesí.

—Las medidas…, claro… cada dedo y la circunferencia de la muñeca, y la distancia de la sexta uña a la yema pulgar…, cuántas medidas… y vuestras preferencias… ¿Preferís cortar o rasgar? Si preferís rasgar, ¿lo hacéis de derecha a izquierda o quizá con un movimiento paralelo…? Cuando cortáis, ¿disfrutáis más haciéndolo con un fuerte tirón hacia arriba? ¿Cuánta fuerza queréis que parta del hombro y cuánta de la muñeca…? ¿Deseáis que la punta lleve una cobertura para que entre con más facilidad, o preferís ver cómo vuestro oponente da un respingo…? Cuánto por hacer, cuánto por hacer…

Y así siguió durante un buen rato, hasta que el noble desmontó y casi se vio obligado a aferrarlo por los hombros para calmarlo.

—Eres el hombre del que hablan los rumores.

Domingo asintió.

—Y me harás la espada más grande desde Excalibur.

—Soy capaz de reducir mi cuerpo a las ruinas por vos. Quizá falle. Pero nadie lo intentará con mayor ahínco.

—¿Y la paga?

—Cuando tengáis vuestra espada, me pagaréis. Ahora, permitid que comience a tomar las medidas. Íñigo…, mis instrumentos.

Íñigo salió corriendo y se internó en el rincón más oscuro de la cabaña.

—Insisto en dejar algo a cuenta.

—No es necesario; podría fallar.

—Insisto.

—Está bien. Una pieza de oro. Dejadme una pieza de oro. Pero no me habléis de dinero cuando tengo trabajo que hacer.

El noble sacó una pieza de oro.

Domingo la guardó en un cajón y allí la dejó sin siquiera echarle un vistazo.

—Palpaos los dedos —le ordenó—. Frotaos las manos con fuerza, sacudid los dedos… Cuando os enfrentéis a duelo estaréis entusiasmado, y esta empuñadura ha de ajustarse a las características de vuestra mano cuando sintáis ese entusiasmo; si tomara las medidas cuando estáis relajado, habría una cierta diferencia, una milésima de pulgada quizá, y eso nos alejaría de la perfección, que es justamente lo que pretendo. La perfección. No cejaré hasta alcanzarla.

El noble no pudo menos que sonreír.

—¿Y cuánto tardarás en alcanzarla?

—Volved dentro de un año —repuso Domingo.

Dicho esto, se puso a trabajar.

Y qué año. Domingo dormía únicamente cuando lo vencía el cansancio. Comía sólo cuando Íñigo lo obligaba. Estudiaba, se afanaba, se quejaba. Nunca debería haber aceptado aquel encargo; era imposible. Al día siguiente, con el ánimo por las nubes decía: «Nunca debería haber aceptado el encargo»; era demasiado sencillo y no estaba a la altura de su maestría. De la dicha a la desesperación, de la desesperación a la dicha, día tras día, hora tras hora. En ocasiones, Íñigo se despertaba y lo encontraba llorando:

—¿Qué te ocurre, padre?

—No puedo hacerlo. No puedo hacer la espada. No logro hacer que mis manos me obedezcan. Si no fuera porque ibas a quedarte solo, me mataría.

—Vete a dormir, padre.

—No, no necesito dormir. Los fracasados no necesitan dormir. De todos modos ya dormí ayer.

—Por favor, padre, una cabezadita.

—Está bien, sólo unos minutos, para que dejes de regañarme.

Algunas noches, Íñigo se despertaba y lo encontraba bailando.

—¿Qué te ocurre, padre?

—Pues que he descubierto mis errores y he corregido mis estimaciones equivocadas.

—Padre, entonces, ¿la acabarás pronto?

—La acabaré mañana y será un milagro.

—Eres maravilloso, padre.

—Soy más que maravilloso, ¿cómo te atreves a insultarme?

Pero a la noche siguiente, más lágrimas.

—¿Qué te ocurre ahora, padre?

—La espada, la espada, no puedo hacerla.

—Pero, padre, anoche dijiste que habías descubierto tus errores.

—Me equivoqué; esta noche he descubierto otros mucho peores. Soy el ser más desgraciado. Dime que no te importará que me mate, así podré poner fin a mi existencia.

—Pero me importa, padre. Te quiero y me moriría si tú dejaras de respirar.

—No me quieres de verdad, lo dices de pura lástima.

—¿Quién podría sentir lástima del espadero más grande de la historia mundial?

—Gracias, Íñigo.

—De nada, padre.

—Íñigo, te quiero mucho.

—Duerme, padre.

—Sí. Duermo.

Y así todo un año. Un año en el que por momentos la empuñadura estaba bien, pero el equilibrio era incorrecto; o correcto, pero el ángulo de corte no era lo bastante afilado, y cuando lo afilaba se volvía a perder el equilibrio, y cuando se recuperaba el equilibrio, la punta era ancha, o cuando la punta

recuperaba su filo, toda la hoja era demasiado corta; y todo al garete, había que comenzar de nuevo, porque todo estaba perdido. Y así una y otra vez. A Domingo comenzó a fallarle la salud. Casi siempre tenía fiebre, pero él obligaba a su débil cuerpo a seguir adelante, porque aquélla tenía que ser la mejor arma después de Excalibur. Domingo se enfrentaba a una leyenda, y ésta lo estaba destruyendo.

Vaya año.

Una noche, Íñigo se despertó y encontró a su padre sentado. Con la mirada perdida. Tranquilo, Íñigo siguió su mirada.

La espada con la empuñadura para seis dedos estaba terminada.

Brillaba a pesar de la oscuridad reinante en la cabaña.

—Por fin —susurró Domingo. No podía apartar la mirada de la gloriosa espada—, Íñigo, después de toda una vida, por fin soy un artista.

El noble de anchos hombros no opinó lo mismo. Cuando regresó para comprar la espada, se limitó a mirarla durante un instante y dijo:

—No ha valido la pena esperar para esto.

Íñigo se encontraba en un rincón de la cabaña, y observaba la escena conteniendo la respiración.

—¿Os sentís defraudado? —logró preguntar Domingo con mucho esfuerzo.

—No digo que sea una basura, compréndeme —prosiguió el noble—, pero está claro que no vale quinientas piezas de oro. Te daré diez, que es probablemente lo que vale.

—¡Os equivocáis! —gritó Domingo—. No vale diez. No vale ni siquiera una. Aquí tenéis. —Abrió el cajón donde la moneda de oro había permanecido durante todo aquel año—. Este oro es vuestro. Todo. No habéis perdido nada.

Recogió su espada y se dio media vuelta.

—Me llevaré la espada —dijo el noble—. No he dicho que no me la llevaría. Sólo dije que pagaría lo que vale.

Domingo se volvió hecho una furia, con los ojos brillantes.

—Habéis echado mano de subterfugios. Habéis regateado. Aquí estamos hablando de arte y vos sólo habéis visto dinero. Teníais a vuestra disposición una bella pieza y vos sólo habéis visto vuestro bolsillo lleno. Marchaos, por favor.

—La espada —dijo el noble.

—La espada le pertenece a mi hijo —dijo Domingo—. Se la doy ahora. Será suya para siempre. Adiós.

—Eres un campesino y un tonto. Quiero mi espada.

—Sois un enemigo del arte y me apiado de vuestra ignorancia —le dijo Domingo.

Fueron las últimas palabras que pronunció en su vida.

El noble lo mató en ese mismo instante, sin previo aviso; la espada del noble brilló en el aire y el corazón de Domingo quedó hecho pedazos.

Íñigo lanzó un grito. No podía creer lo que veía; no había ocurrido. Lanzó otro grito. Su padre se encontraba bien; no tardarían en tomar el té juntos. No podía dejar de gritar.

Lo oyeron en la aldea. Veinte hombres se presentaron ante su puerta. El noble se abrió paso a empujones.

—Ese hombre me ha atacado. ¿Lo veis? Lleva una espada. Me atacó y tuve que defenderme. Y ahora, apartaos de mi camino.

Era mentira, por supuesto, y todo el mundo lo sabía. Pero él era un noble, ¿qué podían hacer ellos? Lo dejaron pasar y el noble subió a su caballo.

—¡Cobarde!

El noble se giró en redondo.

—¡Cerdo!

La multitud volvió a apartarse.

Íñigo estaba allí de pie, empuñando la espada de seis dedos, repitiendo sus insultos:

—Cobarde. Cerdo. Asesino.

—Que alguien se ocupe del crío antes de que se propase —dijo el noble a la multitud.

Íñigo avanzó corriendo y se plantó delante del caballo del noble, impidiéndole el paso. Con ambas manos levantó la espada con empuñadura para seis dedos y gritó:

—Yo, Íñigo Montoya, os reto a luchar a vos, cobarde, cerdo, asesino, infeliz.

—Quitadle de mi camino. Apartad al niño.

—El niño tiene diez años y se queda —repuso Íñigo.

—Por hoy ya han muerto bastantes miembros de tu familia, conténtate —le

dijo el noble.

—Cuando me supliquéis por vuestra vida, entonces me sentiré contento. ¡Desmontad!

El noble desmontó de su caballo.

—Desenvainad vuestra espada.

El noble desenvainó su arma asesina.

—Dedico vuestra muerte a mi padre —dijo Íñigo—. Comenzad.

Comenzaron.

No fue una lucha pareja, por supuesto, Íñigo quedó desarmado en menos de un minuto. Pero durante los primeros quince segundos más o menos, el noble experimentó una cierta inquietud. Durante aquellos quince segundos, unos extraños pensamientos cruzaron por su mente. Porque, aunque tenía diez años, el genio de Íñigo estaba allí.

Una vez desarmado, Íñigo permaneció muy erguido. No dijo ni una sola palabra; no suplicó.

—No voy a matarte —dijo el noble—, porque tienes talento y eres valiente. Pero también es cierto que te faltan modales, y si no tienes cuidado, eso te traerá problemas. Por eso quiero ayudarte, para que puedas seguir adelante en la vida. Te dejaré algo que te recuerde que has de procurar evitar los malos modales.

Dicho lo cual, su acero brilló en el aire, por dos veces. Y la cara de Íñigo comenzó a sangrar. Dos hilillos de sangre le fluyeron desde la frente hasta la barbilla, cada uno de ellos le recorrió las mejillas. Todos aquellos que presenciaban la escena lo supieron al instante: el muchacho había quedado marcado de por vida.

Íñigo no se doblegó. El mundo se le quedó en blanco, pero no cayó al suelo. La sangre continuó manando. El noble enfundó la espada, montó a caballo y se marchó.

Sólo entonces, Íñigo dejó que la oscuridad se apoderara de él.

Despertó viendo el rostro de Yeste.

—Fui derrotado —dijo Íñigo—. Le he fallado.

—Duerme —fue todo lo que Yeste pudo decirle.

Íñigo durmió. La hemorragia paró al cabo de un día, y el dolor, al cabo de una semana. Sepultaron a Domingo, e Íñigo abandonó Arabella por primera y última vez. Con la cara vendada, viajó en el carruaje de Yeste hasta Madrid;

allí vivió en casa del espadero y obedeció sus órdenes. Al cabo de un mes le quitaron las vendas, pero las cicatrices seguían teniendo un color rojo oscuro. Con el tiempo, se le aclararon un poco, pero continuaron siendo el rasgo principal del rostro de Íñigo: las enormes cicatrices paralelas que le recorrían ambas mejillas, de la frente a la barbilla. Yeste se ocupó de él durante dos años.

Y una buena mañana, Íñigo se marchó. Dejó una nota prendida con un alfiler a su almohada; sólo dos palabras: «Debo aprender».

¿Aprender, qué? ¿Qué podía haber fuera de Madrid que aquel niño tuviera que sepultar en su memoria? Yeste se encogió de hombros y suspiró. Era algo incomprensible. Ya no había quien pudiera entender a los jóvenes. Todo cambiaba demasiado deprisa y los jóvenes eran distintos. Ese hecho le superaba. Él era un hombre gordo que hacía espadas. Era lo único que sabía.

Y continuó haciendo espadas, y engordando, y los años fueron pasando. Y mientras su figura se iba ensanchando, lo mismo hizo su fama. Venían de todas partes del mundo a suplicarle que les hiciera espadas; duplicó los precios porque ya no quería trabajar tanto, se estaba haciendo viejo: pero cuando duplicó los precios, cuando corrieron los rumores del duque al príncipe y de éste al rey, todo el mundo lo buscó con más desesperación. Ahora tenían que esperar dos años para conseguir una espada y la cola de miembros de la realeza era interminable. Yeste comenzó a cansarse, de modo que volvió a duplicar los precios, y cuando vio que con eso no se detenían, decidió triplicar los que ya había duplicado y reduplicado y, además, exigió cobrar los trabajos por adelantado y en joyas, y la espera era de tres años, pero nada los disuadía. Debían tener espadas hechas por Yeste o nada, y aunque su trabajo ya no era tan fino como había sido (después de todo, Domingo ya no podía acudir en su auxilio), los tontos ricachones no lo notaron. Lo único que querían eran sus armas, y se peleaban para ver quién le daba más joyas.

Yeste se hizo inmensamente rico.

E inmensamente grueso.

Las carnes le colgaban por todas partes. Y era el único en Madrid que tenía pulgares gordos. Para vestirse necesitaba una hora, para desayunar lo mismo; todo era muy lento.

Pero todavía podía hacer espadas. Y la gente seguía deseándolas vehementemente.

—Lo siento —le dijo al joven español que entró en su tienda una mañana —. Tendréis que esperar cuatro años y me avergüenza deciros el precio. Id a otro para que os haga el arma.

—Ya tengo un arma —repuso el español.

Y lanzó sobre la mesa de trabajo de Yeste la espada con empuñadura para seis dedos.

Qué abrazos.

—No vuelvas a marcharte —le dijo Yeste—. Como demasiado cuando estoy solo.

—No puedo quedarme —le dijo Íñigo—. Sólo he venido para hacerte una pregunta. Como ya sabes, me he pasado los últimos diez años aprendiendo. Y ahora he venido para que me digas si estoy preparado.

—¿Preparado? ¿Para qué? ¿Qué diablos has estado aprendiendo?

—Esgrima.

—Es una locura —repuso Yeste—. ¿Has dedicado diez años enteros sólo a aprender esgrima?

—No, no sólo a aprender esgrima —replicó Íñigo—. Hice muchas cosas más.

—Cuéntame.

—Verás —comenzó a decir Íñigo—, ¿qué son diez años? Unos tres mil seiscientos días. Que son unas… lo calculé una vez, por eso me acuerdo bien…, unas ochenta y seis mil horas. Me puse por objetivo dormir sólo cuatro horas por noche. O sea que debemos restar catorce mil horas, y quedan aproximadamente unas setenta y dos mil horas a mi disposición.

—Dormiste. Me parece bien. ¿Y qué más?

—Pues apreté piedras.

—Perdona, a veces me falla el oído. Me pareció oír que decías que apretaste piedras.

—Para fortalecer las muñecas, y poder controlar la espada. Piedras del tamaño de una manzana. Me pasaba dos horas diarias apretando una piedra en cada mano. Y dedicaba otras dos más a saltar a cuerda y a hacer fintas y a moverme deprisa, para que mis pies pudieran colocarme en la posición correcta e imprimirle a la espada la fuerza adecuada. En eso se me fueron otras catorce mil horas. Me quedan ahora cincuenta y ocho mil. Dedicaba dos horas diarias a correr tan rápido como me era posible, para que mis piernas, además de ser veloces, fueran fuertes. Y ahora me quedan cincuenta mil horas.

Yeste examinó al joven que tenía delante. Estaba delgado como la hoja de una espada, y medía un metro ochenta. Erguido como un árbol joven, tenía los ojos brillantes y tensos; incluso estando inmóvil, parecía veloz como un galgo.

—¿Y esas últimas cincuenta mil horas? ¿También las dedicaste a aprender esgrima?

Íñigo asintió.

—¿Dónde?

—Dondequiera que encontrase un maestro. En Venecia, en Brujas, en Budapest.

—Podría haberte enseñado yo aquí.

—Es cierto. Pero tú me tienes aprecio. No habrías sido despiadado. Habrías dicho: «Excelente parada, Íñigo, ya basta por hoy; vamos a comer».

—Pues sí, es lo que te habría dicho —reconoció Yeste—. Pero ¿por qué era tan importante? ¿Por qué ha merecido tantos años de tu vida?

—Porque no podía volver a fallarle.

—¿Fallarle a quién?

—A mi padre. Me he pasado todos estos años preparándome para encontrar al hombre de los seis dedos y matarlo en un duelo. Pero él es un maestro, Yeste. Eso dijo, y vi la forma en que su espada mató a Domingo. Cuando lo encuentre, no debo perder ese duelo, por eso he venido a verte. Conoces las espadas y los espadachines. No debes mentirme. ¿Estoy preparado? Si me dices que sí, lo buscaré por todo el mundo. Si me dices que no, dedicaré otros diez años y otros diez más, si hace falta, hasta que lo consiga.

Entonces se fueron al patio de Yeste. Eran las últimas horas de la mañana. Hacía calor. Yeste colocó una silla a la sombra y se acomodó en ella, Íñigo esperó al sol.

—No hace falta que pongamos a prueba tu deseo, y ya sabemos bien que tienes motivos suficientes para asestar el golpe de muerte —le dijo Yeste—. Por lo tanto, sólo hemos de poner a prueba tus conocimientos, tu velocidad y tu vigor. Para esto no necesitamos un enemigo. El enemigo está siempre en la mente. Imagínatelo.

Íñigo desnudó la espada.

—El hombre de los seis dedos se mofa de ti —gritó Yeste—. Haz lo que puedas.

Íñigo comenzó a dar brincos por el patio, mientras la hoja de la gran espada brillaba.

—Utiliza la defensa de Agrippa —gritó Yeste.

De inmediato, Íñigo cambió de posición, y le imprimió una mayor velocidad a su acero.

—Ahora te sorprende con el ataque de Bonetti.

Pero a Íñigo no le duró mucho la sorpresa. Sus pies volvieron a moverse; colocó el cuerpo de distinta manera. El sudor le corría por el cuerpo delgado y la gran espada era cegadora. Yeste siguió gritando. Íñigo siguió moviéndose. La espada no paraba nunca.

A las tres de la tarde, Yeste le dijo:

—Ya es suficiente. Estoy exhausto de tanto mirarte.

Íñigo envainó la espada con empuñadura para seis dedos y esperó.

—Deseas saber si creo que estás preparado para enfrentarte en un duelo a muerte a un hombre lo bastante despiadado como para haber matado a tu padre, lo bastante rico como para comprar la protección necesaria, un hombre mayor y experimentado, un maestro reconocido.

Íñigo asintió.

—Te diré la verdad, y a ti te corresponde decidir si quieres o no vivir con ella. En primer lugar, nunca ha habido un maestro tan joven como tú. Hace falta tener por lo menos treinta años antes de alcanzar el título, y tú apenas tienes veintidós. Pues bien, la verdad es que eres un muchacho impetuoso impulsado por la locura y no eres ni serás jamás un maestro.

—Gracias por la franqueza —dijo Íñigo—. Debo admitir que esperaba mejores noticias. Me resulta muy difícil hablar en estos momentos, si me disculpas, me tengo que…

—No he terminado —dijo Yeste.

—¿Qué más te queda por decir?

—Quería muchísimo a tu padre, eso tú ya lo sabes, pero lo que voy a decirte no lo sabías: cuando éramos muy jóvenes, todavía no habíamos cumplido los veinte, vimos actuar con nuestros propios ojos a Bastia, el fenómeno corso.

—No conozco a ningún fenómeno.

—En esgrima, es el título que está por encima del de maestro —le explicó Yeste— Bastia fue el último en ostentar el título. Murió en alta mar mucho antes de que tú nacieras. Desde su desaparición no ha habido más fenómenos, y tú jamás habrías sido capaz de derrotarlo. Pero te diré una cosa: él jamás te habría derrotado a ti.

Íñigo se quedó callado durante un largo rato.

—Entonces estoy preparado.

—No me gustaría estar en el lugar del hombre de los seis dedos —fue todo lo que Yeste le dijo.

A la mañana siguiente, Íñigo comenzó la búsqueda. Lo había planificado todo con sumo cuidado. Encontraría al hombre de seis dedos. Se le acercaría y le diría sencillamente: «Hola, me llamo Íñigo Montoya, tú mataste a mi padre, disponte a morir», y entonces, oh, entonces, comenzaría el duelo.

Era un plan muy bonito. Simple, directo. Sin filigranas. Al principio, Íñigo había ideado todo tipo de locas venganzas, pero poco a poco, la sencillez le había parecido lo mejor. Al principio, imaginaba todo tipo de escenas: el enemigo lloraría y suplicaría, el enemigo se rebajaría y lloraría, el enemigo intentaría sobornarlo, utilizaría argumentos sensibleros y actuaría de forma poco caballerosa. Pero con el tiempo, todas estas ideas también cedieron a la sencillez: el enemigo se limitaría a decirle: «Ah, sí, recuerdo haberlo matado; será un placer matarte a ti también».

Íñigo sólo tenía un problema: no encontraba al enemigo.

Jamás se le había ocurrido pensar que tendría la más mínima dificultad. Al fin y al cabo, ¿cuántos nobles podía haber que tuvieran seis dedos en la mano derecha? Sin duda, aquel detalle sería algo conocido por sus allegados. Unas cuantas preguntas como: «Disculpadme, no estoy loco, pero ¿no habréis visto últimamente un noble de seis dedos?». Y, seguramente, tarde o temprano, alguien le contestaría que sí.

Pero aquel sí no llegó temprano.

Y las cosas que ocurren tarde no son ésas por las que se desea contener la respiración.

El primer mes no fue tan desalentador. Íñigo recorrió toda España y Portugal. El segundo mes viajó a Francia y se pasó allí el resto del año. El año siguiente a aquél fue su año italiano, y después siguieron Alemania y Suiza.

Sólo al cabo de cinco años de completo fracaso comenzó a preocuparse. Para entonces, había visto todos los Balcanes y gran parte de Escandinavia y había estado en Florin, y visitado a los nativos de Guilder, y había estado en la madre Rusia y, poco a poco, había recorrido todo el Mediterráneo.

Para entonces, ya sabía lo que había ocurrido: diez años de aprendizaje habían sido demasiados; habían ocurrido demasiadas cosas. Probablemente, el hombre de seis dedos se habría marchado de viaje a Asia.

O se estaría enriqueciendo en América. O se habría convertido en un ermitaño de la Indias Orientales. O… o…

¿Habría muerto?

A los veintisiete años, Íñigo comenzó a tomar por las noches unas cuantas copas más de vino, para ayudarse a conciliar el sueño. A los veintiocho, se tomaba unas cuantas copas más para ayudarse a digerir el almuerzo. A los veintinueve, el vino le resultaba indispensable para despertarse por las mañanas. El mundo se le venía abajo. No sólo vivía en un perpetuo fracaso, sino que además, le estaba ocurriendo algo igual de espantoso:

La esgrima comenzaba a aburrirle.

Era, sencillamente, demasiado bueno. En sus viajes, se ganaba la vida buscando al campeón local del lugar donde se encontraba, y se enfrentaba a duelo; Íñigo lo desarmaba y aceptaba lo que hubiesen apostado. Y con sus victorias, se pagaba la comida, el alojamiento y el vino.

Pero los campeones locales no eran nada. Incluso en las grandes ciudades, los expertos locales no eran nada. Tampoco en las capitales, los maestros locales eran nada. No había competencia, nada que le ayudara a mantener el estímulo. Su vida comenzó a carecer de sentido, igual que su búsqueda, todo, todo carecía de razón.

A los treinta renunció al fantasma. Dejó de buscar, se olvidó de comer, dormía sólo de vez en cuando. El vino era su única compañía y eso le bastaba.

Era una concha. La máquina de esgrima más grande desde el fenómeno corso apenas practicaba con la espada.

En esas condiciones se encontraba cuando el siciliano dio con él.

Al principio, el diminuto jorobado se limitó a suministrarle vino más fuerte. Pero más tarde, a través de una combinación de elogios y llamadas de atención, el siciliano comenzó a alejarlo de la botella. Porque el siciliano tenía un sueño: con su astucia, la fuerza del turco y la espada del español, podrían convertirse en la organización criminal más efectiva del mundo civilizado.

Que es precisamente en lo que se convirtieron.

En los lugares más recónditos, sus nombres resultaban más dolorosos que el propio miedo; todo el mundo tenía necesidades difíciles de satisfacer. El tropel siciliano (incluso por aquella época, dos eran compañía y tres, un tropel) se hizo cada vez más famoso y más rico. Podían con todo. El acero de Íñigo volvía a resplandecer más que nunca como un rayo. Con el transcurso de los meses, la fuerza del turco se hizo más prodigiosa.

Pero el jorobado era el jefe. De eso nunca hubo duda. De no ser por él Íñigo aún seguiría en su anterior condición: tendido de espaldas, mendigando un poco de vino a la entrada de algún callejón. La palabra del siciliano no sólo era ley, sino la verdad indiscutible.

De modo que cuando le ordenó que matara al hombre de negro, las demás posibilidades quedaron borradas de un plumazo. El hombre de negro debía morir…

Íñigo se paseó por el borde del acantilado, chasqueando los dedos. Quince metros más abajo, el hombre de negro seguía subiendo. La impaciencia de Íñigo comenzaba a entrar en una ebullición incontrolable. Se asomó para contemplar aquel lento avance. Encontrar una hendidura, meter la mano, encontrar otra hendidura, meter la otra mano; faltaban todavía catorce metros. Íñigo le dio una sonora palmada a la empuñadura de su espada, y comenzó a chasquear los dedos más deprisa. Examinó al escalador encapuchado y deseó que tuviera seis dedos, pero no; aquel hombre tenía el número adecuado de apéndices.

Faltaban ahora trece metros noventa centímetros.

Trece metros ochenta centímetros.

—¡En, el de abajo! —gritó Íñigo cuando ya no pudo esperar más.

El hombre de negro levantó la mirada y lanzó un gruñido.

—Os he estado observando.

El hombre de negro asintió.

—Un poco lento, ¿no?

—No quiero parecer descortés —repuso finalmente el hombre de negro—, pero en estos momentos estoy bastante ocupado, o sea que procurad no distraerme.

—Lo siento —dijo Íñigo.

El hombre de negro lanzó otro gruñido.

—Imagino que no podéis daros prisa —comentó Íñigo.

—Si queréis que me dé prisa —repuso el hombre de negro visiblemente enfadado—, podríais lanzarme una cuerda o alcanzarme una rama o buscar alguna otra cosa útil con que ayudarme.

—Sí, podría —convino Íñigo—. Pero no creo que aceptarais mi ayuda, porque os estoy esperando para mataros.

—Eso constituye un obstáculo en nuestra relación —dijo el hombre de negro—. Me temo que tendréis que esperar.

Faltaban doce metros noventa centímetros.

—Podría daros mi palabra de español —le dijo Íñigo.

—No me sirve de nada —replicó el hombre de negro—. He conocido a demasiados españoles.

—Me estoy volviendo loco aquí arriba —le dijo Íñigo.

—Cuando queráis que cambiemos de sitio, aceptaré encantado.

Once metros setenta centímetros.

Y un descanso.

El hombre de negro colgaba en el vacío, con los pies en el aire, y sostenía todo el peso de su cuerpo con la fuerza de la mano metida en la hendidura.

—Vamos, continuad —le suplicó Íñigo.

—Ha sido muy duro —le explicó el hombre de negro—, y estoy cansado. Dentro de un cuarto de hora más o menos, me encontraré estupendamente.

¡Un cuarto de hora más! Inconcebible.

—Os diré una cosa. Tenemos un trozo de cuerda extra aquí arriba que no utilizamos en nuestra escalada, os la lanzaré para que la cojáis y tiraré de ella para…

—No me sirve de nada —repitió el hombre de negro—. Podríais tirar de la cuerda, pero también podríais limitaros a soltarla, y como tenéis tanta prisa por matarme, sería una forma muy rápida de terminar la faena.

—Jamás os habríais enterado de que iba a mataros si yo no os lo hubiera dicho. ¿Acaso no os indica esto que soy de fiar?

—Espero que no os sintáis ofendido, pero, francamente, no.

—¿No hay manera de que confiéis en mí?

—No se me ocurre nada.

De pronto, Íñigo levantó bien alta su mano derecha y exclamó:

—¡Juro por el alma de Domingo Montoya que llegaréis vivo a la cima!

El hombre de negro permaneció largo rato en silencio. Luego, miró hacia arriba.

—No conozco al tal Domingo, pero algo en vuestro tono me dice que debo creeros. Lanzadme la cuerda.

Íñigo se apresuró a atarla alrededor de una roca y a lanzarla hacia abajo. El hombre de negro la aferró, y colgó suspendido en el vacío. Íñigo tiró de la cuerda. En un instante, el hombre de negro se encontró junto a él.

—Gracias —dijo el hombre de negro, y se dejó caer sobre la roca.

Íñigo se sentó a su lado.

—Esperaremos hasta que estéis dispuesto —le dijo.

El hombre de negro inspiró profundamente.

—Gracias de nuevo.

—¿Por qué nos habéis seguido?

—Porque lleváis un equipaje muy valioso.

—No tenemos intenciones de vender —repuso Íñigo.

—Eso es asunto vuestro.

—¿Y el vuestro?

El hombre de negro no contestó.

Íñigo se puso en pie y se alejó para estudiar el terreno sobre el que lucharían. Era una espléndida meseta, llena de árboles, alrededor de los cuales se podían esquivar los lances, y de raíces en las que dar traspiés, y de pequeñas piedras en las cuales perder el equilibrio, y de peñascos de los cuales saltar si se era lo bastante veloz para subirse a ellos; y, bañando todo el paraje, la luz de la luna, Íñigo decidió que no se podía pedir un terreno de prueba para un duelo más adecuado que aquél. Lo tenía todo, hasta los maravillosos Acantilados en un extremo, más allá de los cuales se encontraba la estupenda caída de trescientos metros, algo a tener en cuenta siempre al planificar la táctica. Era perfecto. Realmente un lugar perfecto.

Siempre y cuando el hombre de negro conociera el manejo de la espada.

Y lo conociera muy bien.

Íñigo hizo entonces lo que hacía siempre antes de un duelo: sacó de su vaina la enorme espada y se pasó la hoja dos veces por el rostro, una vez a lo largo de una cicatriz, y otra vez a lo largo de la otra cicatriz.

Después, estudió al hombre de negro. Un estupendo marinero, no cabía duda; un fantástico escalador, estaba claro; sin duda, valiente.

Pero ¿sabría manejar la espada?

¿Sabría manejarla muy bien?

Por favor, ojalá que sí, pensó Íñigo. Hace tanto tiempo que no me ponen a prueba, ojalá que este hombre pueda hacerlo. Ojalá que sea un espadachín maravilloso. Ojalá que sea veloz y ligero, fuerte e inteligente. Ojalá que tenga una mente hecha para la táctica, y una formación igual a la mía. Ojalá, ojalá… ¡Hace tanto tiempo! ¡Ojalá sea un maestro!

—Ya he recuperado el aliento —dijo el hombre de negro desde la roca donde se había sentado—. Gracias por haberme dejado descansar.

—Será mejor que acabemos de una vez —sentenció Íñigo.

El hombre de negro se incorporó.

—Parecéis una persona decente —dijo Íñigo—. Detesto mataros.

—Parecéis una persona decente —repuso el hombre de negro—. Detesto morir.

—Pero uno de los dos debe hacerlo —dijo Íñigo—. Comenzad.

Al decir eso, desenvainó la espada con empuñadura para seis dedos y se la cogió con la mano izquierda.

En los últimos tiempos había comenzado todos sus duelos con la mano izquierda. Constituía una buena práctica, y aunque era el número uno luchando con la mano derecha, la que normalmente utilizaba, con la izquierda resultaba algo más aceptable. Cuando luchaba con ésta, estaba entre los treinta mejores. Quizá esa cifra alcanzara los cincuenta, o tal vez apenas llegase a diez.

El hombre de negro también era zurdo y eso entusiasmó a Íñigo, porque todo resultaba más justo. Su debilidad se enfrentaba a la fuerza del otro hombre. Mejor que mejor.

Se pusieron en guardia y el hombre de negro comenzó de inmediato la defensa de Agrippa, cosa que Íñigo consideró acertada, si tenía en cuenta el terreno rocoso, pues la defensa de Agrippa permitía mantener los pies firmes al principio y reducían al mínimo las posibilidades de resbalar. Naturalmente, él respondió con un Capo Ferro que sorprendió al hombre de negro, pero se defendió bien, abandonó raudo la defensa de Agrippa y pasó al ataque, utilizando los principios de Thibault.

Íñigo no tuvo más remedio que sonreír. ¡Hacía tiempo que nadie usaba contra él la ofensiva, que le resultó emocionante! Dejó que el hombre de negro avanzara, que se envalentonase, para lo cual se retiró con gracia entre dos árboles, y para evitar daños utilizó la defensa Bonetti.

Entonces, sus piernas reaccionaron y se colocó detrás del árbol más cercano; el hombre de negro no esperaba esa rapidez y tardó en recuperarse. Íñigo salió como un rayo de detrás del árbol y pasó al ataque, el hombre de negro se retiró, tropezó, recuperó el equilibrio y continuó luchando.

Íñigo quedó impresionado por la rapidez con que había recuperado el equilibrio. La mayoría de los hombres con la misma constitución que su contrincante habrían caído, o al menos, se habrían aguantado con una mano.

Pero el hombre de negro, no; se limitó a dar un rápido paso, a erguir el cuerpo con un esfuerzo y a continuar luchando.

En esos momentos se acercaban al borde de los Acantilados, y gran parte de los árboles se encontraba detrás de ellos. Lentamente el hombre de negro se vio obligado a dirigirse hacia un grupo de enormes peñascos, porque Íñigo ansiaba comprobar cómo se movía cuando el terreno era escaso, cuando no se podía avanzar ni quitar con total libertad. Íñigo siguió avanzando y al instante, ambos estuvieron rodeados de peñascos. De repente, Íñigo se abalanzó contra una roca cercana, rebotó en ella con una fuerza increíble y salió despedido a una velocidad sorprendente.

Recibió la primera herida.

Había tocado al hombre de negro, lo había rozado apenas en la muñeca izquierda. Un arañazo, nada más, pero sangraba.

De inmediato, el hombre de negro se puso en retirada, alejándose de los peñascos, para volver al terreno abierto y llano de la meseta. Íñigo lo siguió, sin molestarse en impedir la retirada de su contrincante; ya tendría tiempo para eso después.

Fue entonces cuando el hombre de negro lanzó su mejor ataque. Lo hizo sin previo aviso, y la velocidad y la fuerza que empleó fueron aterradoras. La hoja de su espada brilló a la luz una y otra vez, y al principio, Íñigo se sentía demasiado encantado como para retroceder. No estaba del todo familiarizado con el estilo del ataque; en gran parte utilizaba el movimiento McBone, aunque con toques de Capo Ferro, y continuó retrocediendo mientras se concentraba en el enemigo, pensando en la mejor manera de parar el ataque.

El hombre de negro siguió avanzando, e Íñigo advirtió que se estaba acercando cada vez más al borde de los Acantilados, pero eso le traía sin cuidado. Lo importante era ser más listo que el enemigo, descubrir sus debilidades, dejar que viviera su momento de júbilo.

De pronto, a medida que se acercaba cada vez más al borde de los Acantilados, Íñigo descubrió el fallo del ataque iniciado por su enemigo; una sencilla maniobra Thibault lo destruiría por completo, pero no quería acabar tan pronto. Dejaría que su contrincante gozara un poco más del triunfo; la vida otorga tan pocos.

Los Acantilados estaban casi a sus espaldas.

Íñigo siguió retrocediendo; el hombre de negro siguió avanzando.

Entonces, Íñigo respondió con el movimiento Thibault.

Y el hombre de negro lo bloqueó.

¡Lo bloqueó!

Íñigo repitió el movimiento Thibault y volvió a fallarle. Pasó a Capo Ferro, probó con el Bonetti y después con el Fabris; desesperado, comenzó un movimiento que sólo había utilizado Sainct dos veces.

¡No funcionaba nada!

El hombre de negro seguía atacando.

Y el borde de los Acantilados estaba ahí cerca.

Íñigo jamás sentía pánico…, pues nunca había estado en situación de sentirlo. Pero tomó rápidamente algunas decisiones ya que no había tiempo para reflexiones profundas, y lo que decidió fue que aunque detrás de los árboles el hombre de negro reaccionaba con lentitud a los embates, y no demasiado bien entre los peñascos, cuando la libertad de movimientos era escasa, en terreno abierto, donde había espacio suficiente, era el terror. Un terror zurdo y con máscara negra.

—Sois excelente —dijo Íñigo.

Uno de sus pies descansaba en el borde del precipicio. Ya no podía seguir retrocediendo.

—Gracias —repuso el hombre de negro—. He trabajado mucho para llegar a esto.

—Sois mejor que yo —reconoció Íñigo.

—Eso parece. Pero si en realidad es así, ¿por qué sonreís?

—Porque sé algo que vos ignoráis —respondió Íñigo.

—¿Qué es? —inquirió el hombre de negro.

—No soy zurdo —respondió Íñigo.

Dicho eso, lanzó la espada para seis dedos hacia la mano derecha y se volvieron las tornas.

El hombre de negro retrocedió ante los embates de la enorme espada. Intentó desplazarse de lado, parar los golpes, huir de alguna manera al destino ya inevitable. Pero no hubo manera. Logró quitar cincuenta golpes; el quincuagésimo primero siguió camino y ahora le sangraba el brazo izquierdo. Logró desviar treinta estocadas de contragolpe, pero la trigésima primera lo venció, y ahora también le sangraba el hombro.

Las heridas todavía no eran graves, pero continuaron produciéndose a medida que se iban moviendo por las piedras, hasta que el hombre de negro se encontró rodeado de árboles, cosa muy mala para él, de manera que huyó ante

el ataque furioso de Íñigo, y volvió al espacio abierto. Pero Íñigo siguió avanzando, imparable, y, entonces, el hombre de negro volvió a encontrarse entre los peñascos, cosa que para él era mucho peor que los árboles; lanzó un grito de frustración y prácticamente echó a correr otra vez hacia el espacio abierto.

Pero no había manera de doblegar al fenómeno y, poco a poco, los letales Acantilados volvieron a convertirse en un factor en lucha, sólo que en ese momento era el hombre de negro el que se veía enfrentado a la muerte. Era valiente, fuerte, pero no se doblegó ante las heridas y no suplicó compasión: tras la máscara negra no se adivinaba temor alguno.

—Sois asombroso —gritó, al ver que Íñigo aumentaba la ya cegadora velocidad de sus estocadas.

—Gracias. Mi esfuerzo me ha costado.

Se acercaba el momento de la muerte, Íñigo embistió hacia adelante una y otra vez, y una y otra vez el hombre de negro logró contrarrestar los ataques, pero cada vez le costaba más; la fuerza de las muñecas de Íñigo era inagotable; la furia de sus estocadas fue en aumento y el hombre de negro comenzó a debilitarse.

—No podéis notarlo —le dijo entonces—, porque llevo una capa y una máscara. Pero estoy sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque yo tampoco soy zurdo —repuso el hombre de negro.

Y él también cambió la espada de mano; por fin comenzaba la verdadera batalla.

Íñigo comenzó a retroceder.

—¿Quién sois? —gritó.

—Nadie importante. Un amante más de la espada.

—¡Debo saberlo!

—Acostumbraos a la decepción.

Como el rayo, recorrieron la meseta abierta y las dos espadas se tornaron invisibles… ¡Oh, cómo tembló la tierra! ¡Oooh, cómo se estremecieron los cielos! Íñigo estaba perdiendo. Intentó dirigirse hacia los árboles, pero el hombre de negro no se lo permitió. Intentó retroceder hasta los peñascos, pero el hombre de negro le negó ese consuelo.

Por impensable que pareciera, en terreno abierto, el hombre de negro era superior aunque no mucho. Pero en infinidad de pequeños detalles, resultaba

de una calidad ligeramente superior. Un poquitín más veloz, mínimamente más fuerte, aunque tampoco mucho.

Pero con eso bastaba.

Se encontraron en el centro de la meseta para el asalto final. Ninguno de los dos hizo concesiones. Aumentó el sonido de metal contra metal. Un estallido final de energía recorrió las venas de Íñigo y realizó los máximos esfuerzos; echó mano de todos los trucos, utilizó cada hora de cada día de todos sus años de experiencia. Pero resultó bloqueado. Por el hombre de negro. Quedó cercado. Por el hombre de negro. Estaba abrumado, sitiado, asediado.

Derrotado.

Por el hombre de negro.

Un golpecito final y la gran espada con empuñadura para seis dedos salió volando de su mano. Íñigo quedó indefenso. Entonces, cayó de rodillas, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Hacedlo deprisa —dijo.

—Preferiría perder las manos antes que matar a un artista como vos —replicó el hombre de negro—. Sería como destruir a Da Vinci. Sin embargo —y en este punto golpeó a Íñigo en la cabeza con la parte más ancha de su espada—, como tampoco puedo permitir que me sigáis, os ruego que comprendáis que siento por vos el más enorme de los respetos.

Le asestó otro golpe más y el español cayó al suelo desmayado. El hombre de negro se apresuró a atar a Íñigo a un árbol y lo dejó allí, inconsciente e indefenso.

Envainó la espada, buscó el rastro del siciliano, y veloz, se internó en la noche…

—¡Ha derrotado a Íñigo! —exclamó el turco.

Éste no estaba demasiado seguro de si deseaba creérselo o no, pero sí convencido de que se trataba de una triste noticia, porque Íñigo le caía bien. Íñigo era el único que no se reía cuando Fezzik le pedía que jugaran a las rimas.

Avanzaban a toda prisa por el sendero montañoso en dirección a la frontera de Guilder. El sendero era estrecho y estaba sembrado de piedras como bolas de cañón; por lo tanto, al siciliano le costaba sangre, sudor y lágrimas mantener el ritmo. Fezzik transportaba sobre los hombros la ligera carga de Buttercup; la muchacha seguía atada de pies y manos.

—No te he oído, repítemelo —gritó el siciliano.

Fezzik esperó a que el jorobado lo alcanzase.

—¿Lo ves? —inquirió Fezzik señalando a lo lejos. Mucho más abajo, al pie del sendero montañoso, vieron correr al hombre de negro—. Íñigo ha sido derrotado.

—¡Inconcebible! —rugió el siciliano.

Fezzik nunca se atrevía a contrariar al jorobado.

—Soy muy estúpido —dijo Fezzik asintiendo—, Íñigo no ha sido vencido por el hombre de negro, sino todo lo contrario. Y para probarlo, se ha puesto su ropa y también su máscara, sus capuchas y sus botas y, además, ha engordado cuarenta kilos.

El siciliano entrecerró los ojos y observó la silueta que corría.

—Idiota —le espetó al turco—. ¿Después de tantos años eres incapaz de reconocer a Íñigo cuando lo ves? Ése no es Íñigo.

—Es que nunca aprendo —admitió el turco—. Si alguna vez hay algún detalle sobre alguna cosa, puedes estar seguro de que no sabré captarlo.

—Íñigo debe de haber tropezado o le habrá tendido una trampa o lo habrá derrotado de un modo sucio. Es la única explicación concebible.

Concebible, creíble, pensó el gigante. Pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Y menos al siciliano. Podría habérselo susurrado a Íñigo, a últimas horas de la noche, pero eso hubiera sido antes de la muerte de Íñigo. También podría haber susurrado: impasible, imposible, infalible. Ésas fueron todas las rimas que acudieron a su mente antes de que el siciliano volviera a hablarle, y eso significaba siempre que él debía prestar la más estricta de las atenciones. No había nada que enfureciera más al jorobado y con tanta rapidez como pescar a Fezzik pensando. Dado que apenas se imaginaba que alguien como Fezzik fuera capaz de pensar, jamás le preguntaba qué tenía en mente, porque le traía sin cuidado. Si se hubiese enterado de que Fezzik hacía rimas, se habría echado a reír y habría encontrado nuevas formas de hacerlo sufrir.

—Desátale los pies —ordenó el siciliano.

Fezzik bajó a la princesa y desató las cuerdas que le ataban las piernas. Luego le frotó los tobillos para que pudiera andar.

El siciliano la agarró de inmediato y tiró de ella.

—Reúnete con nosotros rápidamente —dijo el siciliano.

—¿Alguna orden en especial? —gritó Fezzik, al borde del pánico.

Detestaba que lo dejaran solo de aquel modo.

—Acaba con él, acaba con él. —El siciliano comenzaba a irritarse—. En vista de que Íñigo nos ha fallado, procura tener éxito.

—Pero yo no sé nada de esgrima, no sé cómo utilizar una espada…

—A tu manera.

El siciliano estaba a punto de perder los estribos.

—Ah, sí, bien, a mi manera. Gracias, Vizzini —le dijo Fezzik al jorobado. Y, reuniendo todo su valor, agregó—: Necesito una sugerencia.

—Siempre te jactas de lo bien que entiendes la fuerza, de que ésta te pertenece. Úsala, no me importa cómo. Espéralo ahí detrás —le ordenó señalando hacia una curva pronunciada del sendero montañoso—, y aplástale la cabeza como una cascara de huevo.

Y con un ademán le indicó las piedras del tamaño de bolas de cañón.

—Sí, eso haré —asintió Fezzik. Era fantástico en el lanzamiento de cosas pesadas—. Aunque no me parece un estilo demasiado deportivo, ¿verdad?

El siciliano perdió el control. Era terrible cuando lo hacía. La mayoría de la gente se limita a chillar y a pegar botes. Pero Vizzini era diferente: se quedaba muy, pero muy callado y su voz sonaba como si proviniera de una garganta muerta. Sus ojos se volvían como de fuego.

—Te diré una cosa, y sólo voy a decírtela una sola vez: detén al hombre de negro. Detenlo para siempre. Si fallas, no tendrás excusa; me buscaré otro gigante.

—Por favor, no me abandones —suplicó Fezzik.

—Pues haz lo que te ordeno.

Volvió a coger a Buttercup y, cojeando, subió por el sendero montañoso y se perdió de vista.

Fezzik echó un vistazo hacia abajo y vio la silueta que avanzaba a toda velocidad por el sendero. Todavía quedaba una buena distancia. Contaba con el tiempo suficiente para practicar. Fezzik levantó una piedra del tamaño de una bala de cañón y apuntó hacia una hendidura que había en la montaña, a unos diez metros de donde estaba.

¡Plaf!

Justo en el centro.

Levantó una piedra más grande y la lanzó contra una sombra que había al doble de distancia.

No tan «¡plaf!».

Cuatro centímetros a la derecha.

Fezzik se sintió razonablemente satisfecho. Aunque fallara por cuatro centímetros, la piedra aplastaría igualmente la cabeza si uno apuntaba al centro. Vacilante, buscó a su alrededor y encontró una piedra perfecta para el lanzamiento: le cabía justo en la mano. Luego, se dirigió a la curva pronunciada del sendero y se refugió en la sombra más impenetrable. Inadvertido, y sin decir palabra, esperó pacientemente con su piedra asesina, contando los segundos que faltaban para que el hombre de negro muriera…

FEZZIK

Las turcas son famosas por el tamaño de los hijos que paren. El único feliz recién nacido que llegó a pesar más de once kilos al nacer fue fruto de un matrimonio del sur de Turquía. Los registros de los hospitales turcos relacionan un total de once niños que pesaron más de nueve kilos al nacer. Y de otros noventa y cinco más que pesaron entre siete y nueve kilos. Ahora bien, cada uno de estos ciento seis querubines hacía lo que hacen todos los niños al nacer: perder entre doscientos y trescientos gramos, y tardar casi una semana en volver a recuperar peso. Para ser más exactos, ciento cinco de esos niños perdieron peso poco después del nacimiento.

Pero Fezzik, no.

Durante la primera tarde del día de su nacimiento, aumentó casi medio kilo. (Dado que sólo había pesado siete kilos al nacer, y como su madre había dado a luz con dos semanas de anticipación, los médicos no se preocuparon en exceso. «Es porque se te ha adelantado el parto dos semanas», le explicaron a la madre de Fezzik. «Eso lo explica todo». En realidad, no explicaba nada, pero cuando hay algo que despista a los médicos, cosa que ocurre con más frecuencia de la que cualquiera de nosotros pensamos, siempre echan mano de comentarios relacionados con el caso en cuestión y luego agregan: «Eso lo explica todo». O bien: «Pues como en el momento del parto llovía, este sobrepeso no es más que exceso de agua, he aquí la explicación».)

A los seis meses de vida, un bebé sano duplica el peso que tenía al nacer, y al cabo del año, lo triplica. Cuando Fezzik cumplió un año, pesaba treinta y ocho kilos. No era gordo, a ver si me entendéis. Tenía todo el aspecto de un niño fuerte y normal de treinta y ocho kilos. Aunque no tan normal, en realidad. Para contar sólo un año era bastante peludo.

Cuando tuvo edad para asistir al parvulario, ya estaba en condiciones de afeitarse. Era grande como un hombre normal y los demás niños le hacían la vida imposible. Naturalmente, al principio, le tenían un miedo de muerte (incluso por entonces Fezzik tenía un aspecto fiero), pero cuando se enteraron de que era un miedica, pues bien, no iban a dejar escapar una oportunidad así.

—Chulo, chulo —le gritaban a Fezzik, a manera de provocación, durante el recreo que hacían por las mañanas para tomar el yogur.

—No soy chulo —les contestaba Fezzik en voz alta.

(Pero para sí murmuraba: «Nulo, nulo». Jamás se atrevería a considerarse poeta, porque no era nada de eso; sólo le gustaban las rimas. Todo lo que oía lo rimaba para sus adentros. Algunas veces, las rimas tenían sentido, otras, no. Fezzik nunca se preocupó demasiado por el sentido; lo único que le importaba era el sonido.)

—Cobarde.

Aguarde.

—No soy cobarde.

—Entonces, pelea —le decía uno de ellos, y golpeaba a Fezzik en el estómago con todas sus fuerzas, con la confianza de que el gigante se limitaría a lanzar un «uuf» y quedarse ahí parado, porque por más cosas que le hiciesen nunca devolvía los golpes.

—Uuf.

Otro golpe. Y otro. Un buen puñetazo en los riñones, quizá. Tal vez una patada en la rodilla. Aquello continuaba así hasta que Fezzik rompía a llorar y salía corriendo.

Un día, en su casa, el padre de Fezzik le ordenó:

—Ven aquí.

Como de costumbre, Fezzik obedeció.

—Sécate las lágrimas —le dijo su madre.

Dos niños acababan de propinarle una buena paliza. Como pudo, dejó de llorar.

—Fezzik, esto no puede continuar así —le dijo su madre—. Deben dejar de meterse contigo.

Enfurecerse contigo.

—No me importa demasiado —dijo Fezzik.

—Pues debería importarte —le dijo su padre. Era carpintero y tenía unas manos enormes—. Ven aquí fuera. Te enseñaré a pelear.

—Por favor, no, no quiero…

—Obedece a tu padre.

En tropel, salieron al patio trasero.

—Vamos a ver, cierra el puño —le ordenó su padre.

Fezzik lo hizo lo mejor que pudo.

El padre miró a la madre y luego levantó la vista al cielo.

—Ni siquiera sabe cerrar el puño —dijo el padre.

—Pero ya lo intenta, sólo tiene seis años; no seas tan duro con él.

El padre de Fezzik quería mucho a su hijo y trató de no levantar la voz para que Fezzik no volviera a echarse a llorar. Pero no le resultó fácil.

—Cariño —dijo el padre de Fezzik—, mira, cuando cierras el puño, no se coloca el pulgar dentro de los demás dedos, sino que se coloca fuera de los otros dedos, porque si lo colocas dentro y golpeas a alguien, te lo vas a romper, y eso no está bien, porque cuando golpeas a alguien de lo que se trata es de hacerle daño al otro y no a ti mismo.

Abismo.

—No quiero hacerle daño a nadie, papaíto.

—No quiero que le hagas daño a nadie, Fezzik. Pero si sabes cómo cuidarte, y ellos saben que tú sabes, no te molestarán más.

Manifestarán.

—No me importa demasiado.

—A nosotros, sí —dijo su madre—. Fezzik, no deberían meterse contigo, sólo porque debes afeitarte.

—Volvamos a lo del puño —dijo su padre—. ¿Ya lo has aprendido?

Fezzik volvió a cerrar el puño, esta vez con el pulgar hacia afuera.

—Aprende deprisa el niño —dijo su madre.

Quería a su hijo tanto como el padre.

—Y ahora golpéame —le ordenó el padre.

—No pienso hacerlo.

—Golpea a tu padre, Fezzik.

—Quizá no sepa cómo golpear —dijo el padre.

—Quizá no —dijo la madre de Fezzik meneando la cabeza con pena.

—Fíjate, cariño —dijo el padre—. ¿Lo ves? Es fácil. Tienes que cerrar el puño como ya te he enseñado y después, debes llevar el brazo un poquitín hacia atrás, apuntas hacia donde quieres golpear y lanzas el puñetazo.

—Demuéstrale a tu padre que aprendes deprisa —dijo la madre—. Cierra el puño y encájale un buen golpe.

Fezzik lanzó un puñetazo al brazo de su padre.

El padre de Fezzik volvió a mirar al cielo, lleno de frustración.

—Te ha dado cerca del brazo —se apresuró a comentar la madre, antes de que el rostro de su hijo se entristeciera—. No está mal para ser la primera vez, Fezzik; dile que lo ha hecho bien para ser la primera vez —le ordenó a su marido.

—El golpe fue más o menos en la dirección correcta —logró decir el padre —, y si me hubiese encontrado un metro más hacia el oeste habría estado perfecto.

—Estoy muy cansado —protestó Fezzik—. Uno se cansa cuando aprende tanto en tan poco tiempo. Al menos yo. Por favor, ¿puedo marcharme?

—Todavía no —dijo la madre.

—Cariño, por favor, pégame, pégame de verdad, inténtalo. Eres un niño listo; dame un buen puñetazo —suplicó el padre.

—Mañana, papaíto, te lo prometo.

Comenzaban a saltarle las lágrimas.

—Fezzik, llorar no te servirá de nada —estalló el padre—. No te servirá ni conmigo ni con tu madre. Harás lo que yo te ordene, y te ordeno que me golpees, y si para eso tenemos que quedarnos aquí toda la noche o incluso toda la semana, lo hacemos y si…

¡¡¡

P

A

A

A

F!!!

(Todo esto ocurrió antes de que existieran los servicios de urgencia y realmente fue una pena, al menos para el padre de Fezzik, porque después de que Fezzik le lanzara el puñetazo, no pudieron llevarlo a ninguna parte más que a su cama, donde permaneció acostado, con los ojos cerrados durante un día y medio, salvo cuando apareció el lechero para arreglarle la mandíbula fracturada… Esto no ocurrió antes de que existieran los médicos, pero en Turquía todavía no habían logrado ampliar su campo de acción a los huesos;

los lecheros seguían siendo los encargados de arreglar los huesos, pues la lógica dictaba que dado que la leche era tan buena para los huesos, ¿quién iba a saber más de huesos rotos que un lechero?)

Cuando el padre de Fezzik logró abrir los ojos, los tres tuvieron una conversación familiar.

—Eres muy fuerte, Fezzik —le dijo su padre.

(En realidad, esto no es del todo cierto. Lo que su padre quiso decirle fue: «Eres muy fuerte, Fezzik». Pero lo que realmente logró expresar fue: «Zzzz zzz zzzzzz, Zzzzzz». Porque desde que el lechero le soldó las mandíbulas con alambre, la única letra que lograba pronunciar era la «z». Pero como tenía un rostro muy expresivo, su esposa lograba entenderle a la perfección.)

—Ha dicho que eres muy fuerte, Fezzik.

—Eso creía yo —repuso Fezzik—. El año pasado, un día que estaba muy enfadado, golpeé un árbol. Y lo derribé. Era un árbol pequeño, pero, de todos modos, me imaginé que aquello debía de tener algún significado.

—Zzzzzz zz zzzzzz zz zzzzzzzzzz, Zzzzzz.

—Ha dicho que dejará el oficio de carpintero, Fezzik.

—Oh, no —dijo Fezzik—. Pronto te pondrás bien, papaíto; el lechero prácticamente me lo ha asegurado.

—Zzzzzz zzzzz zz zzz zzzzzzzzzz, Zzzzzz.

—Ha dicho que quiere dejar de ser carpintero, Fezzik.

—¿Y qué hará?

La madre de Fezzik contestó a la pregunta; tanto ella como su esposo se habían pasado casi toda la noche en vela para tomar una decisión.

—Será tu representante, Fezzik. La lucha es el deporte nacional de Turquía. Nos haremos ricos y seremos famosos.

—Pero, mamaíta, papaíto, a mí no me gusta luchar.

El padre de Fezzik tendió la mano y le dio a su hijo unas suaves palmaditas en la rodilla.

—Zzzzz zzzzzzzzzz —dijo.

—Será maravilloso —tradujo la madre.

Fezzik se echó a llorar.

El primer encuentro profesional fue en la aldea de Sandiki, un caluroso domingo. A los padres de Fezzik les costó un triunfo lograr que su hijo subiera

al cuadrilátero. Estaban absolutamente convencidos de que ganarían, porque habían trabajado muchísimo. Habían entrenado a Fezzik durante tres años enteros antes de acordar que estaba preparado. El padre de Fezzik se encargaba de enseñarle la táctica y la estrategia sobre el cuadrilátero, mientras que la madre se ocupaba de la dieta y el entrenamiento; nunca habían sido tan felices.

Y Fezzik nunca había sido más desdichado. Estaba aterrado, asustado, aterrorizado, todo a la vez. Por más que sus padres le infundieran ánimos, se negaba a entrar en la arena. Porque sabía una cosa: aunque en su aspecto exterior aparentase veinte años, lo cierto era que el bigote ya le crecía de lo más bien, en su interior seguía siendo un niño de nueve años al que le encantaba hacer rimar las palabras.

—No —decía—. No lo haré, no lo haré y no podéis obligarme.

—Después de todo lo que hemos trabajado durante los últimos tres años —le decía el padre.

(A estas alturas tenía la mandíbula como nueva.)

—¡Me hará daño! —exclamaba Fezzik.

—La vida es un puro sufrimiento —le decía su madre—. Y quien te diga lo contrario es porque te quiere vender algo.

—Por favor, no estoy preparado. Se me olvidan las llaves. No tengo gracia y no ceso de caerme. Es la verdad.

Y lo era. Lo único que en realidad temían sus padres era estar apresurando demasiado a su hijo.

—Cuando las circunstancias se ponen duras, los duros se ponen a la altura de las circunstancias —dijo la madre.

—Ponte a la altura de las circunstancias, Fezzik —le ordenó el padre.

Fezzik no se movió.

—Escúchanos bien, no vamos a amenazarte —dijeron los padres de Fezzik más o menos al unísono—. Nos queremos demasiado como para hacer una cosa así. Si no quieres pelear, nadie te obligará. Pero te abandonaremos para siempre.

(Quedar solo para siempre era la imagen que Fezzik tenía del infierno. Se lo había comentado a sus padres cuando tenía cinco años.)

Entonces marcharon hacia la arena para enfrentarse al campeón de Sandiki.

Este llevaba once años ostentando el título, conquistado cuando tenía veinticuatro. Era agraciado, de anchos hombros y medía un metro ochenta,

apenas quince centímetros más bajo que Fezzik.

Fezzik no tuvo ni una sola posibilidad.

Era demasiado torpe; no paraba de caerse y de hacer las llaves hacia atrás, de modo que terminaban siendo cualquier cosa menos llaves. El campeón de Sandiki jugó con él. Fezzik era lanzado al suelo, o se caía, o tropezaba o se tambaleaba. Siempre se levantaba y volvía a intentarlo, pero el campeón de Sandiki era demasiado veloz para él, demasiado listo y muy, muy experimentado. El público reía, comía *baklava y* disfrutaba del espectáculo.

Hasta que Fezzik cogió entre sus brazos al campeón de Sandiki.

Entonces, el público enmudeció.

Fezzik lo levantó.

Ni un ruido.

Fezzik apretó.

—Ya basta —dijo el padre de Fezzik.

Fezzik soltó al otro hombre.

—Gracias —le dijo—. Eres un estupendo luchador y he tenido suerte.

El ex campeón de Sandiki lanzó una especie de gruñido.

—Levanta los brazos, eres el vencedor —le recordó la madre.

Fezzik se quedó de pie, en el centro del cuadrilátero, con los brazos levantados.

—¡Uuuuuu! —lo abucheó el público.

—Animal.

—¡Simio!

—¡Gorila!

—¡¡Uuuuuuuuu!!

No se quedaron mucho tiempo en Sandiki. En realidad, a partir de entonces, para ellos no era nada seguro quedarse demasiado tiempo en ninguna parte. Se enfrentaron al campeón de Ispir. «¡¡Uuuuuuu!!». Al campeón de Simal. «¡¡Uuuuuu!!». Pelearon en Bolu. Y en Zile.

«¡¡Uuuuuuu!!».

—No me importa lo que digan —le comentó la madre a Fezzik una tarde de invierno—. Eres mi hijo y eres maravilloso.

Hacía un día gris y oscuro y habían tenido que salir precipitadamente de

Constantinopla porque Fezzik había derribado al campeón local antes de que se hubieran sentado todos los espectadores.

—No soy maravilloso —dijo Fezzik—. Hacen bien en insultarme. Soy demasiado grande. Cuando lucho, da la impresión de que estoy atormentando a alguien.

—Tal vez —comentó el padre de Fezzik algo vacilante—, Fezzik, tal vez, si pudieras perder unas cuantas peleas, a lo mejor no nos abuchearían tanto.

Hecha una furia, la mujer se volvió hacia el marido:

—El niño apenas tiene once años, ¿y tú ya quieres que vaya por ahí regalando peleas?

—No se trata de eso, no te pongas nerviosa, pero si al menos fingiera que sufre un poco, tal vez nos dejarían en paz.

—Pero si yo sufro —decía Fezzik.

(Y tanto que sufría.)

—Pues deja que se te note un poco más.

—Lo intentaré, papaíto.

—Así se hace, muchacho.

—No puedo evitar ser fuerte; yo no tengo la culpa. Si ni siquiera hago gimnasia.

—Creo que es hora de que vayamos hacia Grecia —dijo entonces el padre de Fezzik—. En Turquía ya hemos derrotado a todos los que han querido enfrentarse a nosotros, y Grecia es la cuna del atletismo. No hay como los griegos para valorar el talento.

—Detesto que me griten «¡¡Uuuuuu!!» —comentó Fezzik.

(Y era la verdad. Quedarse solo mientras todo el mundo le gritaba «¡¡Uuuuuuu!!» por los siglos de los siglos, era la imagen que tenía entonces del infierno.)

—En Grecia te adorarán —dijo la madre de Fezzik.

Y lucharon en Grecia.

—«¡¡Aarrrggggh!!».

(«¡¡Aarrrggggh!!» era la traducción griega de «¡¡Uuuuuuu!!»)

Bulgaria.

Yugoslavia.

Checoslovaquia. Rumanía.

«¡¡Uuuuuuu!!».

Probaron en Oriente. Con el campeón coreano de jiu-jitsu. Con el campeón de karate de Siam. Con el campeón de kung fu de toda la India.

«¡¡Sssssssss!!». (Véase la nota sobre «¡¡Aarrrggggh!!»).

En Mongolia perdió a sus padres.

—Fezzik, hemos hecho por ti todo lo que hemos podido. Buena suerte —le dijeron, y se murieron.

Fue algo terrible, una plaga que lo asoló todo a su paso. Fezzik también habría muerto, pero, como era natural en él, jamás enfermaba. Continuó el viaje solo a través del desierto de Gobi y, de vez en cuando, pedía a las caravanas que pasaban que lo llevaran. Fue entonces cuando aprendió qué debía hacer para que dejasen de gritarle «¡¡Uuuuuuu!!».

Luchando contra grupos.

Todo comenzó en una caravana en el desierto de Gobi cuando el jefe le dijo:

—Apuesto a que mis conductores de camellos pueden contigo.

Sólo eran tres, de modo que Fezzik aceptó. Lo intentaría. Y cuando lo intentó, como era de esperar, ganó.

Y todo el mundo contento.

Fezzik se sintió entusiasmado. A partir de entonces y siempre que le fue posible, no volvió a luchar contra una persona sola. Durante un tiempo viajó de un lugar a otro, luchando contra pandillas para recaudar fondos destinados a obras benéficas, pero su jefe nunca fue demasiado listo y, además, aquello de hacer las cosas él solo le resultaba mucho menos atrayente ahora, que se acercaba a la veintena, que lo que le había parecido antes.

Se unió a un circo ambulante. Los demás artistas le gruñían porque, según sostenían, comía más de la cuenta. De modo que el gigante se encerró en sí mismo, salvo en lo que se refería a su trabajo.

Pero una noche, cuando Fezzik acababa de derrotar a un grupo de veinte, recibió el susto de su vida: volvió a oír el «¡¡Uuuuuuu!!». No podía creérselo. Acababa de someter a apretujones a media docena de hombres y de partirles la cabeza a otra media docena. ¿Qué pretendían de él?

La verdad era muy simple: se había vuelto demasiado fuerte. Se negaba a medirse, pero todo el mundo comentaba entre murmullos que debía de tener por lo menos dos metros diez de altura; se negaba a subirse a una báscula, pero

la gente sostenía que pesaba ciento ochenta kilos. Y no sólo eso, ahora ya era veloz. Tantos años de experiencia lo habían vuelto casi inhumano. Se sabía todos los trucos; era capaz de contrarrestar todas las llaves.

—Animal.

—¡Simio!

—¡Gorila!

—¡¡Uuuuuuu!!

Aquella noche, solo en su tienda, Fezzik lloró. Era una monstruosidad. (Felicidad…, seguía adorando las rimas.) Un cíclope de dos ojos. (Antojo…, como antojadizas parecían las lágrimas que caían de sus ojos entrecerrados.) A la mañana siguiente, había logrado controlarse: al menos le quedaban sus amigos del circo.

Esa misma semana lo echaron del circo. El público había comenzado a gritarles «¡¡Uuuuuuu!!» también a ellos. La mujer gorda amenazó con marcharse y los enanitos estaban que trinaban, y todo por culpa de Fezzik.

Aquello tuvo lugar en el corazón de Groenlandia y como todo el mundo sabe, por aquellos tiempos, igual que en la época actual, Groenlandia era el lugar más solitario de la Tierra. En Groenlandia hay un habitante por cada cincuenta kilómetros cuadrados de terreno. Con toda probabilidad, los del circo fueron unos estúpidos al pensar que encontrarían público en un lugar así, pero ésa no era la cuestión.

La cuestión era que Fezzik estaba solo.

En el lugar más solitario del mundo.

Sentado sobre un peñasco observando cómo se alejaban los del circo.

Al día siguiente, continuaba sentado en el mismo sitio cuando Vizzini, el siciliano, dio con él. Vizzini lo aduló y le prometió que no volverían a gritarle «¡¡Uuuuuuu!!». Vizzini necesitaba a Fezzik. Pero no tanto como Fezzik necesitaba a Vizzini. Y mientras Vizzini estuviera a mano, no se podía estar solo. Fezzik hacía todo lo que Vizzini le ordenaba. Y si le había ordenado aplastarle el cráneo al hombre de negro…

Así se haría.

Pero no con una emboscada. No como lo hacen los cobardes. Nada que estuviera reñido con el estilo deportivo. Sus padres siempre le habían enseñado a respetar las reglas. Fezzik se encontraba de pie, entre las sombras, con la enorme piedra en su enorme mano. Oyó que el sonido de los pasos del hombre de negro se acercaban más y más.

Fezzik salió de su escondite y lanzó la piedra con una fuerza pasmosa y una puntería perfecta. Fue a estrellarse contra un peñasco, a un palmo de la cara del hombre de negro.

—Lo hice expresamente —le dijo entonces Fezzik, levantando otra piedra y colocándola en posición—. No tenía por qué fallar.

—Os creo —le dijo el hombre de negro.

Quedaron frente a frente en el estrecho sendero de montaña.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió el hombre de negro.

—Nos enfrentamos tal y como Dios manda —repuso Fezzik—. Sin trucos, sin armas, mediremos sólo nuestra destreza.

—¿Queréis decir que vos dejaréis vuestra piedra y que yo dejaré mi espada y que trataremos de matarnos como personas civilizadas?

—Si lo preferís, puedo mataros ahora —repuso Fezzik gentilmente y levantó la piedra para lanzársela—. Os doy una oportunidad.

—Ya, ya veo. La acepto —repuso el hombre de negro, y comenzó a despojarse de la espada y la vaina—. Aunque sinceramente creo que en esto de luchar las ventajas están a vuestro favor.

—Os diré lo que le digo a todos —le explicó Fezzik—. No puedo evitar ser el más grande y el más fuerte. Yo no tengo la culpa.

—No os estoy culpando —dijo el hombre de negro.

—Vayamos al grano, pues —dijo Fezzik dejando caer la piedra y colocándose en posición de lucha mientras observaba como el hombre de negro avanzaba lentamente hacia él.

Por un momento, a Fezzik le entró una especie de nostalgia. Estaba claro que era una buena persona, aunque hubiese matado a Íñigo. No se quejó ni intentó suplicar o sobornarlo. Simplemente aceptaba su destino. Nada de quejas o algo parecido. Evidentemente se trataba de un criminal con carácter. (¿Acaso era un criminal?, se preguntó Fezzik. Sin duda, la máscara así lo indicaba. ¿O era algo peor? ¿Estaba desfigurado? ¿Le habrían quemado el rostro con ácido? ¿O había nacido con un rostro horrendo?)

—¿Por qué lleváis máscara y capucha? —le preguntó Fezzik.

—En el futuro, creo que todo el mundo las llevará —respondió el hombre de negro—. Son tremendamente cómodas.

Se colocaron frente a frente en el sendero de montaña. Se produjo una pausa momentánea. Luego trabaron combate. Fezzik dejó que el hombre de negro hiciera sus filigranas durante un rato, midió sus fuerzas, considerables

para un hombre que no era un gigante. Dejó que el hombre de negro hiciera sus fintas, esquivara los golpes, probara una llave aquí y otra allá. Y cuando estuvo completamente seguro de que el hombre de negro no iba a regresar avergonzado al seno de Su Hacedor, Fezzik lo aferró entre sus brazos con todas sus fuerzas.

Lo levantó por el aire.

Y apretó.

Y apretó.

Luego tomó los restos del hombre de negro, los sacudió hacia un lado, luego hacia el otro, le asestó un golpe en el cuello con una mano, mientras que con la otra le daba en la base de la columna; le subió las piernas, hizo girar sus brazos inertes y lanzó el manojo de lo que había sido humano en una hendidura cercana.

Eso era la teoría.

Lo que de hecho ocurrió fue lo siguiente:

Fezzik lo levantó por el aire.

Y apretó.

Y el hombre de negro se zafó.

«Mmmm —pensó Fezzik—, eso ha sido una sorpresa. Estaba seguro de tenerlo bien agarrado».

—Sois muy veloz —le elogió Fezzik.

—Y muy bueno —dijo el hombre de negro.

Volvieron a trabar combate. Esta vez, Fezzik no permitió que el hombre de negro se perdiera en filigranas. Se limitó a agarrarlo, a darle la vuelta una, dos veces, a golpearle la cabeza contra el peñasco más cercano, a propinarle unos cuantos puñetazos, a darle un apretón final por si acaso y a lanzar los restos de lo que había sido humano a una hendidura cercana.

Ésas eran sus intenciones.

Pero, en realidad, ni siquiera logró superar con éxito lo de agarrarlo. Porque en cuanto Fezzik tendió sus gigantescas manos, el hombre de negro se agachó, giró como un remolino, quedó libre y continuó lleno de vida.

«No entiendo nada de lo que está pasando —pensó Fezzik—. ¿Estaré perdiendo mi fuerza? ¿Habrá alguna enfermedad de montaña que me arrebata las fuerzas? Hubo una enfermedad del desierto que le arrebató las fuerzas a mis padres. Eso es, tiene que ser eso, debo de haber pillado alguna plaga, pero,

si así fuera, ¿por qué a él no le afecta? No, seguramente sigo siendo fuerte; tiene que tratarse de alguna otra cosa, pero ¿qué?».

De pronto lo supo. Llevaba tanto tiempo sin enfrentarse a un hombre solo que se había olvidado de cómo hacerlo. Se había pasado tantos años luchando contra cuadrillas, grupos y pandillas, que tardó en hacerse a la idea de tener un solo contrincante. Porque contra un hombre solo había que luchar de un modo completamente distinto. Cuando uno se enfrentaba a doce, había que hacer ciertos movimientos, utilizar ciertas llaves, actuar de determinadas maneras. Pero cuando había un solo contrincante, había que reajustarse por completo. A toda prisa, Fezzik pasó revista a su pasado. ¿Cómo había vencido al campeón de Sandiki? Aquel combate pasó veloz por su mente, luego se acordó de todas las otras victorias ante los demás campeones, los hombres de Ispir, de Simal, de Bolu y de Zile. Recordó cómo habían tenido que huir de Constantinopla porque había derrotado a su campeón demasiado deprisa. Con demasiada facilidad. Sí, pensó Fezzik. Claro. Y de repente reajustó su estilo a lo que había sido.

Pero, para entonces, ¡el hombre de negro lo tenía cogido del cuello!

El hombre de negro cabalgaba sobre sus espaldas y con un brazo delante y el otro detrás, apretaba firmemente la tráquea de Fezzik. El gigante echó las manos hacia atrás, pero resultaba difícil coger al hombre de negro. Fezzik no logró llevar los brazos a la espalda para quebrar al enemigo. Fezzik corrió hacia un peñasco y, en el último momento, se volvió en redondo para que el hombre de negro recibiera el pleno impacto de la carga. Fue un impacto tremendo; Fezzik lo sabía.

Pero el hombre de negro le apretó con más fuerza la tráquea.

Fezzik cargó de nuevo, volvió a girar en redondo y pudo comprobar otra vez la fuerza del impacto recibido por el hombre de negro. Sin embargo, éste no aflojó. Fezzik le arañó los brazos al hombre de negro. Con sus puños gigantescos descargó sobre ellos una andanada de golpes.

A esas alturas, se había quedado sin aire.

Fezzik siguió luchando. Comenzó a sentir un vacío en las piernas; el mundo empezaba a palidecer ante sus ojos. Pero no se dio por vencido. Era el poderoso Fezzik, amante de las rimas y, pasara lo que pasase, no iba a rendirse. El vacío le subió a los brazos y la vista se le nubló.

Fezzik cayó de rodillas.

Seguía descargando golpes, pero muy débiles. Seguía luchando, pero sus puñetazos no habrían dañado ni siquiera a un niño. Se había quedado sin aire. Ya no quedaba nada; para Fezzik no quedaba nada, al menos en este mundo.

«Estoy derrotado, voy a morir», pensó poco antes de desplomarse sobre el sendero de montaña.

Pero estaba un tanto equivocado.

Entre la inconsciencia y la muerte hay un instante, y cuando el gigante cayó sobre el sendero rocoso se produjo ese instante, y, justo antes de que se produjera, el hombre de negro le soltó. Tambaleándose, se puso de pie y se apoyó en un peñasco hasta que fue capaz de caminar. Fezzik yacía despatarrado en el suelo, respirando levemente. El hombre de negro miró a su alrededor en busca de una cuerda con la que atar al gigante, pero abandonó la búsqueda con la misma rapidez con que la había iniciado. De nada servían las cuerdas ante una fuerza como la de aquel hombre. No haría más que romperlas. El hombre de negro regresó al sitio donde había dejado su espada. Y volvió a colocársela.

Dos menos; le quedaba todavía uno (el más difícil)…

Vizzini lo estaba esperando.

En realidad, había preparado una pequeña merienda campestre. De unas alforjas que siempre llevaba consigo, había sacado un pequeño pañuelo y sobre él había colocado dos copas de vino. En el centro había dispuesto un recipiente de cuero para el vino y junto a él, algo de queso y unas manzanas. El lugar no podía haber sido más hermoso: un punto elevado del sendero de montaña con una vista espléndida que permitía ver hasta el Canal de Florin. Buttercup yacía indefensa junto a la improvisada mesa, amordazada, atada y con los ojos vendados. Vizzini había acercado su largo cuchillo a la blanca garganta de la princesa.

—Bienvenido —gritó Vizzini cuando el hombre de negro se acercó al lugar.

El hombre de negro se detuvo y estudió la situación.

—Habéis derrotado a mi turco —dijo Vizzini.

—Eso parece.

—Ahora quedáis vos. Y yo.

—Eso parece —repitió el hombre de negro, acercándose medio paso al largo cuchillo del jorobado.

Con una sonrisa, el jorobado presionó un poco más el cuchillo contra la garganta de Buttercup. La sangre estaba a punto de brotar.

—Si la queréis ver muerta, os ruego que sigáis avanzando —le advirtió Vizzini.

El hombre de negro se quedó inmóvil.

—Así está mejor —asintió Vizzini.

Bajo la luz de la luna no se oía sonido alguno.

—Entiendo perfectamente lo que tratáis de hacer —dijo por fin el siciliano —, y quiero que quede bien claro que vuestro comportamiento me ofende. Tratáis de raptar lo que he robado legítimamente, y lo considero muy poco caballeroso.

—Permitid que os explique… —comenzó a decir el hombre de negro avanzando lentamente.

—¡La estáis matando! —aulló el siciliano, hundiendo más el cuchillo.

En la garganta de Buttercup apareció una gota de sangre: rojo sobre blanco.

El hombre de negro retrocedió.

—Permitid que os explique —repitió desde una cierta distancia.

El jorobado volvió a interrumpirlo.

—No hay nada que podáis decirme que yo no sepa. No habré recibido la misma educación que muchos, pero en lo que respecta al conocimiento que no está en los libros, en el mundo no hay nadie que me supere. Dicen que leo el pensamiento pero, sinceramente, eso no es cierto. Me limito a predecir la verdad utilizando la lógica y la sabiduría, y digo ahora que sois un secuestrador, admitidlo.

—Admitiré que si se desea pedir un rescate, la muchacha tiene un cierto valor, nada más.

—He recibido órdenes de hacerle ciertas cosas. Es importante que cumpla con lo ordenado. Si lo hago bien, tendré trabajo asegurado para el resto de mi vida. Y en las órdenes que he recibido nada se dice de rescates, sino que se habla claramente de muerte. De manera que vuestras explicaciones carecen de sentido; no podremos llegar a ningún trato. Vos deseáis que ella viva para pedir un rescate, mientras que para mí es terriblemente importante que ella deje de respirar en un futuro muy cercano.

—¿Se os ha ocurrido pensar que he tenido que realizar un gran esfuerzo y un considerable desembolso, así como un enorme sacrificio personal, para llegar a este punto? —inquirió el hombre de negro—. ¿Y que si fallo ahora podría llegar a enfadarme muchísimo? ¿Y que si ella deja de respirar en un futuro muy cercano, es perfectamente posible que a vos os ataque la misma enfermedad letal?

—No me cabe duda de que podríais matarme. Cualquiera que hubiese derrotado a Íñigo y Fezzik no tendría problemas en eliminarme. Sin embargo, ¿se os ha ocurrido que si lo hicierais, entonces ninguno de nosotros conseguiría lo que desea, pues vos habríais perdido la razón de vuestro rescate, y yo, la vida?

—Entonces nos encontramos en un callejón sin salida —dijo el hombre de negro.

—Eso me temo —repuso el siciliano—. No puedo competir físicamente con vos, y no estáis a la altura de mi ingenio.

—¿Tan inteligente sois?

—No hay palabras que logren expresar toda mi sabiduría. Soy tan astuto, listo y sagaz, conozco infinidad de engaños, ardides y trapacerías, soy un bellaco. Y soy tan perspicaz, tan cauteloso como calculador, tan diabólico como ladino, tan artero y poco digno de confianza que… en fin, ya os he dicho que no se han inventado aún las palabras que logren explicar la grandeza de mi cerebro, pero dejadme expresarlo de este modo: el mundo tiene ya varios millones de años, y en un momento u otro varias decenas de millones de personas han hollado su suelo; pero hablando con todo candor y modestia, yo, Vizzini, el siciliano, soy el hombre más hábil, más embaucador, más artificioso y más zorro que jamás haya existido.

—En ese caso —dijo el hombre de negro—, os reto a una batalla de ingenio.

Vizzini se vio en la obligación de sonreír.

—¿Por la princesa?

—Me leéis el pensamiento.

—Parece que lo hago, ya os lo he dicho. Pero no se trata nada más que de pura lógica y sabiduría. ¿A muerte?

—Habéis vuelto a acertar.

—Acepto —gritó Vizzini—. ¡Que empiece la batalla!

—Servid el vino —le pidió el hombre de negro.

Vizzini llenó las dos copas con el líquido rojo oscuro.

El hombre de negro sacó de sus ropas negras un paquetito y se lo entregó al jorobado.

—Abridlo e inhalad, pero procurad no tocarlo.

Vizzini tomó el paquete y siguió las instrucciones que le acababan de dar.

—No huelo nada.

El hombre de negro volvió a coger el paquete.

—Lo que no lográis oler se llama polvo de iocaína. Es inodoro e insípido y se disuelve rápidamente en cualquier líquido. Da también la casualidad de que es el veneno más mortífero conocido por el hombre.

Vizzini empezaba a entusiasmarse.

—Supongo que no querréis alcanzarme las copas —dijo el hombre de negro.

Vizzini negó con la cabeza y repuso:

—Cogedlas vos mismo. Mi largo cuchillo no se apartará de la garganta de la princesa.

El hombre de negro se agachó para coger las copas. Las tomó en sus manos y dio media vuelta.

Expectante, Vizzini lanzó una risotada.

El hombre de negro estuvo ocupado durante un largo instante. Luego se volvió de nuevo con una copa en cada mano. Con mucho cuidado colocó la copa que llevaba en la mano derecha delante de Vizzini, y la que llevaba en la izquierda la depositó sobre el pañuelo, pero más lejos del jorobado. Se sentó delante de la copa que había sostenido en su mano izquierda y dejó caer junto al queso el paquete de iocaína vacío.

—Os toca adivinar a vos —dijo—. ¿Dónde está el veneno?

—¿Adivinar? —gritó Vizzini—. Yo no adivino. Pienso. Discurro. Deduzco. Y luego decido. Pero nunca adivino.

—La batalla de ingenios ha comenzado —anunció el hombre de negro—. Acabará cuando vos decidáis y después de que nos bebamos el vino y descubramos quién estaba en lo cierto y quién muere. Debo añadir que los dos beberemos y naturalmente tragaremos en el mismo instante.

—Es todo tan simple —dijo el jorobado—. Lo único que debo hacer es deducir, por lo que conozco de vos, cómo funciona vuestra mente. ¿Sois de la clase de hombres que pondrían el veneno en su propia copa o en la del enemigo?

—Estáis dándole largas al asunto —le advirtió el hombre de negro.

—Estoy gozando, eso es lo que estoy haciendo —repuso el siciliano—. Hacía años que nadie me planteaba un reto así, y me encanta… Por cierto, ¿puedo oler ambas copas?

—Adelante. Pero aseguraos de dejarlas luego tal y como las habéis encontrado.

El siciliano olisqueó su propia copa; luego tendió la mano por encima del pañuelo, levantó la copa del hombre de negro y la olisqueó también.

—Inodoro, tal como habíais dicho.

—También he dicho que estáis dándole largas al asunto.

El siciliano sonrió, y mirando fijamente las copas de vino dijo:

—Sólo un perfecto tonto pondría el veneno en su propia copa, porque sabría que sólo otro perfecto tonto escogería la copa que le fue asignada. Está claro que yo no soy un perfecto tonto, de manera que también está claro que no escogeré vuestro vino.

—¿Es vuestra última decisión?

—No. Porque vos sabíais que no soy un perfecto tonto, de modo que también sabíais que yo jamás me tragaría semejante treta. Habríais contado con ello. De manera que también está claro que tampoco voy a escoger mi copa.

—Continuad —le pidió el hombre de negro.

—Eso pienso hacer. —El siciliano hizo una pausa para reflexionar—. Hemos decidido ya que lo más probable es que la copa envenenada sea la que tenéis vos delante. Pero el veneno es un polvo hecho con iocaína, y ésta sólo proviene de Australia, y este país, como todo el mundo sabe, está poblado de criminales, y los criminales están acostumbrados a que nadie se fíe de ellos, igual que yo no me fío de vos, lo cual indica claramente que no puedo escoger el vino que tenéis delante.

El hombre de negro comenzaba a impacientarse.

—Aunque, una vez más, debéis de haber sospechado que yo conocía los orígenes de la iocaína, de manera que sabíais que también conocía a los criminales y su comportamiento; por lo tanto, está claro que no puedo escoger el vino que tengo delante de mí.

—A decir verdad, poseéis un intelecto mareante —susurró el hombre de negro.

—Habéis derrotado a mi turco, lo cual significa que sois excepcionalmente fuerte, y los hombres así están convencidos de que son demasiado poderosos para morir, demasiado poderosos incluso para un veneno como la iocaína; de manera que es posible que lo hayáis puesto en vuestra copa, en la confianza de que vuestra fortaleza os salvaría de la muerte; por lo tanto, está claro que no puedo escoger el vino que tenéis delante.

El hombre de negro ya estaba muy nervioso.

—Pero, además, habéis vencido a mi español, lo cual significa que debéis de haber estudiado, porque él se pasó muchos años estudiando para alcanzar la excelencia, y si podéis estudiar, está claro que no sólo sois fuerte. Tenéis plena consciencia de lo mortales que somos todos y no deseáis morir, de manera que habríais mantenido el veneno lo más alejado de vos; por lo tanto, está claro que no puedo escoger el vino que tengo delante de mí.

—Lo único que pretendéis con tanta charla es que me delate —le dijo enfadado el hombre de negro—. Pues no os dará resultado. Os juro que de mí no sabréis nada.

—Ya lo sé todo de vos —replicó el siciliano—. Ya sé dónde está el veneno.

—Sólo un genio habría sido capaz de deducirlo.

—Es una suerte para mí que yo sea un genio —dijo el jorobado cada vez más divertido.

—No podéis asustarme —dijo el hombre de negro, pero el miedo resonó en su voz.

—¿Bebemos entonces?

—Escoged, pues, dejaos de rodeos. No lo sabéis, no hay manera de que podáis saberlo.

El siciliano se limitó a sonreír ante aquella explosión. Entonces, una extraña mirada le nubló el rostro y señalando a espaldas del hombre de negro le preguntó:

—¿Qué diablos será eso?

El hombre de negro se volvió a mirar.

—Yo no veo nada.

—Vaya, habría jurado que vi algo, pero da igual.

El siciliano se echó a reír.

—Yo no entiendo dónde está la gracia —comentó el hombre de negro.

—Os lo diré dentro de un momento —repuso el jorobado—. Pero antes, bebamos.

Y levantó la copa de vino que tenía delante.

El hombre de negro levantó la que tenía delante de sí.

Bebieron.

—Habéis escogido mal —le dijo el hombre de negro.

—Eso es lo que vos creéis —repuso el siciliano mientras su risa se hacía cada vez más sonora—. Lo que me ha hecho tanta gracia hace un momento es que cuando os volvisteis para mirar cambié las copas.

El hombre de negro no tenía nada que decir.

—¡Idiota! —gritó el jorobado—. Habéis sido víctima de un craso error de lo más clásico. El más famoso aconseja: «Cuando estés en Asia no participes nunca en una guerra terrestre». Pero este otro es un poco menos conocido: «Jamás contradigas a un siciliano cuando entra en juego la muerte».

Parecía bastante alegre, hasta que el polvo de iocaína comenzó a hacerle efecto.

El hombre de negro pasó rápidamente por encima del cadáver, y con brusquedad arrancó la venda que cubría los ojos de la princesa.

—He oído todo lo ocurri… —comenzó a decir Buttercup, y entonces exclamó—: ¡Oh! —pues nunca había estado junto a un hombre muerto—. Lo habéis matado —susurró finalmente.

—Dejé que muriera riendo —dijo el hombre de negro—. Y rogad porque haga con vos otro tanto.

La levantó, le cortó las ataduras, la puso en pie y comenzó a tirar de ella.

—Por favor —suplicó Buttercup—. Dadme un momento para recuperarme.

El hombre de negro la soltó.

Buttercup se frotó las muñecas, se detuvo, y se masajeó los tobillos. Luego le echó un último vistazo al siciliano y murmuró:

—Y pensar que durante todo el rato era vuestra copa la que contenía el veneno.

—Ambas estaban envenenadas —le explicó el hombre de negro—. Durante los dos últimos años he tomado pequeñas dosis del veneno para hacerme inmune a él.

Buttercup lo miró. Le resultaba aterrador: enmascarado, encapuchado y peligroso; su voz sonaba ronca y forzada.

—¿Quién sois? —le preguntó.

—No soy alguien con quien se pueda jugar —repuso el hombre de negro —. Eso es todo lo que os hace falta saber. —Dicho lo cual la obligó a ponerse en pie de un tirón—. Ya habéis descansado.

Volvió a tirar de ella para que lo siguiese y, esta vez, la princesa no pudo

hacer otra cosa que seguirlo.

Avanzaron por el sendero de montaña. La luz de la luna era muy brillante y había rocas por todas partes; a Buttercup todo le pareció sin vida y amarillo como la luna. Acababa de pasar varias horas en compañía de tres hombres que abiertamente planeaban su fin. ¿Por qué, entonces, estaba más asustada ahora que antes? ¿Quién era aquella horrenda figura encapuchada para inspirarle aquel desmesurado temor? ¿Qué podría ser peor que la muerte?

—Os daré mucho dinero si me soltáis —logró decirle.

El hombre de negro le lanzó una mirada.

—Entonces, ¿sois rica?

—Lo seré —respondió Buttercup—. Si me dejáis marchar, os prometo que os conseguiré lo que pidáis como rescate.

El hombre de negro se echó a reír.

—No hablaba en broma.

—¿Y vos hacéis promesas? ¿Vos? ¿Debería dejaros marchar sólo porque me dais vuestra palabra? ¿Qué valor tiene? ¿Cuánto vale la promesa de una mujer? Oh, majestad, ha sido muy gracioso. Lo dijerais o no en broma.

Siguieron avanzando por el sendero de montaña hasta llegar a un espacio abierto. El hombre de negro se detuvo entonces. El cielo estaba tachonado por un millón de estrellas que luchaban por destacar y, por un momento, dio la impresión de que se concentraba únicamente en estudiarlas a todas; entretanto, Buttercup observaba como los ojos que había detrás de la máscara iban de constelación en constelación.

Entonces, sin previo aviso, abandonó el sendero y se dirigió hacia el terreno desolado, arrastrándola tras de sí.

Ella tropezó y él la obligó a incorporarse de un tirón; volvió a caer y él volvió a ponerla en pie.

—No puedo andar tan deprisa.

—¡Sí que podéis! ¡Y lo haréis! O sufriréis inmensamente. ¿Creéis que podría haceros sufrir inmensamente?

Buttercup asintió.

—¡Corred entonces! —le gritó el hombre de negro, y salió corriendo, volando casi bajo la luna, arrastrando tras de sí a la princesa.

Ella trató de mantener el ritmo lo mejor que pudo. Tenía miedo de lo que fuera a hacerle, por lo tanto, no se atrevió a caer de nuevo.

Al cabo de cinco minutos, el hombre de negro paró en seco y le ordenó:

—Recuperad el aliento.

Buttercup asintió, inspiró y trató de que su corazón se calmara. Pero, entonces, volvieron a partir a la carrera, sin previo aviso, atravesando el terreno montañoso en dirección a…

—¿Adónde… adónde me lleváis? —inquirió Buttercup con un hilo de voz cuando volvió a permitirle que descansara.

—Está claro que alguien tan arrogante como vos no puede esperar de mí una respuesta.

—No importa si me lo decís o no. Él os encontrará.

—¿Quién es él, alteza?

—El príncipe Humperdinck. No hay mejor cazador que él. Es capaz de rastrear un halcón en pleno día nublado; él os encontrará.

—¿Y confiáis en que vuestro eterno amor os salve?

—No he dicho que fuera mi amor eterno, y sí, él me salvará, de eso estoy segura.

—¿Admitís que no amáis a vuestro futuro esposo? Vaya sorpresa. Una mujer honesta. Alteza, sois un raro espécimen.

—El príncipe y yo no nos hemos mentido nunca, desde el principio. Él sabe que no lo amo.

—Que no sois capaz de amar, querréis decir.

—Soy muy capaz de amar —repuso Buttercup.

—Callaos.

—He amado con más profundidad de la que pueda imaginar un asesino como vos.

La abofeteó.

—Ese es el castigo por mentir, alteza. En el sitio del cual provengo se castiga a las mujeres que mienten.

—Pero he dicho la verdad, la pura verdad, he…

Buttercup vio que su mano volvía a levantarse por segunda vez, se contuvo rápidamente y cerró la boca.

Entonces echaron a correr otra vez.

Pasaron varias horas sin dirigirse la palabra. Se limitaron a correr de vez en

cuando, como si él adivinara en qué instante flaqueaban las fuerzas de la princesa, se detenía y le soltaba la mano. Ella intentaba recuperar el aliento porque estaba segura de que al momento siguiente volverían a echar a correr. Sin hacer ruido alguno, él le aferraba la mano y volvían a partir.

Amanecía casi cuando vieron por primera vez a la Armada.

Corrían por el borde de un barranco imponente. Parecía como si se encontraran en la cima del mundo. Cuando se detuvieron, Buttercup se tendió en el suelo a descansar. El hombre de negro la miraba silencioso desde su altura.

—Ha venido vuestro amor, y no está solo —le dijo entonces.

Buttercup no comprendió.

El hombre de negro señaló hacia el sendero por el que acababan de pasar.

Buttercup miró fijamente y, al hacerlo, notó que las aguas del Canal de Florin parecían tan llenas de luz como lleno de estrellas estaba el cielo.

—Debió de haber enviado a todos los barcos de Florin en vuestra búsqueda —comentó el hombre de negro—. Nunca había visto nada parecido.

Observó ensimismado cómo, al avanzar los barcos, se movían sus fanales.

—Jamás podréis huir de él —le dijo Buttercup—. Si me dejáis marchar, os prometo que no os harán daño.

—Sois muy generosa; jamás aceptaría semejante ofrecimiento.

—Os he ofrecido vuestra vida, creo que he sido bastante generosa.

—¡Alteza! —exclamó el hombre de negro, y le echó las manos al cuello—. Soy el único aquí que puede hablar de quién ha de vivir o morir.

—Seríais incapaz de matarme. No me habéis arrebatado de manos de unos criminales para asesinarme vos mismo.

—Una conclusión sabia y enternecedora a la vez —dijo el hombre de negro.

Tiró de ella, la obligó a ponerse en pie y echaron a correr por el borde del enorme barranco. Tenía cientos de metros de altura, estaba lleno de piedras, árboles y sombras crecientes. De pronto, el hombre de negro se detuvo, miró hacia abajo y estudió la Armada.

—Para ser sincero —dijo—, no había esperado que fueran tantos.

—Mi príncipe es imprevisible; por eso es el más grande de los cazadores.

—Me pregunto si los dejará a todos en un grupo o si dividirá sus efectivos

y enviará a un grupo a registrar la costa y a otro a seguir vuestro rastro por tierra. ¿Qué suponéis vos?

—Sólo sé que me encontrará. Y si antes no me habéis devuelto mi libertad, no esperéis un trato gentil.

—Imagino que habrá hablado con vos de ciertos temas. De la emoción de la cacería. ¿Qué ha hecho en el pasado con tantos barcos?

—No hablamos de cacería, os lo puedo asegurar.

—No habláis ni de cacería ni de amor, ¿de qué habláis pues?

—Ocurre que no nos vemos con demasiada frecuencia.

—Qué pareja más tierna.

Buttercup sintió que comenzaba el enfado.

—Siempre somos muy sinceros el uno con la otra. No todo el mundo puede decir lo mismo.

—¿Puedo deciros una cosa, alteza? Sois muy fría…

—No es verdad…

—… muy fría y muy joven, y si seguís viviendo, creo que os volveréis como la escarcha…

—¿Por qué me atormentáis así? He llegado a un acuerdo con la vida, y eso es asunto mío… Juro que no soy fría, pero he tomado ciertas decisiones, y es mejor que haga caso omiso de las emociones, porque no he sido feliz cuando las he sentido… —Su corazón era un jardín secreto con muros muy altos—. Amé una vez —dijo Buttercup al cabo de un rato—, pero me fue mal.

—¿Otro hombre acaudalado? Sí, y os dejó por una mujer más rica.

—No. Era pobre. Pobre, y murió.

—¿Lo lamentasteis? ¿Sentisteis dolor? Reconoced que no sentisteis nada…

—¡No os burléis de mi dolor! Aquel día dejé de existir.

La Armada comenzó a disparar cañonazos de aviso. El eco de las explosiones se perdió en las montañas. El hombre de negro observó como los barcos comenzaban a cambiar de formación.

Y, mientras observaba los barcos, utilizando el resto de las fuerzas que le quedaban, Buttercup lo empujó.

Por un momento, el hombre de negro se tambaleó al borde del barranco. Sus brazos giraron como molinos de viento mientras luchaba por recuperar el

equilibrio. Giraron y se aferraron al aire, y entonces comenzó la caída.

El hombre de negro cayó.

Giró, se tambaleó, trató de frenar el descenso con las manos, pero el barranco era demasiado profundo, y no hubo nada que hacer.

Cayó y cayó.

Rodó por las piedras, girando como una peonza, perdido todo control.

Buttercup se quedó mirando fijamente lo que acababa de hacer.

Finalmente, el hombre de negro quedó tendido allá en el fondo, sin moverse ni decir palabra.

—Por mí como si os morís —dijo la princesa, y comenzó a alejarse.

Unas palabras la siguieron. Susurradas desde lejos, débiles, cálidas y familiares.

—Como… desees…

Amanecía en las montañas. Buttercup regresó al sitio de donde provenía el sonido y miró hacia el fondo; bajo las primeras luces, vio que el hombre de negro luchaba por despojarse de la máscara.

—Oh, mi dulce Westley. ¿Qué te he hecho?

Desde el fondo del barranco le llegó sólo el silencio.

Buttercup no vaciló un solo instante. Se lanzó tras él, haciendo lo imposible por mantener los pies bien firmes, y cuando comenzó a bajar, creyó oír que le gritaba una y otra vez, pero no logró descifrar el sentido de sus palabras, porque en su interior llevaba el retumbar de paredes que se derrumban, y aquello ya hacía bastante ruido.

Además, no tardó en perder el equilibrio y el barranco la engulló. Cayó deprisa y se hizo daño, pero ¿qué importancia tenía? Se habría lanzado gustosamente desde una altura de trescientos metros para caer sobre un lecho de clavos, si Westley la hubiera estado esperando en el fondo.

Cayó y cayó.

Dando tumbos, girando como una peonza, golpeándose, rasgándose el vestido, sin control, rodó y dio mil y una volteretas, descendió hacia lo que quedaba de su amado…

Desde su puesto al frente de la Armada, el príncipe Humperdinck levantó la vista hacia los Acantilados de la Locura. Aquello era una cacería más. Se obligó a olvidarse de la presa. No importaba si uno iba tras un antílope o una futura esposa, los procedimientos seguían siendo válidos. Había que reunir

pruebas. Luego había que actuar. Se analizaba el terreno y luego se tomaban medidas. Si el análisis era escueto, había muchas posibilidades de que las medidas que se tomaran fuesen demasiado tardías. Había que tornarse su tiempo. Y así, inmovilizado por la reflexión, siguió mirando hacia la escarpada pared de los Acantilados.

Era obvio que hacía muy poco alguien los había escalado. A lo largo de la pared de piedra había marcas de pies que ascendían en línea recta, lo cual indicaba, casi sin lugar a dudas, que habían utilizado una cuerda, y habían subido lenta y trabajosamente los trescientos metros de cuerda, dando de vez en cuando unas pataditas con los pies para reajustar el equilibrio. Semejante escalada exigía fuerza y planificación, de modo que el príncipe fijó en su mente esos dos datos; mi enemigo es fuerte: mi enemigo no es impulsivo.

Sus ojos se posaron entonces en un punto ubicado a unos noventa metros de la cima. Allí la cosa comenzaba a ponerse interesante. Las marcas de los pies eran más profundas, más frecuentes y no seguían una línea ascendente directa. O bien alguien había dejado intencionadamente la cuerda a noventa metros de la cima, cosa que carecía de sentido, o la cuerda fue cortada mientras ese alguien se encontraba aún a noventa metros de la seguridad que ofrecía la cima. Pues estaba claro que esa última parte de la escalada había sido realizada directamente en la pared de roca. Pero ¿quién poseería semejante talento? ¿Y por qué se habría visto obligado a emplearlo en un momento tan peligroso, a doscientos diez metros por encima del desastre?

—Debo explorar la cima de los Acantilados de la Locura —dijo el príncipe sin volverse.

A sus espaldas, el conde Rugen se limitó a contestar:

—Eso está hecho —y esperó más instrucciones.

—Enviad la mitad de la Armada hacia el sur, por la costa, y a la otra mitad hacia el norte. Deberán reunirse al atardecer, cerca del Pantano de Fuego. Nuestro barco navegará hasta el sitio más próximo en el que podamos desembarcar, y vos me seguiréis con vuestros soldados. Preparad a los blancos.

El conde Rugen le hizo una seña al artillero, y las instrucciones del príncipe retumbaron por los Acantilados. Al cabo de unos minutos, la Armada había comenzado a dividirse; la gigantesca nave del príncipe navegaba sola al frente, cerca de la costa, en busca de un sitio donde desembarcar.

—¡Allí! —ordenó el príncipe poco después, y su barco comenzó las maniobras para entrar en la cala y encontrar allí un sitio seguro donde anclar.

Les llevó cierto tiempo, aunque no demasiado, porque el capitán era muy

diestro y, como el príncipe solía perder pronto la paciencia, nadie se atrevía a correr ese riesgo.

Humperdinck saltó de la nave a la costa; bajaron una plancha y los blancos fueron conducidos a tierra firme. De todas sus proezas, ninguna complacía más al príncipe como aquellos caballos. Algún día, contaría con un ejército de caballos blancos, pero lograr la perfección en las castas era algo lento. Poseía ya cuatro blancos y eran idénticos. Sobre terreno llano, nada podía alcanzarlos, e incluso en las colinas y en terreno accidentado, sólo los corceles árabes lograban asemejárseles. Cuando llevaba prisa, el príncipe montaba los cuatro animales a pelo: su única manera de cabalgar; primero cabalgaba en uno y llevaba los otros tres detrás y cambiaba de cabalgadura en pleno tranco, para que ningún animal se cansara de tener que soportar su peso.

Montó y se perdió de vista.

Tardó bastante menos de una hora en llegar al borde de los Acantilados de la Locura. Desmontó, se arrodilló y comenzó a estudiar el terreno. Alrededor de un roble gigante habían atado una cuerda. La corteza de la base estaba rota y raspada, de manera que quien llegó primero a la cima desató la cuerda, y quien estuviera colgado en la cuerda en ese momento, se encontraba a noventa metros de la cima, pero de algún modo había logrado concluir la escalada.

Un sinfín de huellas de pisadas entremezcladas le causaron un gran problema. Resultaba difícil determinar qué había ocurrido. Una reunión quizá, porque había dos pares de pisadas que parecían alejarse mientras que un par de ellas había dejado un rastro junto al borde del acantilado. Luego, al borde del acantilado aparecían dos pares de huellas. Humperdinck examinó las pisadas hasta que se aseguró de dos cosas: 1) que había tenido lugar un duelo, y 2) que ambos combatientes eran unos maestros. La longitud del paso, la rapidez de las fintas, todo se ofrecía claramente a sus ojos certeros, permitiéndole reafirmar su segunda conclusión. Ambos combatientes tenían por lo menos el nivel de maestros. Quizá algo más.

Luego cerró los ojos, se concentró y olió a sangre. Sin duda, en un enfrentamiento de semejante ferocidad, debieron de haber derramado sangre. A partir de ese momento, debía limitarse a entregar todo su cuerpo al sentido del olfato. El príncipe había practicado durante muchos años, después de que una tigresa herida lo había sorprendido saltando desde la rama de un árbol cuando le seguía el rastro. En aquella ocasión había dejado que sus ojos siguieran el rastro de sangre, y había estado a punto de no contarlo. Ahora confiaba enteramente en sus órganos olfativos. Si a una distancia de cien metros había sangre, él la encontraría.

Abrió los ojos, y sin vacilaciones avanzó hacia un grupo de enormes peñascos hasta que encontró las gotas de sangre. Había unas pocas, y estaban

secas. Pero habían caído allí hacía menos de tres horas. Humperdinck sonrió. Cuando uno cabalgaba en los blancos, tres horas eran un simple chasquido de dedos.

Volvió a repasar las huellas del suelo, porque lo tenían confundido. Al parecer, los contrincantes habían ido del borde del acantilado al centro, para volver después de nuevo al borde. En ocasiones era el pie izquierdo el que dirigía y a veces el derecho, lo cual no tenía ningún sentido. Estaba claro que los espadachines se habían cambiado la espada de mano, pero para qué iba un maestro a hacer algo así, a menos que su brazo bueno estuviera herido al punto de quedar inutilizado, y estaba claro que eso no había ocurrido, porque una herida de ese calibre habría dejado rastros de sangre y en la zona no había sangre suficiente que así lo indicara.

Raro, muy raro. Humperdinck continuó su vagabundeo. Muy, pero muy raro; la lucha no pudo haber terminado con la muerte de uno de los contrincantes. Se arrodilló junto a la marca dejada por un cuerpo. Era evidente que allí había yacido un hombre desmayado. Pero una vez más, ni rastros de sangre.

—Hubo aquí un duelo prodigioso —dijo el príncipe Humperdinck, dirigiéndose al conde Rugen, que por fin había logrado darle alcance junto con un contingente de cien caballeros armados—. Supongo que… —el príncipe hizo una pausa mientras seguía las pisadas—, supongo que quien cayó aquí, se fue huyendo por allí —y señaló hacia un lado—, y que quien venció se fue por el sendero de montaña, justo en dirección contraria. Opino, además, que el vencedor siguió el camino que tomó la princesa.

—¿Los seguimos a los dos? —inquirió el conde.

—Creo que no —respondió el príncipe Humperdinck—. El que haya escapado carece prácticamente de importancia, puesto que a quien seguimos es al que tiene en su poder a la princesa. Y dado que desconocemos la naturaleza de la trampa a la que quizá nos estén conduciendo, necesitamos que todas las armas de las que disponemos se concentren en un solo grupo. Está claro que todo esto ha sido planeado por nativos de Guilder, y no debemos subestimarlos jamás.

—¿Creéis entonces que se trata de una trampa? —preguntó el conde.

—Siempre creo que todo es una trampa hasta que se prueba lo contrario —replicó el príncipe—. Razón por la que sigo con vida.

Dicho eso, volvió a montar en un blanco y partió al galope.

Al llegar al sendero de montaña donde había tenido lugar la lucha cuerpo a cuerpo, el príncipe ni siquiera se molestó en desmontar. Desde su montura

logró ver todo lo que había que ver.

—Alguien ha derrotado a un gigante —dijo cuando el conde se hubo acercado lo suficiente—. El gigante ha huido, ¿lo veis?

Obviamente, el conde no vio más que piedras y un sendero de montaña.

—Jamás se me ocurriría dudar de vos.

—¡Mirad allí! —gritó el príncipe, porque por primera vez, entre las piedras del camino de montaña, descubrió unas huellas de mujer—. ¡La princesa está viva!

Como el rayo, los blancos volvieron a galopar por la montaña.

Cuando el conde volvió a darle alcance, el príncipe se encontraba arrodillado junto al cuerpo inerte de un jorobado. El conde desmontó.

—Oled esto —le ordenó el príncipe alcanzándole la copa.

—Nada —anunció el conde—. No huele a nada.

—Iocaína —dijo el príncipe—. Apostaría mi vida a que es iocaína. No conozco ninguna otra sustancia que mate tan limpiamente. —Se puso en pie —. La princesa continúa con vida; sus pisadas siguen el sendero. —Dirigiéndose a los cien hombres montados, les ordenó—: ¡Si ella muere, Guilder padecerá lo indecible!

Corrió entonces por el sendero de montaña siguiendo las huellas que sólo él lograba ver. Cuando esas pisadas abandonaron el sendero para internarse en terreno más agreste, las siguió también. Tras él, el conde y todos los soldados hacían lo posible por no perder el ritmo. Los hombres tropezaban, los caballos caían, incluso el conde perdía el equilibrio de vez en cuando. El príncipe Humperdinck no se detuvo ni siquiera una sola vez. Corría con un ritmo mecánico y sostenido; sus piernas como barriles se movían como un metrónomo.

Dos horas después del amanecer, llegó al empinado barranco.

—Qué extraño —le dijo al conde, que lo seguía exhausto.

El conde siguió respirando agitadamente.

—Dos cuerpos cayeron al fondo del barranco y no volvieron a subir.

—Es raro —logró decir el conde.

—No, eso no es lo raro —le corrigió el príncipe—. Está claro que el secuestrador no volvió a ascender porque la subida era demasiado empinada, y por nuestros cañones se enteró de que los estábamos siguiendo de cerca. Tomó la decisión, que yo aplaudo, de sacarnos ventaja huyendo por las estribaciones

del barranco.

El conde esperó a que el príncipe continuara.

—Lo raro es que un hombre como el que seguimos, maestro de la esgrima, vencedor de gigantes, experto en el uso del polvo de iocaína, no supiera adonde conduce este barranco.

—¿Y adonde conduce? —inquirió el conde.

—Al Pantano de Fuego —respondió el príncipe Humperdinck.

—Entonces le tenemos —dijo el conde.

—Exactamente.

Uno de los rasgos más conocidos del príncipe era su costumbre de sonreír antes de dar muerte a su presa; en ese momento, su sonrisa resultó bien visible…

En efecto, Westley no tenía la menor idea de que iba directo hacia el Pantano de Fuego. Lo único que supo a ciencia cierta, cuando Buttercup estuvo a su lado, en el fondo del barranco, era que salir de éste tal como había supuesto el príncipe Humperdinck, les habría llevado demasiado tiempo. Lo único que notó Westley fue que las estribaciones del barranco eran de piedra lisa y que se dirigían hacia donde él quería ir. De manera que Buttercup y él huyeron hacia allí, conscientes de que eran seguidos por fuerzas gigantescas que, sin duda, estarían acortando las distancias.

A medida que avanzaban, el barranco se fue haciendo cada vez más escarpado; Westley no tardó en darse cuenta de que si momentos antes hubiera podido ayudarla a ascender, a partir de allí, le sería imposible hacerlo. Había efectuado una elección y no había manera de volverse atrás: adonde fuera que condujese aquel barranco era la meta que se habían impuesto y no había vuelta de hoja.

(En este punto de la historia, mi mujer desea hacer público que se siente tremendamente engañada al habérsele negado la inclusión de la escena de la reconciliación entre los enamorados, que tiene lugar al pie del barranco. Le respondo lo siguiente…):

Soy yo otra vez, y no intento confundir más las cosas, pero debo advertir que el párrafo anterior se debe enteramente a Morgenstern. En la versión no resumida, se refería continuamente a su esposa; comentaba por ejemplo que a ella le encantaba el capítulo que seguía o que consideraba que, en su conjunto, el libro era extraordinariamente brillante. La señora Morgenstern apoyaba siempre a su marido, no como otras esposas que yo conozco (lo siento, Helen), pero la cuestión es la siguiente: eliminé casi todas las intrusiones en las que Morgenstern nos comenta la opinión de su mujer. No

me pareció que este recurso añadiera nada al conjunto: además, el hombre no perdía ocasión de alabarse a través de su esposa y, hoy en día, ya sabemos que un exceso de estímulos hace más mal que bien, como podrá corroborar cualquier candidato político derrotado al pagar sus facturas de propaganda electoral. En fin, el motivo por el que he decidido no omitir esta referencia en particular es porque, por primera vez, estoy totalmente de acuerdo con la señora Morgenstern. Considero una injusticia el que no se haya incluido la escena del reencuentro. Por ello decidí escribir una de cosecha propia, para describir lo que, a mi juicio, se dijeron Buttercup y Westley; pero Hiram, mi editor, consideró que con ello me volvía tan injusto como Morgenstern. Si se desea compendiar un libro utilizando el texto escrito por el autor, uno no puede introducir párrafos de cosecha propia. Al menos eso es lo que Hiram opinaba; le dimos muchas vueltas al asunto, y nos pasamos algo así como un mes discutiéndolo, unas veces personalmente, otras por carta y otras por teléfono. Al final, hicimos un pacto: lo que los lectores estáis leyendo en letra redonda es estrictamente lo que Morgenstern escribió. Palabra por palabra. Recortado, sí, pero no cambiado. Aunque logré que Hiram me prometiera que Harcourt imprimiría mi escena —Ballantine acordó lo mismo—, que ocupa tres páginas y es algo genial, y que si algún lector deseaba ver cómo había quedado, podía mandar una carta o una postal a Urban del Rey, de Ballantine Books, 201 East 50th Street, Nueva York, diciendo sencillamente que desea leer la escena del reencuentro. No olvidéis indicar vuestra dirección; os sorprendería comprobar cuánta gente pide cosas y luego se olvida de indicar su dirección. Los editores acordaron hacerse cargo de los gastos de correo, de manera que sólo tendréis que pagar la postal, la carta o lo que fuere. Me sentiría realmente molesto si diese la impresión de que soy el único escritor norteamericano moderno que parece trabajar para una editorial generosa (son todas detestables; lo siento, señor Jovanovich), de modo que permitidme aclarar aquí que el motivo por el que se ofrecieron tan generosamente a pagar esta desmesurada factura de correo es porque están convencidos de que no escribirá ni Dios. De modo que os pido por favor que, si tenéis el más mínimo interés, e incluso si no tenéis interés alguno, escribáis pidiendo la escena del reencuentro. No tenéis que leerla —no os pido eso—, pero me encantaría hacerles gastar unos cuantos dólares a estos genios de la edición, porque he de admitir que en la publicidad de mis libros no invierten demasiado. Permitidme que os repita la dirección, con código postal y todo:

Urban del Rey

Ballantine Books

201 East 50th Street

Nueva York, Nueva York 10022

Sólo tenéis que pedir un ejemplar de la escena del reencuentro. Esto me ha ocupado más de lo previsto, de modo que repetiré el párrafo de Morgenstern que dejé inconcluso, así no perderéis el hilo de la lectura. Cambio y fuera.

(En este punto de la historia, mi mujer desea hacer público que se siente tremendamente engañada al habérsele negado la inclusión de la escena de la reconciliación entre los enamorados, que tiene lugar al pie del barranco. Le respondo lo siguiente): a) Todas las criaturas de Dios, de las inferiores para arriba, tienen derecho a disfrutar de unos momentos de genuina intimidad; b) lo que realmente se dijo, aunque para los interesados fuera bastante conmovedor, igual que la pasta dentífrica, pierde todo sabor al ser trasladado al papel para su posterior lectura: «paloma mía», «amor mío», «dicha, dicha», etcétera; c) desde el punto de vista de la trama, no ocurrió nada importante, porque cada vez que Buttercup decía: «Cuéntame cosas de ti», Westley se apresuraba a interrumpirla diciéndole: «Más tarde, amada mía, ahora no es el momento». No obstante, es justo destacar que: 1) él lloró; 2) los ojos de ella no permanecieron precisamente secos; 3) hubo más de un abrazo; y 4) ambas partes reconocieron que, sin ningún tipo de limitación, se sentían más que contentas de volver a verse. Además, 5) al cabo de un cuarto de hora ya estaban discutiendo. La cosa comenzó de un modo completamente inocente: los dos estaban de rodillas, cara a cara, y Westley sostenía entre sus manos el rostro perfecto de la princesa.

—Cuando te dejé —le susurró él—, eras ya más hermosa de lo que yo osé soñar jamás. En los años que permanecimos separados, mi imaginación hizo lo imposible por mejorar la perfección que recordaba. Por las noches, tu cara aparecía siempre ante mis ojos. Compruebo ahora que aquella visión que me acompañó en mi soledad era la de una vieja fea y arrugada comparada con la belleza que tengo ahora ante mí.

—No hables más de mi belleza —le dijo Buttercup—. Todo el mundo no hace más que comentar lo hermosa que soy. También tengo una mente, Westley. Habla de sus cualidades.

—Lo haré a lo largo de toda la eternidad —repuso—. Pero en estos momentos, no tenemos tiempo.

Se incorporó. La caída por el barranco lo había dejado maltrecho, pero sus huesos sobrevivieron al viaje sin fracturarse. La ayudó a levantarse.

—¿Westley? —dijo entonces Buttercup—. Antes de que me lanzara tras de ti, cuando todavía me encontraba en lo alto del barranco, te oí decir algo, pero no logré distinguir bien tus palabras.

—Lo he olvidado.

—Mentiroso.

Westley le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—No tiene importancia, créeme; a lo ido, olvido.

—No debemos comenzar con secretos.

Lo decía sentidamente. Westley lo adivinó, por eso repuso:

—Confía en mí.

—Confío. Pero repite tus palabras o tendré motivos para no hacerlo.

Westley suspiró.

—Lo que trataba de hacerte entender, dulce amada mía, lo que para ser más exacto te gritaba con todas las fuerzas que me quedaban era: «¡Hagas lo que hagas, quédate allí arriba! ¡No bajes, por favor!».

—No querías verme.

—Claro que quería verte. La cuestión era que no quería verte aquí abajo.

—¿Y por qué no?

—Porque ahora, preciosa mía, nos encontramos más o menos atrapados. No puedo salir de aquí y llevarte conmigo sin emplear casi todo el día. Lo más probable es que pudiera salir yo solo, en cuyo caso no tardaría todo el día, pero si añadimos tu bonito peso, seguramente no será factible.

—Tonterías; escalaste los Acantilados de la Locura, y este barranco no es ni la mitad de empinado.

—Permíteme que te diga que la escalada me dejó un poquitín exhausto. Y después de ese pequeño esfuerzo, me enfrenté con un tipo que sabía algo de esgrima. Y, a continuación, pasé unos momentos felices enzarzado en una lucha con un gigante. A continuación, me enfrenté con un siciliano en una lucha de ingenio que, afortunadamente, acabó con su muerte, pues el más mínimo error habría hundido en tu garganta aquel cuchillo. Y, después, he corrido durante un par de horas hasta quedarme sin aire en los pulmones. Y, después, me empujaron por un barranco de sesenta metros. Estoy cansado, Buttercup. ¿Comprendes lo que significa estar cansado? He estado toda la noche trabajando, a ver si te enteras.

—No soy ninguna tonta.

—Deja ya de alardear.

—Pues deja de ser grosero.

—¿Cuándo fue la última vez que leíste un libro? Di la verdad. No sirven los libros con ilustraciones…, me refiero a los que llevan letra impresa.

Buttercup se alejó de él.

—Hay otras cosas para leer aparte de la letra impresa —repuso—. Además, la princesa de Hammersmith está disgustada contigo y piensa seriamente en marcharse a casa. —Sin añadir una sola palabra más, se lanzó a sus brazos y exclamó—: ¡Oh, Westley! No lo he dicho en serio, te lo juro, no he dicho en serio ni una sola apalabra.

Westley sabía a la perfección que Buttercup había querido decir «ni una sola palabra», pues apalabrar significa convenir de palabra. Pero también sabía reconocer una disculpa cuando la oía. De modo que la estrechó entre sus brazos, cerró los ojos y le susurró:

—Sabía que no era verdad, que no dijiste en serio ni una sola *apalabra*.

Solucionado el altercado, echaron a correr a toda la velocidad que les fue posible por las estribaciones de roca lisa del barranco.

Como era lógico suponer, Westley se dio cuenta mucho antes que Buttercup de que se dirigían hacia el Pantano de Fuego. Quizá fuera por el aroma a azufre que flotaba en la brisa o por el relumbre de una llama amarilla en la lejanía, no logró precisarlo. Pero cuando advirtió lo que iba a ocurrir, comenzó, como quien no quiere la cosa, a buscar la manera de evitarlo. Un rápido vistazo a los empinados costados del barranco hizo que descartara de inmediato la posibilidad de lograr que Buttercup superase la escalada. Se echó al suelo, tal como había hecho cada pocos minutos, para comprobar la velocidad de sus perseguidores. Calculó que se encontrarían a menos de media hora de camino y que les iban sacando más ventaja.

Se puso en pie y corrió con ella, más deprisa, sin malgastar energías en conversaciones. Buttercup no tardaría en enterarse de lo que les esperaba, de modo que Westley decidió combatir el miedo de su amada por todos los medios posibles.

—Me parece que podemos reducir un poco la marcha —le decía, haciéndolo—. Todavía les llevamos bastante ventaja.

Aliviada, Buttercup inspiraba profundamente.

Westley fingía examinar los alrededores y después, le ofrecía su mejor sonrisa.

—Con un poco de suerte —le dijo—, no tardaremos en llegar a salvo al Pantano de Fuego.

Buttercup oyó sus palabras. Pero no le sentaron bien…

Unas cuantas palabras sobre dos temas relacionados: 1) los pantanos de fuego en general, y 2) el Pantano de Fuego de Florin/Guilder, en particular.

1) Está claro que la denominación de pantanos de fuego es completamente incorrecta. Nadie sabe por qué se les ha llamado así, aunque es probable que el efecto pintoresco producido al unir ambos términos sea razón suficiente. En pocas palabras, se trata de unos pantanos con un alto porcentaje de azufre y burbujas de otros gases que estallan continuamente en llamas. Están tapizados de árboles frondosos y gigantescos que proyectan sus sombras sobre el suelo, dándole a los estallidos llameantes un aspecto particularmente espectacular. Dado que están a oscuras, son casi siempre bastante húmedos, por lo que atraen a la típica comunidad de insectos y caimanes, amantes del clima húmedo. En otras palabras, un pantano de fuego no es otra cosa que un pantano, y punto; el resto es filigrana.

2) El Pantano de Fuego de Florin/Guilder tenía y tiene unas características particulares muy extrañas: a) la existencia de Arenas de Nieve, y b) la presencia de RAGS de los que más adelante se aportarán datos. Las Arenas de Nieve se identifican normalmente, de un modo incorrecto, con las arenas relampagueantes. No existe nada más inexacto. Las arenas relampagueantes son húmedas y, en esencia, destruyen ahogando a sus víctimas. Las Arenas de Nieve tienen una consistencia parecidísima a los polvos de talco y destruyen por asfixia.

Un aspecto más particular del Pantano de Fuego de Florin/Guilder era que lo utilizaban para asustar a los niños. En ninguno de los dos países existía un solo niño que, en un momento u otro de su vida cuando se comportaba mal, no fuese amenazado con ir a parar al Pantano de Fuego. «Si vuelves a hacerme eso, te enviaré al Pantano de Fuego» era tan común como «Cómete todo lo que tienes en el plato que en África se mueren de hambre». Así, a medida que los niños iban creciendo, lo mismo ocurría con el peligro representado por el Pantano de Fuego en sus imaginaciones exuberantes. Claro está que nadie acabó nunca en el Pantano de Fuego, aunque una vez al año o así, algún RAG enfermo solía salir de allí para morir, y su descubrimiento no hacía más que contribuir al engrandecimiento del mito y el horror. El más grande de los pantanos de fuego conocidos se encuentra, por supuesto, a un día de camino de Perth. Es impenetrable y tiene unos sesenta y cinco kilómetros cuadrados de superficie. El que había entre Florin y Guilder apenas alcanzaba un tercio de ese tamaño. Nadie había sido capaz de descubrir si era o no impenetrable.

Buttercup miró fijamente hacia el Pantano de Fuego. De pequeña, se había pasado un año entero con pesadillas, convencida de que moriría allí. En ese preciso momento, fue incapaz de dar un solo paso. Por todas partes surgían las llamas repentinas.

—No puedes pedirme esto —dijo Buttercup.

—Es preciso.

—De pequeña soñé que moriría aquí.

—Yo también, como todos. ¿Tenías entonces ocho años? Yo, sí.

—Ocho. Seis. No me acuerdo.

Westley la tomó de la mano.

Buttercup no podía moverse.

—¿Es preciso?

Westley asintió.

—¿Por qué?

—Éste no es el momento.

Tiró de ella con suavidad. Buttercup seguía sin poder moverse.

Westley la levantó en sus brazos.

—Niña, mi dulce niña. Tengo un cuchillo. Llevo mi espada. No he cruzado el mundo entero para perderte ahora.

Buttercup miró por todas partes para encontrar el valor preciso. Evidentemente, lo encontró en los ojos de Westley.

De todos modos, cogidos de la mano, se internaron en las sombras del Pantano de Fuego.

El príncipe Humperdinck se quedó con la mirada fija en la distancia. Estaba sentado en la montura de su blanco, estudiando las pisadas que había en el fondo del barranco. No quedaba otra conclusión posible: el secuestrador había arrastrado con él a su princesa.

El conde Rugen estaba sentado sobre su caballo.

—¿De veras entraron allí?

El príncipe asintió.

Rogando porque le respondiera que no, el conde Rugen inquirió:

—¿Creéis que deberíamos seguirlos?

El príncipe negó con la cabeza.

—Allí dentro sólo tienen dos alternativas: vivir o morir. Si mueren, no tengo el menor deseo de correr la misma suerte. Si viven, los recibiré del otro lado.

—El otro lado queda muy lejos —le recordó el conde.

—Para mis blancos, no.

—Os seguiremos como podamos —le dijo el conde. Volvió a echar otra mirada al Pantano de Fuego—. O está muy desesperado y asustado, o es muy estúpido o muy valiente.

—Yo diría que mucho de las cuatro cosas —repuso el príncipe…

Westley iba al frente. Buttercup iba un poco más rezagada y, desde la partida, lograron conseguir un buen tiempo. Ella advirtió que lo principal era olvidarse de los sueños de la niñez, porque el Pantano de Fuego era algo malo, aunque no tanto. Al principio, el hedor de los gases que surgían de la tierra parecía un perfecto castigo, pero la familiaridad no tardó en suavizarlo. Las repentinas llamaradas eran fáciles de esquivar, porque justo antes de que surgieran del suelo, se oía una especie de profundo estallido proveniente, a todas luces, de un sitio cercano al lugar por donde surgirían las llamas.

Westley empuñaba la espada con la mano derecha y el cuchillo largo con la izquierda, dispuesto a recibir al primer RAG, pero no apareció ninguno. Había cortado un trozo largo y fuerte de enredadera, se lo había enrollado alrededor de un hombro y a medida que avanzaban iba haciendo una cuerda.

—Cuando haya acabado con esto —le dijo a Buttercup avanzando sin cesar bajo los árboles gigantes—, nos ataremos; de ese modo, por más que oscurezca, estaremos cerca. En realidad, creo que es una precaución excesiva, pues, a decir verdad, estoy un poco desilusionado. Debo admitir que este sitio es malo, pero no tanto como imaginaba. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Buttercup deseaba estar de acuerdo con él, completamente de acuerdo, y lo habría estado si en aquel mismo instante no se la hubieran tragado las Arenas de Nieve.

Westley se dio la vuelta justo a tiempo para verla desaparecer.

Buttercup había dejado que su atención vagara un solo instante; el suelo parecía bastante sólido. De todas maneras, desconocía qué aspecto tenían las Arenas de Nieve; pero cuando uno de sus pies comenzó a hundirse, no pudo retirarlo, e incluso antes de que lograra lanzar un grito, había desaparecido. Fue como caer a través de una nube. Las arenas eran las más finas del mundo, casi imperceptibles, y al principio no parecían desagradables. Buttercup caía suavemente a través de aquella masa blanda y polvorienta, alejándose cada vez más de todo lo que fuera vida, pero no debía asustarse. Westley le había enseñado cómo comportarse en caso de que aquello le ocurriera, y siguió sus instrucciones: abrió los brazos y los dedos y se obligó a adoptar la postura del muerto en natación; hizo todo esto porque Westley le había dicho que cuanto más abriera brazos y piernas, más retardaría su hundimiento. Y cuanto más lentamente se hundiera, más deprisa podría zambullirse él para rescatarla.

Buttercup ya tenía las orejas y la nariz llenas de Arenas de Nieve, y sabía

que si abría los ojos, un millón de diminutas partículas de esta arena se le meterían bajo los párpados, y ya comenzaba a sentir un miedo atroz. ¿Cuánto tiempo llevaba hundiéndose? Parecían horas; contener la respiración comenzaba a hacerle daño. «Has de contener la respiración hasta que yo te encuentre —le había dicho él—, has de adoptar la postura del muerto en natación, cerrar los ojos, contener la respiración y yo acudiré en tu ayuda y los dos tendremos una preciosa anécdota para contarle a nuestros nietos». Buttercup siguió hundiéndose. El peso de la arena comenzaba a aplastarle los hombros. Empezaba a dolerle la zona lumbar. Mantener los brazos y los dedos abiertos le resultaba una agonía cuando todo era tan inútil. Las Arenas de Nieve le pesaban más y más, y ella continuaba hundiéndose. ¿No tendrían fondo, como creían de niños? ¿Se hundía uno en ellas para siempre hasta que las arenas te carcomían y luego seguirían los pobres huesos su eterno viaje descendente? No. Seguramente en alguna parte tendría que existir un lugar de descanso. Un lugar de descanso, pensó Buttercup. Qué cosa tan maravillosa. Estoy tan, tan cansada, y quiero descansar y… «¡Westley, ven a salvarme!», gritó, o empezó a hacerlo. Porque para poder gritar había que abrir la boca, de modo que lo único que logró proferir fue la primera sílaba de la primera palabra: «We». Después, las Arenas de Nieve le bajaron por la garganta y fue su fin.

Westley había realizado una estupenda salida. Antes de que Buttercup desapareciera por completo, él se había desprendido de la espada y del cuchillo largo y se había quitado la enredadera que llevaba enrollada al hombro. No tardó casi nada en anudar un extremo a un árbol gigantesco y, aferrándose con fuerza del extremo libre, se zambulló de cabeza en las Arenas de Nieve, pataleando a medida que se hundía para descender a mayor velocidad. No se había planteado la posibilidad del fracaso. Sabía que la encontraría, sabía que ella estaría molesta e histérica, incluso un poco trastornada. Pero viva. Y eso era, en definitiva, el único hecho de importancia duradera. Las Arenas de Nieve le habían bloqueado las orejas y la nariz, y rogaba porque ella no se hubiera asustado, y se hubiera acordado de abrir brazos y piernas como un águila para que él pudiera aferrarla rápidamente con su zambullida de cabeza. Si ella había seguido sus instrucciones, no sería tan difícil… En realidad era como rescatar a un nadador que se ahoga en aguas lóbregas. Bajaban lentamente flotando, uno se zambullía directo al fondo, pataleaba, estiraba los brazos al frente, les daba alcance, los aferraba, los conducía a la superficie, y el único problema grave en adelante sería convencer a los nietos de que esas cosas habían ocurrido de verdad y no era simplemente una fábula familiar más.

Su mente estaba todavía ocupada con los niños nonatos, cuando ocurrió algo con lo que no había contado: la enredadera no era lo suficientemente larga. Quedó suspendido en las arenas por un momento, aferrado al extremo

que recorría toda la distancia que llevaba a la superficie hasta llegar a la seguridad del árbol gigantesco. Soltar la enredadera era una verdadera locura. No había modo de obligar al cuerpo a subir aquella distancia hasta la superficie. Se podía subir unos metros a fuerza de patalear con toda el alma, pero nada más. De manera que si soltaba la enredadera y no encontraba a Buttercup en un abrir y cerrar de ojos, los dos estarían acabados. Westley soltó la enredadera sin un solo remordimiento, porque había llegado demasiado lejos como para fracasar; el fracaso no constituía siquiera un problema digno de consideración. Y se hundió, y en un abrir y cerrar de ojos, su mano encontró la muñeca de Buttercup. Entonces fue Westley quien gritó, sorprendido y aterrado, y las Arenas de Nieve se le filtraron por la garganta, porque lo que había aferrado era la muñeca de un esqueleto, un puro hueso, sin nada de carne.

Eso ocurría en las Arenas de Nieve. Una vez que el esqueleto quedaba limpio hasta el hueso, comenzaba a flotar como las algas arrastradas por la corriente, yendo de aquí para allá; a veces salían a la superficie, pero con más frecuencia viajaban a través de las Arenas de Nieve por toda la eternidad. Westley arrojó lejos de sí la muñeca huesuda y extendió ciegamente ambas manos, arañando las arenas como un loco en busca de una parte de su amada, porque el fracaso no constituía un problema; el fracaso no constituye un problema, se dijo; no es un problema digno de consideración, o sea que olvídate del fracaso; muévete y encuéntrala, y la encontró. Para ser más exactos, encontró su pie, y tiró de él; entonces, con un brazo, le rodeó la cintura perfecta y se puso a patalear, tomando impulso con todas las fuerzas que le quedaban, pues debía subir unos cuantos metros hasta llegar al extremo de la enredadera. La idea de que podía resultar difícil encontrar un trozo de enredadera en un pequeño mar de Arenas de Nieve jamás le pasó por la cabeza. El fracaso no constituía un problema; no tendría más que patalear, y cuando lo hubiera hecho con la fuerza suficiente, ascendería, y cuando hubiera ascendido lo preciso, tendería la mano y encontraría la enredadera, y cuando hubiera tendido la mano, la enredadera estaría allí, y cuando estuviera allí, él la ataría alrededor de Buttercup y con su último aliento tiraría y tiraría hasta que los dos estuvieran a salvo, en la superficie.

Que es exactamente lo que ocurrió.

Buttercup permaneció inconsciente durante mucho tiempo. Westley puso manos a la obra y, como pudo, le quitó las Arenas de Nieve de las orejas, de la nariz y de la boca y, lo más delicado de todo, de debajo de los párpados. Se sintió vagamente preocupado por la prolongada quietud de Buttercup; era como si ella supiese que había muerto y temiera enterarse de que era verdad. La aferró entre sus brazos y la acunó suavemente. Al cabo de un rato, Buttercup parpadeó.

Durante largos instantes no paró de mirar a su alrededor.

—¿Hemos sobrevivido, pues? —logró preguntar finalmente.

—Somos de raza fuerte.

—Qué maravillosa sorpresa.

—No es preciso…

Iba a decir: «No es preciso que te preocupes», pero el terror de Buttercup fue veloz y repentino. Era una reacción perfectamente normal, y Westley no intentó frenarla, sino que se limitó a aferrarla con fuerza y a dejar que la histeria siguiera su curso. Buttercup se echó a temblar de tal manera que pareció a punto de emprender vuelo. Pero eso fue lo peor. A partir de allí, el llanto tranquilo y acompasado no tardó en aparecer. Después, volvió a ser la Buttercup de siempre.

Westley se incorporó, volvió a colocarse la espada y a envainar el cuchillo largo.

—Ven —le ordenó—. Tenemos mucho camino por recorrer.

—No, hasta que me expliques —repuso—. ¿Por qué debemos pasar por todo esto?

—Ahora no es el momento —le contestó Westley tendiéndole la mano.

—Sí que es el momento.

Buttercup no se movió de donde estaba.

Westley suspiró. La muchacha hablaba en serio.

—Está bien. Te lo explicaré. Pero debemos seguir andando.

Buttercup esperó.

—Debemos atravesar el Pantano de Fuego —le explicó Westley—, por una razón muy buena y simple. —En cuanto comenzó a hablar, Buttercup se puso en pie, y lo siguió de cerca—. Siempre tuve la intención de llegar al otro extremo; aunque debo reconocer que no esperaba tener que hacerlo pasando a través de él. Mi intención era rodearlo, pero el barranco me obligó a cambiar de planes.

—¿Y la razón buena y simple? —le recordó Buttercup.

—En el otro extremo del Pantano de Fuego se encuentra la salida de la Bahía de la Anguila Gigante. Y anclado en las aguas más profundas de esa bahía se encuentra el gran buque *Venganza*. El *Venganza* es propiedad exclusiva del temible pirata Roberts.

—¿El hombre que intentó darte muerte? —preguntó Buttercup—. ¿Ese hombre? ¿El que me destrozó el corazón? El temible pirata Roberts que quiso quitarte la vida, eso es lo que me han contado.

—Efectivamente —repuso Westley—. Y a ese buque nos dirigimos.

—¿Conoces al temible pirata Roberts? ¿Eres amigo de un hombre así?

—Pues algo más que eso —respondió Westley—. No espero que lo comprendas en seguida; sólo deseo que creas que es la verdad. Verás… yo soy el temible pirata Roberts.

—No logro entender cómo es posible, puesto que él lleva veinte años navegando y tú me dejaste hace apenas tres.

—Hasta yo mismo me sorprendo a veces de las pequeñas peculiaridades de la vida —admitió Westley.

—Entonces, ¿de verdad te capturó cuando navegabas rumbo a las Carolinas?

—Pues sí. Su buque *Venganza* capturó al *Orgullo de la Reina*, el buque en el que yo viajaba, y nos iban a ejecutar a todos.

—Pero Roberts no te mató.

—Está claro.

—¿Por qué?

—No sabría decírtelo con exactitud, pero creo que fue porque le pedí por favor que no lo hiciera. Sospecho que fue el «por favor» lo que suscitó su interés. En fin, que detuvo su espada lo suficiente como para preguntarme: «¿Y por qué debería hacer una excepción en tu caso?». Entonces le expliqué mi misión, que debía llegar a América para conseguir el dinero suficiente que me permitiera reunirme con la mujer más hermosa jamás engendrada, o sea, contigo. «Dudo que sea tan hermosa como imaginas», me dijo, y volvió a levantar la espada. «Cabellos del color del otoño —le dije yo—, una piel como la nata helada». «Nata helada, ¿eh?», dijo él. Estaba interesado, aunque fuera un poco, de modo que continué describiéndote y al final, supe que lo había convencido del amor que sentía por ti. «Westley, te diré una cosa, lo lamento de veras, pero si hago una excepción contigo, se propagará la noticia de que el temible pirata Roberts se ha ablandado y eso señalará el comienzo de mi caída, porque cuando empiezan a dejar de temerte, la piratería no se convierte en otra cosa que trabajo, tan sólo trabajo, todo el tiempo trabajo, y soy demasiado viejo para llevar una vida así». Entonces yo le dije: «Juro que jamás se lo contaré a nadie, ni siquiera a mi amada, y, si permites que viva, seré tu ayuda de cámara y trabajaré como un esclavo durante cinco años enteros, y si alguna vez me quejo de algo o provoco tus iras, podrás cortarme la cabeza ahí mismo

y sin contemplaciones y moriré alabando tu justicia». Supe que le había dado qué pensar. «Baja —me ordenó—. Lo más probable es que te mate mañana».

Westley hizo una pausa y fingió aclararse la garganta, porque acababa de darse cuenta de que los seguía un RAG. No había necesidad de alertar a Buttercup todavía, de modo que siguió aclarándose la garganta y prosiguió su camino entre las erupciones de fuego.

—¿Y qué ocurrió al día siguiente? —inquirió Buttercup—. Continúa.

—Bien, ya sabes que soy un tipo muy trabajador; te acordarás de cuánto me gustaba aprender y de cómo me había preparado para trabajar veinticuatro horas al día. Decidí aprender lo que pudiera de la piratería en el tiempo que me habían concedido, al menos así evitaría pensar en mi próxima muerte. De modo que ayudé al cocinero, limpié la bodega y, en general, hice lo que se me pedía, esperando que mis energías merecieran la favorable atención del temible pirata Roberts. A la mañana siguiente me dijo: «He venido a matarte». Y yo le contesté: «Gracias por el tiempo extra que me has concedido, ha sido fascinante. He aprendido mucho». Y él me preguntó: «¿De la noche a la mañana? ¿Qué habrás podido aprender en tan poco tiempo?». Yo le contesté: «Que nadie le había enseñado nunca a tu cocinero a distinguir entre la sal de mesa y la pimienta de Cayena». El pirata Roberts tuvo que reconocer que en aquel viaje las cosas habían sido un tanto fogosas. Y entonces me pidió que le contara qué más había aprendido. Yo le contesté que si en la bodega apilaban las cajas de un modo diferente tendrían más espacio; después se dio cuenta de que le había reorganizado toda la carga y, por suerte para mí, había quedado más sitio. Al final me dijo: «Está bien podrás ser mi ayuda de cámara por un día. Nunca he tenido uno; seguramente no me gustará, o sea que te mataré por la mañana». Cada noche, durante el año que siguió, siempre me decía algo parecido: «Gracias por todo, Westley, buenas noches. Es probable que mañana por la mañana te mate».

«Transcurrido aquel año, llegamos a ser algo más que ayuda de cámara y amo. Era un hombrecillo regordete, nada fiero, tal como era de esperar del temible pirata Roberts, y me gusta pensar que me tenía tanto aprecio como yo se lo tenía a él. Al cabo de ese año yo ya había aprendido bastante sobre navegación, lucha cuerpo a cuerpo, esgrima y el lanzamiento del cuchillo, y nunca había estado en tan buenas condiciones físicas. Al cabo del primer año, mi capitán me dijo: «Acabemos con este asunto del ayuda de cámara, Westley, a partir de ahora serás mi segundo jefe». Yo le contesté: «Gracias, mi capitán, pero jamás podré ser pirata». Y él me dijo: «Quieres volver con esa criatura de cabellos de otoño, ¿no?». Ni siquiera me molesté en contestarle. «Un año o dos de piratería y te harás rico, y entonces podrás volver». Así que le dije: «Tus hombres llevan años contigo y no por eso son ricos». Él me contestó: «Eso es porque no son el capitán. Pronto voy a retirarme, Westley, y el

Venganza será tuyo». Amada mía, he de reconocer que cuando me dijo esto me ablandé un poco. Pero no llegamos a una decisión definitiva. Él decidió entonces que me permitiría ayudarlo en las próximas capturas para ver si me gustaba. Y eso hice.

Ya había otro RAG que les seguía el rastro. Avanzaba por un flanco mientras ellos proseguían camino.

Fue entonces cuando Buttercup los vio.

—Westley…

—Chisst. Tranquila. Los estoy vigilando. ¿Quieres que acabe? ¿Te ayudará a no pensar en ellos?

—Le ayudaste en sus siguientes capturas —le recordó Buttercup—, para ver si te gustaba.

Westley esquivó una repentina erupción de fuego, y con su cuerpo escudó a Buttercup del calor.

—No sólo me gustó, sino que resultó ser que tenía talento para ello. Tanto, que una mañana de abril Roberts me propuso que el siguiente barco sería mío para ver qué tal me iba. Esa misma tarde divisamos un enorme buque español, cargado hasta los topes, que iba rumbo a Madrid. Nos acercamos a él. Estaban aterrados. «¿Quién sois?», preguntó a gritos el capitán.

«Westley», le contesté. «Jamás había oído hablar de vos», me contestó, y después abrieron fuego.

»Un desastre. No me temían. Estaba tan nervioso que lo hice todo mal, y el buque no tardó en escapar. No hace falta que aclare que me sentí muy descorazonado. Roberts me llamó a su camarote. Me vine abajo como un muchacho azotado. «Pasa», me ordenó. Cerró la puerta y nos quedamos solos. «Esto que voy a decirte no se lo he contado nunca a nadie y debes guardarlo en el más estricto de los secretos». Por supuesto le dije que sí. «Yo no soy el temible pirata Roberts —me dijo—. Mi nombre es Ryan. Heredé este barco del anterior temible pirata Roberts, igual que tú lo heredarás de mí. El hombre que me lo dejó en herencia tampoco era el verdadero temible pirata Roberts, se llamaba Cummberbund. El temible pirata Roberts auténtico se retiró hace ya quince años y desde entonces ha vivido como un rey en la Patagonia». Le confesé entonces mi confusión. «Es muy sencillo —me explicó Ryan—. Al cabo de unos cuantos años, el Roberts original se hizo tan rico que quiso retirarse. Clooney era su amigo y su segundo oficial, de modo que le dio el barco a Clooney, que tuvo una experiencia idéntica a la tuya. En el primer abordaje que intentó llevar a cabo, estuvo a punto de zozobrar. De modo que cuando Roberts se dio cuenta de que el nombre era lo que inspiraba el temor

necesario, condujo al *Venganza* a puerto, enroló otra tripulación, y Clooney le dijo a todo el mundo que él era el temible pirata Roberts, ¿y quién iba a enterarse de que no lo era? Cuando Clooney se hizo rico, se retiró y le pasó el nombre a Cummberbund, y éste me lo pasó a mí, y yo, Félix Raymond Ryan, de Boodle, en las afueras de Liverpool, te impongo a ti, Westley, el nombre de temible pirata Roberts. Ahora sólo nos queda llegar a puerto y enrolar una nueva tripulación de jóvenes marineros. Navegaré junto a ti unos cuantos días, como Ryan, tu segundo oficial, y le hablaré a todo el mundo de los años que pasé al lado del temible pirata Roberts. Luego, cuando todos hayan tragado el anzuelo, me dejarás en algún puerto, y las aguas del mundo te pertenecerán». —Westley le sonrió a Buttercup—. Pues ahora ya lo sabes. E imagino que te habrás dado cuenta también de por qué es una tontería tener miedo.

—Pero, aun así, tengo miedo.

—Todos seremos felices al final. Piensa un poco. Hace poco más de tres años, tú eras una lechera y yo era un mozo de labranza. Ahora tú casi eres reina y yo gobierno sin oposición alguna en los mares. Está claro que no fuimos creados jamás para morir en un Pantano de Fuego.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Pues porque estamos juntos, enamorados y vamos cogidos de la mano.

—¡Ah, sí! —dijo Buttercup—. Es que a veces se me olvida.

Sus palabras y su tono sonaron un poquitín fríos, algo que Westley habría sin duda notado de no ser porque en ese momento un RAG saltó desde la rama de un árbol, se abalanzó sobre él, le hincó los enormes dientes en el hombro descubierto y lo derribó al suelo provocándole una hemorragia repentina. Los otros dos RAG que los habían estado siguiendo atacaron también; ni se fijaron en Buttercup, sino que se lanzaron directamente con hambrienta fuerza sobre el hombro sangrante de Westley.

(Todo comentario sobre los RAG —Roedores de Aspecto Gigantesco—, debe necesariamente comenzar con la mención del capibara sudamericano que, según se sabe, ha llegado a alcanzar un peso de setenta kilos. Sin embargo, no son más que unos cerdos acuáticos prácticamente inofensivos. La rata de pura raza de mayor tamaño quizá sea la de Tasmania, que ha llegado a pesar unos cuarenta y cinco kilos. Pero carece de agilidad, y al alcanzar el tamaño adulto, tiende a ser lenta y perezosa, por lo cual gran parte de los pastores de Tasmania han aprendido fácilmente a evitarla. Los RAG del Pantano de Fuego pertenecían a una cepa de pura raza, pesaban siempre alrededor de treinta y cinco kilos y eran veloces como un galgo ruso. Además eran carnívoros y con tendencia al desvarío.)

Las ratas lucharon entre sí para llegar a la herida de Westley. Sus enormes

incisivos destrozaron la carne desprotegida del hombro izquierdo de Westley, y el pobre no tenía ni idea de si Buttercup había sido ya devorada; sólo sabía que si no hacía algo espectacular en seguida, pronto la devorarían.

Fue entonces cuando echó a rodar intencionalmente hacia una erupción de fuego.

Tal como había esperado, sus ropas comenzaron a arder, pero, lo más importante de todo fue que las ratas salieron corriendo en un instante, espantadas por el calor y las llamas, y eso bastó para que Westley cogiera su cuchillo y lo hundiera en el corazón del animal que tenía más cerca.

Las otras dos se abalanzaron instantáneamente sobre su hermana y comenzaron a devorarla mientras el animal seguía chillando.

Para entonces. Westley había recuperado la espada y con dos rápidas estocadas, dispuso del trío de roedores.

—¡Date prisa! —le gritó a Buttercup, que se había quedado petrificada de miedo en el sitio donde había caído la primera rata—. Vendas, vendas —le gritó Westley—. ¡Haz unas cuantas vendas o moriremos! —Dicho lo cual, echó a rodar por el suelo, se arrancó las ropas quemadas y de inmediato se dispuso a cubrir con barro la profunda herida del hombro—. Son como tiburones, las atrae la sangre; viven de sangre. —Se untó más y más barro sobre la herida—. Debemos parar la hemorragia y cubrir la herida para que no huelan la sangre. Si no logran olerla, sobreviviremos. Si la huelen, estamos acabados; ayúdame, por favor.

Buttercup rasgó sus vestidos e hizo vendas, y entre los dos cubrieron la herida; el barro del Pantano de Fuego les sirvió para detener la hemorragia, y luego colocaron capas y más capas de vendas sobre la herida.

—Pronto sabremos si ha funcionado —dijo Westley al ver que otras dos ratas le observaban. Westley esperó, empuñando la espada—. Si cargan contra nosotros, es que la huelen —susurró.

Las ratas gigantescas se quedaron allí, mirándole.

—Ven —le susurró Westley.

Otras dos ratas gigantescas se unieron al primer dúo.

Sin previo aviso, Westley lanzó una estocada con su espada y la rata que estaba más cerca de ellos empezó a sangrar. Las otras tres se contentaron momentáneamente con ese festín.

Westley cogió a Buttercup de la mano y emprendieron otra vez la marcha.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó ella.

—Muy cerca de la agonía, pero podemos hablar de eso más tarde. Ahora date prisa.

Se dieron prisa. Llevaban una hora en el Pantano de Fuego, que resultó ser la más tranquila de las seis que tardaron en cruzarlo por entero. Pero lo hicieron. Vivos y juntos. Cogidos fuertemente de la mano.

Estaba a punto de oscurecer cuando por fin vieron al enorme buque *Venganza* anclado en la parte más honda de la bahía. Westley, que aún se encontraba en los confines del Pantano de Fuego, cayó de rodillas, derrotado.

Pues entre él y su barco había algo más que unos cuantos inconvenientes. Desde el norte se aproximaba la mitad de la Armada. Desde el sur, la otra mitad. Cien caballeros con armas y armaduras. Delante de ellos, el conde. Y frente a todos, solo, los cuatro blancos con el príncipe montando el corcel guía. Westley se puso de pie.

—Tardamos demasiado en cruzar. La culpa es mía.

—Acepto vuestra rendición —le dijo el príncipe.

Sin soltar la mano de Buttercup. Westley le contestó:

—Nadie se ha rendido.

—Os comportáis tontamente —replicó el príncipe—. Reconozco vuestra valentía. No hagáis el ridículo.

—¿Qué hay de ridículo en ganar? —quiso saber Westley—. Opino que para que podáis capturarnos, debéis entrar en el Pantano de Fuego. Llevamos muchas horas aquí dentro: sabemos dónde están las Arenas de Nieve. Dudo que vos y vuestros hombres estéis ansiosos por seguirnos. Y llegada la mañana habremos huido.

—No estaría tan seguro —dijo el príncipe señalando hacia el mar. La mitad de la Armada había comenzado a perseguir al gran buque *Venganza*. Y el *Venganza*, al estar solo, hizo lo que debía hacer: alejarse—. Rendíos —le conminó el príncipe.

—Ni lo soñéis.

—¡Rendíos! —gritó el príncipe.

—¡Antes la muerte! —rugió Westley.

—¿Prometéis que no le haréis daño…? —susurró Buttercup.

—¿Qué habéis dicho? —inquirió el príncipe.

—¿Qué has dicho? —preguntó Westley.

Buttercup dio un paso al frente y respondió:

—Si nos rendimos voluntariamente y sin ofrecer resistencia, si la vida vuelve a ser la misma que era ayer al anochecer, ¿juráis que no le haréis daño a este hombre?

El príncipe Humperdinck levantó la mano derecha y repuso:

—Juro sobre la tumba de mi padre, que pronto ha de morir, y por el alma de mi ya difunta madre, que no le haré daño a este hombre, y si lo hago, que Dios me impida volver a cazar otra vez aunque viva mil años.

Dirigiéndose a Westley, Buttercup dijo:

—No puedes pedir más que eso; es la verdad.

—La verdad —repuso Westley— es que prefieres vivir con tu príncipe antes que morir con tu amor.

—He de reconocer que prefiero vivir antes que morir.

—Hablábamos de amor, señora.

Se produjo una larga pausa. Finalmente, Buttercup dijo:

—Puedo vivir sin amor.

Dicho esto, se marchó dejando solo a Westley.

El príncipe Humperdinck la observó mientras ella cubría la larga distancia que la separaba de él.

—Cuando nos hayamos alejado —le dijo el príncipe al conde Rugen—, llevaos al hombre de negro y encerradle en el quinto nivel del Zoo de la Muerte.

—Cuando jurasteis —repuso el conde asintiendo—, hubo un momento en que llegué a creeros.

—Dije la verdad, jamás miento —repuso el príncipe—. Dije que yo no le haría daño. Pero en ningún momento dije que ese hombre no padecería. Vos seréis quien lo torturará; yo haré de espectador.

En ese momento, tendió los brazos para recibir a su princesa.

—Pertenece al buque *Venganza* —dijo Buttercup—. Es… —Iba a contar la historia de Westley, pero como no le correspondía a ella repetirla, continuó—: Es un simple marinero y lo conozco desde que era niña. ¿Os encargaréis de ello?

—¿Debo volver a jurar?

—No es preciso —repuso Buttercup, porque sabía, igual que todos, que el príncipe era más franco que cualquier florinés.

—Acompañadme, mi princesa.

La tomó de la mano.

Buttercup se fue con él.

Westley se quedó mirándolos. Se encontraba de pie, en silencio, al borde del Pantano de Fuego. Había oscurecido, pero las erupciones de fuego que se elevaban a sus espaldas delinearon su rostro. Tenía la mirada vidriosa por la fatiga. Su cuerpo estaba lleno de mordeduras y cortes. Había pasado mucho tiempo sin descansar, había escalado los Acantilados de la Locura, había salvado algunas vidas y eliminado otras. Había arriesgado su mundo entero y ahora ese mundo se alejaba de él, de la mano de un príncipe rufián.

Después Buttercup desapareció; se perdió de vista.

Westley inspiró profundamente. Notó que una infinidad de soldados comenzaba a rodearlo, y con toda probabilidad le habría sido posible hacer sudar a unos cuantos para reducirlo.

Pero ¿para qué?

Westley se desmoronó.

—Acompañadme, caballero —le pidió el conde Rugen al acercársele—. Debemos llevaros sano y salvo a vuestro barco.

—Los dos somos hombres de acción —le contestó Westley—. Las mentiras no son propias de nosotros.

—Bien dicho —reconoció el conde y, levantando la mano, golpeó a Westley y lo dejó inconsciente.

Westley cayó como una piedra; su último pensamiento consciente fue para la mano del conde: tenía seis dedos, y Westley no lograba recordar si había visto alguna vez semejante deformidad…

6

LOS FESTEJOS

Este es otro de esos capítulos en los cuales, según el profesor Bongiorno, de Columbia, el gurú florinés, el genio satírico de Morgenstern alcanza su pleno florecimiento. (El hombre utiliza siempre expresiones como éstas: «pleno florecimiento», «humorismo delicioso», y así sucesivamente.)

Este capítulo sobre los festejos es, en su mayoría, una descripción

detallada de… ¿a que no lo adiviináis? ¡Acertasteis! De los festejos. Las nupcias tendrían lugar ochenta y nueve días más tarde, y todos los copetudos de Florin debían agasajar a la pareja; lo que hace Morgenstern es llenar páginas y páginas con detalles sobre cómo atendían a sus invitados los ricachones de la época. Qué clase de fiestas, qué tipo de comidas, quién se encargaba de la decoración, cómo se disponía a los comensales en la mesa, todo ese tipo de cosas.

La única parte interesante, aunque no merece la pena leer cuarenta y cuatro páginas para enterarse, es la que describe cómo el príncipe Humperdinck se interesa cada vez más en Buttercup, llegando incluso a reducir un poco sus actividades de caza. Y, lo más importante, debido al fracasado intento de secuestro, se producen tres cosas: 1) todo el mundo está prácticamente convencido de que la trama fue urdida por Guilder, de modo que las relaciones entre ambos países son algo más que tensas; 2) todo el mundo adora a Buttercup, pues ha corrido la voz de que se comportó con gran valentía y que incluso logró salir con vida del Pantano de Fuego; y 3) el príncipe Humperdinck es, por fin, y en su propia tierra, un héroe. Nunca había sido popular, en parte debido a su fetichismo por la caza y a las prolongadas ausencias en las que permitió que su país se pudriera cuando su padre se volvió senil; pero la forma en que frustró el rapto sirvió para que todos se dieran cuenta de que aquél era un hombre bravío, y que era una suerte que fuese heredero de la corona.

En fin, estas cuarenta y cuatro páginas describen más o menos el primer mes de festejos. Sólo hacia el final, las cosas vuelven a ponerse interesantes. Buttercup está tendida en la cama, exhausta; es tarde, el fin de otra larguísima fiesta, y, mientras espera que el sueño llegue, se pregunta en qué mar navegará Westley y qué habrá sido del español y del gigante. Eventualmente, en tres veloces retrospectivas, Morgenstern regresa a lo que yo creo que es la narración propiamente dicha.

Cuando Íñigo volvió en sí, todavía era de noche en los Acantilados de la Locura. Allá abajo, se agitaban las aguas del Canal de Florin, Íñigo se movió, parpadeó, intentó frotarse los ojos y no pudo.

Tenía los brazos atados alrededor de un árbol.

Íñigo volvió a parpadear para aclararse la vista. Había caído de rodillas ante el hombre de negro, dispuesto a morir. Al parecer, el vencedor había tenido otras ideas. Como pudo, Íñigo echó un vistazo a su alrededor y encontró la espada con empuñadura para seis dedos; brillaba bajo la luna como un trozo de magia perdida, Íñigo estiró al máximo la pierna derecha y logró tocar la empuñadura. Acercó con el pie la espada todo lo posible para poder cogerla con una mano, y luego cortó las ataduras. Cuando se puso en pie sufrió

un vahído; se frotó detrás de la oreja, donde le había golpeado el hombre de negro y notó que tenía un chichón; era de tamaño considerable, no cabía duda, pero aquello no constituía un grave problema.

Lo realmente grave era qué iba a hacer.

Las instrucciones de Vizzini para circunstancias como aquélla, cuando un plan fallaba, eran estrictas: Vuelve al principio. Volver al principio, esperando a Vizzini, reagruparse, volver a planear la acción y empezar de nuevo, Íñigo incluso había llegado a componer una rima para que Fezzik no tuviera problemas en recordar qué debía hacer en momentos de apuros: *Bufón, bufón, vuelve al principio sin más dilación.*

Íñigo sabía con exactitud dónde estaba el principio. Habían conseguido el trabajo en la misma ciudad de Florin, en el Barrio de los Ladrones. Como de costumbre, Vizzini se había encargado de las negociaciones. Se había entrevistado con su empleador, había aceptado el trabajo, lo había planeado, todo en el Barrio de los Ladrones. De manera que estaba claro que había que regresar allí.

Pero Íñigo odiaba aquel lugar. Todo el mundo era tan peligroso, tan grande, tan salvaje y musculoso…, ¿qué más daba que fuera el mejor espadachín del inundo?, ¿quién se enteraría con sólo mirarlo? Tenía toda la pinta de un pobre español delgaducho, al que podía ser divertido atracar. Uno no podía ir por el mundo portando un cartel que dijera: «Cuidado, soy el espadachín más grande del mundo desde que desapareciera el fenómeno de Córcega. No me atraquéis».

Además, y al pensarlo, Íñigo sintió un profundo dolor. Ya no era un gran espadachín, imposible, ¿acaso no acababa de ser derrotado? Antes sí había sido un titán, pero ahora…, ahora…

A continuación sigue un soliloquio de seis páginas que vosotros no leeréis y que Morgenstern aprovecha para dejar constancia, a través de Íñigo, de las angustias que produce la fugacidad de la gloria. El motivo por el que incluyó aquí este soliloquio radica en que la obra anterior de Morgenstern había sido despedazada por la crítica y no se había vendido ni un solo ejemplar. (Un inciso. ¿Sabíais que del primer libro de poemas de Robert Browning no se vendió ni uno solo? Es la verdad. Ni siquiera su madre compró uno en la librería de su ciudad. ¿Habéis oído alguna vez algo más humillante? Imaginaos por un momento que estáis en el lugar de Browning, que habéis publicado vuestro primer libro y que alimentáis la secreta esperanza de que ahora, ahora, seréis alguien. Establecido, importante. Y dejáis pasar una semana antes de preguntar al editor cómo van las cosas, porque no queréis parecer pesados ni nada por el estilo. Y después pasáis por el despacho del editor como quien no quiere la cosa, y probablemente en esa época todo era

muy inglés y flemático, y como sois Browning charláis un poco de esto y de aquello, antes de formular la gran pregunta: «Ah, por cierto, ¿hay alguna idea de cómo marchan mis poemas?». Entonces, el editor, que había temido este momento, probablemente contesta: «En fin, ya sabe usted lo que ocurre hoy en día con la poesía; nada marcha como antes. Hay que dejar pasar el tiempo para que se propague la novedad». Entonces, un buen día, alguien tuvo que contestarle: «Nada, Bob. Lo siento, Bob. No, todavía no hemos logrado efectuar una sola venta. Por un momento creímos que Hatchards tenía un posible comprador en Piccadilly, pero parece ser que se arrepintió. Lo siento, Bob; no te preocupes, te mantendremos al tanto si llegara a producirse algún cambio». Fin del inciso.)

En fin, que Íñigo acaba su monólogo con los Acantilados y se pasa las horas siguientes tratando de encontrar un pescador que lo lleve de regreso a la ciudad de Florin.

El Barrio de los Ladrones era peor de lo que él recordaba. Porque antes Fezzik había estado siempre a su lado, y juntos componían rimas. La sola presencia del gigante bastaba para mantener a los ladrones a prudente distancia.

Impulsado por el pánico, Íñigo avanzó por las oscuras callejuelas. De la noche surgían todo tipo de gritos, y de las tabernas, risas vulgares. Se dio cuenta entonces de que tenía miedo, porque mientras estaba allí sentado, aferrado a su espada con empuñadura para seis dedos para darse valor, volvió a revivir mentalmente la época anterior a su encuentro con Vizzini.

Un fracasado.

Un hombre sin objetivos, sin apego al mañana. Hacía años que Íñigo no probaba el brandy. En ese momento, notó que sus dedos buscaban desmañadamente unas monedas. Oyó sus propios pasos que corrían hacia la taberna más próxima, y vio su dinero sobre el mostrador. Palpó entre sus manos la botella de brandy.

Regresó corriendo al pórtico que acababa de abandonar. Abrió la botella. Olió el brandy barato. Tomó un sorbo. Tosió. Tomó otro sorbo. Volvió a toser. Bebió ávidamente y tosió y volvió a beber ávidamente y esbozó una sonrisa.

Sus temores comenzaban a abandonarlo.

Al fin y al cabo, ¿por qué tenía que estar atemorizado? Él era Íñigo Montoya (ya se había bebido media botella), hijo del gran Domingo Montoya, ¿había algo en este mundo digno de ser temido? (Se había bebido toda la botella.) ¿Cómo se atrevía el miedo acercarse a un genio como Íñigo Montoya? Pues nunca más. (Iba ya por la segunda botella.) Nunca, nunca, nunca más.

Siguió allí sentado, solo, confiado y fuerte. Su vida era una maravilla. Tenía bastante dinero para comprar brandy y, con eso, se sentía dueño del mundo.

El pórtico era miserable y desolado. Íñigo siguió allí tirado, bastante feliz, aferrando la botella con sus manos otrora temblorosas. La existencia era realmente muy sencilla cuando uno obedecía órdenes. No había nada mejor ni más fácil que lo que le aguardaba.

Lo único que tenía que hacer era esperar y beber hasta que llegase Vizzini…

Fezzik no tenía ni idea de cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Al incorporarse, se tambaleó por el sendero de montaña, y sólo supo una cosa: que le dolía mucho el cuello a causa del intento de estrangularle del hombre de negro.

¿Qué hacer?

Los planes habían fallado. Fezzik cerró los ojos e intentó pensar… Había un sitio adonde uno debía ir cuando los planes fallaban, pero no lograba recordarlo, Íñigo le había incluso compuesto una rima para que no se le olvidara, y ahora, ni siquiera con eso… Era tan estúpido que no se acordaba. ¿Cómo decía? ¿Acaso «Fornido, fornido, vete a esperar a Vizzini con Cupido»? Rimaba, pero ¿dónde estaba Cupido? «Idiota, idiota, vete ahora mismo a jugar a la pelota». Eso también rimaba, pero ¿qué clase de instrucciones eran ésas?

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

«¿Pedazo de animal, usa el cerebro y no lo hagas mal?». Nada. Nada lograba ayudarle. En su vida había hecho algo bien, hasta que encontró a Vizzini y, sin pensárselo más, Fezzik se internó en la noche en busca del siciliano.

Vizzini dormía la siesta cuando el gigante lo encontró. Después de beber vino se había quedado dormido. Fezzik cayó de rodillas y juntó las manos en actitud de súplica.

—Vizzini, lo siento —dijo.

Vizzini siguió durmiendo.

Fezzik lo sacudió suavemente.

Vizzini no se despertó.

Lo sacudió no tan suavemente.

Nada.

—Ah, ya sé, estás muerto —dijo Fezzik. Se puso de pie—. Está muerto, Vizzini ha muerto —repitió en voz baja. Entonces, sin que su cerebro interviniese para nada, de su garganta surgió un grito de pánico—: ¡Íñigo!

Se dio media vuelta y bajó por el sendero de montaña, porque si Íñigo seguía con vida, todo estaba bien; no sería lo mismo, no, nunca volvería a ser lo mismo sin que Vizzini les diera órdenes y los insultara como sólo él sabía hacerlo, pero al menos tendrían tiempo para dedicarse a la poesía. Cuando Fezzik llegó a los Acantilados de la Locura les gritó a las rocas: «Íñigo, Íñigo, estoy aquí», y a los árboles: «Íñigo, Íñigo, soy yo, tu Fezzik», y por todas partes: «Íñigo, Íñigo, ¡contéstame, por favor!», hasta que no le quedó más remedio que llegar a la conclusión de que no sólo no había más Vizzini, sino que tampoco había más Íñigo, y que aquello era muy difícil de resistir.

En realidad, era demasiado difícil para Fezzik, de modo que echó a correr gritando: «Me reuniré contigo en seguida, Íñigo», y «Ahora mismo voy, Íñigo» y «Eh, Íñigo, espera» (espera, desespera…, corría como un desesperado, y cómo iban a divertirse componiendo rimas cuando Íñigo y él volvieran a reunirse), pero después de pasarse una hora gritando, la garganta ya no le respondió porque, al fin y al cabo, había estado a punto de morir estrangulado. Corrió y corrió hasta que finalmente llegó a una pequeñísima aldea en cuyas afueras encontró unas bonitas rocas que formaban una cueva lo bastante grande como para que pudiera tenderse en su interior. Se sentó con la espalda apoyada sobre el muro de piedra, los brazos alrededor de las rodillas y el cuello dolorido, hasta que los niños de la aldea dieron con él. Conteniendo el aliento se acercaron hasta donde se atrevieron. Fezzik deseaba que se fueran, de modo que permaneció inmóvil imaginando que estaba en compañía de Íñigo y que éste le decía «barril»; entonces Fezzik respondía veloz «alguacil», y después cantaban un poco hasta que Íñigo decía «serenata», y no había manera de ganarle a Fezzik con algo tan fácil como «sonata», entonces Íñigo se inventaba algo sobre el tiempo y Fezzik le encontraba una rima, y las cosas siguieron así hasta que los niños de la aldea dejaron de tenerle miedo. Fezzik se dio cuenta porque se le acercaron mucho y de pronto comenzaron a chillar a voz en grito y a hacerle todo tipo de muecas. No los culpaba; al fin y al cabo, tenía todo el aspecto de quien se merece que se mofen de él. Llevaba las ropas hechas jirones, había enmudecido y su mirada estaba perdida: probablemente, si hubiera tenido la misma edad que esos niños, él también se habría puesto a gritar.

Cuando los niños comenzaron a encontrarle gracioso, Fezzik empezó a considerar todo aquello como degradante, aunque en aquel momento ignoraba la palabra. Ya no hubo más gritos. Sólo risas. Risas, pensó Fezzik, y luego pensó, prisas… Para aquellos niños no era más que un payaso, una cosa enorme y graciosa que no hacía demasiado ruido. Risas, prisas, acaso payaso

claudicante de ahora en adelante.

Fezzik se acurrucó en la cueva e intentó considerar los aspectos positivos de su situación. Al menos no le estaban lanzando cosas.

De momento.

Westley despertó encadenado en el interior de una jaula gigantesca. Comenzaba a supurarle el hombro a raíz de las mordeduras de los RAG. Momentáneamente pasó por alto su incomodidad e intentó acostumbrarse al sitio donde se encontraba.

Estaba claro que se encontraba bajo tierra. No era la falta de ventanas lo que le dio esa certeza, sino la humedad. Desde lo alto le llegaron unos sonidos animales: el rugido ocasional de un león, o el del leopardo.

Poco después de haber recuperado el sentido, apareció el albino exangüe, con la piel tan pálida como un abedul muerto. La luz de la vela que servía para iluminar la jaula hacía aparecer al albino como una criatura que jamás hubiera visto el sol. El albino llevaba una bandeja con muchas cosas: vendas, comida, polvos curativos y brandy.

—¿Dónde estamos? —inquirió Westley.

El albino se encogió de hombros.

—¿Quién eres?

Volvió a encogerse de hombros.

Al parecer ésa era toda la conversación de que era capaz el hombre. Westley le formuló una pregunta tras otra mientras el albino le curaba y le vendaba la herida. Después le dio de comer un plato caliente que encontró sorprendentemente bueno y abundante.

Se encogió de hombros de nuevo.

—¿Quién sabe que estoy aquí?

Volvió a encogerse de hombros.

—Miente si quieres, pero al menos di algo…, contéstame. ¿Quién sabe que estoy aquí?

Un susurro.

—Yo lo sé. Ellos lo saben.

—¿Ellos?

Otra vez encogimiento de hombros.

—¿Te refieres al príncipe y al conde?

Inclinación de cabeza.

—¿Nadie más?

Volvió a inclinar la cabeza.

—Cuando me trajeron aquí estaba medio inconsciente. El conde era quien daba las órdenes, pero me llevaban tres soldados. Ellos también lo saben.

Negación de cabeza. Un susurro.

—Lo sabían.

—Entonces, ¿voy a morir?

Encogimiento de hombros.

Westley se recostó en el suelo de la gigantesca jaula subterránea y se dedicó a observar cómo el silencioso albino volvía a colocarlo todo en la bandeja y desaparecía sin hacer ruido. Si los soldados estaban muertos, sin duda no sería irrazonable deducir que él no iba a tardar en seguir la misma suerte. Pero si deseaban eliminarlo, sin duda tampoco sería irrazonable deducir que no tenían la menor intención de hacerlo de inmediato; de lo contrario, ¿para qué iban a curar sus heridas, a devolverle sus fuerzas con esa comida deliciosa y caliente? No, no había llegado la hora de su muerte. Pero mientras tanto, considerando las personalidades de sus captores, no resultaba del todo irrazonable deducir que harían lo imposible por hacerle sufrir.

Mucho.

Westley cerró los ojos. Le esperaba todo tipo de dolores y tenía que estar preparado. Tenía que preparar su cerebro, tenía que controlar su mente y protegerla de sus esfuerzos, para que no lograsen quebrarlo. No permitiría que lo quebrasen. Se mantendría íntegro contra viento y marea. Si le daban el tiempo suficiente para prepararse, sabía que podría derrotar el dolor. Pero resultó que le concedieron tiempo suficiente (faltaban meses para que la Máquina estuviera lista).

Pero, de todos modos, lograron quebrarlo.

Finalizado el trigésimo día de festejos y cuando aún quedaban otros sesenta días de fiesta por disfrutar, a Buttercup la asaltó la genuina preocupación de que quizá le faltara la fuerza para soportarlo. Sonrisas, más sonrisas, estrechar manos, una reverencia y gracias, una y otra vez. Un solo mes la había dejado exhausta, ¿cómo iba a sobrevivir el doble de ese tiempo?

Al final, y debido a la precaria salud del rey, todo resultó fácil y triste a la vez. Cuando quedaban aún cincuenta y cinco días, Lotharon comenzó a debilitarse terriblemente.

El príncipe Humperdinck mandó llamar a otros médicos. (Quedaba aún con vida el último de los taumaturgos, un tal Max, pero como lo habían despedido hacía mucho, no se consideró oportuno solicitarle que volviese a tomar el caso; si entonces había sido un incompetente, cuando Lotharon sólo estaba grave, ¿cómo podría, ahora que Lotharon agonizaba, ser la panacea?) Los nuevos médicos estuvieron de acuerdo en utilizar diversos medicamentos ya probados, y transcurridas cuarenta y ocho horas de su intervención en el caso, el rey murió.

La fecha de la boda no experimentó alteraciones —no todos los días un país celebraba el quingentésimo aniversario—, pero los festejos o bien fueron reducidos o del todo y ampliamente cancelados. Y cuarenta y cinco días antes de la boda, el príncipe Humperdinck se convirtió en rey de Florin, y eso lo cambió todo, porque antes nunca se había tomado nada en serio, aparte de la cacería, y a partir de ese momento, tuvo que aprender, aprender de todo, a gobernar un país; se encerró, sepultado en libros y rodeado de sabios, y cómo se aplica este impuesto y cuándo debería aplicarse y cómo marchan las relaciones exteriores y en quién se puede confiar, cuánto se puede confiar y hasta qué punto. Y ante los hermosos ojos de Buttercup, Humperdinck se convirtió de temible hombre de acción en un ser de frenética sabiduría, porque era preciso que lo comprendiera todo bien ahora, antes de que ningún otro país se atreviera a entrometerse en el futuro de Florin. De modo que la boda, cuando tuvo lugar, fue un acontecimiento breve y sin importancia, programado entre una reunión de ministros y una crisis del tesoro, y Buttercup se pasó su primera tarde como reina vagando por el castillo, sin saber qué hacer. Sólo cuando el rey Humperdinck salió al balcón en compañía de Buttercup para saludar a la inmensa turba que había esperado pacientemente durante todo el día, logró la muchacha darse cuenta de que ya había acontecido todo, de que ya era reina, y que su vida, si alguna vez había tenido algún valor, pertenecía ahora al pueblo.

La real pareja se detuvo en el balcón del castillo y recibió los vítores, los gritos, los interminables y tronantes «vivas» hasta que Buttercup dijo:

—Por favor, ¿puedo volver a caminar entre ellos?

El rey asintió, y ella volvió a bajar, igual que hiciera el día en que anunciaron la boda, radiante y sola; una vez más, la gente se apartó para cederle el paso, llorando y dando vivas y haciendo reverencias y…

… y entonces fue cuando alguien la abucheó.

Desde el balcón, Humperdinck, que lo presenciaba todo, reaccionó al instante y ordenó a los soldados que se dirigieran al lugar de donde había provenido el sonido, envió luego más tropas para que rodearan a la reina y, de inmediato, Buttercup estuvo a salvo, y la autora del abucheo fue aprehendida y

sacada de allí.

—Un momento —ordenó Buttercup, sorprendida aún por lo inesperado de los hechos—. Traedla ante mí.

En un instante, la autora del abucheo se encontró ante ella.

Era una mujer vieja, gastada y torcida, y Buttercup pensó en todos los rostros que había visto en su vida, pero de aquél no lograba acordarse.

—¿Nos hemos conocido? —inquirió la reina.

La vieja negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué en este día? ¿Por qué insultas a la reina?

—Porque no os merecéis estos vítores —repuso la anciana, y de pronto se puso a gritar a voz en grito—: ¡Teníais el amor en vuestras manos y renunciasteis a él a cambio de un puñado de oro! —Y dirigiéndose a la multitud, agregó—: Lo que os digo es la verdad… Junto a ella, en el Pantano de Fuego, iba el amor y ella lo lanzó lejos de sí como si fuera basura… eso es lo que es, la reina de la basura.

—Había dado mi palabra al príncipe… —comenzó a explicar Buttercup, pero no hubo manera de hacer callar a la anciana.

—Preguntadle cómo logró atravesar el Pantano de Fuego. Preguntadle si lo hizo sola. Renunció al amor para convertirse en reina de la mugre, en reina del estiércol… Yo soy vieja y para mí la vida no significa nada, por eso soy la única persona de toda esta multitud que se atreve a gritar la verdad, y la verdad os dicta que debéis inclinaros ante la reina de la fetidez si lo deseáis, pero yo no lo haré. Vitoread a la reina del fango y de las heces si lo deseáis, pero yo no lo haré. ¡No lo haré!

Dicho esto, comenzó a avanzar hacia Buttercup.

—Lleváosla —ordenó Buttercup.

Pero los soldados no lograron detenerla y la anciana siguió avanzando y gritando cada vez más fuerte. Más fuerte. ¡Y más fuerte! ¡Y mucho más fuerte! Y…

Buttercup despertó gritando.

Se encontraba en la cama. Sola. A salvo. Todavía faltaban dos meses para la boda.

Pero sus pesadillas habían comenzado.

A la noche siguiente soñó que daba a luz a su primer hijo, y…

Interrupción. ¿Qué os parece si le reconocemos al viejo Morgenstern sus

méritos como impostor de primera? Lo digo porque imagino que al menos por un instante os habréis creído que se habían casado de veras. Yo me lo creí.

Es uno de los recuerdos que guardo con mayor fidelidad de cuando mi padre me leyó el libro. Tenía pulmonía, ¿os acordáis? Pero a estas alturas ya me encontraba un poquito mejor y completamente enganchado al libro; a los diez años si hay algo que se sabe es que pase lo que pase habrá un final feliz. Los autores podrán sudar la gota gorda para asustarte, pero, en el fondo, sabes, no te cabe duda alguna de que a la larga imperará la justicia. Y que Westley y Buttercup, aunque tuvieran sus más y sus menos, acabarían casándose y viviendo felices para siempre. Habría apostado la fortuna de mi familia si hubiera encontrado a alguien lo bastante primo como para aceptar mi apuesta.

Pues bien, cuando mi padre terminó de leerme la oración en la que se dice que la boda fue un acontecimiento programado entre una reunión de ministros y una crisis de no sé qué, recuerdo que le dije: «Lo has leído mal».

Mi padre era un hombre pequeñito, calvo, barbero de oficio, ¿os acordáis? Y más bien inculto. Pues bien, no se puede provocar a un tipo que lee con dificultad diciéndole que ha leído algo mal, porque la verdad es toda una osadía. Mi padre me contestó: «Aquí el que lee soy yo».

«Ya lo sé, pero es que te has equivocado. No se casó con el desgraciado de Humperdinck. Se casa con Westley».

Algo mosqueado, mi padre volvió a leérmelo todo.

«Entonces es que te has saltado una página o algo. Trata de leérmelo bien, ¿eh?».

A esas alturas ya estaba algo más que molesto. «No me he saltado nada. He leído lo que pone aquí. He leído las palabras. Buenas noches», y se marchó.

«Eh, papá, no te vayas», le grité yo, pero mi padre era tozudo, acto seguido, entró mi madre y me dijo: «Dice tu padre que tiene la garganta irritada; ya le había dicho yo que no leyera tanto». Me arropó bien y por más guerra que di, se había acabado. No más novela hasta el día siguiente.

Me pasé aquella noche convencido de que Buttercup se había casado con Humperdinck. Estaba destrozado. No sé cómo explicarlo, pero el mundo no funcionaba así. Los buenos se atraían entre sí, y el mal era algo que uno echaba en el retrete, tiraba de la cadena, y todos en paz. Pero esa boda era algo que no cuajaba. ¡Dios mío, cuántas vueltas le di! Primero se me ocurrió que Buttercup ejerció en Humperdinck un fantástico efecto y lo convirtió en una especie de Westley, o tal vez Westley y Humperdinck resultaban ser

hermanos que habían sido separados al nacer, y como Humperdinck se alegraba tanto de haber recuperado a su hermano, le decía: «Verás, Westley, cuando me casé con ella yo no sabía quién eras tú, de modo que me divorciaré para que podáis casaros y para que todos podamos ser felices». Creo que nunca en mi vida he vuelto a ser más creativo.

Pero la cosa no cuajaba. Había algo que no funcionaba y no sabía qué. De repente sentí un descontento que comenzó a carcomerme hasta que logró hacerse un lugar lo bastante grande como para instalarse y, entonces, se acomodó bien y se quedó allí. Y sigue aquí, dentro de mí, acechándome incluso ahora mientras escribo.

A la noche siguiente, cuando mi padre continuó leyendo y resultó que lo de la boda lo había soñado Buttercup, grité: «Ya lo sabía, lo supe desde el principio». Mi padre me comentó: «Ahora que estás contento y que todo está bien, ¿podemos continuar, por favor?». Yo le contesté: «Adelante». Y él prosiguió con la lectura.

Pero yo no estaba satisfecho. Bueno, supongo que mis oídos sí, mi sentido de la narración también, mi corazón igual, pero en el fondo de… supongo que deberíamos llamarle «alma», estaba ese maldito descontento meneando su negra cabeza y diciéndome que no.

Nadie me explicó todo esto hasta que no llegué a la adolescencia y conocí a Edith Neisser, una gran mujer que vivía en mi ciudad natal, y que ya ha fallecido. Escribía unos libros estupendos sobre cómo echamos a perder a nuestros hijos. Hermanos y hermanas *era uno de sus libros.* El primogénito *era otro de sus títulos. Ambos publicados por Harper. Edith no necesita que le hagan publicidad porque, como ya he dicho, ha muerto, pero si a alguno de los lectores le preocupara la idea de no ser un padre o una madre perfectos, le aconsejo que lea uno de los libros de Edith mientras todavía esté a tiempo. Yo la conocía porque mi padre le cortaba el pelo a Ed, hijo de Edith, y ella era la escritora, y yo, de adolescente, pensaba que aquél también sería mi oficio, sólo que nunca había podido contárselo a nadie. Era demasiado incómodo… El hijo de un barbero, si se daba maña, podía llegar a ser vendedor de IBM, pero ¿escritor?, ni hablar. No me preguntéis cómo ocurrió, pero con el tiempo, Edith descubrió mi ambición shhhh y a partir de aquel momento, en algunas ocasiones, hablábamos del tema. Recuerdo que una vez estábamos tomando té helado en el porche de los Neisser mientras hablábamos, y justo delante del porche se encontraba su campo de badminton. Yo estaba mirando cómo jugaban a badminton unos niños; Ed acababa de derrotarme y cuando yo me dirigía hacia el porche, me dijo: «No te preocupes, todo saldrá bien, la próxima vez me ganarás tú». Yo asentí, y Ed agregó: «Y si no me ganas, me derrotarás en cualquier otro juego».*

Me fui al porche a beber té helado; Edith estaba leyendo un libro pero no lo dejó cuando me dijo: «No es del todo cierto, ¿sabes?».

Yo le pregunté: «¿A qué te refieres?».

Fue entonces cuando dejó el libro y me miró. Y me lo dijo: «Bill, la vida no es justa. Les decimos a nuestros hijos que sí lo es, pero eso es una barbaridad. No sólo es una mentira, sino que es una mentira cruel. La vida no es justa, nunca lo ha sido y nunca lo será».

Os juro que me ocurrió lo mismo que le ocurre a Mandrake, el mago, en los tebeos cuando se le enciende una bombilla encima de la cabeza. «¡No, no lo es!», exclamé en voz tan alta que la asusté. «Tienes razón, no es justa». Me sentía tan feliz que si hubiese sabido bailar, lo habría hecho allí mismo. «¿No es genial, no es estupendo?». Creo que fue en aquel momento cuando Edith debió de pensar que yo iba camino de perder la chaveta.

Pero para mí significó tanto haber oído aquello en voz alta, notarlo libre y volando…, ése era el descontento que me torturó la noche en que mi padre dejó de leer. Fue entonces cuando lo supe. Ésa era la reconciliación que trataba de conseguir y no podía.

A mi juicio, de eso trata este libro. Todos esos expertos de Columbia podrán discursear todo lo que quieran sobre la sátira deliciosa; están locos. Este libro dice que la vida no es justa, y os lo repito de una vez y para siempre, será mejor que os lo creáis. Tengo un hijo obeso y caprichoso…, no le echará el guante a la señorita Rheingold. Y siempre será gordo, pues aunque adelgace seguirá siendo gordo y seguirá siendo caprichoso y no se conformará con la vida para ser feliz, y quizá yo tenga la culpa de todo; culpadme a mí de todo, si queréis. La cuestión es que no hemos sido creados iguales, porque hasta los ricos sostienen que la vida no es justa. Tengo una esposa fría; es brillante, estimulante, estupenda, pero no hay amor; aunque da igual, con tal de que no esperemos que todo se iguale de algún modo antes de morirnos.

Veréis. (Los adultos se pueden saltar este párrafo.) No voy a deciros que este libro tiene un final trágico, pues ya os he dicho en la primera línea que éste es mi libro preferido. Pero ocurrirán muchas cosas malas; de la tortura ya os he advertido, pero hay cosas peores. Hay muertes, y será mejor que entendáis algo: que mueren algunas personas que no deberían morir. *Preparaos, pues. Esto no es un cuento infantil. A mí nadie me lo advirtió y la culpa fue mía (dentro de poco entenderéis por qué os lo digo), y el error fue mío, de manera que no quiero que os pase lo mismo. Mueren algunas personas que no deberían morir, y la razón es ésta: la vida no es justa. Olvidaos de todas las tonterías que os dicen vuestros padres. Acordaos de Morgenstern. Seréis mucho más felices.*

Basta ya. Hasta la próxima. Volvamos a las pesadillas.

La noche siguiente soñó que daba a luz a su primer hijo y que éste era una niña, una niñita hermosa, y Buttercup decía: «Siento que no fuera niño. Sé que necesitabas un heredero». Y Humperdinck le respondía: «Querida mía, no te preocupes por eso; fíjate qué maravillosa criatura nos ha dado Dios». Entonces se marchaba y Buttercup acercaba a la niña a su pecho perfecto, y la niña decía: «Tu leche está agria». Y Buttercup le contestaba: «Lo siento». Y la pequeña le replicaba: «Siempre sabes qué hacer, siempre sabes exactamente qué debes hacer, siempre haces exactamente lo que te conviene a ti, y al resto del mundo que lo parta un rayo». Buttercup le preguntaba entonces: «¿Te refieres a Westley?». Y la niña le contestaba: «Claro que me refiero a Westley». Entonces Buttercup le explicaba pacientemente: «Es que creí que había muerto; y le había dado mi palabra a tu padre». La niña sentenciaba: «Pues ahora me muero; la tuya es una leche sin amor. Tu leche me ha matado». Entonces la niña se ponía rígida, se partía y se convertía en polvo seco entre sus manos, y Buttercup se ponía a gritar sin parar, e incluso cuando volvía a estar despierta y aún faltaban cincuenta y nueve días para la boda, seguía gritando.

La tercera pesadilla llegó rauda a la noche siguiente y en ella aparecía un recién nacido, aunque en esta ocasión era un niño, un niño fuerte y maravilloso. Entonces Humperdinck le decía: «Amada mía, ha sido niño». Y Buttercup replicaba: «Gracias a Dios no te he fallado». Entonces el príncipe se marchaba y Buttercup le gritaba: «¿Puedo ver a mi hijo ahora?». Y todos los médicos corrían de un lado para otro ante la alcoba real, pero nadie le traía al niño. «¿Acaso hay algún problema?» preguntaba Buttercup, y el médico jefe le contestaba: «No logro entenderlo, pero la criatura no quiere veros». Entonces Buttercup decía: «Contadle que soy su madre y que además soy la reina y que ordeno que venga a verme». Entonces su hijo se presentaba ante ella; era un bebé tan precioso como el que más. «Cerradla», ordenó Buttercup, y los médicos cerraron la puerta. El bebé se quedó en un rincón, tan alejado de la cama de su madre como le fue posible. «Acércate, cariño», le dijo Buttercup. «¿Por qué? ¿Es que quieres matarme a mí también?». «Soy tu madre y te quiero, ven aquí; nunca he matado a nadie». «Has matado a Westley, ¿acaso no le viste la cara en el Pantano de Fuego, cuando te marchaste y lo dejaste solo? A eso llamo yo matar». «Cuando crezcas, entenderás las cosas, y ahora no pienso repetírtelo… Ven aquí». «Asesina —le gritaba el bebé—. ¡Asesina!». Para entonces ya había saltado de la cama, lo estrechaba entre sus brazos y le decía: «Cállate ya, cállate ahora mismo: te quiero». Y el crío le decía: «Tu amor es como el veneno: mata». Entonces el bebé moría entre sus brazos, y ella se echaba a llorar. E incluso cuando volvía a estar despierta y aún faltaban cincuenta y ocho días para la boda, seguía llorando.

A la noche siguiente, no quiso dormir. Se dedicó a caminar, a leer, a coser y a beber una taza tras otra de té humeante de las Indias. Estaba enferma de cansancio, por supuesto, pero era tal el pavor que sentía por lo que pudiera llegar a soñar que prefería soportar despierta todo tipo de incomodidades antes que saber lo que le depararían los sueños; al amanecer su madre estaba preñada…, no, algo más que preñada, tenía un hijo, y mientras Buttercup permanecía en un rincón de la habitación, presenciaba su propio nacimiento y cómo su padre se quedaba boquiabierto ante su belleza, igual que su madre; la comadrona era la primera en demostrar su preocupación. La comadrona era una mujer dulce, conocida en toda la aldea por su amor a los niños, y entonces decía: «Veo… problemas…». El padre de Buttercup preguntaba: «¿Qué problemas? ¿Dónde has visto una belleza igual?». Entonces la comadrona le respondía: «¿Es que no comprendes por qué le han dado semejante belleza? Porque no tiene corazón; mira, escucha: la niña está viva, pero el corazón no le late», y entonces acercaba el pecho de la criatura a la oreja del padre y el padre no podía hacer otra cosa que asentir y decir: «Debemos encontrar un taumaturgo que logre meterle un corazón ahí dentro». Pero la comadrona la replicaba: «Creo que no estaría bien; he oído hablar de otras criaturas como ésta, las despiadadas, las sin corazón. A medida que van creciendo se hacen más y más hermosas, y tras de sí no dejan más que un rastro de cuerpos rotos y almas destrozadas. Las criaturas sin corazón son portadoras de angustias, por eso te aconsejo que, dado que todavía sois jóvenes, tengáis otro hijo, un hijo diferente, para poder deshaceros de ésta; aunque claro está, la decisión es vuestra». Entonces el padre le decía a la madre: «¿Y bien?». Y la madre le contestaba: «Dado que la comadrona es la persona más amable de la aldea, no cabe duda de que tiene que saber reconocer un monstruo cuando lo ve; acabemos de una vez». Entonces los padres de Buttercup cogían al bebé por el cuello y éste comenzaba a boquear. Incluso cuando Buttercup volvió a estar despierta, y amanecía, y aún faltaban cincuenta y siete días para la boda, no pudo dejar de boquear.

A partir de aquel momento, las pesadillas se volvieron realmente aterradoras.

Una noche, cuando aún faltaban cincuenta días, Buttercup llamó a la puerta de la alcoba del príncipe Humperdinck. Entró cuando éste así se lo ordenó.

—Veo que hay problemas —le dijo él—. Parecéis muy enferma.

Y era la verdad. Seguía siendo hermosa, pero estaba claro que no se encontraba bien.

Buttercup no sabía exactamente cómo empezar.

Él la hizo sentar en una silla. Le dio agua. Buttercup la bebió a sorbitos, con la mirada perdida. Él dejó el vaso a un lado.

—Cuando vos queráis, princesa —le dijo él.

—Veréis —comenzó a decir Buttercup—. En el Pantano de Fuego he cometido el peor error de mi vida. Amo a Westley. Siempre lo he amado. Y parece que siempre le amaré. Cuando vos vinisteis a buscarme, no lo sabía. Por favor, creed lo que os voy a decir: cuando me dijisteis que debía casarme con vos o enfrentarme a la muerte, os pedí que me matarais. Lo dije en serio. Como en serio os digo que si me pedís que me case con vos dentro de cincuenta días, mañana mismo estaré muerta.

El príncipe se quedó literalmente pasmado.

Al cabo de un largo instante, se arrodilló junto a la silla de Buttercup y con su voz más suave, comenzó a hablar:

—Reconozco que cuando nos comprometimos, no había amor. Fue una decisión tanto mía como vuestra, aunque la idea fuera vuestra. Pero en este último mes de recepciones y festejos debéis de haber notado que mi actitud se ha entibiado un poco.

—Es cierto. Os habéis mostrado dulce y noble a la vez.

—Gracias. Después de lo que os he dicho, espero que apreciéis lo difícil que me resulta confesaros lo que sigue: preferiría morir antes que haceros infeliz impidiendo que os casarais con el hombre que amáis.

Buttercup estuvo a punto de llorar de gratitud.

—Os bendeciré todos los días de mi existencia por vuestra bondad. —Se puso en pie y agregó—: Entonces está decidido. Nuestra boda queda cancelada.

Él también se puso en pie y le dijo:

—Excepto por un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—¿Habéis considerado la posibilidad de que él ya no quiera casarse con vos?

Hasta ese momento, no la había considerado.

—Lamento recordaros que en el Pantano de Fuego no os mostrasteis demasiado amable con las emociones de Westley. Perdonadme que os lo recuerde, amada mía, pero fuisteis vos quien lo dejó en la estacada, por decirlo de alguna manera.

Buttercup se dejó caer en la silla: le tocaba ahora a ella quedarse pasmada.

Humperdinck volvió a arrodillarse a su lado.

—Ese Westley vuestro, ese marinero, ¿es orgulloso?

—A veces pienso que más que ningún otro hombre —logró susurrar Buttercup.

—Pues, entonces, amada mía, pensad por un momento. Vuestro Westley se marcha a alguna parte con el temible pirata Roberts; ha tenido un mes para sobrevivir a las cicatrices emocionales que le habéis producido. ¿Qué ocurriría si deseara ahora permanecer soltero? O lo que es peor, ¿qué ocurriría si hubiese encontrado a otra?

Buttercup estaba tan trastornada que ni siquiera atinó a susurrar nada.

—Yo creo, mi dulce criatura, que deberíamos llegar a un acuerdo. Si Westley desea aún haceros su esposa, los dos tendréis mi bendición. Pero, si por motivos desagradables de mencionar su orgullo se lo impidiera, entonces os casaréis conmigo como habíamos planeado y seréis la reina de Florin.

—No puede haberse casado. Estoy segura. Mi Westley, no. —Miró al príncipe—. Pero ¿cómo puedo averiguarlo?

—¿Qué os parece si le escribís una carta y se lo contáis todo? Haremos cuatro copias. Ordenaré a mis cuatro barcos más veloces que las lleven en todas direcciones. El temible pirata Roberts no suele estar a más de un mes de navegación de Florin. Cuando cualquiera de mis buques lo encuentre, izará la bandera blanca de tregua, entregará vuestra carta y Westley podrá decidir. Si decide que no, podrá darle el mensaje a mi capitán. Si decide que sí, mi capitán os lo traerá hasta aquí y yo tendré que conformarme de algún modo con una prometida inferior.

—Creo que…, no estoy segura…, pero definitivamente creo que ésta es la decisión más generosa que he oído en mi vida.

—Entonces hacedme un favor a cambio. Hasta que conozcamos las intenciones de Westley, sean cuales fueren, continuemos como hasta ahora, para que los festejos no se interrumpan. Y si me muestro demasiado afectuoso con vos, recordad que no puedo evitarlo.

—De acuerdo —dijo Buttercup dirigiéndose a la puerta, después de haberle besado en la mejilla.

Él la siguió.

—Y ahora marchaos a escribir la carta —y le devolvió el beso, sonriéndole con los ojos hasta que ella se perdió de vista en una curva del corredor.

En la mente del príncipe no cabía duda de que en los días siguientes se mostraría más que afectuoso con ella. Porque cuando muriera asesinada la noche de bodas, resultaba de crucial importancia que todo Florin conociera la

profundidad de su amor, la trascendental magnitud de su pérdida; a partir de entonces nadie dudaría un solo momento en secundarle en la guerra vengativa que iba a lanzar contra Guilder.

Al principio, cuando contrató al siciliano, estaba convencido de que lo mejor era que otra persona acabara con ella, haciendo que pareciera obra de los soldados de Guilder. Pero cuando el hombre de negro había hecho su aparición para echar a perder sus planes, el príncipe estuvo al borde de volverse loco de rabia. Pero ahora, su naturaleza esencialmente optimista había vuelto a afirmarse: no había mal que por bien no viniera. El pueblo estaba embobado con Buttercup como no lo había estado nunca antes de que la secuestraran. Y cuando él anunciara desde el balcón de su castillo que había sido asesinada… era como si ya viese la escena en su mente: él llegaría demasiado tarde para impedir que fuese estrangulada, pero lo bastante a tiempo como para ver a los soldados guilderianos saltar de la ventana de sus aposentos…, cuando lanzara aquel discurso a las masas en el quingentésimo aniversario de su país; pues bien, en la plaza no quedaría un solo ojo seco. Y aunque se encontraba un poquitín perturbado, puesto que jamás había matado a una mujer con sus propias manos, siempre había una primera vez para todo. Además, si uno quería que algo saliera bien, tenía que arreglárselas solo.

Esa noche comenzaron a torturar a Westley. El conde Rugen fue quien se encargó de infligir el dolor; el príncipe se limitó a presenciar la escena, haciendo preguntas en voz alta, admirando para sus adentros la habilidad del conde.

El conde se interesaba de veras en el dolor. El porqué de los gritos le interesaba plenamente, tanto como la angustia misma. Y mientras el príncipe dedicaba su vida a la cacería, el conde Rugen no hacía otra cosa que leer y estudiar todo lo que caía en sus manos y que estuviera relacionado con el tema de la congoja.

—Está bien —le dijo el príncipe a Westley, que yacía en la enorme jaula del quinto nivel—, antes de que comencemos, quiero que contestéis a esta pregunta: ¿tenéis alguna queja sobre cómo habéis sido tratado hasta ahora?

—Ninguna —repuso Westley, y en verdad no la tenía.

Claro que hubiera preferido que le quitaran las cadenas de vez en cuando, pero si uno tenía que ser un cautivo, no podía pedir más de lo que le habían dado. Las atenciones médicas del albino habían sido precisas y el hombro ya se le había curado; la comida que el albino le traía siempre había sido caliente y sustanciosa, el vino y el brandy le habían resultado maravillosamente cálidos en la humedad de la jaula subterránea.

—¿Os encontráis fuerte, entonces? —prosiguió el príncipe.

—Supongo que tengo las piernas un poco entumecidas debido a las cadenas, pero, aparte de eso, sí, me encuentro fuerte.

—Bien. Entonces os prometo una cosa, y pongo a Dios por testigo: si me contestáis la próxima pregunta os liberaré esta misma noche. Pero debéis contestar sinceramente, sin ocultarme nada, porque si mentís, yo lo sabré. Y en ese caso, os dejaré en manos del conde.

—No tengo nada que ocultar —dijo Westley—. Preguntadme.

—¿Quién os contrató para raptar a la princesa? Ha sido alguien de Guilder. En el caballo de la princesa hemos encontrado un trozo de tela que así lo indica. Decidme cómo se llama quien os contrató y seréis libre. Hablad.

—Nadie me contrató —repuso Westley—. Trabajaba por cuenta propia. Y no la rapté; la salvé de otros que estaban haciendo precisamente lo que vos decís.

—Parecéis un hombre razonable, y mi princesa sostiene que os conoce desde hace años, de modo que, en honor a ella, os daré una última oportunidad: ¿cómo se llama el guilderiano que os ha contratado? Decídmelo o tendréis que enfrentaros a la tortura.

—Juro que no me contrató nadie.

El conde le quemó las manos a Westley. Nada que fuera a dejarlo baldado de por vida; simplemente se las untó con aceite y le acercó la llama de una vela lo suficiente como para hacer hervir la cosa. Cuando Westley hubo gritado: «¡Nadie…, nadie…, lo juro por mi vida!», un número suficiente de veces, el conde le metió las manos en agua, y después se marchó en compañía del príncipe por la entrada subterránea, dejando una medicación al albino, que siempre estaba cerca durante las sesiones de tortura, pero nunca visible como para resultar un factor de distracción.

—Me siento bastante animado —comentó el conde cuando él y el príncipe comenzaron a subir la escalera subterránea—. Es una cuestión perfecta. Decía la verdad, de eso no cabe duda; los dos lo sabemos.

El príncipe asintió. El conde estaba al tanto de sus planes más secretos para la guerra de la venganza.

—Me fascina ver lo que ocurre —prosiguió el conde—. ¿Qué dolor será menos soportable? ¿El físico o la angustia mental de conseguir la libertad si se dice la verdad, decirla y luego ser tachado de mentiroso?

—Creo que el físico —repuso el príncipe.

—Creo que os equivocáis —dijo el conde.

En realidad, los dos estaban equivocados, porque Westley no había sufrido

en absoluto. Sus gritos habían sido una actuación para agradarles; llevaba un mes entero practicando sus defensas, y estaba más que preparado. Cuando el conde le acercó la llama de la vela, Westley miró hacia el techo, cerró los ojos y en un estado de profunda y tranquila concentración, apartó su mente de allí. Pensó en Buttercup. En su cabello color de otoño, en su piel perfecta; la llevó a su lado, muy cerca de él, y durante lo que duró la tortura hizo que le susurrara al oído: «Te amo. Te amo. Te abandoné en el Pantano de Fuego para poner a prueba tu amor. ¿Es tan grande como el mío por ti? ¿Acaso pueden dos amores así existir en un mismo planeta y al mismo tiempo? ¿Hay lugar para algo así, amado Westley…?».

El albino le vendó los dedos.

Westley permaneció inmóvil.

Por primera vez, fue el albino quien entabló conversación. Le susurró:

—Será mejor que se lo digáis.

Westley contestó con un encogimiento de hombros.

—Nunca se detienen —susurró el albino—. Una vez que empiezan ya no paran. Decidles lo que quieren saber y acabad de una vez.

Volvió a encogerse de hombros.

—La Máquina está casi lista —susurró el albino—. Ya la están probando con animales.

Se encogió de hombros de nuevo.

—Os lo digo por vuestro propio bien —susurró el albino.

—¿Mi propio bien? ¿Qué bien? De todos modos van a matarme.

El albino asintió.

El príncipe encontró a Buttercup esperando con aire desdichado ante las puertas de sus aposentos.

—Es la carta —dijo ella—, no logro que me salga bien.

—Pasad, pasad —le ordenó el príncipe amablemente—. Quizá pueda ayudaros.

Buttercup se sentó en la misma silla de la vez anterior y el príncipe le dijo:

—Está bien, cerraré los ojos y escucharé; leédmela.

—«Westley, mi pasión, mi adorado, mi alma. Regresa, regresa. Si no lo haces, me quitaré la vida. Atormentadamente tuya, Buttercup».

Buttercup miró a Humperdinck y le preguntó:

—¿Consideráis que me estoy arrojando a sus pies?

—Suena un poco atrevida —reconoció el príncipe—. No le deja demasiado espacio para maniobrar.

—¿Me ayudaréis a mejorarla, por favor?

—Haré lo que pueda, mi dulce dama, pero creo que me sería útil conocerlo un poco mejor. ¿Es de verdad tan maravilloso vuestro Westley?

—Maravilloso, no; es perfecto —respondió—. Carece de defectos. Es magnífico. Sin mácula. Tirando a ideal. —Miró al príncipe y le preguntó—: ¿Os estoy ayudando?

—Creo que las emociones empañan un poco vuestra objetividad. ¿De verdad pensáis que no hay nada que ese hombre no sea capaz de hacer?

Buttercup pensó durante un instante y luego respondió:

—No se trata de que no haya nada que no sea capaz de hacer, sino más bien que puede hacerlo todo mejor que los demás.

El príncipe se rio entre dientes y dijo:

—¿Queréis decir por ejemplo, que si quisiera cazar, podría superar, y os recuerdo que se trata sólo de un ejemplo, a alguien como yo?

—Oh, supongo que si quisiera, podría superaros con toda facilidad, pero la cuestión es que no le gusta la cacería, al menos que yo sepa, aunque tal vez sí le guste, no lo sé. Yo no sabía que le interesara tanto el alpinismo, pero escaló los Acantilados de la Locura en unas condiciones de lo más adversas, y todo el mundo coincide en afirmar que ésa no es una de las empresas más fáciles del mundo.

—Pues bien, podríamos empezar la carta con un «Divino Westley», y apelar así a su sentido de la modestia —sugirió Humperdinck.

Buttercup comenzó a escribir y se detuvo.

—¿Divino se escribe con be o con uve?

—Creo que con uve, deliciosa criatura —repuso el príncipe sonriendo amablemente al tiempo que Buttercup comenzaba la carta.

Tardaron cuatro horas en redactarla, y en muchas, muchas ocasiones Buttercup le dijo: «Jamás habría sido capaz de hacerlo sin vuestra ayuda». Y el príncipe se mostró de lo más modesto y le formuló infinidad de preguntas íntimas sobre Westley, todas las veces que le fue posible sin llamarle demasiado la atención al respecto; de ese modo, mucho antes del amanecer, la princesa le habló, sonriendo al recordarlo, del temor juvenil que Westley sentía por las garrapatas hiladoras.

Esa noche, en la jaula del quinto nivel, el príncipe ordenó, como iba a ordenar siempre a partir de entonces:

—Confesad el nombre de la persona de Guilder que os contrató para raptar a la princesa y os prometo la libertad inmediata.

Y Westley le contestó, como iba a contestarle siempre:

—Nadie, nadie. Yo iba solo.

El conde, que se había pasado todo el día capturando garrapatas, las distribuyó cuidadosamente sobre la piel de Westley, y éste cerró los ojos y suplicó, y al cabo de una hora más o menos, el príncipe y el conde se marcharon, después de haberle dado instrucciones al albino de que quemara las garrapatas y las arrancara de la piel de Westley, para que no lo envenenaran accidentalmente. Y mientras subían desde el sótano a la superficie, con ánimo conversador, el príncipe dijo:

—Mucho mejor, ¿no creéis?

Lo raro fue que el conde no respondió. Cosa que a Humperdinck le resultó vagamente fastidiosa, porque, a decir verdad, la tortura no alcanzaba un alto rango en su escala de pasiones, y a él le hubiera dado lo mismo disponer de Westley en ese mismo instante.

Ojalá Buttercup reconociera que él, Humperdinck, era mejor.

¡Pero no era así! ¡Lo negaba! No hacía más que hablar de Westley. No hacía más que preguntar si había noticias de Westley. Pasaron los días, y las semanas, pasó una fiesta tras otra, y todo Florin se mostró conmovido al comprobar que su grandioso príncipe cazador estaba clara y maravillosamente enamorado; pero cuando se encontraban a solas, ella no hacía más que repetir:

—¿Dónde estará Westley? ¿Por qué tardará tanto en venir? ¿Cómo conseguiré vivir hasta que él venga?

Enloquecedor. De manera que cada noche, los esfuerzos del conde, que hacían retorcer y contraer a Westley, eran en realidad muy oportunos. El príncipe soportaba más o menos una hora de espectáculo antes de marcharse en compañía del conde, que seguía extrañamente silencioso. Y allá abajo, se quedaba el albino cuidando de las heridas y susurrando:

—Decídselo. Por favor. No harán más que añadir sufrimiento al que ya estáis padeciendo.

Westley apenas podía contener la sonrisa.

Ni una sola vez sintió dolor. Había cerrado los ojos y apartado su mente de aquel lugar. En eso consistía el secreto. Si uno podía apartar la mente del presente y enviarla al lugar donde pudiese contemplar una piel como nata

helada, pues entonces, que se divirtieran.

Ya llegaría su hora de vengarse.

Westley vivía exclusivamente para Buttercup. Pero no se podía negar que había otra cosa que también deseaba.

Su tiempo…

El príncipe Humperdinck no tenía tiempo. Al parecer, en Florin no existía decisión que, de un modo u otro, no fuera a recaer pesadamente sobre sus hombros. No sólo iba a casarse, sino que además, su país celebraba el quingentésimo aniversario. No sólo se devanaba los sesos tratando de encontrar las mejores maneras de declarar una guerra sino que además, el afecto debía brillar constantemente en sus ojos. Debía cumplir con todos los detalles, y hacerlo correctamente.

Su padre no le servía de ninguna ayuda, y se negaba a expirar o a dejar de balbucear *(creíais que su padre había muerto, pero eso ocurrió en las escenas engañosas, no lo olvidéis. Morgenstern se limitó a incluir la descripción de unas pesadillas, no os confundáis) y* a comenzar a decir cosas con sentido. La reina Bella se limitaba a revolotear alrededor de su esposo, traduciendo lo que decía; por eso, cuando aún faltaban doce días para la boda, el príncipe Humperdinck descubrió, horrorizado, que se le había olvidado poner en marcha la parte guilderiana crucial de su plan. Por tanto, citó a Yellin para que se presentara en el castillo bien tarde, por la noche.

Yellin era Encargado del Cumplimiento de las Leyes de la ciudad de Florin, cargo que había heredado de su padre. (El cuidador albino del zoo era primo hermano de Yellin, y ambos eran las únicas personas que no pertenecían a la nobleza por las que el príncipe sentía algo cercano a la confianza.)

—Alteza —dijo Yellin.

Era bajito, pero taimado, tenía unos ojos movedizos y unas manos mañosas.

El príncipe Humperdinck se levantó de la silla que estaba ante su escritorio. Se acercó a Yellin, miró cuidadosamente a su alrededor y le dijo en voz baja:

—Sé por fuentes fidedignas que últimamente muchos hombres de Guilder han comenzado a infiltrarse en nuestro Barrio de los Ladrones. Van disfrazados de florineses, y me tienen preocupado.

—Yo no he oído nada al respecto —adujo Yellin.

—Un príncipe tiene espías en todas partes.

—Comprendo —dijo Yellin—. ¿Y vos creéis que en vista de que las

pruebas indican que intentaron raptar a vuestra prometida en una ocasión, podrían volver a intentarlo?

—Es una posibilidad.

—Entonces, clausuraré el Barrio de los Ladrones —dijo Yellin—. No dejaré entrar ni salir a nadie.

—Eso no basta —dijo el príncipe—. Quiero que hagas desalojar por completo el Barrio de los Ladrones y encierres a cada uno de los villanos que allí habitan hasta que me haya marchado en viaje de bodas. —Yellin no asintió con la velocidad esperada, de modo que el príncipe le ordenó—: Explica cuál es tu problema.

—A mis hombres no les hace demasiado felices la idea de entrar en el Barrio de los Ladrones. Muchos ladrones se resisten al cambio.

—Oblígalos. Forma una Brigada Brutal. Haz lo que sea, pero hazlo.

—Se precisa por lo menos una semana para reunir una Brigada Brutal decente —arguyó Yellin y agregó—: Pero es tiempo suficiente.

Hizo una reverencia y se retiró.

Fue entonces cuando comenzó el grito.

Yellin había oído muchas cosas en su vida, pero nada tan espantoso como aquello: era un hombre valiente, pero aquel grito le asustó. No era humano, aunque le resultó imposible dilucidar de qué garganta animal provenía. (Se trataba de un perro salvaje del primer nivel del Zoo, pero ningún perro salvaje había aullado nunca de aquella manera. Aunque también era cierto que ningún perro salvaje había sido sometido antes a la Máquina.)

El sonido se hizo más angustiado y llenó el cielo nocturno al propagarse por los terrenos del castillo y superar los muros e incluso la Gran Plaza.

Era interminable. Quedó suspendido en el aire, bajo el cielo, cual recordatorio audible de la existencia de la agonía. En la Gran Plaza, media docena de niños gritaron a su vez a la noche, tratando de ocultar aquel sonido. Algunos rompieron a llorar, otros corrieron a sus casas.

Después, comenzó a disminuir en volumen. Resultó difícil oírlo desde la Gran Plaza, y se acalló. Fue perdiendo intensidad y huyó por los terrenos del castillo hacia el primer nivel del Zoo de la Muerte, donde el conde Rugen manipulaba unos botones. El perro salvaje había muerto. El conde Rugen se levantó de su silla, y a duras penas logró que no se oyera su propio grito de triunfo.

Abandonó el Zoo y corrió hacia los aposentos del príncipe Humperdinck. Yellin se disponía a irse cuando llegó el conde. El príncipe estaba sentado

detrás de su escritorio. Cuando Yellin se hubo marchado y estuvieron solos, el conde hizo una reverencia ante su majestad:

—La Máquina —anunció por fin—, funciona.

El príncipe Humperdinck tardó un rato en contestar. Se trataba de una situación espinosa; una vez reconocido que él era su jefe y el conde un simple subalterno, no había nadie en todo Florin que contara con las habilidades de Rugen. Como inventor había por fin eliminado todos los defectos de la Máquina. Como arquitecto, había desempeñado un papel de crucial importancia en la dilucidación de los factores de seguridad del Zoo de la Muerte, y era innegable que había sido Rugen quien había inventado la única entrada con posibilidades de salir vivo del quinto nivel.

Además, apoyaba todas las hazañas logradas por el príncipe, tanto en el campo de batalla como en el de la caza; por lo tanto, a un seguidor así no se lo podía despedir con un breve: «Márchate, muchacho, que me importunas». Por ello, el príncipe tardó un rato en responder; pero cuando lo hizo, dijo:

—Veréis, Ty, me entusiasma que hayáis eliminado todos los problemas que tenía la Máquina; jamás, ni por un instante, dudé de que no fuerais a lograrlo. Y me muero de ganas por verla funcionar. Pero ¿cómo decirlo? Me resulta dificilísimo mantenerme a flote: no sólo lo digo por las fiestas y las recepciones con…, ¿cómo se llama?, sino también porque debo decidir cuánto durará el desfile del quingentésimo aniversario, dónde y cuándo comenzará y qué noble marchará delante de este otro noble para que, concluido el desfile, todos sigan hablándome; además tengo una esposa por asesinar y un país al que achacarle el asesinato; luego debo poner en marcha la guerra cuando todo haya acabado, y ya sabéis que éstas son cosas que he de hacer yo solo. Resumiendo: estoy abrumado de trabajo, Ty. De modo que, ¿qué os parece si seguís trabajando con Westley y me mantenéis al tanto de cómo marchan las cosas? Cuando tenga un momento iré yo mismo a verlo… estoy seguro de que todo irá estupendamente; pero en estos momentos, y sin ánimo de ofenderos, ¿qué os parece si me dejáis unos instantes tranquilo?

El conde Rugen sonrió y repuso:

—Perfecto.

No se ofendió en absoluto. Se sentía siempre mucho mejor cuando podía estudiar el dolor a solas. Uno se concentraba mucho más cuando se quedaba a solas con la agonía.

—Sabía que me comprenderíais, Ty.

Llamaron a la puerta, y Buttercup asomó la cabeza para preguntar:

—¿Alguna novedad?

El príncipe le sonrió y meneó tristemente la cabeza.

—Amor mío, os prometí que en cuanto me enterara de algo os lo diría.

—Es que sólo faltan doce días.

—Tiempo más que suficiente, dulce amada mía, no os preocupéis.

—Os dejo, pues —dijo Buttercup.

—Yo también me disponía a marchar —dijo el conde—. ¿Os acompaño hasta vuestros aposentos?

Buttercup asintió y ambos se marcharon pasillo abajo hasta llegar a los aposentos de la princesa.

—Buenas noches —dijo Buttercup brevemente, pues desde el primer día en que el conde se presentara en la granja de su padre, su presencia le había inspirado temor.

—Estoy seguro de que vendrá —dijo el conde; era el confidente de todos los planes del príncipe y Buttercup lo sabía—. No conozco bien a vuestro galán, pero me ha impresionado muchísimo. Un hombre que ha podido hallar el camino para salir del Pantano de Fuego, encontrará el camino para llegar al castillo de Florin antes del día de vuestra boda.

Buttercup asintió.

—Parecía tan fuerte, tan poderoso —prosiguió el conde con voz arrulladora y cálida—. De lo que no estoy seguro es de si posee una verdadera sensibilidad, pues algunos hombres de gran fuerza carecen de ella, como ya sabréis. Me pregunto, por ejemplo, si es capaz de llorar.

—Westley jamás lloraría —repuso Buttercup, al tiempo que abría la puerta de su alcoba—. Salvo por la muerte de un ser amado.

Dicho esto cerró la puerta y dejó al conde allí, de pie; luego se dirigió a su cama y se arrodilló. «Westley —pensó entonces—, ven, por favor; con el pensamiento te he rogado que vinieras durante todas estas semanas, pero aún no he obtenido respuesta. Cuando vivíamos en la granja creía que te amaba, pero aquello no era amor. Cuando vi tu rostro tras la máscara en el fondo del barranco, creí que te amaba, pero insisto, aquello no era nada más que una pretensión. Amado, creo que ahora te quiero, y sólo te ruego que me concedas la oportunidad de probártelo. Podría pasarme el resto de la vida en el Pantano de Fuego cantando de la mañana a la noche si tú estuvieras a mi lado. Podría pasarme una eternidad hundiéndome en las Arenas de Nieve si mi mano estuviese aferrada a la tuya. Preferiría vivir toda una eternidad contigo a mi lado, en una nube, pero el infierno también sería una maravilla si tú, Westley, estuvieras a mi lado…».

Prosiguió así, rezando en silencio hora tras hora; no había hecho otra cosa durante las últimas treinta y ocho noches, y cada vez su ardor era más profundo, sus pensamientos se hacían más y más puros. Westley. Westley. Atravesando los siete mares para ir en su busca.

Por su parte, y sin saberlo, Westley se pasaba las noches haciendo más o menos lo mismo. Concluida la sesión de tortura, cuando el albino terminaba de curarle los cortes, las quemaduras o las fracturas, cuando se quedaba solo en la gigantesca jaula, enviaba su mente junto a Buttercup y allí la dejaba.

La comprendía tan bien. Supo entonces que cuando la dejó en la granja, cuando ella le juró amor eterno, lo había dicho en serio, pero apenas tenía dieciocho años. ¿Qué sabía ella de las profundidades del corazón? Y cuando se había quitado la máscara negra y ella se había postrado ante él, la sorpresa había tenido mucho que ver; el aturdimiento y el asombro habían actuado tanto como la emoción. Pero así como el sol estaba obligado a salir cada mañana por el oeste, por más que para variar le hubiese complacido salir por el este, de ese mismo modo sabía él que Buttercup estaba obligada a depositar en él su amor. Las riquezas resultaban incitantes, igual que la realeza, pero no eran nada comparadas con la fiebre que le ardía en el corazón, y tarde o temprano ella tendría que contagiarse de aquella fiebre. Tenía menos elección que el sol.

De manera que cuando el conde apareció con la Máquina, Westley no se mostró particularmente perturbado. De hecho, no tenía idea de lo que el conde estaba metiendo en la gigantesca jaula. Aunque no era el conde quien estaba metiendo allí la Máquina, sino el albino, que se pasó haciendo un viaje tras otro cargando una cosa después de otra.

Eso era lo que a Westley le parecieron: cosas. Ventosas de bordes delicados y variados tamaños, algo que parecía una rueda, y otro objeto que logró identificar como una palanca o un palo, porque le resultaba muy extraño.

—Buenas noches —le saludó el conde.

Westley no recordaba haberlo visto antes tan entusiasmado. Le contestó asintiendo débilmente. En realidad se sentía mejor que nunca, pero de nada servía que se propagaran semejantes noticias.

—¿Os sentís indispuesto? —inquirió el conde.

Westley volvió a asentir débilmente.

El albino entraba y salía trayendo más cosas: una especie de cables largos y delgados pero fuertes.

—Eso es todo —dijo por fin el conde.

El albino asintió, y se marchó.

—Ésta es la Máquina —dijo el conde cuando estuvieron a solas—. He tardado once años en construirla. Como podréis ver, estoy muy entusiasmado y orgulloso.

Westley logró manifestar su asentimiento con un parpadeo.

—Tardaré un rato en montarla.

Dicho lo cual el conde puso manos a la obra.

Westley observó la construcción con gran interés y una lógica curiosidad.

—¿Habéis oído ese grito de hace un rato?

Otro parpadeo afirmativo.

—Era un perro salvaje. Esta máquina le arrancó ese grito. —El conde estaba realizando un trabajo muy complejo, pero los seis dedos de su mano derecha no dudaron ni por un momento lo que debían hacer—. Estoy muy interesado en el dolor —le dijo el conde—, como tengo la certeza de que habéis podido comprobar en estos últimos meses. Desde un punto de vista intelectual, diría. He escrito para las publicaciones especializadas en el tema. En su mayoría, artículos. En estos momentos estoy preparando un libro. Mi libro. El libro, espero. La obra definitiva sobre el dolor, al menos tal y como lo conocemos ahora.

Todo aquello le resultó fascinante a Westley. Lanzó un pequeño gruñido.

—En mi opinión, el dolor es la emoción más subestimada que poseemos —prosiguió el conde—. A mi modo de ver, la Serpiente era el dolor. El dolor nos ha acompañado siempre, y siempre me molestó que la gente dijese: «Tan importante como la vida y la muerte», pues la frase adecuada es, a mi juicio, «Tan importante como el dolor y la muerte». —El conde guardó silencio, pues en ese momento empezó y concluyó una serie de complejos ajustes—. Una de mis teorías —dijo al cabo de un rato—, es que el dolor implica expectación. Reconozco que no es nada original, pero os demostraré lo que quiero decir: no voy a utilizar, repito, no voy a utilizar, en vos la Máquina esta misma noche. Podría hacerlo. Está lista y la he probado. Pero me limitaré a montarla y dejarla aquí, junto a vos, para que la veáis durante las próximas veinticuatro horas y os preguntéis qué es y cómo funcionará y si puede llegar a ser tan horrenda como os la describo.

Ajustó algunas piezas por aquí, aflojó otras por allá, tiró de aquí y dio unas palmaditas allá.

La Máquina tenía un aspecto tan ridículo que a Westley le dieron ganas de reír. En cambio, volvió a soltar otro gruñido.

—Os dejo con vuestra imaginación, pues —dijo el conde, y mirando a

Westley, agregó—: Pero quiero que sepáis una cosa antes de que llegue la noche de mañana, y os aseguro que soy completamente sincero: sois el hombre más fuerte, más brillante y más valiente, la criatura más valiosa que jamás haya tenido el privilegio de conocer, y casi siento pena por tener que destruiros para poder concluir mi libro y para el bien de los futuros expertos en el tema del dolor.

—Gracias… —dijo Westley con un hilo de voz.

El conde se dirigió a la puerta de la jaula y por encima del hombro le dijo:

—Ya podéis dejar de representar que estáis débil y derrotado, no habéis sido capaz de mantenerme engañado ni siquiera durante un mes. Sois prácticamente tan fuerte ahora como el día en que os internasteis en el Pantano de Fuego. Conozco vuestro secreto, si es que eso os sirve de consuelo.

—¿… secreto? —inquirió en tonos apagados y cansinos.

—Habéis mantenido vuestra mente lejos de aquí —le gritó el conde—. En todos estos meses no habéis experimentado la más mínima incomodidad. Miráis al cielo, cerráis los ojos y después ya no estáis aquí; probablemente os marcháis con…, no lo sé…, con ella, tal vez. Expectación, no lo olvidéis.

Lo saludó con la mano y comenzó a subir la escalera subterránea.

Westley logró sentir la repentina presión de su corazón.

El albino no tardó en presentarse, y se arrodilló junto al oído de Westley para susurrarle:

—Os he estado observando durante todos estos días. Os merecéis algo mejor de lo que os espera. A mí me necesitan, no hay nadie más que alimente a las bestias como yo. Estoy a salvo, no me harán daño. Si queréis, puedo mataros, eso los fastidiaría. Dispongo de unos buenos venenos. Os lo ruego. He visto la Máquina; estaba presente cuando el perro salvaje gritó. Por favor, dejad que os mate. Juro que me estaréis agradecido.

—Debo vivir.

—Pero… —susurró el albino.

—No lograrán llegar a mí —lo interrumpió Westley—. Estoy bien. Me encuentro bien. Estoy vivo y seguiré así.

Pronunció estas palabras en voz alta, y lo hizo con pasión. Pero por primera vez en mucho tiempo, tuvo miedo…

—¿Y bien? ¿Habéis podido dormir? —inquirió el conde la noche siguiente al llegar a la jaula.

—Francamente, no —respondió Westley en tono normal.

—Me alegra que seáis sincero conmigo; yo también lo seré con vos: basta de charadas entre nosotros —dijo el conde mientras depositaba un cierto número de cuadernos, plumas y tinteros—. Debo registrar cuidadosamente vuestras reacciones —le explicó.

—¿En nombre de la ciencia?

El conde asintió, y luego le dijo:

—Si mis experimentos son válidos, mi nombre perdurará más que mi cuerpo. He de confesar que persigo la inmortalidad. —Ajustó unos cuantos mandos de la Máquina—. Imagino que sentiréis una curiosidad natural por conocer cómo funciona.

—He pasado la noche reflexionando y no he sacado nada en claro, estoy como al principio. Al parecer, se trata de un conglomerado de ventosas de borde delicado y tamaños infinitamente variados, además de una rueda, unos mandos y una palanca, y lo que hace ese conglomerado es algo que me supera.

—Y cola —añadió el conde señalando hacia un pequeño recipiente con una sustancia espesa—. Para fijar las ventosas. —Dicho esto se puso a trabajar: sacó una ventosa tras otra, untó los bordes delicados con cola y las distribuyó por todo el cuerpo de Westley—. Pronto tendré que colocaros una sobre la lengua —le explicó el conde—, pero lo haré en último término, por si tenéis que formularme alguna pregunta.

—Está claro que no se trata de algo sencillo de montar, ¿verdad?

—En los modelos posteriores podré solucionar ese aspecto —le explicó el conde—, al menos ésas son mis intenciones —y continuó colocando más ventosas sobre el cuerpo de Westley hasta cubrirle cada centímetro que había al descubierto—. Por fuera ya estáis listo —anunció el conde—. Lo que sigue es un poco más delicado, procurad no moveros.

—Tengo los pies, las manos y la cabeza encadenados —dijo Westley—. ¿Creéis que así puedo moverme?

—¿Realmente sois tan valiente como parecéis, o es que estáis un poco asustado? Decidme la verdad, por favor. No olvidéis que es un dato para la posteridad.

—Estoy un poco asustado —repuso Westley.

El conde anotó ese detalle junto con la hora. Después se dispuso a realizar el trabajo fino, y al cabo de poco tiempo unas ventosas muy, muy diminutas y de bordes muy, muy delicados, cubrieron el interior de las fosas nasales, de los oídos, de los párpados de Westley, y la parte superior e inferior de su lengua, y antes de que el conde se incorporara, Westley quedó cubierto por dentro y por fuera con aquellas cosas.

—Y ahora —dijo el conde en voz bien alta con la esperanza de que Westley lo oyera—, lo que haré es hacer girar la rueda a su máxima velocidad para disponer de energía más que suficiente para trabajar. El mando puede ajustarse del uno al veinte; como ésta es la primera vez, usaré el ajuste más suave, es decir, el uno. Después, lo único que debo hacer es empujar hacia adelante la palanca y, si no me equivoco, estaremos operando a pleno ritmo.

Pero cuando la palanca se movió, Westley apartó de allí su mente, y cuando la Máquina comenzó a funcionar, Westley se encontraba acariciando el pelo color del otoño de Buttercup, su piel como la nata helada y… y… y… entonces su mundo se hizo pedazos…, porque las ventosas, las ventosas estaban por todas partes y antes, antes habían torturado su cuerpo sin tocar su mente, pero la Máquina no, la Máquina llegaba a cada rincón…, no lograba controlar sus ojos, y sus oídos no lograban escuchar el dulce y afectuoso susurro de su voz, y su cerebro huía, huía lejos del amor para hundirse en el foso profundo de la desesperación, donde golpeaba con fuerza y volvía a caer y se enterraba en la casa de la agonía para internarse en el país del dolor. El mundo de Westley se rompía en pedazos por dentro y por fuera, y él no podía hacer nada más que romperse también.

El conde apagó la Máquina, y mientras cogía sus libretas de apuntes le dijo:

—Como ya sabréis, sin ninguna duda, el concepto de la bomba de succión data de hace muchos siglos. Básicamente, ese concepto es el que sustenta mi invento, salvo que en lugar de agua, lo que estoy succionando es la vida. Acabo de succionar un año de vuestra vida. Más adelante, pondré el ajuste en un valor más elevado, el dos o el tres, puede que incluso el cinco. En teoría, el cinco debería ser cinco veces más doloroso que lo que acabáis de experimentar, de modo que os ruego que seáis preciso en vuestras respuestas. Decidme con toda sinceridad: ¿cómo os sentís?

Humillado, dolido, frustrado, lleno de rabia, y con una angustia que lo mareaba, Westley se echó a llorar como un crío.

—Interesante —dijo el conde, y cuidadosamente se dispuso a tomar nota.

Yellin tardó una semana en reunir un número suficiente de hombres para formar una Brigada Brutal adecuada. Así, cinco días antes de la boda, se encontró al frente de su compañía esperando el discurso del príncipe. Estaban en el patio del castillo, y cuando el príncipe hizo su aparición iba acompañado del conde, según hacía siempre, aunque, contrariamente a lo acostumbrado, el conde parecía preocupado. En realidad estaba muy preocupado, aunque Yellin no tenía manera de saberlo. En esa última semana, el conde había succionado diez años de la vida de Westley, y teniendo en cuenta que el promedio de vida de un hombre florinés era de sesenta y cinco años, a la víctima le quedaban

aproximadamente treinta años, suponiendo que tuviera unos veinticinco al comenzar el experimento. ¿Cuál era la mejor manera de dividir ese período? El conde se encontraba sencillamente sumido en un dilema. Tenía ante sí tantas posibilidades, pero ¿cuál de ellas sería más interesante desde el punto de vista científico? El conde lanzó un suspiro; la vida nunca era fácil.

—Os he reunido aquí —comenzó a decir el príncipe—, porque es posible que exista otra conjura contra mi amada. Os nombro a cada uno de vosotros su protector personal. Quiero que veinticuatro horas antes de mi boda, el Barrio de los Ladrones quede vacío, y que cada uno de sus habitantes esté en la cárcel. Sólo entonces descansaré tranquilo. Caballeros, os lo ruego: si consideráis esta misión como un asunto del corazón, sé que no fallaréis.

Dicho lo cual, giró en redondo y, seguido del conde, salió del patio dejando a Yellin al mando.

El asedio del Barrio de los Ladrones comenzó de inmediato. Yellin trabajó con ahínco día tras día, pero el Barrio de los Ladrones era bastante extenso; así pues, había mucho por hacer. La mayoría de los criminales ya habían pasado por redadas injustas e ilegales, de modo que ofrecieron poca resistencia. Sabían que las cárceles no contaban con celdas suficientes para todos, así que si aquello representaba unos cuantos días de encierro, ¿qué importancia tenía?

Sin embargo, existía otro grupo de criminales, aquellos que sabían que la captura, debido a sus actuaciones pasadas, significaba la muerte; por lo tanto, éstos, sin excepción, se resistieron. En general, gracias a un diestro manejo de la Brigada Brutal, Yellin logró controlar a tan malvados personajes.

Pero, cuando aún faltaban treinta y seis horas para la boda, en el Barrio de los Ladrones quedaban todavía una media docena de guaridas por controlar. Yellin se levantó al amanecer y, cansado y confundido —ni uno solo de los criminales capturados parecía provenir de Guilder—, reunió a los mejores hombres de la Brigada Brutal y los condujo al Barrio de los Ladrones para llevar a cabo lo que debía ser la incursión final.

Yellin se dirigió directamente a la Taberna de Falkbridge, aunque antes envió a todos los Brutos a realizar diversas tareas, reservándose dos de ellos, uno silencioso y otro ruidoso, para sus propias necesidades. Llamó a la puerta de Falkbridge y esperó. Falkbridge era, con mucho, el hombre más poderoso del Barrio de los Ladrones. Al parecer, era dueño de medio barrio y no existía un solo delito, por grave que fuera, en el que él no tuviese algún tipo de participación. Siempre se salvaba de ser arrestado, y todo el mundo creía que Falkbridge debía estar sobornando a alguien. Yellin también lo sabía, pues cada mes, lloviera o tronase, Falkbridge se presentaba en la casa de Yellin y le entregaba una bolsa llena de dinero.

—¿Quién es? —gritó Falkbridge desde el interior de la taberna.

—El Encargado del Cumplimiento de las Leyes de la ciudad de Florin, acompañado de los Brutos —repuso Yellin.

La exactitud era una de sus virtudes.

—Ah. —Falkbridge abrió la puerta. Para ser un personaje poderoso tenía un aspecto poco imponente, pues era bajito y regordete—. Pasad.

Yellin entró, dejó a los dos Brutos en el portal y les ordenó:

—Preparaos y sed rápidos.

—Eh, Yellin, que soy yo —le dijo Falkbridge en voz baja.

—Ya lo sé, ya lo sé —repuso Yellin también en voz baja—. Te ruego que me hagas un favor, prepárate.

—Finge que ya lo he hecho. Me quedaré en la taberna, te lo juro. Tengo comida suficiente; nadie se enterará jamás.

—El príncipe es despiadado —le dijo Yellin—. Si permito que te quedes y me descubre, será mi fin.

—Me he pasado veinte años pagándote para no ir a la cárcel. Te has hecho rico, de modo que no tengo por qué ir a la cárcel. ¿De qué me sirve pagarte si no obtengo ninguna ventaja a cambio?

—Te compensaré. Te conseguiré la mejor celda de la ciudad de Florin. ¿No confías en mí?

—¿Cómo puedo confiar en un hombre a quien pago durante veinte años para no ser encarcelado y que de la noche a la mañana, ante un poco de presión extra, me dice que debo ir a la cárcel? Pues no voy.

—¡Vosotros! —gritó Yellin señalando al ruidoso.

El Bruto echó a correr hacia él.

—Mete a este hombre en el carro, deprisa —le ordenó Yellin.

Falkbridge quería explicarse cuando el ruidoso le asestó un golpe en el cuello.

—¡No tan fuerte! —le gritó Yellin.

El ruidoso levantó a Falkbridge e intentó sacudirle el polvo de la ropa.

—¿Está vivo? —inquirió Yellin.

—Es que no sabía que queríais que lo llevara vivo al carro; pensé que sólo queríais que estuviera en el carro, respirase o no, de modo que…

—Ya basta —lo interrumpió Yellin. Y, molesto, salió de la taberna mientras el ruidoso cargaba con Falkbridge—. ¿Están todos, pues? —preguntó Yellin cuando vio aparecer carros tirados por diversos Brutos que abandonaban el Barrio de los Ladrones.

—Creo que todavía queda el espadachín del brandy —contestó el ruidoso —. Ayer trataron de sacarlo, pero…

—No puedo perder el tiempo con un borracho; soy un hombre importante. Vosotros dos, sacadlo de aquí ahora mismo; ¡llevaos el carro y daos prisa! Este barrio ha de ser clausurado y debe quedar vacío a la puesta del sol o el príncipe se pondrá furioso conmigo, y no me gusta nada que el príncipe se enfurezca conmigo.

—Ya vamos, ya vamos —dijo el ruidoso, y se alejó a toda prisa, dejando que el silencioso tirase del carro donde iba Falkbridge—. Ayer algunos de los hombres del grupo normal trataron de sacar al espadachín, pero parece que es bastante diestro con el acero y les dio mucho trabajo, aunque creo que tengo un truco que funcionará.

El silencioso lo seguía de cerca, tirando del carro. Doblaron una esquina y desde la esquina siguiente, una especie de balbuceo beodo se fue haciendo cada vez más audible.

—Me estoy aburriendo, Vizzini —se oyó decir desde la esquina—. Tres meses es mucho esperar, sobre todo para un español apasionado. —Y en voz mucho más alta agregó—: Y yo soy muy apasionado, Vizzini, y tú no eres más que un siciliano lerdo. De modo que si dentro de tres meses no estás aquí, no quiero tener nada más que ver contigo. ¿Me has oído? ¡Se acabó! —Y en su voz más baja agregó—: No lo he dicho en serio, Vizzini, adoro mi sucio pórtico, tómate el tiempo que necesites…

El Bruto ruidoso aminoró la marcha.

—Se pasa todo el día hablando así; no le hagas caso y lleva el carro a donde no lo vea. —El silencioso empujó el carro casi hasta la esquina y allí lo detuvo—. Quédate junto al carro —le ordenó el ruidoso, y luego, agregó susurrando—: Ahí va mi truco. —Dicho esto dobló la esquina y miró fijamente al tipo delgaducho aferrado a la botella de brandy y tirado en el pórtico—. ¡Eh, amigo! —llamó el ruidoso.

—No me moveré, o sea que guárdate tu «¡eh, amigo!» —le dijo el bebedor de brandy.

—Escúchame, por favor, me ha enviado el príncipe Humperdinck en persona, pues necesita diversión. Mañana se celebra el quingentésimo aniversario de nuestro país, y los doce mejores saltimbanquis, espadachines y

artistas están compitiendo en este mismo instante. Los dos más hábiles se enfrentarán personalmente mañana en presencia de los contrayentes. Y ahora te explicaré por qué estoy aquí. Ayer, algunos de mis amigos intentaron arrestarte y, según me dijeron más tarde, te resististe haciendo gala de un soberbio manejo de la espada. Por eso, si tú quisieras, sería capaz de realizar un gran sacrificio personal y te conduciría a la competición de esgrima donde, si eres tan bueno como me han dicho, podrías tener el honor de entretener a la pareja real. ¿Crees que podrías ganar?

—Con los ojos cerrados.

—Entonces date prisa que aún queda tiempo de inscribirse.

El español logró ponerse de pie. Desenvainó la espada y la blandió haciéndola brillar bajo la luz de la mañana.

El ruidoso retrocedió rápidamente unos cuantos pasos y dijo:

—No hay tiempo que perder; acompáñame ahora mismo.

Fue entonces cuando el borracho se puso a gritar:

—Espero… a… Vizzini…

—Mini.

—No… soy… mini…, sólo… cumplo… con… la regla…

—Arregla.

—Yo no arreglo… nada… ¿No entiendes que…? —Su voz se apagó por un momento mientras procuraba fijar la vista. Luego, en voz baja, preguntó—: ¿Fezzik?

El silencioso, que se encontraba detrás del ruidoso, repuso:

—¿Quién lo dicik?

Íñigo salió de su pórtico intentando desesperadamente luchar contra los sopores del alcohol para poder fijar bien la vista.

—¿Dicik? ¿Se trata de una broma?

—Paloma —repuso el silencioso.

Íñigo lanzó un grito, y avanzó tambaleándose:

—¡Fezzik, eres tú!

—¡Tururú! —exclamó el gigante; tendió la mano, agarró a Íñigo justo antes de que se desplomara, y lo enderezó.

—Aguántalo así —le dijo el Bruto ruidoso, y avanzó veloz con el brazo derecho en alto, como había hecho con Falkbridge.

¡P

A

A

A

F!

Fezzik lanzó al Bruto ruidoso al interior del carro, junto a Falkbridge, los cubrió a ambos con una manta sobada y volvió rápidamente junto a Íñigo, al que había dejado apoyado contra la pared de un edificio.

—No sabes cómo me alegro de verte —le dijo entonces Fezzik.

—Yo también…, yo también…, pero… —la voz de Íñigo fue perdiendo más y más fuerza—. Estoy demasiado débil para sorpresas.

Éstas fueron las últimas palabras que logró pronunciar antes de desmayarse a causa de la fatiga, el brandy, la falta de comida, de sueño y muchas otras cosas más, ninguna de ellas demasiado nutritivas.

Fezzik lo levantó con un brazo, mientras que con el otro agarraba el carro, y regresó a la casa de Falkbridge. Entró a Íñigo y lo llevó al piso de arriba, donde lo depositó sobre el lecho de plumas de Falkbridge; luego, tirando del carro, se dirigió a toda prisa a la entrada del Barrio de los Ladrones. Se aseguró bien de que la manta sobada cubriera a las dos víctimas, y en el momento de llegar a la entrada, la Brigada Brutal efectuaba un recuento de las botas de los detenidos. El total les cuadraba, y a las once de la mañana, el amurallado y extremo Barrio de los Ladrones quedó oficialmente vacío y cerrado a cal y canto.

Relevado del servicio activo, Fezzik bordeó la muralla hasta llegar a un lugar tranquilo donde se puso a esperar. Estaba solo. Para él las murallas nunca habían constituido un problema, no mientras los brazos le respondieran; escaló aquella muralla rápidamente y a toda prisa recorrió las calles silenciosas hasta llegar a la casa de Falkbridge. Preparó un poco de té, lo llevó arriba, y obligó a Íñigo a bebérselo. Al cabo de unos instantes, Íñigo parpadeaba por su propia voluntad.

—Cómo me alegro de verte —le dijo entonces Fezzik.

—Yo también, yo también —admitió Íñigo—. Lamento haberme desmayado, pero durante tres meses no he hecho más que esperar a Vizzini y beber brandy, y la sorpresa de verte fue…, bueno…, fue demasiado para soportarla con el estómago vacío. Pero ya estoy mejor.

—Bien —dijo Fezzik—. Vizzini ha muerto.

—¿Que Vizzini ha qué? ¿Dices que ha muerto…, que Vizz…? —entonces volvió a desmayarse.

Fezzik comenzó a reprenderse a sí mismo.

—Estúpido, si hay un modo correcto y otro incorrecto de hacer las cosas, lo más seguro es que escojas el primero como el más perfecto; bufón, bufón, vuelve al principio sin más dilación.

Fezzik se sintió como un verdadero idiota porque, después de meses de no acordarse, en aquel momento que ya no le servía de nada recordar la regla, se acordaba de ella. Bajó la escalera a toda prisa, preparó más té, buscó unas galletas y miel, volvió a subir y le dio de comer a Íñigo.

Cuando Íñigo parpadeó, Fezzik le dijo:

—Descansa.

—Gracias, amigo mío; no más desmayos.

Cerró los ojos y durmió durante una hora.

Fezzik se puso a trabajar en la cocina de Falkbridge. No sabía cómo hacer un guiso de verdad, pero sabía cómo calentar y enfriar alimentos, y además sabía distinguir por el olor la carne buena de la podrida, de manera que no le resultó demasiado difícil conseguir algo parecido al rosbif y otra cosa que podría haber pasado por una patata.

El inesperado olorcillo a comida caliente reanimó a Íñigo y, mientras seguía tendido en la cama, se fue comiendo hasta el último bocado que Fezzik le metía en la boca.

—No sabía que estuviera en tan mal estado —comentó Íñigo sin dejar de masticar.

—¡Chist!, ya te pondrás bien —le dijo Fezzik mientras cortaba otro trozo de carne y se lo metía en la boca.

Íñigo lo masticó con cuidado y se lo tragó.

—Primero vas y apareces tú, y luego, como broche final, lo de Vizzini. Fue demasiado para mí.

—Habría sido demasiado para cualquiera; descansa.

Fezzik se disponía a cortar otro trozo de carne.

—Me siento como un crío, igual de indefenso —dijo Íñigo mientras aceptaba el siguiente bocado y empezaba a masticar.

—Cuando caiga el sol estarás tan fuerte como siempre —le prometió Fezzik, preparando el siguiente trozo de carne—. El hombre de los seis dedos

se llama conde Rugen y está aquí mismo, en la ciudad de Florin.

—Interesante —logró decir Íñigo, esta vez antes de desmayarse.

Fezzik contempló la silueta inerte desde su altura.

—Cómo me alegro de que estés aquí —dijo—. Ha pasado tanto tiempo y tengo tantas noticias.

Íñigo se quedó allí tendido.

Fezzik se dirigió a toda prisa a la bañera de Falkbridge, le puso el tapón y al cabo de un rato logró llenarla con agua humeante. Fue en busca de Íñigo y lo mantuvo bajo el agua con una mano, mientras que con la otra le tapaba la boca. Cuando el español comenzaba a eliminar el brandy a través del sudor, Fezzik vació la bañera y la llenó de nuevo, pero con agua helada, volvió a meter a Íñigo, y cuando el agua comenzó a calentarse un poco, llenó otra vez la bañera con agua humeante e introdujo a Íñigo hasta que el brandy comenzó a salirle por los poros, y así siguió, hora tras hora, pasando del calor al frío helado y al calor humeante, y después preparó té y tostadas y un poco más de agua hirviente y más agua helada, y después siguió una siesta y después más tostadas y menos té, pero el más largo de los baños humeantes y esta vez ya no quedaba mucho brandy por eliminar, y luego siguió un último baño en agua helada y después dos horas de sueño, hasta que, a media tarde, los dos se encontraron sentados en la cocina de Falkbridge, en la planta baja, y entonces, por fin, por primera vez en tres meses, los ojos de Íñigo casi brillaban. Le temblaban las manos, eso sí, pero no de un modo del todo perceptible, y tal vez el Íñigo de antes del brandy habría superado a éste en una hora de esgrima pura. Pero en el mundo no había muchos maestros que hubieran sido capaces de aguantar cinco minutos seguidos.

—Cuéntamelo todo en pocas palabras. Mientras yo estaba aquí con el brandy, ¿dónde estabas tú?

—Bueno, pasé una temporada en una aldea de pescadores y, después, vagué por ahí un tiempo, hasta que hace unas semanas me encontré en Guilder donde no se hablaba de otra cosa que de la inminente boda y quizá de una próxima guerra; entonces me acordé de Buttercup, de cuando cargué con ella para escalar los Acantilados de la Locura. Era tan bonita y delicada, y como nunca había estado tan cerca de una fragancia así, pensé que sería bonito ver los festejos de su boda, por eso vine aquí. Pero se me había acabado el dinero, y como estaban formando una Brigada Brutal y necesitaban gigantes, me ofrecí para el puesto y me azotaron con garrotes para ver si era lo bastante fuerte. Cuando los garrotes se partieron, decidieron que lo era. He sido Bruto de Primera durante esta última semana. El sueldo es muy bueno.

Íñigo asintió y le dijo:

—Está bien. Pero, insisto, por favor, esta vez sé breve y cuéntame desde el principio lo del hombre de negro. ¿Logró derrotarte?

—Sí. Y con justicia. Fuerza contra fuerza. Estuve demasiado lento y me faltaba práctica.

—Entonces, ¿fue él quien mató a Vizzini?

—Eso creo.

—¿Utilizó la espada o la fuerza?

Fezzik intentó recordar, y luego contestó:

—No se le apreciaban heridas de espada y Vizzini no parecía estar fracturado. Sólo encontré dos copas y a Vizzini muerto. Supongo que uso veneno.

—¿Y por qué iba Vizzini a tomar veneno?

Fezzik no tenía la más mínima idea.

—Pero ¿estaba muerto de verdad?

Fezzik afirmó, seguro.

Íñigo comenzó a pasearse por la cocina con movimientos rápidos y breves, tal como solían serlo antes.

—Está bien. Vizzini ha muerto, asunto concluido. Cuéntame brevemente dónde está el tal Rugen de seis dedos para que pueda matarlo.

—Quizá no sea tan sencillo, Íñigo, porque el conde está con el príncipe, y éste permanece en su castillo y ha prometido no abandonarlo hasta después de su boda, porque teme otro ataque encubierto de Guilder. Todas las entradas menos la principal han sido clausuradas para mayor seguridad y las puertas principales están custodiadas por veinte hombres.

—Mmm —dijo Íñigo, paseándose más deprisa—. Si tú lucharas contra cinco y yo me enfrentara con mi espada a otros cinco, quedarían diez menos, pero no nos serviría de nada porque eso significaría que los diez restantes podrían matarnos. Pero —y aquí aceleró aún más la velocidad de su paseo—, si tú te encargaras de seis y yo de ocho, tendríamos catorce derrotados, que no sería tan malo pero seguiría siendo malo, puesto que los seis restantes nos matarían. —En este punto, se volvió veloz hacia Fezzik y preguntó—: ¿Cuál es el máximo del que podrías hacerte cargo?

—Verás, algunos de ellos pertenecen a la Brigada Brutal, de modo que no creo que pudiera con más de ocho.

—O sea, que quedarían doce para mí; no sería imposible, pero no

constituye la mejor forma de pasar tu primera noche después de tres meses de vivir sólo a base de brandy.

De repente el cuerpo de Íñigo se vino abajo, y en sus ojos, que poco antes brillaban, había ahora lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —gritó Fezzik.

—Oh, amigo mío, amigo mío, necesito a Vizzini. No sirvo para planificar. Me limito a seguir. Dime qué debo hacer y te aseguro que no habrá hombre viviente que lo haga mejor. Pero mi mente es como el buen vino, no soporta los largos viajes. Paso de un pensamiento a otro, pero sin lógica, y me olvido de las cosas. Ayúdame, Fezzik, ¿qué voy a hacer?

Fezzik también tuvo ganas de llorar.

—Soy el tipo más tonto que jamás haya existido, ya lo sabes. Ni siquiera pude acordarme que debía volver aquí, y eso que tú me habías compuesto esa rima tan bonita.

—Necesito a Vizzini.

—Pero Vizzini está muerto.

Entonces Íñigo volvió a ponerse en pie y a pasearse furioso por la cocina, y por primera vez chasqueó los dedos lleno de entusiasmo.

—No necesito a Vizzini, sino a su superior: ¡Necesito al hombre de negro! Verás…, me ganó a mí con el acero, superó mi maestría; te ganó a ti en fuerza. Y debió de superar en maestría, planificación y sagacidad a Vizzini; él me dirá ahora cómo entrar en el castillo y matar a la bestia de seis dedos. Si tienes alguna idea de dónde se encuentra el hombre de negro en estos momentos, dame rápidamente la respuesta.

—Navega por los siete mares en compañía del temible pirata Roberts.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa?

—Porque trabaja como marinero del temible pirata Roberts.

—¿Es marinero? ¿Un marinero corriente? ¿Un marinero corriente y moliente derrota con la espada al gran Íñigo Montoya? In-con-ce-bi-ble. Él tiene que ser el temible pirata Roberts. De lo contrario, no tiene ningún sentido.

—En cualquier caso, está navegando muy lejos de aquí. Lo dice el conde Rugen, y el príncipe mismo fue quien dio la orden. El príncipe no quiere piratas por aquí, porque ya tiene bastantes problemas con Guilder; no olvides que en una ocasión intentaron raptar a la princesa y podrían…

—Fezzik, nosotros raptamos a la princesa en esa ocasión. La memoria

nunca fue tu punto fuerte, pero incluso tú deberías recordar que fuimos nosotros quienes dejamos los trozos de uniforme guilderiano debajo de la silla de montar de la princesa. Vizzini lo hizo porque tenía órdenes de hacerlo. Alguien quería que Guilder apareciera como culpable, ¿y quién si no un noble iba a querer semejante cosa? ¿Y qué otro noble podría ser sino el príncipe mismo, que es tan amante de las guerras? Nunca supimos quién contrató a Vizzini. Supongo que fue Humperdinck. En cuanto a eso de que el conde haya dicho dónde está el hombre de negro, dado que el conde es la misma persona que asesinó a mi padre, podemos estar más que seguros de que es, sin duda, un tipo tremendo. —Se dirigió a la puerta y añadió—: Ven. Tenemos mucho que hacer.

Fezzik lo siguió por las lóbregas calles del Barrio de los Ladrones.

—¿Me lo explicarás todo mientras vamos hacia allá? —inquirió Fezzik.

—Te lo explicaré todo ahora mismo… —Su cuerpo, cual hoja de arma blanca, fue abriéndose paso a cuchilladas por las calles silenciosas, mientras Fezzik lo seguía a toda prisa—, a) Necesito llegar hasta el conde Rugen para poder vengar por fin a mi padre; b) No puedo planificar cómo llegar al conde Rugen; c) Vizzini lo habría planificado por mí, pero, c prima) Vizzini no estará disponible; sin embargo, d) el hombre de negro logró superar en sagacidad y pericia a Vizzini, por lo tanto, e) el hombre de negro puede conducirme hasta el conde Rugen.

—Pero ya te he dicho que después de capturarlo, el príncipe Humperdinck dio las órdenes delante de todos para que se enteraran de que el hombre de negro debía ser devuelto sano y salvo a su barco. Todo el mundo en Florin sabe que ha sido así. a) El príncipe Humperdinck tenía algún tipo de plan para matar a su novia y nos contrató a nosotros para llevarlo a cabo; pero b) el hombre de negro arruinó los planes del príncipe Humperdinck; sin embargo, al final, c) el príncipe Humperdinck logró capturar al hombre de negro y, como todos los habitantes de la ciudad de Florin también saben, el príncipe Humperdinck tiene un carácter espantoso; de manera que d) si un hombre tiene un carácter espantoso, ¿qué podría resultarle más divertido que desahogarse justamente con el hombre que le arruinó sus planes para matar a su novia? —A esas alturas ya habían llegado a las murallas del Barrio de los Ladrones. Íñigo saltó sobre los hombros de Fezzik, y éste comenzó a escalar —. Conclusión 1.ª —prosiguió Íñigo sin perder el ritmo—: dado que el príncipe se encuentra en la ciudad de Florin dando rienda suelta a su mal carácter con el hombre de negro, éste también debe de encontrarse en la ciudad de Florin. Conclusión 2.ª: el hombre de negro no debe de sentirse demasiado feliz en su actual situación. Conclusión 3.ª: yo me encuentro en la ciudad de Florin y necesito alguien que planifique cómo puedo vengar a mi padre, mientras que él está en la ciudad de Florin y necesita alguien que lo

rescate para poner a salvo su futuro, y cuando las personas se necesitan mutuamente y con la misma intensidad, conclusión 4.ª y última: hacen un pacto.

Fezzik llegó a lo alto de la muralla y comenzó a descender cuidadosamente por el otro lado.

—Lo he entendido todo —dijo.

—No has entendido nada, pero en realidad no importa, puesto que lo que quieres decir es que te alegras de verme, igual que yo me alegro de verte a ti, porque así se acabó la soledad.

—Eso mismo quería decir —replicó Fezzik.

Oscurecía cuando comenzaron a buscar ciegamente por toda la ciudad de Florin. Faltaba un día para la boda. El conde Rugen se disponía a dar inicio a sus experimentos nocturnos: pasó por su alcoba a recoger sus cuadernos de apuntes, repletos con sus comentarios. Cinco niveles bajo tierra, tras las altas murallas del castillo, Westley esperaba junto a la Máquina, encerrado, encadenado y silencioso. En cierto modo, seguía pareciéndose a Westley, con la diferencia de que había sido quebrado. Le habían succionado veinte años de vida. Le quedaban otros veinte. El dolor era expectación. El conde no tardaría en regresar. Pese a los pocos deseos que aún le quedaban. Westley siguió llorando.

Anochecía cuando Buttercup fue a ver al príncipe. Llamó con fuerza a su puerta, esperó, y volvió a llamar. Lo oyó gritar allí dentro, y de no haber sido tan importante, jamás se habría atrevido a llamar por tercera vez; pero lo hizo, y la puerta se abrió de par en par, y la mirada de ira del príncipe se trocó de inmediato por la más dulce de las sonrisas.

—Amada mía —le dijo—, pasad. Sólo necesito un momento más. —Se volvió hacia Yellin y le comentó—: Mírala, Yellin. Mi futura esposa. ¿Acaso existe hombre más afortunado que yo?

Yellin meneó la cabeza.

—Entonces, ¿crees que me equivoco al no escatimar esfuerzos para protegerla?

Yellin volvió a menear la cabeza. El príncipe lo estaba volviendo loco con sus historias sobre la infiltración guilderiana. Yellin había puesto a todos los espías que había utilizado en toda su vida a trabajar día y noche, y ni uno solo de ellos había logrado descubrir nada sobre Guilder. Y, sin embargo, el príncipe insistía. Yellin suspiró para sus adentros. Aquélla era una situación que lo superaba; él no era un príncipe sino tan sólo el Encargado del Cumplimiento de las Leyes. De hecho, las únicas noticias remotamente

perturbadoras que había oído desde que clausurara el Barrio de los Ladrones esa misma mañana le habían llegado hacía apenas una hora, cuando alguien le comentó que se rumoreaba que habían visto el barco del temible pirata Roberts entrar en el canal de Florin. Pero, por su prolongada experiencia, Yellin sabía que tales noticias no eran más que rumores.

—Te digo que estos guilderianos están por todas partes —prosiguió el príncipe— Y dado que pareces incapaz de detenerlos, deseo hacer un cambio en mis planes. Todas las puertas de mi castillo han sido clausuradas exceptuando la principal, ¿no es así?

—Sí. Y hay veinte hombres montando guardia.

—Añade ochenta más. Quiero cien hombres. ¿Está claro?

—Serán cien. Todos los Brutos que estén disponibles.

—Dentro del castillo estoy bastante seguro. Tengo mis propios suministros, alimentos, establos, lo necesario. Mientras no puedan llegar hasta mí sobreviviré. Éstos son, pues, los nuevos planes. Todos los festejos para celebrar el quingentésimo aniversario quedan suspendidos hasta después de la boda, que tendrá lugar mañana, al ponerse el sol. Mi prometida y yo cabalgaremos en mis blancos hasta el canal de Florin, rodeados por todos tus hombres. Allí, subiremos a bordo de un buque y comenzaremos nuestra tan ansiada luna de miel, rodeados por todos los buques de la Armada florinesa…

—Todos menos cuatro —le corrigió Buttercup.

La miró, parpadeando durante un instante, sin decir palabra. Luego, lanzándole un beso, aunque discretamente, para que Yellin no lo viera, le dijo:

—Sí, sí, qué olvidadizo soy, todos los buques menos cuatro.

Y se volvió hacia Yellin.

Pero en ese parpadeo y en el silencio que siguió, Buttercup lo había comprendido todo.

—Esos buques seguirán con nosotros hasta que yo considere que estamos a salvo como para enviarlos de vuelta. Es evidente que Guilder podría atacar entonces, pero ése es un riesgo que debemos correr. Déjame ver si hay algo más. —Al príncipe le encantaba dar órdenes, sobre todo aquellas que él sabía que jamás haría falta cumplir. Además, Yellin era muy lento apuntando, con lo cual todo resultaba mucho más divertido—. Puedes retirarte —dijo finalmente el príncipe.

Yellin hizo una reverencia y se marchó.

—Los cuatro buques jamás fueron enviados —dijo Buttercup cuando estuvieron a solas—. No os molestéis en seguir mintiendo.

—Todo lo que se ha hecho, ha sido por vuestro propio bien, alma mía.

—No sé por qué, pero dudo que sea así.

—Estáis nerviosa, y yo también lo estoy; vamos a casarnos mañana, tenemos derecho a ponernos nerviosos.

—Nunca habéis estado más equivocado, porque yo me siento muy tranquila. —Y en realidad lo parecía—. No importa si habéis enviado o no esos barcos. Westley vendrá a buscarme. Como que existe Dios y el amor, sé que Westley me salvará.

—Sois una muchachita tonta. Volved a vuestra alcoba.

—Sí, soy una muchachita tonta, y desde luego, me iré a mi alcoba. Pero vos sois un cobarde con el corazón lleno de miedo.

El príncipe se echó a reír.

—Soy el mejor cazador del mundo, ¿y me tacháis de cobarde?

—Efectivamente. A medida que me hago mayor me vuelvo más lista. Digo que sois un cobarde y así es; creo que cazáis sólo para no admitir lo que en realidad sois: el ser más débil que jamás haya hollado la tierra. Él vendrá a buscarme y nos marcharemos, y ni con todos vuestros conocimientos de cacería podréis hacer nada, porque Westley y yo estamos unidos por el lazo del amor y eso es algo a lo que no podréis seguirle el rastro ni con mil sabuesos, algo que no podéis romper ni con mil espadas.

Entonces Humperdinck le gritó, se abalanzó sobre ella y le tiró de los cabellos color del otoño, la levantó en volandas y la condujo a lo largo del curvo corredor hasta su alcoba, donde abrió la puerta de una patada y la arrojó dentro. Luego la encerró con llave y echó a correr hacia la entrada subterránea del Zoo de la Muerte…

Mi padre dejó de leer.

«Continúa», le pedí yo.

«Es que me he perdido», dijo él mientras yo esperaba, débil aún por los efectos de la pulmonía y sudando de miedo hasta que él siguió leyendo. «Íñigo permitió que Fezzik abriera la puerta…». «Oye —dije yo—, para, que así no es, te has saltado algo». Entonces me callé en seguida porque hacía poco que habíamos discutido, pues yo me disgusté mucho cuando mi padre me contó que Buttercup se había casado con Humperdinck, y le acusé de haberse saltado algo, y claro, no quería que se repitiera la escena. «Papá —le dije—, verás, no lo digo por nada, pero ¿no estaba el príncipe corriendo hacia el Zoo y después, tú vas y me lees lo de Íñigo? No sé, ¿no crees que a lo mejor hay una página o algo así en medio?».

Mi padre comenzó a cerrar el libro.

«No estoy discutiendo, por favor, no lo cierres».

«No es por eso —me contestó mi padre. Después se me quedó mirando durante un largo rato y añadió—: Billy —me dijo (casi nunca me llamaba así; me encantaba cuando lo hacía; detestaba que otros me llamaran de otra manera, pero cuando el barbero lo hacía, no sé, pues que me derretía)—, Billy, ¿confías en mí?».

«¿Por qué lo preguntas? Claro que sí».

«Billy, tienes pulmonía; sé que te estás tomando este libro muy en serio, porque ya hemos discutido una vez por esto».

«Pero yo no estoy discutiendo ahora…».

«Escúchame…, hasta ahora nunca te he mentido, ¿verdad? Bien. Confía en mí. No quiero leerte el resto de este capítulo y quiero que me digas que está bien».

«¿Por qué? ¿Qué pasa en el resto de este capítulo?».

«Si te lo digo es lo mismo que si te lo leyera. Dime simplemente que está bien así».

«Pero no puedo decirte que está bien hasta que no sepa qué pasa».

«Pero…».

«Dime qué pasa y entonces te diré si está bien. Te prometo que si no quiero oírlo, podrás seguir leyéndome lo de Íñigo».

«¿No vas a hacerme este favor?».

«Me levantaré de la cama cuando estés durmiendo; no importa dónde escondas el libro, lo encontraré y me leeré el resto del capítulo yo solo, de manera que ya puedes empezar a leérmelo».

«Por favor, Billy».

«Te he cogido, o sea que más te vale reconocerlo».

Mi padre lanzó un tremendo suspiro. Sabía que lo había derrotado.

«Westley se muere», me dijo mi padre.

«¿Qué quieres decir con eso de que Westley se muere? ¿Que se muere de verdad?».

Mi padre asintió. «El príncipe Humperdinck lo mata».

«Pero es de mentira, ¿no?».

Mi padre meneó la cabeza, y cerró el libro por completo.

«Jo, mierda», dije yo, y me eché a llorar.

«Lo siento —dijo mi padre—. Te dejaré solo», y se marchó.

«¿Quién se carga a Humperdinck?», grité yo cuando él se hubo marchado.

Se detuvo en el pasillo y me dijo: «No comprendo».

«¿Quién mata al príncipe Humperdinck? Al final alguien tiene que cargárselo. ¿Es Fezzik? ¿Quién?».

«No lo mata nadie. Sigue viviendo».

«¿Quieres decir que él gana, papá? Jo, ¿para qué me lo has leído?», inquirí.

Seguidamente sepulté la cabeza en la almohada y hasta el día de hoy no he vuelto a llorar como aquella vez, ni siquiera en una sola ocasión. Fue como si se me hubiese vaciado el corazón en la almohada. Pienso que lo más asombroso de llorar es que cuando empiezas, crees que no pararás nunca, pero en realidad no dura ni siquiera la mitad de lo que habías creído. Al menos no en términos de tiempo real. En términos de emociones reales es peor de lo que uno piensa, pero medido por el reloj, no lo es. Cuando mi padre regresó, no había pasado siquiera una hora.

«Bien —me dijo—, ¿continuamos esta noche o no?».

«Adelante —le contesté. Los ojos secos. La voz segura—. Dispara cuando estés listo».

«¿Sigo con Íñigo?».

«Quiero oír lo del asesinato», repuse. Sabía que no volvería a llorar como una Magdalena. Mi corazón, al igual que el de Buttercup era ya un jardín secreto y sus muros eran muy altos.

Humperdinck le gritó entonces, se abalanzó sobre ella y le tiró de los cabellos color del otoño, la levantó en volandas y la condujo a lo largo del curvo corredor hasta su alcoba, donde abrió la puerta de una patada y la arrojó dentro. Luego la encerró con llave y echó a correr hacia la entrada subterránea del Zoo de la Muerte; bajó la escalera como un torbellino, una zancada gigantesca tras otra y cuando abrió de par en par la puerta de la jaula del quinto nivel, hasta el conde Rugen se sorprendió de la pureza de la emoción que se reflejaba en los ojos de su señor. El príncipe se acercó a Westley y le gritó:

—Te ama. Sigue amándote y tú también la amas, piensa en ello…, y medita acerca de esto: podrías haber sido feliz, verdaderamente feliz. No ha

habido una sola pareja en un siglo que haya tenido esa oportunidad, por más que los libros digan lo contrario; pero podrías haberlo logrado, por eso creo que nadie sufrirá una pérdida tan grande como la que tú sufrirás ahora —dicho lo cual, aferró el mando y lo empujó hasta el fondo.

—¡Hasta el veinte, no! —le gritó el conde, pero ya era demasiado tarde; el grito de muerte había comenzado.

Fue mucho peor que el grito del perro salvaje. En primer lugar, en el caso del perro, el mando había llegado sólo al seis, mientras que ahora se había triplicado esa cifra. Por ello, naturalmente, fue tres veces más largo. Y tres veces más fuerte. Pero ninguno de estos motivos explica por qué fue peor.

La diferencia consistía en que el grito salía de una garganta humana.

Buttercup, que estaba en sus aposentos, lo oyó y se asustó, pero no tenía la más mínima idea de qué se trataba.

Yellin, que se encontraba junto a la puerta principal del castillo, lo oyó y también se asustó, aunque no pudo imaginar qué podía ser.

Los cien Brutos y luchadores que formaban fila junto a la puerta principal también lo oyeron, inquietándose hasta el último de ellos, y se pasaron hablando de aquel grito un buen rato, pero ninguno conocía lo suficiente de sonidos como para dilucidar qué podía haber sido.

La Gran Plaza estaba llena de gente corriente entusiasmada por la inminente boda y el aniversario, que también oyó el grito, y nadie fingió no estar asustado, pero ninguno tuvo la menor idea de qué podía haber sucedido.

El grito de muerte se elevó agudo en la noche.

Todas las calles que confluían en la Plaza también estaban llenas de ciudadanos que trataban de llegar a la Plaza misma: ellos también lo oyeron, pero una vez que reconocieron estar petrificados de miedo, se dieron por vencidos y ya no trataron de adivinar qué podía haber sido.

Íñigo lo supo al instante.

Se detuvo en el pequeño callejón por el que trataba de abrirse paso en compañía de Fezzik, e intentó recordar. El callejón conducía a las calles que confluían en la Plaza, y también estaba atestado.

—No me gusta ese sonido —dijo Fezzik con la piel erizada de frío.

Íñigo se agarró al gigante y las palabras fluyeron a su boca:

—Fezzik…, Fezzik…, es el sonido del Sufrimiento Postrero…, lo conozco…, fue el sonido que sentí en mi corazón cuando el conde Rugen asesinó a mi padre y lo vi caer…, es el hombre de negro quien lo lanza ahora.

—¿Crees que es él?

—¿Quién tendría si no motivos para el Sufrimiento Postrero esta noche de fiesta?

Dicho esto, se puso a seguir el sonido. Pero la muchedumbre se interponía en su camino, y él era fuerte pero delgado. Entonces gritó:

—Fezzik…, Fezzik…, debemos seguir ese sonido, debemos rastrear hasta llegar a su origen, y no puedo moverme. Por eso te pido que me guíes. Vuela, Fezzik. Íñigo te lo ruega, ábrete paso…, ¡por favor!

Eran muy raras las ocasiones en las que alguien le rogaba algo a Fezzik, y mucho menos Íñigo, y cuando así ocurría, se hacía lo que se podía; de modo que sin perder un instante, Fezzik comenzó a empujar. Hacia adelante. Montones de gente. Fezzik empujó con más fuerza. Un montón de personas comenzaron a moverse. Se apartaron del camino de Fezzik. Deprisa.

El grito de muerte comenzaba a acallarse ya, apagándose entre las nubes.

—¡Fezzik! —gritó Íñigo—. Usa toda tu fuerza, ¡ahora mismo!

Fezzik corrió callejón abajo mientras la gente gritaba y se lanzaba hacia los lados para apartarse de su camino; Íñigo lo seguía de cerca, y al final del callejón nacía una calle desde donde el grito se oía más apagado. Pero Fezzik giró a la izquierda y enfiló por el centro de la calzada como si fuera dueño de la calle; nadie se interponía en su camino, nada se atrevía a bloquearle el paso, y ya empezaba a resultar difícil oír el grito, por eso Fezzik rugió con todas sus fuerzas:

—¡Silencio!

Y la calle enmudeció repentinamente mientras Fezzik continuaba avanzando veloz, seguido de Íñigo; el grito seguía oyéndose débilmente, se internó en la Gran Plaza misma y en el castillo que se alzaba tras ella, y después, se apagó…

Westley yacía muerto junto a la Máquina. El príncipe mantuvo el mando en el veinte mucho más tiempo del necesario, hasta que el conde le dijo:

—Ya está hecho.

El príncipe se marchó entonces sin volver a mirar a Westley. Subió la escalera secreta de cuatro en cuatro escalones.

—Me ha tachado de cobarde —dijo, y desapareció.

El conde Rugen comenzó a tomar notas. Al cabo de nada dejó la pluma. Examinó brevemente a Westley y meneó la cabeza. La muerte no presentaba para él ningún interés intelectual; los muertos no reaccionan al dolor.

—Deshazte del cadáver —ordenó el conde.

Aunque no veía al albino, sabía que estaba allí. Era una pena, pensó mientras subía la escalera tras el príncipe. No todos los días se encontraban víctimas como Westley.

Cuando se marcharon, el albino salió, le quitó las ventosas al cadáver y decidió que quemaría el cuerpo en la pira de la basura que había detrás del castillo. Para ello debía usar una carretilla. Subió a toda prisa la escalera subterránea, salió por la entrada secreta, y se dirigió raudo al cobertizo principal de herramientas; todas las carretillas estaban sepultadas junto a la pared del fondo, detrás de azadas, rastrillos y tijeras de podar. El albino lanzó un sonido siseante de disgusto y comenzó a abrirse paso entre todas aquellas herramientas. Siempre le ocurrían esas cosas cuando tenía prisa. El albino volvió a sisear, trabajo extra, trabajo extra, siempre tenía trabajo extra. ¿Acaso no lo sabía?

Cuando por fin logró sacar la carretilla y se disponía a trasponer la falsa entrada principal, supuestamente mortal, que conducía al Zoo, oyó lo siguiente:

—Me está costando sangre, sudor y lágrimas seguir ese grito.

El albino se volvió en redondo y se encontró con que allí, allí, en los terrenos del castillo, había un extraño, delgado como la hoja de un arma blanca, que empuñaba una espada. La espada se abrió rápidamente paso hacia la garganta del albino.

—¿Dónde está el hombre de negro? —le preguntó entonces el espadachín.

Dos larguísimas cicatrices le marcaban cada una de las mejillas y tenía todo el aspecto de no ir con rodeos.

—No conozco a ningún hombre de negro —susurró el albino.

—¿Provino el grito de este lugar? —El hombre indicó la entrada principal.

El albino asintió.

—¿De qué garganta salió? ¡Busco a ese hombre, date prisa!

—Westley —susurró.

—¿Un marinero? ¿Traído hasta aquí por Rugen? —indagó Íñigo.

El albino afirmó.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

El albino vaciló, señaló en dirección de la entrada mortal y luego susurró:

—Está en el último nivel. Cinco niveles para llegar al último.

—Entonces ya no te necesito. Hazlo callar, Fezzik.

El albino notó que a sus espaldas se movía una sombra gigantesca. «Raro —pensó, y fue lo último que recordó—, creía que era un árbol».

A Íñigo lo quemaba el entusiasmo. Ya no había manera de detenerlo. Fezzik titubeó junto a la puerta principal.

—¿Por qué iba a decirnos la verdad?

—Es el cuidador de un zoo al que amenazaban de muerte. ¿Por qué iba a mentir?

—Eso no tiene sentido.

—¡No me importa! —repuso Íñigo de mal talante, y la verdad era que no le importaba.

En lo más profundo de su corazón sabía que el hombre de negro se encontraba allá abajo. No existía ninguna razón que justificara el que Fezzik hubiese dado con él, que se hubiera enterado del paradero de Rugen, que todo encajase tan bien después de tantos años de espera. Como que existía un Dios que el hombre de negro lo estaba esperando. Íñigo lo sabía. Lo sabía. Y, por supuesto, estaba absolutamente en lo cierto. Pero, también por supuesto, había muchas cosas que ignoraba. Ignoraba, por ejemplo, que el hombre de negro estaba muerto. Que la entrada que iban a utilizar no era la correcta, sino una falsa, puesta allí para engañar a aquellos que, como él mismo, no pertenecían a aquel lugar. Allá abajo había cobras venenosas, aunque lo que iba a ocurrirle en realidad sería mucho peor. Y de estas cosas tampoco estaba al tanto.

Pero su padre debía ser vengado. Y el hombre de negro le ayudaría a planificar esa venganza. Para Íñigo aquello bastaba.

Y así, con una urgencia que no tardaría en convertirse en profundo arrepentimiento, él y Fezzik se internaron en el Zoo de la Muerte.

7

LA BODA

Íñigo permitió que Fezzik abriera la puerta, no porque deseara escudarse tras la fuerza del gigante, sino más bien porque la fuerza del gigante resultaba de crucial importancia para que pudieran entrar: alguien tendría que arrancar la pesada puerta de sus goznes, y era aquélla una tarea para la cual Fezzik se encontraba perfectamente preparado.

—Está abierta —dijo Fezzik girando el pomo y asomándose para espiar dentro.

—¿Que está abierta? —Íñigo vaciló—. Ciérrala pues. Aquí hay algo que no funciona. ¿Por qué razón iba a permanecer abierto algo tan valioso como el zoológico privado del príncipe?

—Ahí dentro hay un nauseabundo olor a animales —comentó Fezzik—. ¡Vaya vaharada me ha venido!

—Déjame pensar —dijo Íñigo—, que ya lo descifraré.

Se esforzó al máximo, pero aquello no tenía sentido. Uno no se dejaba los diamantes esparcidos sobre la mesa del desayuno, y el Zoo de la Muerte tenía por fuerza que haber estado cerrado a cal y canto. Por lo tanto, tenía que haber una razón; se trataba simplemente de ejercitar la fuerza mental y la respuesta ya vendría. (La razón por la que la puerta estaba sin llave era en realidad la siguiente: por seguridad. Todo aquel que había entrado por la puerta principal no había sobrevivido para volver a salir. La idea se le había ocurrido básicamente al conde Rugen, quien ayudó al príncipe a proyectar el lugar. El príncipe escogió la ubicación —el extremo más alejado de los terrenos del castillo, apartado de todo, para que los rugidos no molestasen a la servidumbre —, pero el conde diseñó la entrada. La verdadera entrada se encontraba junto a un gigantesco árbol, donde una raíz se elevaba y dejaba al descubierto una escalera por la que se descendía directamente hasta el quinto nivel. La entrada falsa, llamada entrada verdadera, permitía descender del modo corriente, es decir, del primer nivel al segundo, del segundo al tercero, o mejor dicho, del segundo a la muerte.)

—Sí —dijo Íñigo finalmente.

—¿Ya lo has solucionado?

—El motivo por el que la puerta estaba sin cerrar es el siguiente: el albino habría echado la llave, no habría sido nunca tan estúpido como para no hacerlo, pero, Fezzik, amigo mío, nosotros le alcanzamos antes de que él llegase a *la puerta*. Está claro que al acabar de empujar la carretilla, hubiera cerrado con llave la puerta. No hay ningún problema, puedes dejar de preocuparte, andando.

—Me siento tan seguro contigo —dijo Fezzik, y abrió la puerta por segunda vez.

Al hacerlo, no sólo notó que la puerta no estaba cerrada con llave, sino que ni siquiera tenía cerradura, y se preguntó si no debería comentárselo a Íñigo, pero decidió no hacerlo, porque Íñigo tendría que haberse detenido para pensar otro poco y ya habían hecho bastante de las dos cosas, pues aunque había

dicho que se sentía seguro con Íñigo, la verdad era que estaba asustadísimo. Había oído comentar cosas muy extrañas acerca de aquel lugar; los leones no le molestaban, y tampoco le importaban los gorilas, no eran nada. Lo que realmente le provocaba aprensión eran los animales rastreros. Y los babosos. Y los que picaban. Y los…, todos, decidió Fezzik, para ser completamente sincero. Las arañas, las víboras, los insectos, los murciélagos; en fin, lo cierto era que ninguno de aquellos animales le hacía demasiada gracia.

—Sigue oliendo a animal —dijo, y aguantó la puerta para que Íñigo pasara.

Juntos, paso a paso, entraron en el Zoo de la Muerte, mientras la enorme puerta se cerraba tras ellos sin hacer ruido.

—Un sitio muy extraño —comentó Íñigo, dejando atrás varias jaulas espaciosas llenas de leopardos, colibríes y otras criaturas veloces.

Al final del pasillo se encontraron ante otra puerta en lo alto de la cual había un cartel que rezaba: «Al Nivel Dos». La abrieron y descubrieron un tramo de escalera que conducía hacia abajo.

—Ten cuidado —dijo Íñigo—, no te separes de mí y vigila el equilibrio.

Comenzaron a bajar al segundo nivel.

—¿Si te confieso una cosa, me prometes que no te reirás de mí, ni te burlarás ni me tratarás mal? —inquirió Fezzik.

—Te doy mi palabra —respondió Íñigo.

—Estoy asustado de muerte —le dijo Fezzik.

—Pues procura que cese porque de ello depende nuestra suerte —le sugirió Íñigo rápidamente.

—Oh, qué maravillosa rima…

—Calla, que me da grima —contestó Íñigo componiendo otra más y sintiéndose brillantísimo, pues notaba que Fezzik se relajaba mientras iban descendiendo.

Sonrió y palmeó a Fezzik en el enorme hombro porque era un tipo realmente bueno. Pero en el fondo, muy en el fondo, Íñigo tenía el estómago hecho un nudo. Estaba completamente consternado y asombrado de que un hombre con fuerza ilimitada estuviera asustado de muerte; hasta que Fezzik no habló, Íñigo tenía la certeza de que él era el único que en realidad estaba asustado de muerte; el hecho de que los dos se encontraran en las mismas condiciones no era nada bueno en caso de que llegara el momento del pánico. Alguien tendría que conservar el juicio, y dado que Fezzik tenía tan poco, había deducido automáticamente que no le resultaría nada difícil conservar ese

poco que tenía, Íñigo pensó que estaban apañados. Tendría que esforzarse por impedir que se produjeran situaciones de pánico, no había otra solución.

La escalera era recta y muy larga, pero eventualmente lograron llegar al final. Otra puerta. Fezzik le dio un empellón. Otro corredor flanqueado de jaulas, enormes jaulas, y dentro, unos enormes hipopótamos, un caimán de seis metros que se revolvía furioso en el agua poco profunda.

—Debemos darnos prisa —dijo Íñigo, apretando el paso—, aunque tengamos muchas ganas de quedarnos a curiosear —y casi echó a correr hacia un letrero que rezaba: «Al Nivel Tres», Íñigo abrió la puerta y miró hacia abajo mientras Fezzik espiaba por encima de su hombro—. Mmmm —masculló Íñigo.

Esa escalera era distinta. No era tan empinada y describía una pronunciada curva, de manera que desde lo alto resultaba imposible ver lo que había al pie, adonde ellos se disponían a bajar. En la parte alta de los muros, fuera del alcance de la mano, había unas extrañas velas encendidas. Las sombras que proyectaban eran muy largas y delgadas.

—Vaya si me alegro de no haberme criado aquí dentro —dijo Íñigo, tratando de hacer una broma.

—Tengo tanto miedo que no me concentro —replicó Fezzik, y la rima le salió antes de que él pudiera hacer nada para impedirlo.

Íñigo estalló:

—¡Es el colmo! ¡Si no puedes controlarte, te enviaré de vuelta arriba para que me esperes ahí tú solo!

—No me abandones; quiero decir, no me obligues a que te abandone. Por favor. Quería decir «encuentro», no sé cómo me salió «concentro».

—Fezzik, me estás haciendo perder la paciencia; muévete —le ordenó Íñigo, y comenzó a bajar la escalera curva.

Fezzik lo siguió de cerca al tiempo que la puerta se cerraba tras ellos; entonces ocurrieron dos cosas:

1) El pestillo se corrió solo.

2) Las velas que había en lo alto de los muros se apagaron.

—¡No te asustes! —gritó Íñigo.

—¡No estoy asustado! —gritó Fezzik a su vez. Y por encima de los ruidosos latidos de su corazón, logró preguntar—: ¿Qué vamos a hacer?

—E… e… es si… simple —respondió Íñigo al cabo de un rato.

—¿También tú tienes miedo? —inquirió Fezzik en la oscuridad.

—Ni… ni hablar —repuso Íñigo con mucho cuidado—. Y antes quise decir «quédate tranquilo», no sé cómo me salió lo de «es simple». Verás, no podemos volver, y está claro que no queremos quedarnos aquí, de modo que no nos queda más remedio que seguir bajando tal y como estábamos haciendo antes de que ocurrieran estas cosas. Hacia abajo. Hacia abajo nos dirigimos, Fezzik, pero he de decirte que te noto un poco alterado por todo esto, de manera que, de puro bondadoso que soy, no quiero que bajes detrás de mí, ni delante de mí, sino justo a mi lado, en el mismo escalón, paso a paso, y dejaré también que me pongas un brazo alrededor de los hombros, porque es muy posible que así te sientas mejor, y yo, para impedir que te sientas tonto, pondré un brazo alrededor de tus hombros, y de esta manera, seguros, protegidos y unidos, bajaremos.

—¿Desenvainarás tu espada con la mano que te queda libre?

—Ya lo he hecho. ¿Cerrarás bien el puño con la tuya?

—Ya está cerrado.

—Entonces, veamos el aspecto positivo: estamos viviendo una aventura, Fezzik, y la mayoría de la gente vive y muere sin tener la misma suerte que nosotros.

Bajaron un escalón. Y otro. Y otros dos, luego otros tres cuando le tomaron el ritmo.

—¿Por qué crees que se ha corrido el pestillo de la puerta? —inquirió Fezzik cuando empezaron a avanzar.

—Sospecho que para darle más sabor a nuestro viaje —repuso Íñigo.

Era, sin duda, una de sus respuestas menos ingeniosas, pero la mejor que se le ocurrió.

—Aquí es donde la escalera empieza a girar —dijo Fezzik, y aminoraron el paso; siguieron la pronunciada curva sin tropiezos y continuaron descendiendo —. ¿Y las velas se apagaron por el mismo motivo, para darle más sabor?

—Es lo más probable. No me aprietes tanto…

—Y tú tampoco…

Para entonces ya sabían que les había llegado su fin.

Entre los zoólogos especializados en animales de la jungla ha existido durante años una dura batalla por establecer cuál es la más grande de las víboras gigantes. Los partidarios de la anaconda no cesan de anunciar con bombos y platillos el espécimen del Orinoco que llegó a superar los doscientos

veinticinco kilos, mientras que los sostenedores de la pitón no dudan en recordarles que la Roca Africana hallada en las afueras de Zambesi medía diez metros treinta y siete centímetros. Evidentemente, la discusión es muy tonta puesto que el concepto de «más grande» es un tanto ambiguo, y si se pretende ser serio, carece de valor.

Pero cualquier partidario entusiasta de las víboras, que además fuera serio, habría admitido, fuera cual fuese su formación, que la Garstini árabe, aunque más corta que la pitón y menos pesada que la anaconda, es más veloz y más voraz que cualquiera de esas dos, y este espécimen del príncipe Humperdinck no sólo resultaba notable por su rapidez y agilidad sino que, además, era mantenido permanentemente en un estado rayano en la inanición, de manera que la primera vuelta del ofidio les llegó como el relámpago desde lo alto y se enroscó alrededor de sus manos inutilizando la espada y el puño; la segunda vuelta aprisionó sus brazos e hizo gritar a Íñigo:

—¡Haz algo…!

—¡No puedo…, estoy atrapado…, haz algo tú…!

—Lucha, Fezzik…

—Es demasiado fuerte para mí…

El ofidio acababa de enroscarse por tercera vez, envolviendo la parte superior de los hombros; la vuelta siguiente, la definitiva, se enrollaría alrededor del cuello; Íñigo susurró aterrado, porque ya podía oír la respiración del animal, en realidad, alcanzaba a oler su aliento:

—Lucha…, me… me…

Fezzik tembló de miedo y susurró:

—Perdóname, Íñigo.

—Ay, Fezzik…, Fezzik…

—¿Qué…?

—Tenía para ti unas rimas tan bonitas…

—¿Qué rimas…?

Silencio.

La cuarta vuelta acababa de completarse.

—¿Qué rimas, Íñigo?

Silencio.

Aliento de víbora.

—Íñigo, quiero conocer esas rimas antes de morirme… Íñigo, quiero conocerlas de verdad… Íñigo, dime cuáles son esas rimas —suplicó Fezzik; se sentía muy frustrado, más que eso, sentía una rabia espectacular; entonces un brazo se zafó de una de las vueltas y así resultó menos difícil luchar y liberarse de la segunda vuelta; aquello implicaba que podía usar ese brazo para ayudar al otro, y entonces Fezzik gritó—: No te irás a ninguna parte si antes no me dices cuáles son esas rimas.

El sonido de su propia voz le resultó verdaderamente impresionante, profundo y resonante; además, ¿quién era esa víbora para interponerse en el camino de Fezzik cuando aún le quedaban rimas por aprender? Para entonces, no sólo había logrado liberar los dos brazos del fondo de las tres vueltas sino que estaba enfurecido por la interrupción; sus manos se dirigieron hacia el aliento de la víbora y, aunque no sabía si las víboras tenían cuello o no, se llamara como se llamase la parte que hay debajo de la boca, ésa era la parte que aferró entre sus manazas y comenzó a aporrearla contra la pared. La víbora siseó y escupió, pero la cuarta vuelta comenzó a soltarse, y Fezzik volvió a aporrearla dos, tres veces, y entonces bajó las manos un poco para encontrar el equilibrio y comenzó a usar a la bestia cual si fuera un látigo y a golpearla contra la pared, como si fuese una lavandera nativa aporreando una falda contra las piedras. Cuando la víbora estuvo muerta, Íñigo le dijo:

—En realidad no tenía en mente ninguna rima en especial, pero tenía que hacer algo para que entraras en acción.

Fezzik jadeaba ruidosamente como consecuencia del esfuerzo.

—Me estás diciendo que me has mentido. El único amigo que tengo en la vida resulta ser un mentiroso.

Dicho esto, comenzó a bajar la escalera a grandes zancadas, mientras Íñigo lo seguía con dificultad.

Fezzik llegó a la puerta que había al final del tramo de escalera y la abrió de golpe; Íñigo logró trasponerla justo antes de que se cerrara sonoramente.

El pestillo se corrió de inmediato.

Al final de aquel corredor, el cartel que rezaba: «Al Nivel Cuatro» se veía claramente, y Fezzik se dirigió con rapidez hacia él. Íñigo lo siguió, pasando veloz delante de las serpientes venenosas, de las cobras, de las víboras de Gabón, y del más veloz y letal de todos, el hermoso espécimen tropical de pez pétreo, oriundo del Océano Índico.

—Te pido perdón —le dijo Íñigo—. Una sola mentira en tantos años no es un mal promedio, sobre todo si tienes en cuenta que nos salvó la vida.

—Para que lo sepas, existe algo que se llama principios —fue lo único que

respondió Fezzik, y abrió la puerta que conducía al cuarto nivel—. Mi padre me hizo prometer que jamás mentiría, y ni una sola vez en mi vida me he sentido siquiera tentado de hacerlo —y comenzó a bajar la escalera.

—¡Detente! —le gritó Íñigo—. Al menos fíjate por dónde vas.

Se trataba de un tramo de escalera recto pero sumido en la oscuridad total. No se veía el vano del final.

—No puede ser peor que donde ya hemos estado —le espetó Fezzik, y se lanzó escalera abajo.

En cierto modo, tenía razón. Para Íñigo los murciélagos nunca fueron la gran pesadilla. Claro que les tenía miedo, como todo el mundo, y se echaría a correr y gritaría si se le acercaban; aunque su idea del infierno no incluía a los murciélagos. Pero Fezzik era un muchacho turco, y la gente sostiene que el murciélago frugívoro de Indonesia es el más grande del mundo; pues tratad de decírselo alguna vez a un turco. Tratad de decírselo a cualquiera que haya oído a su madre gritar: «¡Ahí vienen los murciélagos reales!», seguido de un venenoso batir de alas.

—¡Ahí vienen los murciélagos reales! —gritó Fezzik, y se quedó literalmente paralizado de miedo, de pie, en medio del oscuro tramo de escalera.

Tras él, haciendo lo imposible por luchar contra la oscuridad, iba Íñigo; jamás había oído aquel tono, al menos no en Fezzik, pero como Íñigo tampoco quería que los murciélagos se le enredaran en el pelo, aunque sabía que no era para tanto, empezó a preguntar:

—¿Qué…?

Iba a preguntar qué tienen de malo los murciélagos reales, pero sólo logró pronunciar el «qué» antes de que Fezzik gritara:

—¡La rabia! ¡La rabia!

Fue todo lo que Íñigo necesitó saber.

—¡Abajo, Fezzik! —le aulló.

Pero Fezzik no lograba moverse, de modo que Íñigo tanteó en la oscuridad para encontrarlo, mientras el aleteo se hacía cada vez más audible, y con todas sus fuerzas golpeó al gigante en el hombro y le gritó otra vez su orden; en esta ocasión, Fezzik cayó obedientemente de rodillas, pero eso no bastaba, de modo que Íñigo volvió a golpearlo y le ordenó que se tendiera en el suelo, hasta que Fezzik; tembloroso, se tendió sobre la oscura escalera; entonces Íñigo se montó encima de él y se hincó de rodillas. La enorme espada con empuñadura para seis dedos volaba en sus manos, y aquello sería una prueba

que le permitiría comprobar cuan nefastos habían sido los tres meses de brandy, y cuánto quedaba del gran Íñigo Montoya, porque, sí, había estudiado esgrima, era verdad, se había pasado media vida y más aprendiendo el ataque de Agrippa y la defensa Bonetti, y por supuesto había practicado a Thibault, pero también, en cierta ocasión desesperada, había pasado un verano con el único escocés que había logrado entender las espadas: el lisiado MacPherson; y fue MacPherson quien se burló de todo lo que Íñigo sabía, fue MacPherson quien le dijo: «Thibault, Thibault está bien para la esgrima de salón, pero ¿qué pasa si te enfrentas a tu enemigo en un terreno inclinado y tú te encuentras por debajo de él?». E Íñigo se pasó estudiando durante una semana los movimientos desde abajo, y entonces MacPherson lo colocó en una colina, en la parte superior, y cuando ya dominaba esos movimientos, MacPherson siguió adelante, porque estaba lisiado, le faltaban las piernas de la rodilla para abajo, de manera que tenía una intuición especial para la adversidad. «¿Y qué pasa si tu enemigo te ciega? —le preguntó MacPherson en cierta ocasión—. Supón que te arroja ácido a los ojos y que lanza el ataque definitivo, el de la muerte, ¿qué haces tú? Dímelo, español, a ver si logras sobrevivir a eso, español». En aquellos momentos, mientras esperaba a que los murciélagos reales atacaran, Íñigo recordó los movimientos que le enseñara MacPherson, uno debía confiar en el oído, encontrar el corazón del enemigo siguiendo sus latidos, y en aquel momento, mientras esperaba, Íñigo logró sentir por encima de su cabeza cómo se apiñaban los murciélagos reales, mientras debajo de él Fezzik temblaba como un gatito mojado.

—¡No te muevas! —le ordenó Íñigo, y fue el último ruido que hizo, porque necesitaba de sus oídos.

Inclinó la cabeza hacia el aleteo, con la enorme espada firmemente empuñada en la mano derecha, la punta letal giraba lentamente en el aire, Íñigo nunca había visto un murciélago real, no sabía nada de ellos; ¿cuán veloces eran, cómo atacaban, desde qué ángulo, cuántos se lanzaban en cada carga? El aleteo se oía ya justo encima de su cabeza, quizá a unos tres metros, tal vez más, ¿podrían ver de noche los murciélagos? ¿Poseían también ese arma? «¡Vamos!», estuvo a punto de exclamar Íñigo, pero no fue necesario, porque con un batir de alas que había previsto y un chillido agudo que no había previsto, el primer murciélago real se abalanzó sobre él.

Íñigo esperó y esperó; el aleteo siguió hacia la izquierda, pero eso no cuadraba, porque sabía dónde se encontraba él y las bestias también lo sabían, de modo que eso tenía que significar que le preparaban una trampa, algo repentino, y con todo el control que le quedaba en el cerebro mantuvo la espada tal como estaba, dando vueltas lentamente, sin seguir el sonido hasta que el aleteo cesó y el murciélago real viró silencioso hacia el rostro de Íñigo.

La espada atravesó a la bestia como si fuese mantequilla.

El chillido de muerte del murciélago real fue casi humano, aunque un poco más agudo y breve; Íñigo mostró un interés menos que pasajero, porque oyó un doble aleteo; se lanzaban sobre él desde dos flancos y una estocada a la derecha y otra a la izquierda (MacPherson siempre le había enseñado a dosificar la fuerza de mayor a menor), de modo que Íñigo lanzó una estocada primero a la derecha, y después a la izquierda: se produjeron otros dos sonidos casi humanos que no tardaron en desaparecer. La espada le pesaba, pues tres bestias muertas modificaban el equilibrio; Íñigo quiso quitarlos de su acero, pero otro aleteo, uno solo, sin viraje esta vez, enfilaba directo y mortal hacia su cara; se agachó y tuvo suerte; la espada se movió hacia arriba y atravesó el corazón de aquella criatura mortífera; llevaba ya cuatro bestias atravesadas en la espada legendaria, e Íñigo sabía que no iba a perder aquella pelea, por eso de su garganta surgieron estas palabras:

—Me llamo Íñigo Montoya y sigo siendo el maestro, venid por mí.

Cuando oyó que se abalanzaban sobre él tres a la vez, por un instante deseó haber sido más modesto pero ya no había tiempo para arrepentimientos, de modo que echó mano del elemento sorpresa: cambió de postura ante las bestias, se irguió del todo y las atravesó mucho antes de lo que esperaban. Ahora llevaba siete murciélagos reales clavados y su espada había perdido por completo el equilibrio; ese detalle, en sí mismo, habría sido muy negativo, algo peligroso, salvo por un aspecto importante: en la oscuridad ya reinaba el silencio. El aleteo había cesado.

—Vaya gigante más inútil —dijo entonces Íñigo, bajándose de encima de Fezzik.

A toda prisa descendió el resto de la oscura escalera.

Fezzik se puso en pie y lo siguió a trompicones, diciéndole:

—Íñigo, escúchame, antes me equivoqué, no me mentiste, sino que me engañaste, y mi papá decía siempre que engañar no estaba mal, o sea que ya no estoy enfadado contigo, ¿te parece bien? A mí me lo parece.

Giraron el pomo de la puerta que había al pie de la oscura escalera y se encontraron en el cuarto nivel.

Íñigo miró a Fezzik y le preguntó:

—¿Quieres decir que me perdonarás por haberte salvado la vida a ti, si yo te perdono por haberme salvado la vida a mí?

—Eres mi amigo, mi único amigo.

—Patéticos, eso es lo que somos —dijo Íñigo.

—Atléticos.

—Muy bien, pero que muy bien —dijo Íñigo.

Fezzik supo entonces que todo había vuelto a la normalidad. Se encaminaron hacia el cartel que rezaba: «Al Nivel Cinco», pasando delante de extrañas jaulas.

—Esto es peor que lo anterior —comentó Íñigo, y tuvo que retroceder de un salto, porque detrás de una caja de cristal pálido, un águila sangrienta se estaba comiendo algo que parecía un brazo.

Al otro lado había un enorme estanque negro, y fuera lo que fuese que había dentro era oscuro y tenía muchos brazos, y el agua parecía arremolinarse hacia abajo en la parte central del estanque, donde se encontraba la boca de la criatura.

—Date prisa —dijo Íñigo, y se echó a temblar ante la sola idea de ser arrojado al negro estanque.

Abrieron la puerta y miraron hacia abajo, donde se encontraba el quinto nivel.

Asombroso.

En primer lugar, la puerta que abrieron carecía de cerrojo, de modo que no podían quedar atrapados. En segundo lugar, la escalera estaba brillantemente iluminada. En tercer lugar, la escalera era absolutamente recta. Y en cuarto lugar, no era un tramo demasiado largo.

Y, ante todo, no había nada dentro. Todo estaba reluciente y limpio y, sin lugar a la menor duda, completamente vacío.

—No puedo creérmelo —dijo Íñigo, y con la espada en ristre, bajó el primer escalón—. Quédate junto a la puerta…, las velas se apagarán en cualquier momento.

Bajó el segundo escalón.

Las velas se mantuvieron encendidas.

El tercer escalón. El cuarto. En total había solamente una docena de escalones, e Íñigo bajó dos más, deteniéndose en la mitad. Cada escalón tendría al menos unos treinta centímetros de ancho, de manera que se encontraba a un metro ochenta de Fezzik, a un metro ochenta de la puerta enorme, de verde picaporte ornamentado que daba al último nivel.

—¿Fezzik?

—¿Qué? —le contestó el gigante desde la puerta de arriba.

—Tengo miedo.

—Pero parece todo en orden.

—No. Sólo lo parece; es para engañarnos. No importa lo que acabamos de pasar, esto debe de ser peor.

—Pero no se ve nada, Íñigo.

Éste asintió y repuso:

—Por eso estoy tan asustado.

Bajó otro escalón hacia la última puerta de verde picaporte ornamentado. Otro más. Quedaban cuatro escalones. Un metro veinte.

Ciento veinte centímetros para llegar a la muerte.

Íñigo bajó otro escalón. Se puso a temblar de un modo casi incontrolable.

—¿Por qué te sacudes tanto? —inquirió Fezzik desde lo alto.

—La muerte está aquí. La muerte está aquí.

Bajó otro escalón. La muerte se encontraba a noventa centímetros.

—¿Puedo bajar contigo ahora?

Íñigo meneó la cabeza y repuso:

—No tiene sentido que mueras tú también.

—Pero esto está vacío.

—No. La muerte está aquí. —Había perdido el control—. Si pudiera verla, podría luchar contra ella.

Fezzik no sabía qué hacer.

—¡Me llamo Íñigo Montoya, el maestro; ven por mí!

Dio vueltas y más vueltas, con la espada en ristre, estudiando la escalera brillantemente iluminada.

—Me estás asustando —le dijo Fezzik.

Dejó que la puerta se cerrara tras él y comenzó a bajar la escalera.

—No —le dijo Íñigo, y comenzó a subir.

Se encontraron en el sexto escalón.

La muerte se encontraba a ciento ochenta centímetros.

La anacoreta de motas verdes no destruye tan rápidamente como el pez pétreo. Y muchos creen que la mamba provoca más sufrimientos, por las úlceras y demás. Pero a igualdad de pesos, no hay nada en el universo que se asemeje ni por asomo a la anacoreta de motas verdes; comparada con la

anacoreta de motas verdes, la viuda negra, entre otras arañas, era una muñeca de trapo. La anacoreta del príncipe Humperdinck vivía detrás del verde picaporte ornamentado de la puerta del último nivel. Rara vez se movía de su sitio, a menos que el picaporte se moviera. Entonces, atacaba como el rayo.

En el sexto escalón, Fezzik abrazó a Íñigo y le dijo:

—Bajaremos juntos, escalón por escalón. Aquí no hay nada, Íñigo. Quinto escalón.

—Tiene que haber.

—¿Por qué?

—Porque el príncipe es un bellaco. Y Rugen es su hermano gemelo en maldad. Y ésta es la obra de ambos.

Bajaron al cuarto escalón.

—Es una maravillosa deducción, Íñigo —dijo Fezzik con voz clara y tranquila; pero la procesión iba por dentro.

Porque allí estaba él, en aquel lugar bonito e iluminado, y el único amigo que tenía en el mundo se estaba viniendo abajo por el esfuerzo. Y si uno era Fezzik, y no disponía de mucha materia gris, y se encontraba cuatro pisos debajo de la tierra, en un Zoo de la Muerte, buscando al hombre de negro y no estaba muy seguro de que estuviera allí abajo, y el único amigo que uno tenía en todo el mundo se estaba volviendo loco a toda velocidad, ¿qué era lo que se podía hacer?

Faltaban tres escalones.

Si uno era Fezzik, a uno le entraba el pánico, porque si Íñigo enloquecía, eso quería decir que el jefe de aquella expedición era uno, y si uno era Fezzik, uno sabía que lo último que podía ser en este mundo era jefe. Así que Fezzik hizo lo que hacía siempre cuando le entraba el pánico.

Salió disparado.

Lanzó un grito, se abalanzó sobre la puerta y la abrió con todo el peso de su cuerpo, sin molestarse siquiera con sutilezas tales como subir el bonito picaporte verde. Y cuando la puerta cedió bajo su fuerza, él siguió corriendo hasta llegar a la gigantesca jaula, en cuyo interior yacía el cuerpo inerte del hombre de negro. Fezzik se detuvo entonces, enormemente aliviado, porque ver aquel cuerpo silencioso significaba una sola cosa: que Íñigo tenía razón, y si Íñigo tenía razón, no podía estar loco, y si no estaba loco. Fezzik no tendría que dirigir a nadie a ninguna parte, y cuando ese pensamiento se le instaló en el cerebro. Fezzik sonrió.

Por su parte, Íñigo se quedó pasmado al ver el extraño comportamiento de

Fezzik. Lo encontraba totalmente injustificado, y se disponía a llamarlo cuando vio una arañita de motas verdes salir veloz de debajo del picaporte, de modo que se limitó a darle un pisotón con la bota y se apresuró a entrar en la jaula.

Fezzik ya se encontraba dentro, arrodillado junto al cuerpo.

—No me lo digas —dijo Íñigo al entrar.

Fezzik intentó no hacerlo, pero se le leía en la cara: «Muerto».

Íñigo examinó el cuerpo. A lo largo de su vida había visto muchos cadáveres.

—Muerto —dijo, y abatido, se sentó en el suelo, se abrazó las rodillas y comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás como un crío.

Hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás.

Era demasiado injusto. El solo hecho de respirar le hacía esperar a uno injusticias, pero aquélla se llevaba la palma. El, Íñigo, que no era precisamente un pensador, había pensado… ¿acaso no había encontrado al hombre de negro? Él, Íñigo, a quien asustaban las bestias y los animales rastreros y todo lo que picara, había logrado bajar al último nivel del Zoo, y guiar al gigante, sin sufrir daños. Se había despedido de la cautela y había sobrepasado todos los límites que jamás creyera poseer. Y ahora, después de semejante esfuerzo, después de haberse reunido otra vez con Fezzik en aquel día, con ese fin predeterminado, para encontrar al hombre que lo ayudaría a idear un plan que le permitiera vengar a Domingo, su difunto padre…, perdido. Todo perdido. ¿Las esperanzas? Perdidas. ¿El futuro? Perdido. Todas las fuerzas impulsoras de su vida. Perdidas. Aniquiladas. Destrozadas. Muertas.

—Soy Íñigo Montoya, hijo de Domingo Montoya, y me niego a aceptar esto. —Se puso en pie de un salto y comenzó a subir la escalera subterránea, demorándose sólo lo necesario para dar una serie de órdenes—. Sígueme y trae el cadáver. —Buscó en sus bolsillos durante un momento, pero estaban vacíos; el brandy—. Fezzik, ¿tienes dinero?

—Algo. En la Brigada Brutal pagan bien.

—Espero que alcance para comprar un milagro, es todo.

Cuando empezaron a llamar a la puerta de su choza, Max estuvo a punto de no contestar. «Marchaos», quiso decirles, porque últimamente los únicos que llamaban a su puerta eran los niños para burlarse de él. Aunque en esta ocasión era un poco tarde para que los niños estuvieran levantados —era casi medianoche—; además, llamaban de un modo insistente, fuerte, y al mismo tiempo, «tactictac», como si el cerebro le dijese al puño: «Deprisa; quiero ver un poco de acción».

De modo que Max abrió la puerta un poquitín.

—No te conozco.

—¿Eres Max Milagros, el que trabajó durante todos estos años para el rey? —inquirió el hombre flacucho.

—Me despidieron, ¿o no te has enterado? Es un tema desagradable, y no deberías habérmelo mencionado. Buenas noches, la próxima vez a ver si aprendes un poco de buenos modales.

Dicho esto, cerró la puerta de la choza.

«Tac tac taaaaac»

—Ya te he dicho que te marcharas o llamaré a la Brigada Brutal.

—Yo trabajo en la Brigada Brutal —dijo otra voz desde el otro lado de la puerta, una voz potente, profunda, que más valía tener como amiga.

—Necesitamos un milagro, es muy importante —dijo el hombre flacucho desde afuera.

—Me he retirado —repuso Max—. De todos modos, supongo que no ibais a querer a alguien al que el rey despidió, ¿no? Podría matar a quienquiera que me traigáis para hacerle el milagro.

—Ya está muerto —le explicó el hombre flacucho.

—¿Ah, sí? —dijo Max, y en su voz se apreció un ligero interés. Volvió a abrir la puerta un poquitín—. Los muertos se me dan bien.

—Por favor —insistió el hombre flacucho.

—Entradlo. No os prometo nada —respondió Max Milagros al cabo de un momento de reflexión.

Un hombre enorme y el tipo flacucho entraron a otro tipo grande y lo depositaron sobre el suelo de la choza. Max le dio unos golpecitos al cadáver.

—No está tan tieso como otros —dijo.

—Tenemos dinero —dijo el hombre flacucho.

—Entonces, ¿por qué no vais a buscar a algún genio especialista? ¿Para qué perdéis el tiempo conmigo, un tipo al que el rey despidió?

A punto había estado de morir del disgusto cuando ocurrió. Durante los dos primeros años, deseó haber muerto. Se le cayeron los dientes de tanto apretarlos; la rabia le hizo arrancar los pocos mechones leales que le quedaban en la cabeza.

—Eres el único taumaturgo vivo que queda en Florin —le dijo el hombre

flacucho.

—Ah, entonces, ¿es por eso que has venido a verme? Uno de vosotros se preguntó: «¿Qué haremos con este cadáver?». Y el otro le contestó: «Pues vamos a arriesgarnos con ese taumaturgo que el rey despidió», y el otro probablemente le dijo: «No tenemos nada que perder; no podrá matar un cadáver», y el otro probablemente replicó…

—Fuiste un taumaturgo maravilloso —dijo el tipo flacucho—. Si te despidieron fue por motivos políticos.

—No me insultes calificándome de maravilloso…, era genial…, soy genial…, no ha habido nunca, nunca, ¿me oyes, hijo?, nunca ha habido un taumaturgo que estuviese a mi altura, que inventara la mitad de las técnicas milagrosas que yo inventé…, y entonces me despidieron…

La voz se le fue apagando de repente. Era muy viejo y estaba muy débil, y el esfuerzo de aquella perorata apasionada lo había dejado exhausto.

—Señor, por favor, siéntate… —dijo el tipo flacucho.

—No me llames señor, hijo —le pidió Max Milagros. De joven había sido muy duro, y seguía siéndolo—. Tengo trabajo que hacer. Le estaba dando de comer a mi bruja cuando entrasteis; tengo que acabar con eso.

Seguidamente, levantó la puerta trampilla de la choza y bajó por la escalera al sótano, cerrando la puerta trampilla tras él. Cuando hubo hecho esto, se llevó el índice a los labios y corrió hasta la anciana que estaba preparando chocolate caliente sobre el hornillo de carbón. Max se había casado con Valerie hacía un millón de años —al menos eso parecía— en la Escuela de Taumaturgos, donde se encargaba de distribuir las pócimas con cucharón. Evidentemente no era una bruja, pero cuando Max comenzó a practicar su oficio, todos los taumaturgos debían tener una, y como a Valerie no le importaba, la llamaba bruja en público y ella aprendió lo suficiente de brujería como para hacerse pasar por una bruja en casos de apuro.

—¡Escucha, escucha! —le susurró Max señalando repetidas veces en dirección a la choza—. No adivinarás nunca lo que tengo allá arriba…, un gigante y un español.

—¿Un gigante en pañol? —inquirió Valerie, llevándose las manos al corazón; su oído ya no era lo que había sido.

—¡Un español! ¡Un español! Con cicatrices y todo, un tipo duro.

—Deja que roben lo que quieran. No tenemos nada por lo que merezca la pena luchar.

—No vienen a robar, sino a comprar algo. A mí. Tienen un cadáver allá

arriba y quieren un milagro.

—Siempre se te dieron bien los muertos —le recordó Valerie.

Desde que el despido estuvo a punto de acabar con él, que no lo veía hacer semejante esfuerzo para ocultar su entusiasmo. Por ello procuró controlar su propio entusiasmo. Ojalá volviese a trabajar. Su Max era tan genial, todos regresarían, hasta el último de sus pacientes. Max volvería a ser respetado, y por fin podrían abandonar aquella choza. En otras épocas, era allí donde probaban sus experimentos. Y ahora era su casa.

—Esta noche no tenías ningún otro compromiso urgente, ¿por qué no aceptas el caso? —añadió Valerie.

—Reconozco que podría hacerlo, pero de ser así ya conoces cómo es la naturaleza humana; seguro que tratarían de marcharse sin pagar. ¿Cómo puedo obligar a un gigante a que me pague si no quiere hacerlo? ¿Para qué quiero ese tipo de penas? Los mandaré a paseo y tú me subirás una buena taza de chocolate. Además, estaba enfrascado en la lectura de un artículo muy bien escrito que habla de las garras de águila.

—Cobra por adelantado. Ve. Exige. Si dicen que no, los echas. Si dicen que sí, me bajas el dinero y se lo haré tragar a la rana; nunca lo encontrarán si cambian de parecer e intentan recuperarlo.

Max comenzó a subir la escalera.

—¿Cuánto les pido? Llevo sin hacer milagros…, déjame pensar, unos tres años, ¿no? Los precios pueden haberse puesto por las nubes. Cincuenta, ¿no crees? Si tienen cincuenta, me lo pensaré. Si no, a la calle.

—Bien —dijo Valerie, y en cuanto Max cerró la puerta trampilla, subió en silencio la escalera y apoyó la oreja al techo.

—Señor, tenemos una prisa horrible, de modo que… —dijo una voz.

—No me vengas con prisas, hijo, si apresuras a un taumaturgo, tendrás unos milagros espantosos, ¿es eso lo que quieres?

—¿Lo harás, entonces?

—No he dicho que lo haría, hijo, no trates de presionar a un taumaturgo, y menos a éste; si intentas presionarme, te vas a la calle. ¿Cuánto dinero llevas?

—Fezzik, dame el dinero —ordenó la misma voz.

—Aquí está todo lo que tengo —retumbó una voz inmensa—. Cuéntalo, Íñigo.

Se produjo una pausa.

—Sesenta y seis. Es todo lo que tenemos —dijo el que se llamaba Íñigo.

Valerie se disponía a aplaudir de alegría cuando Max dijo:

—En mi vida he trabajado por tan poco dinero; tienes que estar de guasa; lo siento, discúlpame otra vez, tengo que hacer eructar a mi bruja, a estas alturas ya ha comido.

Valerie regresó rápidamente junto al fuego y esperó a que Max se reuniera con ella.

—No hay nada que hacer —le dijo él—. Sólo llevan veinte.

Valerie siguió revolviendo lo que tenía en el fuego. Sabía la verdad, pero temía decirla, de modo que puso en práctica otro plan.

—Nos estamos quedando sin cacao en polvo: esos veinte nos vendrían muy bien mañana, en casa del traficante.

—¿Que ya no queda cacao en polvo? —inquirió Max, visiblemente afectado. El chocolate era una de sus golosinas favoritas, después de los caramelos para la tos.

—Quizá, si fuera una buena causa, podrías rebajarte a trabajar por veinte —sugirió Valerie—. Vete a averiguar para qué necesitan el milagro.

—Seguro que me mentirán.

—Si tienes dudas, utiliza el fuelle de los bramidos. Porque verás, no me gustaría nada tener remordimientos de conciencia si el milagro no fuera para gente buena.

—Eres una dama muy insistente —dijo Max, pero volvió a subir—. Está bien —le dijo al tipo flacucho—, ¿qué hay de especial en este tipo para que tenga que resucitarlo a él de entre los cientos de personas que me vienen a fastidiar cada día para rogarme que les haga un milagro? Te advierto que será mejor que valga la pena.

Íñigo estuvo a punto de responderle: «Para que pueda decirme cómo matar al conde Rugen», pero no le pareció que fuese el tipo de cosa que, en opinión de un taumaturgo chiflado, fuera a contribuir a la mejoría general de la humanidad, de modo que le dijo:

—Tiene una esposa y quince hijos, no tienen nada para comer, si sigue siendo cadáver, ellos se morirán de hambre, de modo que…

—Ay, hijo, qué mentiroso eres —dijo Max; se dirigió a un rincón y sacó un enorme fuelle—. Se lo preguntaré a él —gruñó, subiendo el fuelle hacia Westley.

—Es un cadáver, no puede hablar —le recordó Íñigo.

—Nosotros tenemos nuestros métodos —fue todo lo que Max le contestó, e introdujo el enorme fuelle por la garganta de Westley y comenzó a bombear —. Verás —le explicó Max mientras bombeaba—, hay distintas clases de muertos. Están los más bien muertos, los muertos en su mayoría y los totalmente muertos. Este tipo que tenemos aquí sólo está más bien muerto, lo cual significa que en su interior conserva una memoria, sigue teniendo trocitos de cerebro. Si se aplica una pequeña presión aquí y otro poco más allá, a veces se consiguen resultados.

Westley comenzaba a hincharse ligeramente debido al bombeo al que le estaban sometiendo.

—¿Qué haces? —preguntó Fezzik, que empezaba a mostrarse preocupado.

—No te preocupes, le estoy llenando los pulmones; te aseguro que no le duele nada. —Dejó de bombear el fuelle al cabo de unos instantes, y luego comenzó a gritar en la oreja de Westley—: ¿Qué es tan importante? ¿Qué hay aquí por lo que merezca la pena regresar? ¿Qué habrá aquí esperándote? —Max volvió a llevar el fuelle a su rincón y luego cogió papel y lápiz—. La respuesta tardará un rato en encontrar el camino de salida, de modo que podemos aprovechar para que me contestéis algunas preguntas. ¿En qué medida conocéis a este hombre?

Íñigo no tenía muchas ganas de contestar a esa pregunta, puesto que habría resultado raro reconocer que de vivo lo habían visto en una sola ocasión, y para enfrentarse a un duelo a muerte.

—¿A qué te refieres exactamente? —repuso.

—Pues, por ejemplo —dijo Max—, ¿tenía cosquillas o no?

—¿Cosquillas? —rugió Íñigo indignado—. ¡Cosquillas! Estamos hablando de una cuestión de vida o muerte, ¿y tú me hablas de cosquillas?

—A mí no me grites —rugió Max a su vez—, y no te burles de mis métodos…, las cosquillas resultan tremendamente útiles en los casos adecuados. En cierta ocasión tuve un cadáver en peor estado que este tipo, estaba muerto en su mayor parte, y yo venga a hacerle cosquillas, venga a hacerle cosquillas. Se las hice en los dedos de los pies y en los sobacos, y en las costillas, y con una pluma de pavo real, le hice cosquillas en el ombligo; y así estuve todo el día y toda la noche y al amanecer del día siguiente…, fíjate bien lo que te digo, al amanecer del día siguiente… el cadáver dijo: «Lo detesto». Y yo le pregunté: «¿Qué es lo que detestas?». Y él me contestó: «Que me hagan cosquillas; he recorrido todo el camino que nos separa de los muertos para volver y pedirte que pares». Entonces yo le dije: «¿Quieres decir que esto que te hago ahora con la pluma de pavo real te molesta?». Y él me contestó: «No puedes llegar a hacerte una idea de cuánto me fastidia». Por

supuesto que yo seguí haciéndole preguntas sobre las cosquillas, para que siguiera hablándome y contestándome, porque supongo que no será preciso que os diga que cuando logras que un cadáver se enrede en una conversación, la batalla ya está medio ganada.

—Veeer… dddro mmoor…

Aterrado, Fezzik se aferró a Íñigo y los dos se dieron la vuelta como impelidos por un resorte y se quedaron mirando al hombre de negro, que volvía a estar callado.

—Ha dicho verdadero amor —gritó Íñigo—. Ya lo has oído…, quiere volver por el verdadero amor. Sin duda es un motivo que merece la pena.

—Hijo, no vengas a decirme a mí qué es lo que merece la pena… el amor verdadero es lo mejor del mundo, después de los caramelos para la tos. Es de público conocimiento.

—Entonces, ¿lo salvarás? —inquirió Fezzik.

—Sin duda, lo salvaría, si hubiese dicho «verdadero amor», pero habéis oído mal, mientras que yo, como soy experto en fuelles de bramidos, os diré lo que cualquier experto en lenguas se sentirá feliz de confirmar; es decir, que el sonido *f* es el que a un cadáver le resulta más difícil de dominar; por lo tanto sale como una *v*, y lo que tu amigo dijo fue «verdadero barol», queriendo referirse obviamente a un «farol»…, por lo que resulta evidente que está metido en un asunto oscuro o en un juego de cartas y quiere ganar, y es más evidente aún que no constituye motivo suficiente para hacer un milagro. Lo siento, nunca cambio de parecer cuando decido algo, adiós, y llevaos vuestro cadáver.

—¡Mentiroso, mentiroso! —chilló de repente una voz desde la puerta trampilla, ahora abierta.

Max Milagros se volvió.

—Vete para abajo, bruja… —le ordenó.

—No soy una bruja, soy tu esposa… —dijo avanzando hacia él hecha una pequeña furia envejecida—, y después de lo que has hecho, dudo que desee seguir siéndolo… —Max Milagros trató de calmarla, pero no había manera de convencerla—. Ha dicho «verdadero amor», Max…, incluso yo logré oírlo…, «verdadero amor, verdadero amor».

—No sigas —le pidió Max, a lo que se añadió una súplica que provenía de alguna parte.

Valerie se volvió hacia Íñigo y le comentó:

—Te rechaza porque tiene miedo…, tiene miedo de estar acabado, de que

los milagros hayan abandonado esos dedos que una vez fueron majestuosos…

—No es verdad —protestó Max.

—Tienes razón —convino Valerie—, no es verdad…, nunca fueron majestuosos, Max…, nunca fuiste bueno.

—La curación por cosquillas…, estabas presente…, tú lo viste…

—Pura chiripa…

—Todos los ahogados que resucité…

—Casualidad…

—Valerie, llevamos ochenta años casados, ¿cómo puedes hacerme esto?

—Porque el amor verdadero se está muriendo y tú no tienes la decencia de decir por qué no quieres ayudar…, pues yo sí, y te diré más, el príncipe Humperdinck hizo bien en despedirte…

—No pronuncies ese nombre en mi choza, Valerie…, prometiste que nunca pronunciarías ese nombre…

—Príncipe Humperdinck, príncipe Humperdinck, príncipe Humperdinck, él sí que sabe reconocer los fraudes cuando los ve…

Max echó a correr hacia la puerta trampilla tapándose las orejas con las manos.

—Éste es el amor verdadero de su prometida —dijo entonces Íñigo—. Si le devuelves la vida, él impedirá la boda del príncipe Humperdinck…

Max se quitó las manos de las orejas.

—¿O sea que si este cadáver de aquí resucita, el príncipe Humperdinck sufrirá?

—Humillaciones a granel —repuso Íñigo.

—Pues ése sí que es un motivo que vale la pena —dijo Max Milagros—. Dame los sesenta y cinco, acepto el caso. —Se arrodilló junto a Westley y murmuró—: Mmm.

—¿Qué? —inquirió Valerie. Conocía aquel tono.

—Mientras perdíais el tiempo con tanta charla, ha pasado al estado de muerto total.

Valerie le dio una serie de golpecitos a Westley en distintas zonas.

—Se está endureciendo —dijo—. Tendrás que solucionarlo de alguna manera.

Max le dio también unos cuantos golpecitos y le preguntó a Valerie:

—¿Te parece que el oráculo estará levantado?

Valerie le echó un vistazo al reloj y repuso:

—No lo creo, ya es casi la una. Además, ya no me fío tanto de ella.

—Ya lo sé —dijo Max asintiendo—, pero habría sido bueno tener una idea somera sobre si esto va a funcionar o no. —Se restregó los ojos—. Ah, qué cansado estoy; ojalá hubiese sabido que se me iba a presentar este trabajo, porque esta tarde habría echado una siesta. —Se encogió de hombros—. Ya no tiene remedio, lo hecho, hecho está. Tráeme la Enciclopedia de Hechizos y el Apéndice de Maleficios.

—Creí que lo sabías todo sobre este tipo de cosas —comentó Íñigo; era él quien comenzaba a mostrarse preocupado.

—He perdido práctica, me he retirado hace tres años, y con las recetas para la resurrección no se juega. Un pequeño ingrediente que falle, y todo te estalla en la cara.

—Aquí tienes el Libro de Maleficios y las gafas —dijo Valerie entre jadeos al subir por la escalera del sótano. Mientras Max comenzaba a pasar las hojas, ella se volvió hacia Íñigo y Fezzik, que andaban por ahí dando vueltas, y les dijo—: Podéis ayudar.

—Lo que tú mandes —dijo Fezzik.

—Decidnos cualquier cosa que pueda ser útil. ¿Cuánto tiempo tenemos para hacer el milagro? Si logramos hacerlo…

—Cuando logremos hacerlo —la corrigió Max levantando la vista del Libro de Maleficios.

Su voz sonaba ahora más fuerte.

—Cuando logremos hacerlo —repitió Valerie—, ¿cuánto tiempo ha de conservar su eficacia completa? ¿Qué es lo que vais a hacer exactamente?

—Pues es difícil de predecir —respondió Íñigo—, porque lo primero que hemos de hacer es tomar el castillo por asalto, y nunca se puede estar seguro de cómo van a salir esas cosas.

—Una píldora de una hora bastará —dijo Valerie—. Una de dos, o bien os sobrará tiempo o bien estaréis los dos muertos, ¿por qué no lo dejamos en una hora?

—Es que los tres vamos a luchar —le aclaró Íñigo—. Entonces, cuando hayamos tomado el castillo por asalto, debemos impedir que se celebre la boda, raptar a la princesa y huir, dejando en alguna parte un hueco para que

pueda enfrentarme a duelo con el conde Rugen.

Valerie se quedó visiblemente sin energías. Abrumada, se dejó caer en una silla.

—Max —le dijo a su marido, dándole unos golpecitos en el hombro—, no hay nada que hacer.

—¿Eh? —dijo él levantando la vista del libro.

—Necesitan un cadáver que pueda luchar.

Max cerró el Libro de Maleficios y dijo:

—No hay nada que hacer.

—Pero acabo de comprar un milagro —insistió Íñigo—. Te he pagado sesenta y cinco.

—Fíjate en esto —le dijo Valerie aporreando el pecho de Westley—, nada. ¿Alguna vez has oído algo tan hueco? A este hombre le han chupado la vida. Tardará meses en recuperar las fuerzas.

—Pero no disponemos de meses…, ya es más de la una, y la boda se celebrará esta tarde, a las seis. ¿Qué partes podrán funcionar correctamente en diecisiete horas?

—Bueno —dijo Max calculando—. Sin duda alguna, la lengua, ciertamente el cerebro, y con suerte, quizá logre andar un poco si lo empujas con suavidad en la dirección adecuada.

Íñigo lanzó una mirada desesperada a Fezzik.

—¿Qué queréis que os diga? Necesitáis una fantasmagoría.

—Y jamás habríais podido conseguir una por sesenta y cinco —añadió Valerie a manera de consuelo.

Aquí he efectuado un pequeño recorte, quizá de unas veinte páginas. Básicamente, lo que sigue es una serie de escenas alternadas en las que se describe lo que ocurre en el castillo y en casa del taumaturgo: el autor va de un sitio al otro, y cada vez que cambia de lugar da la hora, una especie de «quedaban once horas para las seis de la tarde y…», ese tipo de cosas. Morgenstern utiliza este recurso principalmente porque lo que de veras le interesa, como siempre, es satirizar a la monarquía y dejar bien claro lo tontos que eran siguiendo todas aquellas antiguas tradiciones, como la de besar el anillo sagrado del tatarabuelo Fulano, etcétera.

En esta parte figura la primera escena de acción que he quitado, y os explicaré por qué: Íñigo y Fezzik deben llevar a cabo una cierta cantidad de proezas para conseguir los ingredientes necesarios para la píldora de la

resurrección; por ejemplo, Íñigo ha de encontrar un poco de rana en polvo, mientras que Fezzik va a buscar el barro del holocausto; para hacerse con este último ingrediente, en primer lugar Fezzik debe adquirir una capa del holocausto para no morir quemado al recoger el barro, etcétera. En fin, que estoy convencido de que esto es más o menos lo mismo que cuando el mago de Oz envía a los amigos de Dorothy al castillo de la bruja malvada a buscar los zapatos de rubíes; es más o menos la misma «atmósfera», no sé si me explico, y a estas alturas en que el libro va alcanzando su punto álgido, no quería arriesgarme a que el lector dijera: «Vaya, es exactamente como en los libros de Oz». Pero aquí viene la sorpresa: la versión florinesa de Morgenstern vio la luz antes de que Baum escribiera El mago de Oz*, de modo que a pesar de que él fuera el creador, la cosa aparece justamente como si fuese al revés. Sería bonito que alguien, quizá un candidato a doctor en filosofía que anduviera por ahí suelto, hiciese algo por la reputación de Morgenstern, pues, os lo digo con toda sinceridad, si ser pasado por alto significa sufrir, el hombre ha sufrido mucho.*

El otro motivo por el que efectué este recorte es el siguiente: vosotros sabéis que la píldora de la resurrección tiene que funcionar. Porque no se pasa uno tanto rato con una pareja de locos como Max y Valerie para que la cosa acabe en fracaso. Al menos un genio como Morgenstern no lo hubiera hecho.

Una última cosa: Hiram, mi editor, tuvo la impresión de que la parte que habla de Max Milagros está teñida de unos acentos demasiado judíos, demasiado contemporáneos. En eso dejé que se saliera con la suya; para mí éste es un punto muy delicado; citaré un solo ejemplo: en Butch Cassidy and the Sundance Kid *hay una frase en la que Butch dice: «Yo tengo visión, y el resto del mundo usa bifocales». Uno de mis geniales productores comentó: «Hay que sacar esa frase; no permitiré que mi nombre salga en la película si dejan esa frase». Entonces le pregunté por qué, y el tipo me contestó: «En aquella época no hablaban así; es anacronismo». Entonces recuerdo que le expliqué: «Ben Franklin usaba bifocales…, Ty Cobb era el bateador campeón de la Liga Americana cuando vivían estos tipos…, mi madre vivía cuando vivían estos tipos y ella también usaba bifocales». Nos estrechamos la mano y acabamos siendo enemigos, pero la frase salió en la película.*

Esto viene por lo siguiente: si Max y Valerie parecen judíos, ¿por qué no deberían parecerlo? ¿O acaso creéis que un tipo llamado Simón Morgenstern era católico irlandés? Es gracioso…, los padres de Morgenstern se llamaban Max y Valerie y su padre era médico. La vida imita al arte, el arte imita la vida; nunca sé bien cómo va la frase, es más o menos lo mismo que me ocurre con el clarete, nunca logro recordar si es Burdeos o Borgoña. Supongo que lo que realmente importa es que los dos saben bien, igual que Morgenstern; por

lo tanto, retomaremos el hilo de la historia más tarde, trece horas más tarde, para ser exacto, a las cuatro, dos horas antes de la boda.

—¿Quieres decir que eso es todo? —inquirió Íñigo, asombrado.

—Es todo —repuso Max, asintiendo orgulloso.

Desde sus épocas gloriosas que no trasnochaba tanto, y se sentía estupendamente. Valerie no cabía en sí de orgullo.

—Hermoso —dijo. Se volvió hacia Íñigo y le comentó—: Pareces muy decepcionado…, ¿qué aspecto creías que iba a tener la píldora de la resurrección?

—Pues no pensaba que se pareciera a un terrón de arcilla del tamaño de una pelota de golf —repuso Íñigo.

(Soy yo otra vez. Es el último inciso de este capítulo: esto tampoco es un anacronismo; hace siete siglos, en Escocia, había pelotas de golf, es más, no olvidéis que Íñigo había estudiado con MacPherson, el escocés. De hecho, todo lo que escribió Morgenstern es históricamente exacto; leed cualquier libro decente sobre la historia de Florin.)

—Normalmente, en el último momento las recubro con una capa de chocolate; les da mucho mejor aspecto —dijo Valerie.

—Han de ser las cuatro —dijo entonces Max—. Será mejor que prepares el chocolate, para que le dé tiempo a endurecerse.

Valerie se llevó consigo el terrón y se dispuso a bajar la escalera hacia la cocina.

—Nunca has hecho un trabajo mejor; sonríe.

—¿Funcionará sin dificultades? —preguntó Íñigo.

Max asintió con mucha convicción. Pero no sonrió. Había algo que le daba vueltas en la cabeza; nunca se olvidaba de nada, al menos no de las cosas importantes, y de ésta tampoco se olvidó.

Pero la cuestión fue que no se acordó a tiempo…

A las cinco menos cuarto, el príncipe Humperdinck requirió la presencia de Yellin en sus aposentos. Yellin acudió de inmediato, aunque temía lo que iba a ocurrir. De hecho, Yellin ya había redactado su carta de renuncia, y la llevaba en un sobre en el bolsillo.

—Alteza —comenzó a decir Yellin.

—Quiero un informe —exigió el príncipe Humperdinck.

Iba brillantemente vestido de blanco, su traje de bodas. Seguía

pareciéndose a un enorme barril, pero más reluciente.

—Todos vuestros deseos han sido cumplidos, alteza. Me he encargado personalmente de cada detalle.

Yellin estaba muy cansado, y hacía rato que tenía los nervios destrozados.

—Explícate —le ordenó el príncipe.

Faltaban setenta y cinco minutos para que asesinara una mujer por primera vez en su vida, y se preguntó si sería capaz de rodearle el cuello con las manos antes de que comenzara a gritar. Se había pasado toda la tarde practicando con salchichas gigantes y dominaba bastante bien los movimientos, pero había que admitir que las salchichas gigantes no eran cuellos y que ni aun deseándolo fervientemente podrían convertirse en tales.

—Todas las entradas al castillo han sido cerradas esta misma mañana, excepto la puerta principal. Ésa es ahora la única manera de entrar, y de salir. He cambiado la cerradura del portal principal. La nueva cerradura sólo tiene una llave que llevo conmigo a todas partes. Cuando estoy fuera con los cien hombres, la llave está en la parte exterior de la cerradura y nadie puede abandonar el castillo desde dentro. Cuando estoy con vos, como ocurre ahora, la llave está en la parte interior de la cerradura, y nadie puede entrar desde fuera.

—Sígueme —le ordenó el príncipe, dirigiéndose al amplio ventanal de sus aposentos. Señaló hacia afuera. Debajo del ventanal había un hermoso jardín. Más allá, se encontraban los establos privados del príncipe. Más allá aún, se erguía el muro exterior del castillo—. Por ahí entrarán ellos —dijo—. Escalando el muro, a través de mis establos, atravesarán el jardín, llegarán a mi ventanal, estrangularán a la reina y saldrán por el mismo sitio por donde entraron sin que nos enteremos.

—¿Ellos? —inquirió Yellin, aunque ya conocía la respuesta.

—Los guilderianos, está claro.

—Pero el muro que sugerís es el más alto de todos los que rodean el castillo de Florin. Tiene quince metros de altura en ese punto…, es el sitio menos probable de ataque.

Intentó desesperadamente no perder el control.

—Razón de más para que escojan este lugar; además, el mundo entero sabe que los guilderianos son unos escaladores insuperables.

Yellin jamás había oído ningún comentario al respecto. Siempre había creído que el título de escaladores insuperables correspondía a los suizos.

—Alteza —dijo, en un último intento—. Ninguno, ni uno solo de mis

espías, me ha informado aún de que exista una sola conspiración contra la princesa.

—Una autoridad incuestionable me ha hecho saber que se producirá un intento de estrangular a la princesa esta misma noche.

—En ese caso —dijo Yellin, hincándose sobre una rodilla y tendiéndole el sobre— debo renunciar. —Era una decisión difícil… Los Yellin se habían encargado de hacer cumplir la ley durante generaciones, y se tomaban su trabajo mucho más que en serio—. No estoy cumpliendo bien con mi trabajo, sire; os ruego que me perdonéis y que me creáis cuando os digo que mis fallos han sido producto del cuerpo y de la mente, pero no del corazón.

El príncipe Humperdinck se encontró, de repente, en un genuino apuro, porque una vez concluida la guerra, necesitaba que alguien se quedase en Guilder como gobernante, y dado que él no podía estar en dos sitios a la vez, y en vista de que los únicos hombres en los que confiaba eran Yellin y el conde, el primero era el más indicado para el cargo, pues el conde jamás iba a aceptar el trabajo, obsesionado como estaba en aquellos días por terminar con su estúpido Detonador del Dolor.

—No acepto tu renuncia porque estás cumpliendo bien con tu trabajo, y no existe ninguna conspiración, sino que yo mismo asesinaré a la reina esta misma noche, y tú gobernarás Guilder en mi nombre cuando acabe la guerra. Y ahora ponte de pie.

Yellin no sabía qué decir. «Gracias», le parecía demasiado inadecuado, pero fue todo lo que se le ocurrió.

—Cuando se haya celebrado la boda, la enviaré aquí para que se prepare; entretanto, con unas botas que he conseguido, dejaré unas huellas que van desde el muro a la alcoba y de vuelta de la alcoba al muro. Como tú eres el encargado de hacer cumplir la ley, espero que no tardes mucho en verificar mis temores de que las huellas sólo pudieron ser hechas por las botas de soldados guilderianos. Una vez aclarado ese punto, será preciso efectuar una o dos proclamas reales; mi padre puede abdicar por no ser apto para la batalla, y muy pronto, tú, mi querido Yellin, vivirás en el castillo de Guilder.

Yellin reconocía un discurso de despedida con sólo oírlo.

—Me marcho sin más sentimiento en mi corazón que el de serviros.

—Gracias —dijo Humperdinck, satisfecho, porque, al fin y al cabo, la lealtad era una cosa que no se compraba. Con esos ánimos, cuando estuvieron junto a la puerta le dijo a Yellin—: Ah, por cierto, si ves al albino, dile que puede presenciar mi boda desde el fondo de la iglesia, que no hay ningún problema.

—A vuestras órdenes, majestad —dijo Yellin, y luego añadió—: Pero no sé dónde está mi primo…, hace menos de una hora fui a buscarlo y no lo encontré por ninguna parte.

El príncipe comprendía la importancia de una noticia en cuanto la oía; no en vano era el más grande cazador del mundo; además, si algo podía decirse del albino era que siempre se lo podía encontrar.

—Dios mío, no supondrás que realmente existe una conspiración, ¿verdad? El momento es perfecto; el país está en fiestas; si Guilder se dispusiera a cumplir quinientos años, sé que yo los atacaría.

—Me marcho a toda prisa al portal y lucharé hasta la muerte si es preciso —dijo Yellin.

—Eres un buen hombre —le gritó el príncipe cuando Yellin se marchaba.

Si se producía un ataque, sería en el momento más ajetreado, durante la boda, de manera que tendría que adelantarla. Las cosas de palacio iban despacio; no obstante, él tenía autoridad. El horario de las seis de la tarde quedaba descartado. Se casaría, a más tardar, antes de la cinco y media.

A las cinco, Max y Valerie estaban en el sótano bebiendo café.

—Será mejor que te vayas directo a la cama —dijo Valerie—, pareces muy preocupado. No puedes pasarte toda la noche en vela como si fueras un mocoso.

—No estoy cansado —dijo Max—. Pero en lo otro sí que tienes razón.

—Cuéntaselo a mamá —le pidió Valerie, se acercó a él y le acarició la calva.

—Es que he estado recordando cosas sobre la píldora.

—Es una píldora preciosa, cariño. Puedes sentirte orgulloso.

—Creo que la he pifiado en las cantidades. ¿No querían una hora? Cuando dupliqué las cantidades indicadas en la receta, creo que me quedé corto. Dudo que funcione durante más de cuarenta minutos.

Valerie se le sentó en las rodillas.

—Seamos sinceros el uno con la otra: está claro que eres un genio, pero hasta los genios pierden práctica. Estuviste tres años sin trabajar. Cuarenta minutos serán más que suficientes.

—Supongo que tienes razón. De todos modos, ¿qué podemos hacer? Lo hecho, hecho está.

—Con todas las presiones a las que has estado sometido, si llega a

funcionar, será un milagro.

Max tuvo que darle la razón.

—Una fantasmagoría —dijo, moviendo la cabeza afirmativamente.

El hombre de negro estaba casi tieso del todo cuando Fezzik llegó al muro. Faltaba muy poco para las cinco y Fezzik había cargado con el cadáver durante todo el trayecto desde la casa de Max Milagros, yendo de callejuela en callejuela, de callejón en callejón; aquélla era una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, aunque no agotadora. Ni siquiera jadeaba. Pero si la píldora no era nada más que lo que parecía, una porción de chocolate, entonces él, Fezzik, se pasaría el resto de su vida teniendo pesadillas en las que los cuerpos se pondrían tiesos entre sus manos.

Cuando por fin se encontró en la sombra del muro, le preguntó a Íñigo.

—¿Y ahora qué?

—Hemos de comprobar si sigue siendo seguro. Quizá nos hayan tendido una trampa.

Era la misma parte del muro que conducía hacia el Zoo, ubicado en el extremo más alejado de los terrenos del castillo. Pero si habían descubierto el cuerpo del albino, cualquiera sabía qué podía esperarles.

—¿Subo yo entonces? —preguntó Fezzik.

—Subiremos los dos —contestó Íñigo—. Apóyalo contra el muro y ayúdame.

Fezzik inclinó al hombre de negro para que no corriera el peligro de caer y esperó a que Íñigo subiera sobre sus hombros.

Entonces comenzó a escalar. La más mínima hendidura del muro le bastaba para meter los dedos; la imperfección más ínfima era todo lo que necesitaba. Escaló rápidamente, pues ya estaba familiarizado con el muro, y al cabo de un momento, Íñigo logró sujetarse de la parte superior y decirle:

—Todo en orden; vuelve a bajar.

Y Fezzik volvió junto al hombre de negro y esperó.

Íñigo se arrastró por lo alto del muro en medio de un silencio mortal. A lo lejos, vio la entrada del castillo y los soldados armados que la flanqueaban… Más cerca se hallaba el Zoo. Y un poco más allá, entre los frondosos matorrales, en el extremo más alejado del muro, logró distinguir el cuerpo inerte del albino. Todo seguía igual. Estaban seguros, al menos por el momento. Le hizo una seña a Fezzik y éste sujetó al hombre de negro entre las piernas; en silencio, comenzó a escalar valiéndose de sus brazos.

Cuando se reunieron todos en lo alto del muro, Íñigo tendió al muerto y a toda prisa se dirigió al sitio desde donde se podía ver bien la entrada principal. El sendero que iba desde el muro exterior al portal principal del castillo se inclinaba ligeramente hacia abajo, no era una pendiente demasiado pronunciada, pero era uniforme. Debía de haber por lo menos unos…, Íñigo los contó rápidamente…, unos cien hombres aprestados. Y calculó que serían las cinco y cinco, quizá las cinco y diez. Faltaban cincuenta minutos para la boda, Íñigo se dio la vuelta y regresó junto a Fezzik.

—Creo que deberíamos darle la píldora —le dijo—. Deben de faltar unos cuarenta y cinco minutos para la ceremonia.

—Eso significa que apenas le sobrará un cuarto de hora para huir —calculó Fezzik—. Creo que deberíamos esperar por lo menos hasta las cinco y media. Media hora antes, media hora después.

—No —dijo Íñigo—. Impediremos la boda antes de que tenga lugar…, es la mejor manera, al menos en mi opinión. Para cogerles desprevenidos debemos atacar en la conmoción que precede al acontecimiento.

Fezzik se quedó sin argumentos.

—De todos modos —prosiguió Íñigo—, ignoramos cuánto se tarda en tragar algo así.

—Yo sería incapaz de tragármela. Estoy seguro.

—Tendremos que obligarlo —dijo Íñigo desenvolviendo el terrón color chocolate—. Como a una oca. Le pondremos las manos alrededor del cuello, la haremos bajar y que sea lo que Dios quiera.

—Estoy de acuerdo contigo, Íñigo —dijo Fezzik—. Dime qué debo hacer.

—Creo que será mejor que lo sentemos, ¿no te parece? A mí me resulta más fácil tragar cuando estoy sentado que cuando estoy acostado.

—Nos va a costar trabajo —dijo Fezzik—. Ya está completamente frío. Me parece que no se doblará así como así.

—Puedes obligarlo —sugirió Íñigo—. Siempre he tenido confianza en ti, Fezzik.

—Gracias —repuso Fezzik—. Pero, por favor, nunca me dejes solo. —Colocó el cadáver entre los dos, e intentó que se doblara por la mitad, pero el hombre de negro estaba tan tieso que Fezzik tuvo que sudar la gota gorda para ponerlo en ángulo recto—. ¿Cuánto crees que deberemos esperar para saber si el milagro ha funcionado o no?

—Sé tanto como tú —respondió Íñigo—. Ábrele la boca lo más que puedas e inclínale la cabeza un poco hacia atrás, se la meteremos y veremos

qué pasa.

Fezzik estuvo maniobrando un rato con la boca del hombre de negro, disponiéndola tal como Íñigo le había dicho, logró poner bien el cuello al primer intento; Íñigo se arrodilló, se inclinó sobre la cavidad y echó la píldora dentro; cuando la píldora rozó la garganta, oyó decir:

—No pudisteis derrotarme solos, mal paridos; pues bien, os he derrotado a cada uno por separado y os derrotaré a los dos juntos.

—¡Estás vivo! —exclamó Fezzik.

El hombre de negro permaneció sentado e inmóvil, y como el muñeco de un ventrílocuo, sólo movía la boca.

—Es tal vez la observación más infantil y obvia que jamás he oído en mi vida, pero de un estrangulador no se puede esperar otra cosa. ¿Por qué no puedo mover los brazos?

—Has estado muerto —le explicó Íñigo.

—Y no te estamos estrangulando —añadió Fezzik—, sólo queríamos que te tragaras la píldora.

—La píldora de la resurrección —le aclaró Íñigo—. Se la compré a Max Milagros, y su efecto dura sesenta minutos.

—¿Qué pasa al cabo de los sesenta minutos? ¿Vuelvo a morirme? —preguntó Westley.

(No eran sesenta minutos; eso era lo que ellos creían. En realidad eran cuarenta, y ya habían perdido uno hablando, de modo que les quedaban treinta y nueve.)

—No lo sabemos. Probablemente te caigas redondo y necesites cuidados durante un año, o lo que tardes en recuperar las fuerzas.

—Ojalá recordara cómo era lo de estar muerto —dijo el hombre de negro —. Para poder apuntarlo. Me haría rico con un libro así. Tampoco puedo mover las piernas.

—Todo se andará. Es lógico que no puedas moverlas. Max dijo que la lengua y el cerebro eran cosas seguras y que probablemente serías capaz de moverte, pero despacio.

—Lo último que recuerdo es que me moría, ¿qué hago entonces aquí, en lo alto de este muro? ¿Somos enemigos? ¿Tenéis nombre? Soy el temible pirata Roberts, pero podéis llamarme Westley.

—Fezzik.

—Íñigo Montoya, de España. Deja que te explique lo que ha ocurrido… —Se interrumpió y meneó la cabeza. Luego prosiguió—: No. Son demasiadas cosas, nos llevaría demasiado tiempo, o sea que permíteme que te lo resuma: la boda es a las seis, lo que nos deja un margen de un poco más de media hora para entrar, raptar a la chica y salir; pero antes tengo que matar al conde Rugen.

—¿Qué tenemos en contra?

—En el castillo sólo hay una entrada habilitada y está vigilada por unos cien hombres.

—Mmm —murmuró Westley, no tan desanimado como habría estado de costumbre, porque en ese mismo momento comenzó a mover los dedos de los pies—. ¿Y a nuestro favor?

—Tu cerebro, la fuerza de Fezzik y mi acero.

Westley dejó de mover los dedos de los pies.

—¿Eso es todo? ¿Nada más?

Íñigo intentó explicárselo.

—Hemos estado sometidos a una carrera contra reloj desde el principio. Ayer por la mañana, por ejemplo, yo no era más que un borracho perdido y Fezzik trabajaba para la Brigada Brutal.

—Es imposible —gritó Westley.

—Soy Íñigo Montoya y no acepto la derrota…, ya se te ocurrirá algo. Tengo plena confianza en ti.

—Se casará con Humperdinck y yo no podré hacer nada —dijo Westley, cegado por la desesperación—. Tendedme otra vez y dejadme solo.

—Te das por vencido muy fácilmente. Nosotros hemos luchado contra monstruos para llegar hasta ti, lo hemos arriesgado todo porque tú tienes la sagacidad necesaria para resolver los problemas. Tengo la confianza plena y absoluta de que tú…

—Quiero morirme —susurró Westley, y cerró los ojos—. Si tuviera un mes para planificar el ataque, quizá podría ocurrírseme algo, pero esto… —La cabeza se le bamboleó de un lado al otro—. Lo siento. Dejadme.

—Acabas de mover la cabeza —comentó Fezzik, haciendo lo imposible por parecer alegre—. ¿Te levanta eso la moral?

—¿Mi cerebro, tu fuerza y su acero contra cien hombres? ¿Y crees que un ligero movimiento de cabeza debería hacerme feliz? ¿Por qué no me dejasteis con la muerte? Esto es peor. Yo aquí tendido, impotente, mientras mi

verdadero amor se casa con mi asesino.

—Sé que en cuanto superes tus arrebatos emocionales, encontrarás una…

—¡Aah! Si al menos tuviésemos una carretilla, algo se podría hacer —comentó Westley.

—¿Dónde pusimos la carretilla del albino? —preguntó Íñigo.

—Junto al albino, creo —replicó Fezzik.

—Quizá logremos conseguir una —dijo Íñigo.

—¿Y por qué no la mencionaste entre las cosas a nuestro favor? —inquirió Westley sentándose y mirando las tropas apiñadas en la distancia.

—Acabas de sentarte —dijo Fezzik, e insistió en parecer alegre.

Westley continuó observando las tropas y la pendiente que conducía hacia ellas. Meneó la cabeza, y luego dijo:

—Qué no daría yo por una capa del holocausto.

—En eso no podemos ayudarte —le dijo Íñigo.

—¿Creéis que servirá ésta? —preguntó Fezzik sacando su capa del holocausto.

—¿De dónde…? —comenzó a preguntar Íñigo.

—Cuando tú buscabas la rana en polvo… —respondió Fezzik—. Es que me caía tan bien que la escondí para quedármela.

Westley se puso en pie.

—Está bien. Luego necesitaré una espada.

—¿Para qué? —inquirió Íñigo—. Si apenas podrías empuñarla.

—Es cierto —convino Westley—. Pero eso no es de conocimiento público. Escuchadme bien, cuando estemos dentro, quizá tengamos problemas.

—Y tanto que tendremos problemas —lo interrumpió Íñigo—. ¿Cómo impedimos la boda? Y cuando la hayamos impedido, ¿cómo encontramos al conde? Y cuando lo haya hecho, ¿dónde volveré a encontrarte? Y cuando estemos juntos, ¿cómo huiremos? Y cuando hayamos huido…

—No lo fastidies con tantas preguntas —le ordenó Fezzik—. Tómatelo con más calma, el pobre ha estado muerto.

—Sí, sí, es verdad, lo siento —se excusó Íñigo.

El hombre de negro comenzó a moverse muy, muy despacio en lo alto del muro. Él solo. Fezzik e Íñigo lo siguieron en la oscuridad, en dirección a la

carretilla. Del aire se desprendía un cierto entusiasmo; era un hecho innegable.

Buttercup, por su parte, no sentía ningún entusiasmo. En realidad, no recordaba haber experimentado una sensación de calma tan maravillosa. Su Westley vendría a buscarla; ése era su mundo. Desde el momento en que el príncipe la había llevado a rastras a su alcoba, se había pasado las horas siguientes pensando en la manera de hacer feliz a Westley. Era imposible que no pudiera impedir la boda. Ése era el único pensamiento que lograba sobrevivir el recorrido de su mente consciente.

De manera que al enterarse de que la boda sería adelantada, no se mostró en absoluto molesta. Westley siempre estaba preparado para cualquier contingencia, y si podía rescatarla a las seis, tampoco le costaría demasiado esfuerzo hacerlo felizmente a las cinco y media.

En realidad, el príncipe Humperdinck logró organizarlo todo mucho más deprisa de lo que había esperado. Eran las cinco y veintitrés minutos cuando él y su futura esposa se encontraron arrodillados ante el archideán de Florin. Eran las cinco y veinticuatro cuando el archideán comenzó a hablar.

Y las cinco y veinticinco cuando comenzaron los gritos justo delante del portal principal.

Buttercup se limitó a esbozar una leve sonrisa. «Aquí viene mi Westley», fue todo lo que pensó.

En realidad, no era su Westley el causante de la conmoción. Westley hacía lo imposible para bajar solo, sin doblarse, la pendiente que conducía al portal principal. Delante de él, Íñigo luchaba con la pesada carretilla. El motivo de tanto peso era que Fezzik iba montado en ella, con los brazos abiertos y los ojos llameantes, mientras con voz potente y llena de ira exclamaba una y otra vez:

—¡Soy el temible pirata Roberts y no habrá supervivientes!

Su voz reverberaba más y más a medida que su rabia iba en aumento. Su figura imponente, que en total mediría cerca de los tres metros, se deslizaba en la oscuridad acompañada de una voz acorde con tamaña monumentalidad. Pero ése tampoco era el motivo de tanto griterío.

Desde su puesto junto al portal, Yellin se mostró razonablemente molesto al ver al gigante rugiente deslizarse hacia ellos en la oscuridad. No era que dudase de que sus cien hombres serían capaces de despachar al gigante; lo que realmente le molestaba era que el gigante también se daría cuenta de eso, y como era lógico, en la oscuridad de ahí fuera, tenía que haber un buen número de ayudantes gigantes. Otros piratas, lo que fuera. ¿Quién podía precisarlo? No obstante, sus hombres se mantuvieron unidos de un modo notable.

Sólo cuando el gigante se encontró en mitad de la pendiente comenzó a arder alegremente y continuó viaje exclamando de una manera que resultaba de una sinceridad letal:

—¡No habrá supervivientes! ¡No habrá supervivientes!

Fue verlo arder y avanzar alegremente lo que provocó el griterío de la Brigada Brutal. Y cuando el griterío comenzó…, vaya, a todo el mundo le entró el pánico y echó a correr…

8

LUNA DE MIEL

Cuando el pánico estaba ya en marcha, Yellin se dio cuenta de que casi no le quedaba ninguna posibilidad de recuperar con rapidez el control de las cosas. Además, el gigante se encontraba terriblemente cerca, y el rugido de «No habrá supervivientes» dificultaba muchísimo todo tipo de reflexión sólida. Pero, por suerte, tuvo el buen tino de coger la única llave del castillo y de ocultarla en su persona.

También por suerte, Westley tuvo el buen tino de prever tal comportamiento.

—Entregadme la llave —le ordenó Westley a Yellin, una vez que Íñigo con su espada presionó firmemente la nuez de Adán de Yellin.

—No tengo ninguna llave —repuso Yellin—. Lo juro sobre la tumba de mis padres; que el alma de mi madre arda eternamente en el infierno si miento.

—Arráncale los brazos —le ordenó Westley a Fezzik, quien ya comenzaba a quemarse un poco porque el uso de la capa del holocausto tenía un límite; quería quitársela, pero antes de hacerlo, tendió las manos hacia los brazos de Yellin.

—¿Os referís a esta llave? —inquirió Yellin, y la dejó caer.

Una vez que Íñigo hubo apartado su espada, le permitieron huir.

—Abre el portal —le ordenó Westley a Fezzik.

—Estoy muy acalorado —dijo Fezzik—, por favor, ¿puedo quitarme antes esta cosa?

Al ver que Westley asentía, se arrancó la capa llameante y la dejó tirada en el suelo, después descorrió el cerrojo del portal y abrió la puerta lo preciso para que los tres pudieran pasar.

—Vuelve a cerrar y guárdate la llave, Fezzik —le ordenó Westley—. Ya han de ser más de las cinco y media; nos queda media hora para impedir la boda.

—¿Qué hacemos cuando hayamos ganado? —preguntó Fezzik mientras le daba vueltas a la llave y obligaba al enorme cerrojo a cerrarse—. ¿Dónde nos encontramos? Soy de esa clase de personas que necesita instrucciones.

Antes de que Westley pudiera contestarle, Íñigo lanzó un alarido y desenvainó la espada. El conde Rugen y cuatro guardias de palacio doblaban en aquel momento una esquina y corrían hacia ellos. Eran las seis menos veintiséis minutos.

La boda no concluyó hasta las seis menos veintinueve minutos, y Humperdinck tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para lograrlo. Cuando el griterío que provenía del portal principal superó todos los límites de la etiqueta, el príncipe interrumpió al archideán y empleando el más amable de sus tonos le dijo:

—Santidad, mi amada ha vencido mi capacidad para la espera…, os ruego que paséis al final de la ceremonia.

Eran entonces las cinco y veintisiete.

—Humperdinck y Buttercup —dijo el archideán—, soy muy viejo y mis ideas sobre el matrimonio son escasas, pero siento que debo transmitíroslas en el día más feliz de todos.

(El archideán estaba sordo como una tapia, su capacidad auditiva se había visto seriamente mermada desde que tenía unos ochenta y cinco años. En los últimos tiempos, el único cambio que se había producido era un empeoramiento general de su estado. «Humperdinck y Buttercup», había dicho, «Madrimonio». Y a menos que se tuviesen seriamente en cuenta su título y sus logros de antaño, resultaba muy difícil tomárselo en serio.)

—El madrimonio… —comenzó a decir el archideán.

—Santidad, vuelvo a interrumpiros en nombre del amor. Os ruego que paséis lo más pronto posible al final.

—El madrimonio ez un zueño dendro de un zueño.

Buttercup apenas prestaba atención a los acontecimientos. Westley debía de estar recorriendo velozmente los pasillos. Siempre corría de un modo tan hermoso. Incluso cuando estaban en la granja, mucho antes de que ella descubriera lo que había en su corazón, era un placer observar cómo corría.

El conde Rugen era la única otra persona que había en el templo, y la conmoción del portal lo tenía en ascuas. Ante la puerta había apostado a sus

cuatro mejores espadachines, de manera que nadie podría entrar en la diminuta capilla, pero, no obstante, donde debería haber estado la Brigada Brutal había un montón de gente gritando. Los cuatro guardias eran los únicos que quedaban dentro del castillo, porque al príncipe no le hacían falta espectadores que presenciaran los acontecimientos que no tardarían en producirse. Si el idiota del clérigo pudiera darse prisa…, ya eran las cinco y veintinueve.

—El zueño de amod envuelto dendro de un zueño mayod de vida etedna. La etednidad es nuestda amiga, decodadlo, y oz acompañada pada ziempde.

Eran las cinco y media cuando el príncipe se puso en pie, se acercó al archideán y con toda firmeza le gritó:

—Marido y mujer. ¡Marido y mujer! ¡Decidlo!

—Ez que aún no he llegado a eza padte —repuso el archideán.

—Acabáis de llegar —le espetó el príncipe—. ¡Ahora mismo!

Buttercup se imaginaba a Westley doblando la última esquina. Afuera esperaban cuatro guardias. A diez segundos por guardia, comenzó a calcular, pero se detuvo, porque los números siempre habían sido sus enemigos. Se miró las manos. «Oh, espero que me siga encontrando bonita —pensó—, porque esas pesadillas me han desgastado mucho».

—Marido y mujer, os declaro marido y mujer —dijo el archideán.

—Gracias, santidad —le dijo el príncipe volviéndose hacia Rugen—. ¡Poned fin a ese tumulto! —le ordenó, y antes de acabar de proferir la orden, el conde corría ya hacia la puerta de la capilla.

Eran las seis menos veintinueve minutos.

El conde y los guardias tardaron tres minutos completos en llegar al portal, y cuando lo hicieron, el conde no podía creerlo, él mismo había visto cómo mataban a Westley y ahí estaba Westley. Acompañado de un gigante y de un tipo aceitunado con unas extrañas cicatrices. Hubo algo en aquellas cicatrices gemelas que le penetró en lo más hondo de la memoria, pero no era aquél un momento para reminiscencias.

—Matadlos —le ordenó a los espadachines—, pero dejad al de tamaño mediano hasta que yo os lo diga.

Y los cuatro guardias desenvainaron sus espadas…, pero demasiado tarde; demasiado tarde y con excesiva lentitud, porque cuando Fezzik se puso delante de Westley, Íñigo atacó: la gran hoja se movió, cegadora, y el cuarto guardia moría antes de que al primero le hubiera dado tiempo a tocar el suelo.

Jadeante, Íñigo se quedó inmóvil durante un momento. Luego se dio media vuelta en dirección del conde Rugen y efectuó una reverencia rápida y

ostentosa.

—Hola —dijo—. Me llamo Íñigo Montoya, tú mataste a mi padre. Disponte a morir.

Por su parte, el conde hizo algo verdaderamente asombroso e inesperado: se dio la vuelta y echó a correr. Eran las seis menos veintitrés minutos.

El rey Lotharon y la reina Bella llegaron a la capilla donde se celebraría la boda, justo a tiempo para ver cómo el conde Rugen se lanzaba corredor abajo al frente de los cuatro guardias.

—¿Hemos llegado demasiado temprano? —inquirió la reina Bella al entrar en la capilla y encontrarse con Buttercup, Humperdinck y el archideán.

—Están ocurriendo muchas cosas —dijo el príncipe—. A su debido tiempo todo quedará incomparablemente claro. Pero me temo que existe la gran probabilidad de que, en este mismo instante, los guilderianos estén atacando. Necesito estar a solas en el jardín para trazar los planes de la batalla, ¿podría convenceros para que escoltarais personalmente a Buttercup hasta mi alcoba?

Naturalmente, su petición fue atendida. El príncipe se marchó a toda prisa, y después de un breve alto para abrir un armario y sacar varios pares de botas que habían pertenecido a soldados guilderianos, salió del palacio.

Buttercup, por su parte, caminó lenta y sosegadamente entre los ancianos reyes. No tenía ninguna necesidad de preocuparse, y menos cuando Westley estaba allí para impedir su boda y llevársela para siempre. Pero la realidad de su situación no ejerció su genuino efecto hasta que hubo recorrido la mitad del camino que la separaba de la alcoba de Humperdinck.

Westley no había aparecido.

Su dulce Westley. No le había parecido adecuado ir a buscarla.

Lanzó un tremendo suspiro. No tanto de tristeza como de despedida. Una vez en la alcoba de Humperdinck, todo habría terminado. El príncipe poseía una espléndida colección de espadas y cuchillos.

Hasta aquel momento jamás había considerado seriamente la posibilidad de suicidarse. Claro que había pensado en ello; toda muchacha lo hace de vez en cuando. Pero nunca en serio. Se sorprendió al comprobar que iba a resultarle la cosa más sencilla del mundo. Llegó a la alcoba del príncipe, dio las buenas noches a la familia real, y se dirigió directamente hacia la pared donde estaban expuestas las armas. Eran las seis menos catorce minutos.

A las seis menos veintidós minutos, Íñigo se había quedado tan anonadado por la cobardía del conde que por un momento se quedó ahí de pie. Luego salió en su persecución, claro está; él era más veloz, pero el conde traspuso el

umbral, dio un portazo y cerró con llave, e Íñigo no logró derribar la puerta.

—Fezzik —gritó, desesperado—. Fezzik, derríbala.

Pero Fezzik estaba con Westley. Ese era su cometido, quedarse a proteger a Westley, y aunque desde donde se encontraba Íñigo lograba verlos, Fezzik no podía hacer nada; Westley ya había comenzado a andar. Lentamente. Débilmente. Pero estaba caminando por su propio pie.

—Carga contra ella —le respondía Fezzik—. Golpea fuerte con el hombro. Cederá.

Íñigo cargó contra la puerta. Golpeó y golpeó con el hombro, pero él era delgado, y la puerta no.

—Se me escapa —le dijo Íñigo.

—Pero Westley está indefenso —le recordó Fezzik.

—Fezzik, te necesito —gritó Íñigo.

—Sólo tardaré un minuto —dijo Fezzik, porque había ciertas cosas que uno debía hacer fuera como fuese, y cuando un amigo necesitaba ayuda, había que ayudarle.

Westley asintió y siguió andando; lentamente, débilmente, pero seguía siendo capaz de moverse.

—Date prisa —le urgió Íñigo.

Fezzik se dio prisa. Se apoyó contra la puerta cerrada y con todas sus fuerzas cargó contra ella.

La puerta no cedió.

—Por favor —le urgió Íñigo.

—Ya la abriré, ya la abriré —le prometió Fezzik.

Retrocedió unos cuantos pasos, cogió carrerilla y se abalanzó contra la madera.

La puerta cedió un poco. Sólo un poco. Pero no bastaba.

Fezzik se alejó mucho más. Con un rugido, atravesó el corredor y cuando se encontró cerca de la puerta, se elevó por los aires y la puerta quedó reducida a un cúmulo de astillas.

—Gracias, muchas gracias —le dijo Íñigo cuando ya había traspuesto el umbral.

—¿Qué hago ahora? —le gritó Fezzik.

—Regresa junto a Westley —respondió Íñigo atravesando a toda velocidad

una serie de habitaciones.

«Estúpido», se recriminó Fezzik. Se dio la vuelta y volvió junto a Westley.

Pero éste ya no estaba allí. Fezzik notó que el pánico comenzaba a crecer dentro de él. Había media docena de pasillos.

«¿Cuál, cuál, cuál? —repitió Fezzik intentando deducirlo; trataba de hacer algo bien por primera vez en su vida—. Conociéndote como te conozco, elegirás el que no es», concluyó en voz alta; enfiló entonces hacia un pasillo y avanzó tan deprisa como pudo.

Eligió el que no era.

Ahora Westley estaba solo.

Íñigo iba recuperando terreno. En la estancia contigua alcanzaba a ver un atisbo del noble en fuga, y cuando llegaba allí, el conde se las arreglaba para pasar al cuarto siguiente. Pero, poco a poco, Íñigo iba sacándole ventaja. A las seis menos veinte, sintió la plena confianza de que después de una persecución de veinticinco años, al fin podría vengarse.

Buttercup tuvo la certeza de que a las seis menos doce minutos estaría muerta. Todavía faltaba un minuto para esa hora, y ella se encontraba con la mirada fija en los cuchillos del príncipe. El más letal parecía ser el más gastado, la daga florinesa. Remataba en punta, entraba fácilmente y adoptaba una forma triangular junto al mango. Para sangrar más deprisa, se decía. Las había en varios tamaños, y la del príncipe parecía la más larga; a la altura del mango era gruesa como la muñeca de un hombre. La cogió y se la posó en el pecho.

—En este mundo siempre son demasiado escasos los pechos perfectos; deja los tuyos en paz —oyó decir.

Ahí estaba Westley, tendido en la cama. Eran las seis menos doce minutos y Buttercup supo que jamás iba a morir.

Por su parte, Westley suponía que le quedaba hasta las seis y cuarto para seguir en pie. Evidentemente, así habría sido si hubiese contado con una hora, pero la cuestión era que no disponía de una hora, sino de cuarenta minutos. Hasta las seis menos cinco. Siete minutos más. Pero, como ya se ha dicho, él no tenía manera de saberlo.

E Íñigo no tenía manera de saber que el conde Rugen llevaba una daga florinesa. Ni que era un experto en su manejo, Íñigo tardó hasta las seis menos diecinueve minutos para abordar al conde. En una sala de billares. «Hola —se disponía a decir—. Me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre; disponte a morir». Pero en realidad logró pronunciar sólo unas cuantas palabras: «Hola, me llamo Íñi…».

Y entonces la daga le efectuó una redistribución de las tripas. La fuerza del impacto lo hizo retroceder hasta una pared. El chorro de sangre que fluyó lo debilitó tan deprisa que no logró tenerse en pie.

—Domingo, Domingo —susurró, y a las seis menos dieciocho minutos se encontró perdido y de rodillas…

Buttercup estaba asombrada por el comportamiento de Westley. Corrió hacia él, esperando que la recibiera a mitad de camino con un abrazo fogoso. Pero, en cambio, él se limitó a sonreírle y a permanecer donde estaba, tendido sobre las almohadas del príncipe, con una espada al lado de su cuerpo.

Buttercup continuó avanzando sola y cayó sobre su único, su adorado Westley.

—Con suavidad —le dijo él.

—¿En un momento como éste es todo lo que se te ocurre decirme? ¿Con suavidad?

—Con suavidad —repitió Westley, no tan suavemente.

Ella se apartó de él y le preguntó:

—¿Estás enfadado conmigo por haberme casado?

—No estás casada —dijo él, suavemente. Su voz sonaba extraña—. Al menos no por mi iglesia, ni por ninguna otra.

—Pero ese anciano pronunció…

—Todos los días hay mujeres que enviudan…, ¿no es así, majestad?

Su voz sonó más fuerte cuando se dirigió al príncipe, que entraba en ese momento llevando en la mano unas botas embarradas.

El príncipe Humperdinck buscó sus armas y una espada brilló en sus manos regordetas.

—A muerte —dijo mientras avanzaba.

Westley meneó lentamente la cabeza.

—No —le corrigió—. A sufrimiento.

Era aquélla una frase extraña, que paró en seco al príncipe. Además, ¿por qué estaba aquel hombre allí tendido? ¿Dónde estaba la trampa?

—Me parece que no he comprendido bien.

Westley siguió tendido, sin moverse, pero su sonrisa se hizo más amplia.

—Será un placer explicároslo.

Eran ya las seis menos diez. Quedaban veinticinco minutos de seguridad. (Quedaban cinco. Él no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo?) Lenta y cuidadosamente comenzó a hablar…

Íñigo también estaba hablando. Seguían siendo las seis menos dieciocho minutos cuando murmuró:

—Perdón…, padre…

El conde Rugen oyó aquellas palabras, pero no les encontró sentido hasta que vio la espada que la mano de Íñigo aún empuñaba.

—Eres ese mocoso español al que una vez di una lección —dijo, acercándose más y observando las cicatrices—. Es increíble. ¿Te has pasado todos estos años persiguiéndome para fallar en este preciso instante? Creo que es lo peor que he oído en mi vida; qué maravilloso.

Íñigo no pudo decir nada. La sangre le manaba a borbotones del estómago.

El conde Rugen desenvainó la espada.

—… perdón, padre…, lo siento…

«¡No me vengas ahora a pedir perdón! Me llamo Domingo Montoya. Di mi vida por esa espada y a mí no me pidas perdón. Si ibas a fallar, ¿por qué no te moriste hace años y me dejaste descansar en paz?».

Entonces MacPherson también comenzó a perseguirlo:

—¡Españoles! Jamás debí tratar de enseñarle a un español; son tontos, se olvidan de las cosas, ¿qué haces con una herida? ¿Cuántas veces te he enseñado lo que se ha de hacer con una herida?

—Cubrirla… —respondió Íñigo, y se arrancó el cuchillo del cuerpo y hundió el puño izquierdo en la herida.

Los ojos de Íñigo comenzaron a enfocar un poco mejor, no muy bien, no perfectamente, pero lo preciso como para ver que la espada del conde se le acercaba al corazón; Íñigo no logró hacer mucho con aquel ataque, desviarlo levemente, empujar la punta de la hoja hacia su hombro izquierdo, donde no le produjo un daño insoportable.

El conde Rugen se quedó un tanto sorprendido de que hubiesen desviado su acero, pero no estaba nada mal aquello de traspasar el hombro de un indefenso. No había prisa cuando se lo tenía acorralado.

—¡Españoles! —volvió a gritarle a MacPherson—. Dame un polaco cuando quieras, al menos los polacos se acuerdan de usar la pared cuando tienen una a mano; sólo a los españoles se les olvida utilizarla…

Lentamente, centímetro a centímetro, Íñigo se valió de la pared para

incorporarse; utilizó las piernas para empujar, y dejó que el muro se encargara de proporcionarle todo el apoyo necesario.

El conde Rugen volvió a atacar, pero, por un cierto número de motivos, lo más probable porque no había esperado que su contrincante se moviera, no lo alcanzó en el corazón y tuvo que conformarse con hundir la hoja de su acero en el brazo izquierdo del español.

A Íñigo no le importó. Ni siquiera lo notó. Lo único que le interesaba era su brazo derecho; apretó la empuñadura y notó que conservaba la fuerza en la mano, suficiente como para atacar al enemigo, y el conde Rugen tampoco se había esperado aquello, de modo que lanzó un gritito involuntario y retrocedió un paso para volver a analizar la situación.

La fuerza fluía del corazón de Íñigo hacia su hombro derecho, bajaba por éste hasta los dedos y luego a la gran espada con empuñadura para seis dedos; se apartó de la pared y murmuró:

—Hola…, me llamo… Íñigo Montoya; tú mataste… a mi padre; disponte a morir.

Se pusieron en guardia.

El conde fue a buscar la muerte rápida, empleando el movimiento inverso de Bonetti.

Inútil.

—Hola…, me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre…, disponte a morir….

Volvieron a ponerse en guardia, y el conde pasó a la defensa Morozzo, porque la sangre seguía manando.

Íñigo se hundió más el puño en la herida.

—Hola, me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre; disponte a morir.

El conde se parapetó detrás de la mesa de billar.

Íñigo resbaló en su propia sangre.

El conde siguió retrocediendo, y esperó y esperó.

—Hola, me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre; disponte a morir.

Se hundió más el puño y no quiso ni pensar en qué era lo que estaba tocando y aguantando en su sitio; por primera vez se sintió capaz de intentar un lance: la enorme espada describió un brillante movimiento…

… en el costado de una de las mejillas del conde Rugen apareció un corte vertical…

… otro brillante movimiento…

… otro corte, paralelo, sangrante…

—Hola, me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre; disponte a morir.

—¡Deja de repetir eso!

El conde comenzaba a experimentar una cierta merma en el temple.

Íñigo hundió su espada en el hombro izquierdo del conde, tal como él le había herido el suyo. Luego siguió con el brazo izquierdo del conde, en el mismo sitio donde éste le había penetrado el suyo.

—Hola —pronunció con más fuerza ahora—. ¡Hola! Me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre. Disponte a morir.

—No…

—Ofréceme dinero…

—Todo —dijo el conde.

—Y poder. Prométeme eso.

—Todo lo que tengo y más. Por favor.

—Ofréceme lo que yo te pida.

—Sí. Sí. Habla.

—Quiero que me devuelvas a Domingo Montoya, hijo de perra —y la espada con empuñadura para seis dedos volvió a describir un brillante movimiento en el aire.

El conde gritó.

—Fue justo a la izquierda del corazón —volvió a atacar Íñigo.

Otro grito.

—Ésa fue justo debajo del corazón. ¿Adivinas acaso lo que estoy haciendo?

—Arrancarme el corazón.

—Tú me lo arrancaste a mí cuando tenía diez años; ahora quiero el tuyo. Tú y yo somos amantes de la justicia…, ¿hay algo más justo que eso?

El conde lanzó un último grito y luego cayó al suelo, fulminado por el terror.

Íñigo lo miró desde su altura. El rostro crispado y frío del conde aparecía petrificado y ceniciento, y la sangre seguía manando de los cortes paralelos. Sus ojos desmesuradamente abiertos aparecían llenos de horror y dolor. Era

glorioso. Si a uno le gustan ese tipo de cosas.

A Íñigo le encantaban.

Eran las seis menos diez cuando salió tambaleándose de la sala; no sabía adonde se dirigía ni por cuánto tiempo, pero abrigaba la esperanza de que quienquiera que lo hubiese estado guiando últimamente no lo abandonase en ese momento…

—Voy a deciros algo una sola vez, y después, si morís o no es una cuestión que queda enteramente a vuestro juicio —dijo Westley, tendido plácidamente en la cama. Al otro lado de la alcoba, el príncipe mantenía en alto la espada—. Lo que voy a deciros es lo siguiente: arrojad la espada; si lo hacéis, me marcharé con este equipaje que veis aquí —le echó una mirada a Buttercup—, y vos seréis atado, aunque no fatalmente, y pronto estaréis libre para hacer lo que os plazca. Si decidís pelear, pues bien, entonces ninguno de los dos saldremos de aquí con vida.

—Tengo intenciones de seguir respirando durante un tiempo —dijo el príncipe— Creo que lo vuestro es puro alarde…, habéis estado varios meses prisionero y yo mismo os maté hace menos de un día, de manera que dudo que os quede demasiada fuerza en el brazo.

—Probablemente sea verdad —reconoció Westley—, y cuando llegue el momento, recordad que podría haberse tratado de un alarde. De hecho, podría encontrarme aquí tendido porque carezco de fuerzas suficientes para tenerme en pie. Sopesad todo eso cuidadosamente.

—Seguís con vida sólo porque dijisteis «a sufrimiento». Quiero que me expliquéis esa frase.

—Será un placer. —Eran las seis menos ocho. Quedaban tres minutos. Él creía que le quedaban dieciocho. Hizo una larga pausa, y luego comenzó a hablar—: Seguramente debéis de haber adivinado que no soy un marinero corriente. En realidad soy el pirata Roberts.

—No me siento sorprendido ni apabullado en lo más mínimo.

—«A sufrimiento» significa lo siguiente: si nos enfrentamos a duelo y vos ganáis, yo muero. Si nos enfrentamos a duelo y yo gano, vos vivís. Pero viviréis con mis condiciones.

—¿O sea?

Todavía podía tratarse de una trampa. Su cuerpo estaba preparado.

—Hay quien opina que sois un hábil cazador, aunque lo dudo mucho.

El príncipe sonrió. El hombre lo estaba provocando. ¿Por qué?

—Y si cazáis bien, entonces, sin duda, cuando seguisteis a vuestra dama, debisteis de haber comenzado en los Acantilados de la Locura. Allí se produjo un duelo, y si observasteis los movimientos y las zancadas, deberíais saber que quienes se enfrentaban eran maestros. Lo eran. Recordad esto: yo gané ese duelo. Y soy un pirata. Conocemos ciertos trucos especiales con la espada.

Eran las seis menos siete minutos.

—El acero no me es del todo desconocido.

—Lo primero que perderéis son los pies —dijo Westley—. Primero el izquierdo y después el derecho. Por debajo del tobillo. Dentro de seis meses dispondréis de unos muñones para poder andar. Después seguirán las manos, a la altura de las muñecas. Cicatrizan un poco más deprisa. Cinco meses suele ser un buen promedio. —En ese momento, Westley comenzó a notar unos extraños cambios en su cuerpo y se puso a hablar más deprisa, más deprisa y en voz más alta—. Luego vuestra nariz. Para vos ya no existirá el aroma del amanecer. Seguida de la lengua. Cortada de raíz. Ni siquiera os quedará muñón. Y luego el ojo izquierdo.

—Y después el derecho, y luego las orejas, ¿vamos a seguir así? —inquirió el príncipe.

Eran las seis menos seis minutos.

—¡Os equivocáis! —La voz de Westley resonó en la alcoba—. Conservaréis las orejas, para que podáis atesorar cada grito lanzado por cada niño que contemple vuestra deformidad, el llanto de cada crío aterrado por vuestra proximidad, para que el asombro expresado por cada mujer al exclamar: «¡Dios santo, ¿qué es esa cosa?!», reverbere para siempre en vuestras orejas perfectas. Eso es lo que significa «a sufrimiento». Significa que os dejaré vivir sumido en la angustia, en la humillación, en una monstruosa miseria hasta que ya no podáis soportarlo más; ya lo sabéis, cerdo, miserable masa vomitiva, y ahora os digo que el hecho de que viváis o muráis depende de vos: ¡arrojad vuestra espada!

La espada cayó al suelo con estruendo.

Eran las seis menos cinco.

Westley puso los ojos en blanco, su cuerpo se desplomó y a punto estuvo de caer de la cama; el príncipe lo notó, se lanzó al suelo, aferró la espada, se puso en pie y comenzó a enarbolarla, cuando Westley le gritó:

—¡Ahora sí que vais a padecer: a sufrimiento!

Había vuelto a abrir los ojos. Los tenía abiertos y chispeantes.

—Lo siento; no pretendía hacer nada, de verdad; mirad —y el príncipe

arrojó la espada por segunda vez.

—Átalo —le ordenó Westley a Buttercup—. Date prisa…, utiliza los cordones de las cortinas; creo que podrán sujetarlo…

—Tú lo harías mucho mejor —repuso Buttercup—. Sacaré los cordones, pero creo que deberías ser tú quien lo ate.

—Mujer —rugió Westley—, eres propiedad del temible pirata Roberts… y…, ¡y harás… lo que se te ordena!

Buttercup reunió los cordones y ató a su marido lo mejor que pudo.

Humperdinck permaneció tendido mientras ella lo hacía. Parecía extrañamente feliz.

—No os temía —le dijo a Westley—. Arrojé mi espada porque para mí será mucho más placentero perseguiros y cazaros.

—¿Es eso lo que de veras pensáis? Dudo que nos encontréis.

—Conquistaré Guilder y luego iré a buscaros. En la esquina menos esperada, cuando la hayáis doblado, allí me encontraréis aguardando.

—Soy el rey de los mares…, os esperaré con gusto. —Y dirigiéndose a Buttercup, inquirió—: ¿Está atado ya?

—Más o menos.

En el vano de la puerta hubo un movimiento y entonces apareció Íñigo. Buttercup lanzó un grito al ver la sangre. El español no reparó en ella, y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Fezzik?

—¿No está contigo? —inquirió Westley a su vez.

Íñigo se apoyó un instante contra la pared más cercana para recuperar fuerzas. Luego, dirigiéndose a Buttercup, le ordenó:

—Ayúdalo a levantarse.

—¿A Westley? —inquirió Buttercup—. ¿Y por qué necesita que yo lo ayude?

—Porque no tiene fuerzas. Haz lo que te ordeno —le dijo Íñigo.

De repente, el príncipe comenzó a luchar con todas sus ansias con los cordones, pero estaba atado y bien atado, aunque la fuerza y la rabia se encontraban a su favor.

—Estabais alardeando; yo tenía razón —dijo Humperdinck.

—No ha sido muy inteligente de mi parte haber mencionado ese detalle, lo

siento —se excusó Íñigo.

—¿Has ganado al menos tu batalla? —inquirió Westley.

—Sí —repuso Íñigo.

—Tratemos de buscar un lugar para defendernos —dijo entonces Westley —. Por lo menos podremos ir juntos.

—Te ayudaré a levantarte, pobrecito mío —dijo Buttercup.

—Oh, Íñigo, te necesito, por favor, Íñigo —dijo Fezzik—. Me he perdido, me siento muy triste y asustado, y necesito ver una cara amiga.

Lentamente se dirigieron a la ventana.

Perdido y solo, vagando por los jardines del príncipe, estaba Fezzik, llevando de la brida a los cuatro blancos gigantescos.

—Aquí —susurró Íñigo.

—Tres caras amigas —dijo Fezzik subiendo y bajando sobre la punta de los pies, que era lo que siempre hacía cuando miraba hacia arriba—. Oh, Íñigo, acabo de echarlo todo a perder, y me he extraviado. Cuando llegué a los establos y encontré estos hermosos corceles pensé que como eran cuatro, y como nosotros también éramos cuatro, si encontrábamos a la señora… Hola, señora…, pues pensé: «¿Por qué no llevármelos por si en algún momento volvemos a reunirnos?». —Hizo una pausa para reflexionar—. Supongo que ya nos hemos reunido.

Íñigo se mostró tremendamente entusiasmado.

—Fezzik, has pensado por ti mismo.

Fezzik hizo otra pausa para reflexionar.

—¿Quiere eso decir que no estás furioso conmigo por haberme extraviado?

—Ah…, si tuviéramos una escalera… —comenzó a suspirar Buttercup.

—No necesitáis una escalera para bajar hasta aquí —le dijo Fezzik—, no son más que seis metros, yo os cogeré, pero bajad de uno a uno, por favor. No hay luz suficiente, y si bajarais todos a la vez podría fallar.

Y mientras Humperdinck luchaba por despojarse de las ataduras, saltaron, de uno en uno, y Fezzik los cogió suavemente y los depositó sobre los blancos; conservaba aún la llave, de modo que podrían salir por el portal principal, y salvo por el hecho de que Yellin había reagrupado a la Brigada Brutal, habrían podido salir sin ningún problema. Tal y como estaban las cosas, cuando Fezzik descorrió el cerrojo del portal, no vieron otra cosa que brutos armados en formación, dirigidos por Yellin. Ninguno de ellos sonreía.

—Se me han acabado las ideas —anunció Westley meneando la cabeza.

—Esto es un juego de niños —dijo Buttercup para sorpresa de todos, y condujo al grupo hacia Yellin—. El conde ha muerto; el príncipe se encuentra en grave peligro. Daos prisa, quizá os quede aún tiempo de salvarlo. Vamos, marchaos todos.

No se movió ni un solo bruto.

—Sólo me obedecen a mí —dijo Yellin—. Yo soy el encargado de hacer cumplir la ley y…

—Y yo —lo interrumpió Buttercup—, yo —repitió irguiéndose en la silla de montar, con su infinita belleza y unos ojos que comenzaban a inspirar miedo—, yo —repitió por tercera y última vez—, soy

la

REEEEINA.

Resultaba imposible dudar de su sinceridad. O de su poder. O de su capacidad de venganza. Lanzó una mirada imperial a la Brigada Brutal.

—Salvad a Humperdinck —aulló uno de los brutos, y al oírlo, los demás entraron en tropel en el castillo.

—Salvad a Humperdinck —gritó Yellin, que se había quedado solo, pero estaba claro que no lo decía con el corazón.

—En realidad, era una mentira —dijo Buttercup cuando comenzaron a cabalgar hacia la libertad—. Lotharon todavía no ha abdicado oficialmente, pero me pareció que decir «yo soy la reina» sonaría mejor que «yo soy la princesa».

—Lo único que puedo decir es que estoy impresionado —le comentó Westley.

Buttercup se encogió de hombros y repuso:

—Ya llevo tres años asistiendo a la escuela para la realeza, algo tenía que pegárseme. —Miró a Westley y le preguntó—: ¿Te encuentras bien? Me tenías preocupada cuando estabas tendido en aquella cama. Pusiste los ojos en blanco y torciste la cabeza y todo.

—Supongo que me estaba muriendo otra vez, por eso le pedí al Señor del Amor Eterno que me diera fuerzas para vivir todo el día. Está claro que su respuesta fue afirmativa.

—No sabía que existiera un personaje así —dijo Buttercup.

—La verdad, yo tampoco, pero si Él no existiera, yo no tendría ganas de

hacerlo.

Los cuatro corceles gigantescos parecían volar hacia el Canal de Florin.

—Entonces, me parece que estamos condenados —dijo Buttercup.

Westley la miró y le preguntó:

—¿Condenados, señora?

—A estar juntos. Hasta que uno de los dos muera.

—Yo ya lo he hecho, y no tengo la menor intención de repetir la experiencia —le advirtió Westley.

Buttercup lo miró y le preguntó:

—¿Acaso no tenemos que hacerlo alguna vez?

—No, si prometemos sobrevivirnos el uno a la otra, y hago esa promesa ahora mismo.

Buttercup lo miró y dijo:

—Oh, mi Westley, yo también.

«Y vivieron felices para siempre», dijo mi padre.

«¡Uau!», exclamé yo.

Mi padre me miró y me preguntó: «¿Acaso no estás satisfecho?».

«No, no es eso, pero es que el final llegó tan de repente que me sorprendió. Pensaba que habría un poco más, es todo. Quiero decir, ¿los esperaba el barco pirata o sólo se trataba de un rumor?».

«Las quejas para el señor Morgenstern. «Y vivieron felices para siempre», así es como termina».

Lo cierto es que mi padre me mintió. Me pasé toda la vida creyendo que acababa así, hasta que hice esta compilación. Entonces eché un vistazo a la última página. Así es como lo termina Morgenstern.

Buttercup lo miró.

—Oh, mi Westley, yo también.

De repente, a sus espaldas, más cerca de lo que imaginaba, oyeron el rugido de Humperdinck:

—¡Detenedlos! ¡Impedidles el paso!

Estaban francamente sorprendidos, pero no había motivos para preocuparse: montaban los corceles más veloces del reino, y ya llevaban la delantera.

Sin embargo, esto fue antes de que la herida de Íñigo volviera a abrirse, de que Westley volviera a recaer, de que Fezzik escogiera el atajo equivocado y de que el caballo de Buttercup perdiera una herradura. Tras ellos, la noche se llenó con los sonidos crecientes de la persecución…

Ése es el final de Morgenstern, una especie de efecto estilo ¿La dama o el tigre? *(esto ocurrió antes que* ¿La dama o el tigre?, *no lo olvidéis). Ahora bien, el autor era un satírico, de modo que lo dejó así, y supongo que me di cuenta demasiado tarde de que mi padre era un romántico, de modo que lo acabó de la otra forma.*

Y yo soy un compilador, de modo que tengo derecho a expresar algunas ideas propias. ¿Lograron huir? ¿Estaba el barco pirata esperándolos? Vosotros mismos podéis contestar a esas preguntas, pero yo digo que sí. Y que lograron huir. Y que recuperaron sus fuerzas y que vivieron infinidad de aventuras y que se lo pasaron en grande.

Aunque eso tampoco significa que yo crea que tuvieron un final feliz. Porque, y ésta no es nada más que mi opinión, riñeron mucho, y, con el tiempo, Buttercup perdió su belleza y un buen día Fezzik perdió una pelea y un muchachito lanzado derrotó a Íñigo con la espada y Westley nunca logró conciliar bien el sueño por temor a que Humperdinck los encontrara.

Con esto no intento deprimiros, que quede claro. Sino que lo digo porque de verdad creo que el amor es lo mejor del mundo, después de los caramelos para la tos. Pero también debo decir, por enésima vez, que la vida no es justa. Sólo es más justa que la muerte. Es todo.

FIN